
JESSICA WALSH
El implacable
DAWSON
Una batalla legal. Un amor inesperado.
Un secreto que lo cambia todo.
SERIE ICE GUYS 1

Título: El implacable Dawson

Copyright © Edición original 2025 por Jessica Walsh

Primera edición: julio 2025

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier modo, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor.

Todos los hechos y personajes de esta novela son ficticios: cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Puedes seguir a la autora a través de Instagram y Facebook para conocer todas las novedades y nuevas publicaciones que tiene para ti, o escribirle a su correo electrónico:

@jessicawalshescritora

https://www.facebook.com/JessicaWalshEscritora

walshjessicaescritora@gmail.com

A mi marido,
por tu paciencia mientras escribía esta historia,
por estar siempre ahí.
Te quiero.

Antes de que empieces a leer, me gustaría agradecerte que le hayas dado una oportunidad a mi tercera novela. Por circunstancias personales me ha sido difícil escribir estos últimos meses, pero aquí está, al fin, la historia de Grace y Ray. Espero que disfrutes de su lectura tanto como a mí me ha costado poner el punto y final.

Y POR FAVOR, SI TE GUSTA…

¡NO DEJES DE COMENTAR EN MI CUENTA DE INSTAGRAM O PÁGINA DE FACEBOOK Y DE DEJAR TU RESEÑA EN AMAZON!

@jessicawalshescritora

https://www.facebook.com/JessicaWalshEscritora

También puedes escribirme aquí:

walshjessicaescritora@gmail.com

CAPÍTULO 1
LOS CARLSON
CAPÍTULO 2
RAY
CAPÍTULO 3
GRACE
CAPÍTULO 4
RAY
CAPÍTULO 5
RAY
CAPÍTULO 6
GRACE
CAPÍTULO 7
RAY
CAPÍTULO 8
RAY
CAPÍTULO 9
GRACE
CAPÍTULO 10
RAY
CAPÍTULO 11
GRACE
CAPÍTULO 12
RAY
CAPÍTULO 13

GRACE
CAPÍTULO 14
RAY
CAPÍTULO 15
RAY
CAPÍTULO 16
GRACE
CAPÍTULO 17
RAY
CAPÍTULO 18
GRACE
CAPÍTULO 19
RAY
CAPÍTULO 20
GRACE
CAPÍTULO 21
RAY
CAPÍTULO 22
GRACE
CAPÍTULO 23
GRACE
CAPÍTULO 24
RAY
CAPÍTULO 25
RAY

CAPÍTULO 26
GRACE
CAPÍTULO 27
RAY
CAPÍTULO 28
GRACE
CAPÍTULO 29
RAY
CAPÍTULO 30
GRACE
CAPÍTULO 31
RAY
CAPÍTULO 32
GRACE
CAPÍTULO 33
RAY
CAPÍTULO 34
GRACE
CAPÍTULO 35
GRACE
CAPÍTULO 36
RAY
CAPÍTULO 37
GRACE
CAPÍTULO 38

GRACE
CAPÍTULO 39
RAY
CAPÍTULO 40
GRACE
CAPÍTULO 41
GRACE
CAPÍTULO 42
RAY
CAPÍTULO 43
GRACE
CAPÍTULO 44
RAY
CAPÍTULO 45
GRACE
CAPÍTULO 46
GRACE
CAPÍTULO 47
RAY
CAPÍTULO 48
GRACE
CAPÍTULO 49
RAY
CAPÍTULO 50
GRACE

CAPÍTULO 51
RAY
CAPÍTULO 52
GRACE
CAPÍTULO 53
RAY
CAPÍTULO 54
GRACE
CAPÍTULO 55
RAY
CAPÍTULO 56
GRACE
CAPÍTULO 57
RAY
CAPÍTULO 58
RAY
CAPÍTULO 59
GRACE
CAPÍTULO 60
RAY
CAPÍTULO 61
GRACE
CAPÍTULO 62
RAY
CAPÍTULO 63

GRACE
EPÍLOGO
NOTA DE LA AUTORA
AGRADECIMIENTOS

EL IMPLACABLE DAWSON

Jessica Walsh

CAPÍTULO 1

LOS CARLSON

Hotel Sheraton, Manhattan. Nueva York

—Por favor, John, vámonos. Has bebido demasiado.

Mientras suplica a su marido, Alice sonríe forzadamente a un matrimonio de mediana edad que cruza el salón buscando con quien entablar conversación. No puede evitar sobresaltarse cuando su esposo, por respuesta, desliza la mano por detrás y le aprieta el trasero, aprovechando la posición de ambos en un discreto rincón del salón.

—Nos iremos cuando yo lo diga, ¿has entendido? —sisea aproximándose—. Aún tengo que saludar a Tim Sheffield. Es crucial para mi reelección.

Alice lo rechaza con un golpe de la mano y se adelanta unos pasos para evitar el contacto. Luego gira el cuello en su dirección para fulminarlo con los ojos, rebosantes de desprecio.

—¿De verdad crees que, si te presentas delante de él farfullando como estás haciendo ahora, va a hacer campaña a tu favor? Resultas patético. —Sin poder soportar su cercanía y el aliento a *whisky* que desprende, se marcha en la misma dirección que el matrimonio de hace un momento.

El senador decide seguir sus pasos para replicarle cuando, al hacerlo, se trastabilla con la alfombra que decora toda la superficie y cae de rodillas, derramando el contenido de la copa que sujetaba.

—¿Se encuentra bien, señor Carlson? —le pregunta un joven que está cerca.

—Perfectamente —responde con tono soberbio, rechazando el brazo que le tiende.

—Está bien. —El joven se yergue y vuelve a su lugar, dándose cuenta de que al senador, bebido más de la cuenta, le ha molestado que le ofreciera ayuda.

Haciendo un esfuerzo por no tambalearse, el político se levanta y consigue alcanzar la barra, donde Alice conversa con un hombre tan atractivo y joven como ella.

—Zorra… —murmura, acercándose sin apartar la vista.

Los dos se separan cuando el senador se coloca entre ello y se encara a su esposa. Lo miran perplejos.

—Vámonos —le dice con tono autoritario, agarrándola del brazo para alejarla de allí bajo la mirada de desprecio del otro—. Y tú, ¿qué miras? —lo desafía al darse cuenta de cómo lo observa—. Te gusta mi mujer, ¿no?

El aludido se separa de la barra con clara intención de responder, sin embargo, Alice lo detiene con la mirada. Mordiéndose la parte interna de la boca, el hombre se reprime y vuelve a su posición inicial. No los pierde de vista hasta que el matrimonio sale del salón, abandonando la reunión.

—Eres una fulana, Alice. ¿Qué hacíais, eh? ¿Quedar para follar? —le pregunta mientras descienden las escaleras del *hall* del hotel, sin dejar de presionar con fuerza su brazo.

—Me haces daño, John. ¡Suéltame! —exclama dando un tirón que la libera de sus gruesos dedos—. ¡No tienes derecho a pedirme

explicaciones! Dime… ¿a cuántas te has tirado tú este mes? ¡¿Acaso crees que soy gilipollas?!

—¡A mí no me hables así, Al! Eres una mantenida que no da un palo al agua. Si hay algo que no te gusta, ¡te largas!

Cuando llegan abajo, Carlson busca torpemente las llaves del vehículo en su bolsillo, y al salir al exterior se las entrega al guardacoches. A los dos minutos tienen enfrente el flamante coche negro. Alice se adelanta a su marido, lento por los efectos del alcohol, y coge las llaves que les entrega el empleado.

—Conduzco yo, tú no eres capaz ni de poner en marcha el coche —le dice sin disimular, sin importarle que el joven, que sonríe intentando ser educado, escuche la conversación y se dé cuenta del estado de su marido. Al fin y al cabo, es más que evidente.

John Carlson da cuatro pasos titubeantes y se sube al vehículo por el lado del copiloto.

—Le ayudo, señor —se ofrece el chico al comprobar que apenas puede estirarse para asir la manecilla de la puerta y cerrarla. Carlson no dice nada, se limita a recostar la espalda en el mullido asiento y se pone el cinturón mientras el guardacoches acompaña con cuidado la puerta hasta cerrarla.

Sin apenas darle tiempo a apartarse, el Cadillac arranca con un acelerón que demuestra el cabreo de la conductora, provocando que algunas piedras sueltas se levanten del suelo e impacten contra su impoluto uniforme negro. Se sacude la pernera del pantalón con resignación y sigue con la vista la trayectoria del coche, hasta que las luces rojas traseras desaparecen perdiéndose entre el tráfico.

Los pájaros revolotean inquietos en las copas de los árboles junto a la carretera que cruza la zona boscosa. El rumor de un sonido molesto se escucha cada vez más próximo. Al cabo de unos segundos, el rumor se convierte en alarido de sirenas y, en menos de un minuto, en el crujir de ruedas sobre el asfalto y el destello de luces rojas, acudiendo a la llamada de socorro recibida media hora antes. El coche de policía y las dos ambulancias frenan uno detrás de otro en el arcén, a la altura del vehículo que ha impactado de frente contra un haya, a unos tres metros por debajo del nivel de la carretera. Sus faros, todavía encendidos, proyectan un haz de luz sobre el manto espeso de hojas caídas por la entrada del otoño, delatando el lugar del accidente. Los camilleros y el personal sanitario se acercan con rapidez. Por suerte, el coche no ha volcado y pueden abrir las puertas de conductor y copiloto con facilidad.

—Señor Carlson —llama la doctora al senador, tomándole el pulso en el cuello.

Su compañero, un joven médico con el pelo recogido en una coleta y de aspecto desenfadado, hace lo mismo con la mujer, al volante del coche. Ninguno de los dos responde a los estímulos de los doctores.

—El senador está vivo. ¿Qué tal ella? —pregunta la doctora a su colega por encima del capó del coche.

—También. Es raro que no haya nadie más, ¿no? Alguien habrá avisado del accidente.

—Parece ser que ha llamado el senador. Se ha identificado con su nombre al llamar a emergencias.

Cuando constatan que no hay parada cardiorrespiratoria en ninguno de los dos, se hacen a un lado para que los camilleros

manipulen a los heridos y los tumben con cuidado en las camillas. A los cinco minutos suben todos por el pequeño terraplén hasta la carretera.

—Sacadles sangre —pide la doctora a los enfermeros—. Él huele a alcohol a varias millas de distancia. Veremos su esposa.

Al llegar arriba, uno de los policías se dirige a la médica, bajando la luz de la linterna para no molestarla:

—¿Podemos colocar ya la cinta perimetral?

—Cuando quieran. ¿Hay señales de algún otro vehículo?

—No. Hemos recorrido unos cuantos pies en ambas direcciones y no hay nadie más. En la carretera solo se ven marcas del derrapaje del coche del senador.

—Coloquen la cinta, aunque creo que todos tenemos muy claro qué ha pasado. Los Carlson no se van a librar de un buen escándalo por subirse a un coche en su estado… Por cierto, es raro que nadie haya pasado por aquí antes que nosotros, ¿no?

—No tanto, señora —responde el policía—. Esto es Todt Hill. Aquí solo vive gente con mucha pasta que desea tranquilidad. Le puedo asegurar que la edad media de sus habitantes supera los cincuenta. A estas horas de la madrugada están todos roncando en su casa.

—Excepto ellos.

—Creo que hoy se celebraba una convención republicana en un hotel de Manhattan. ¿No ve las noticias, doctora?

—Poco. Y si hablan de política, directamente apago el televisor —confiesa con expresión seria, mientras comienza a alejarse de él—. Encantada, señor…

—Sullivan.

La doctora sonríe y se encamina a su ambulancia. En cuanto se sube, los dos vehículos sanitarios arrancan hacia el hospital.

Los agentes tardan un cuarto de hora más en volver a su comisaría para redactar el informe. Antes, deben colocar la cinta que delimita la zona del impacto, atándola a los árboles.

CAPÍTULO 2

RAY

Mi nombre es Ray Dawson. Abogado. Para muchos, su único Dios. Para otros, un auténtico hijo de puta. Todo depende del bando en el que estés. Si eres mi cliente, me amarás. Si eres el cliente del abogado contrario, primero me temerás, y luego me odiarás y te acordarás de mi madre para siempre. Eso será justo en el momento en que estampes tu firma en el acuerdo de divorcio y buena parte de tu fortuna vuele a la cuenta de tu «ex».

Me gusta mi trabajo. Me permite lidiar con mis demonios, a la vez que me aporta satisfacciones más placenteras… Cuando mis clientes son las esposas resentidas por las infidelidades de sus maridos, la euforia de la victoria —aderezada con muchos ceros en la cuenta—, suele provocar en ellas el deseo de invitarme a cenar. Si ha habido *feeling* y la mujer me atrae, acepto, porque no hay que ser muy listos para saber dónde vamos a acabar. Follar está asegurado en estos casos. Si mi cliente es el marido y ganamos —lo hago siempre—, suelo pasarle mi tarjeta de presentación a la «ex» furiosa. No quiero parecer presuntuoso, pero la mayoría acaba llamando..., y es que el sexo siempre ayuda a liberar la rabia. Reconozco que soy un cabrón con suerte.

—No pares, Ray —la oigo gemir.

Ahora mismo estoy empotrando en el baño de señoras del *Boulevards* a Susan, la «ex» del magnate Sam Perkins —la que ha

tenido que conformarse solo con el apartamento en Miami—. Me freno porque no quiero correrme tan pronto, así que salgo de ella y la obligo a darse la vuelta poniéndola de espaldas a mí. Doy un tirón a la tira del tanga para deshacerme de él, lo que la hace emitir un grito de sorpresa. Me acerco a su oído y la hago callar:

—Sshhh... Quiero compensarte por la putada de antes —le digo, refiriéndome al resultado de la contienda con el magnate—. Quiero que lo disfrutes.

Sigue gimiendo. Mis palabras y mi mano la están llevando al límite. La toco entre sus pliegues, buscando su entrada mientras la beso en el cuello. Mis dedos se deslizan hacia dentro como por un trampolín. Mi polla se encabrita. Susan está como un pan, como para no dejar ni una miga en el plato.

—Fóllame, Ray —me ruega.

—No, córrete primero. —Mis dedos entran y salen con rapidez. Con la otra mano busco su clítoris mientras froto mi entrepierna contra su culo respingón.

No para de emitir gritos hasta que noto que sus piernas flaquean y que el jadeo se vuelve más intenso y entrecortado. Está yéndose entre mis dedos. Espero unos segundos más a que disfrute de su momento… Y ahora sí. Es mi turno. Aparto la mano de su sexo húmedo y caliente, completamente preparada para recibirme, y vuelvo a ponerla de frente a mí. Quiero ver su expresión. La miro mientras la penetro de nuevo. Cuando veo cómo se muerde el labio no puedo resistirme:

—Chúpamela —susurro en su boca.

Obediente y deseosa de darme placer se sienta en la taza del inodoro, envuelve mi sexo con la mano y se lo mete en la boca. Se

lo traga hasta la garganta y creo que mi gruñido se oye en todo Manhattan.

—Así, nena...

Susan es una máquina de felación. La observo maravillado y ella se detiene un instante, relamiéndose con una sonrisa que me pone más cachondo aún. Necesito culminar ya. La levanto tomándola de los brazos y la apoyo contra la pared. Enseguida se aferra a mí rodeándome la cintura con las piernas. Con los antebrazos apoyados contra los azulejos del pub, la embisto y comienzo a balancear mis caderas, imprimiendo un ritmo más frenético con cada segundo que pasa. Sus paredes me abrazan. Gimo. Lo hacemos los dos sin cortarnos ni un pelo. Cualquiera diría que estamos atravesando el peor de los sufrimientos. Ya no podemos más, ninguno de los dos; ella grita, corriéndose por segunda vez, y yo suelto un quejido con el que expulso de golpe todo el aire que queda en mis pulmones. Mi aliento se mezcla con el suyo, impulsado por la respiración agitada tras el esfuerzo. Intento relajarme sin salir de ella, empujo con movimientos acompasados y lentos, disfrutando de las últimas contracciones de su vagina. El ritmo decae poco a poco... Entonces me mira a los ojos y busca mi boca.

«Oh, oh».

La esquivo. Una cosa es follar y otra los arrumacos de después. No quiero que se equivoque. Lo dejamos aquí.

—Ha sido el mejor sexo que he tenido últimamente, Susan —afirmo, acompañando mi apreciación con una sonrisa mientras salgo de ella y la obligo a bajarse de mi cintura y a posar los pies en el suelo.

—Podríamos repetir más veces...

Clavo mis ojos en los suyos con intensidad:

—Esto solo ha sido un desahogo para los dos. Ya sabes, por la tensión de estos días.

Me separo de ella, despegando mis brazos de la pared.

—Está bien —se resigna, guardándose el tanga roto en el bolso. Luego se baja el vestido—. Hace dos horas me la has metido bien con esa mierda de acuerdo que me has ofrecido, al menos esta segunda vez ha valido la pena.

Una vez nos recolocamos las ropas salimos del estrecho cubículo. Una señora de la edad de mi madre entra en el baño y nos mira con cara severa; salta a la vista, por nuestro pelo revuelto, que acabamos de darnos un homenaje. Nos da igual. Estamos demasiado satisfechos como para que nos importen los ojos acusadores de una puritana. Abrimos la puerta y salimos al bar. La música y las voces de los clientes nos envuelven de nuevo.

—Es tarde. Me voy —dice, alzando la voz para que la oiga—. Que te vaya bien, Ray.

—Lo mismo digo, Susan.

Se aleja desfilando con pasitos cortos y rápidos, embutida en su caro vestido. Entonces me giro y regreso a la barra para pagar los dos daiquiris que hemos dejado a medias antes de que nos entrara el calentón. Por el camino me recoloco la corbata; un gesto inocente que atrae varias miradas femeninas sobre mí. Dedico una sonrisa de medio lado a la dueña de una de ellas, sin pretensiones de ningún tipo. Tengo ganas de irme a casa. Me lo merezco después de un intenso día de negociaciones que ha permitido sumar otro éxito profesional a mi currículum y una mujer más a mi lista de

conquistas. Soy competitivo y me siento satisfecho, aunque, como siempre, un vacío interior que conozco muy bien me impida disfrutar del triunfo plenamente. Además, esta vez viene acompañado de algo intangible que no sé definir; una especie de premonición de que algo va a ocurrir, de que mi mundo está a punto de resquebrajarse.

Al llegar a la barra me trago de golpe todo lo que queda de mi bebida, cabreado por lo gilipollas que soy.

«¿Desde cuándo creo yo en premoniciones?».

Pago sin esperar el cambio y abandono el local, con ganas de darme una ducha que me libere de esta extraña sensación.

CAPÍTULO 3

GRACE

Entro por la puerta cargada con ciento y un papeles bajo un brazo y mi maletín de cuero viejo en el otro. Antes de que pueda siquiera saludarla, Violet se levanta de su escritorio perfectamente ordenado, lo rodea y se acerca a mí con nerviosismo.

—¡No vas a creerte lo que ha pasado, Grace! ¡Tenemos el caso que nos va a lanzar al estrellato!

—Buenos días para ti también —le devuelvo su inexistente saludo sin hacer mucho caso de su comentario. Es muy buena gente, pero muy dada al dramatismo.

—Sí, sí, por supuesto… Buenos días, jefa. Pero, ¿me has oído?

—No necesito más estrellato, Violet. Ya tenemos bastante y no nos sirve de mucho.

—¡Pues eso! ¡Te conoce todo el mundo porque eres la mejor defendiendo mujeres, pero por desgracia son mujeres sin un centavo en sus cuentas! ¡Yo hablo del estrellato de verdad! ¡Del que da fama y dinero!

Resoplo y pongo los ojos en blanco, intentando hacer acopio de paciencia. No voy sobrada de tiempo para escuchar tonterías.

—Violet, esas mujeres también tienen derecho a que alguien defienda sus intereses… —digo sin demasiada convicción.

Las causas nobles no siempre van acompañadas de buenos ingresos, más bien al contrario. Para ganar dinero debería haberme

dedicado a defender sinvergüenzas… El problema es que eso no es lo mío. No valgo. Me hubiera gustado nacer sin tantos escrúpulos y con un sentido más práctico de la vida, pero, como alguien dijo: «yo soy yo y mis circunstancias». Tengo claro que, en mi caso, lo de ser abogado casi por amor al arte viene de mi padre. Sinceramente, creo que nunca he podido elegir.

—Por supuesto que tienen derecho, ¡pero si de vez en cuando te dedicaras a un cliente con pasta podríamos pagar nuestras facturas sin tanta dificultad! —me replica.

Sonrío. Todo lo que me falta a mí de sentido práctico le sobra a ella. Es un amor. Trabajamos juntas desde hace cuatro años y está tan implicada como yo en sacar adelante el bufete que monté en cuanto acabé mis estudios de derecho. Viendo la expresión de mi ayudante —rogándome con los ojos que la escuche—, me dejo convencer. Dejo los papeles y el maletín sobre su mesa y me dispongo a prestarle atención.

—¡Está bien! ¡Cuéntame! Más vale que sea algo que de verdad valga la pena, algo del nivel de un maremoto aproximándose a la costa de Nueva York. Sabes que llevo retraso con el caso de Elisabeth McMillan, y tengo una cita mañana con el abogado de su marido.

—Ha estado aquí Alice Carlson —me informa con solemnidad.

«¿Alice Carlson?» me pregunto. Me suena el nombre y ahora mismo no sé de qué.

—¡La esposa del senador! ¡El que se presenta a la reelección! ¡Los del accidente!

Me quedo con la mirada fija en ella procesando la información.

—Si es una broma no tiene gracia —le advierto.

—¡Que no! ¡Que ha estado aquí! ¡Te lo juro por mi perro, que sabes que es lo que más quiero en el mundo después de mi madre!

Aprieto y tuerzo los labios. Su perro es realmente importante para mi loca secretaria. «¿Es posible que esté hablando en serio?». Una sonrisa asoma en su rostro esperando mi reacción.

—¿Y qué quería?

—¡¿Qué va a querer, Grace?! ¡Que la defiendas! ¡Ha venido para contratarte! ¡Quiere divorciarse de Carlson!

Sin decir nada más se separa de mi lado y empieza a cantar *Girls just want to have fun*, de Cyndi Lauper. Se ha convertido en nuestro himno particular cuando ganamos un caso o cuando las cosas nos van bien.

Sacudo la cabeza y parpadeo varias veces: por la visión de Violet bailando en nuestra modesta sala de espera y por la noticia, que no acabo de asimilar.

—¿De verdad?

—¡Que sí!

Pasa las manos por delante de mí en plan John Travolta, sin dejar de bailar y cantar. Se las aparto.

—Para un momento, por favor.

Obedece, deteniéndose en seco, y me mira fijamente. Abro la boca y antes de que pueda emitir ningún sonido se me adelanta, porque ya sabe lo que voy a preguntar.

—Volverá esta tarde.

Me muerdo el labio, intentando contener la emoción. Es demasiado bueno para ser cierto. Mi ayudante se centra en la conversación, dejando definitivamente el baile para otro momento.

—Tienes que cogerlo, Grace. Va a ser un caso mediático. Están en plena campaña política. —Sonríe y vuelve a hablar—: ¿Tenía razón o no? ¡Es nuestra oportunidad!

—No sé. No lo entiendo. ¿Por qué viene a mí? —le comparto mis reticencias.

—¿Porque eres la mejor?

—¿O porque no tiene un centavo? —la devuelvo a la realidad —. Es una mantenida. Una mujer florero.

Frunce el ceño como yo.

—Vale. Supongamos que es por eso. No tiene dinero y no puede adelantarte ni un dólar, pero si haces morder el polvo a su marido, obtendrás reconocimiento entre la gente adinerada y un porcentaje de lo que se lleve ella, que no será poco.

—Mira que eres peliculera… «Hacerle morder el polvo»… Ni que estuviéramos en un *western*.

—¡Lo mismo es! ¡Un duelo entre tú y los abogados del marido!

En realidad, tiene razón. De repente, veo pasar muchos ceros delante de mis ojos y estoy tentada a arrancarme a bailar como ha hecho ella, aunque me contengo. Agarro el maletín y los papeles que he abandonado sobre su escritorio e intento poner algo de cordura en todo esto:

—Antes tengo que hablar con ella.

Vuelve a fruncir el entrecejo y baja los brazos, desilusionada. Me siento un poco culpable porque la he desinflado igual que a un globo cuando lo pinchas con una aguja.

—OK —responde sin más.

Camina hasta detrás de la mesa y se sienta en su sitio.

La miro y sé que está enfadada. Estoy a punto de decir algo, pero me freno. Dentro de un rato se le habrá pasado. Encamino los pasos a mi despacho y me encierro para estudiar a fondo la reunión que tengo mañana; el caso de Elisabeth McMillan me espera.

Hoy no nos hemos ido a comer. Tengo tanto lío que Violet, a quien ya se le ha ido el enfado, se ha acercado a la cafetería de la esquina a coger un par de hamburguesas.

Mientras las comemos —sentadas en las butacas donde suelen esperar nuestros clientes y con los pies apoyados en la mesita de centro— hablamos de su hermano Brad, que trabaja como voluntario en la casa de acogida de mujeres maltratadas del Bronx, nuestro barrio. Allí yo me encargo del papeleo, de preparar las denuncias y de la defensa jurídica, si hace falta.

Conocí a Brad en el hospital hace cinco años, cuando me ingresaron por una apendicitis. Le hablé del centro y no me costó demasiado convencerlo para que colaborara con nosotras: por desgracia, solíamos necesitar a menudo los servicios de un enfermero. Congeniamos desde el primer momento. Siempre ha sido una persona comprometida socialmente, como yo. Suele aparecer cuando libra en el hospital. Fue él quien me presentó a Violet, que ha acabado siendo para mí tan importante como él. Hace cinco minutos, me ha enviado un mensaje por el móvil avisándome de que este domingo estará en el centro, por si me apetece pasarme. Y eso, precisamente, ha sido el detonante de esta conversación con mi ayudante.

—Grace, creo que deberías salir con mi hermano —comenta, antes de darle otro mordisco a su hamburguesa.

—Pero, ¿¡qué dices!? Nos queremos y tenemos mucho en común, es verdad, pero solo en plan amigos.

—¡Pues ahí está! ¡La base de una buena historia de amor!

—Anda, anda… —le digo para quitarle la idea de la cabeza. Aunque reconozco que a mí ya se me había ocurrido antes. Brad no solo es un tío con conciencia social, está bueno a rabiar. Dada mi desconfianza hacia los hombres, él sería una opción interesante; lo conozco lo suficiente para saber que es una buena persona y que nunca pondría la mano encima a una mujer.

—Sí, sí… resistíos. Al final todo caerá por su propio peso —me suelta.

Además de dramática, Violet es muy de dichos y refranes.

—Sí, y en boca cerrada no entran moscas.

—Y no hay más tonto que el que no quiere ver —replica sin dejar de masticar.

—Y tú eres más pesada que una vaca en brazos.

Me saca la lengua y yo le doy un trago a mi naranjada cuando, de pronto, llaman al timbre. Nuestra sencilla oficina está en un bajo, a pie de calle, de la que solo nos separa una puerta. Ahora mismo, detrás de ella, hay alguien esperando. Nos miramos, y luego al reloj colgado en la pared.

—¿¿Alice?? —preguntamos al unísono, levantándonos de un salto.

Mi amiga se asoma por la ventana y asiente con la cabeza con los ojos como platos. Es ella. A mí no se me ocurre otra cosa que tirar toda nuestra comida dentro del paragüero —que es lo más cercano que tengo—, antes de alisarme la falda, colocarme la

chaqueta, pasarme la mano por el pelo y, por fin, hacerle un gesto a mi ayudante para que abra.

—¡Espera! —exclamo alarmada.

Voy corriendo hasta el baño, cojo mi elixir bucal y me enjuago la boca —no hay tiempo para el cepillado—, antes de volver pitando a la salita de la entrada.

—¡Ya! —grito en un susurro a mi compañera.

La veo erguir la espalda para recibir a la señora Carlson y me encierro en mi despacho, intentando serenarme. Me siento decepcionada conmigo misma por lo nerviosa que estoy; nunca imaginé que un cliente importante me perturbara tanto. Supongo que, aunque lo había soñado, no creí que uno de ellos pudiera materializarse en mi humilde oficina, a pesar de ser bastante buena en lo mío.

—¡Tranquilízate! —me reprendo por lo bajo.

Tomo aire y me siento. Las piernas me tiemblan bajo la mesa. Abro un libro voluminoso y disimulo como si estuviera consultando algo, ayudándome también con ello a frenar el movimiento inquieto de las manos. Así me pilla Violet cuando llama a la puerta y la abre al segundo siguiente.

—Grace, está aquí la señora Carlson.

—Está bien, que pase —le pido. Me sorprende que mi voz suene tranquila.

Mi ayudante se hace a un lado y Alice Carlson aparece ante mí en todo su esplendor. Es alta y estilizada. Había sido modelo antes de emparejarse con el senador y la verdad, su belleza resulta intimidante. Me levanto:

—Adelante —digo sonriéndole, al tiempo que le tiendo la mano—. Encantada de conocerla.

Me la estrecha y su sonrisa llama mi atención. Toda su imponente presencia se diluye con ese simple gesto; su sonrisa no es la de una persona segura de sí misma, sino la de una mujer asustada.

«Aunque lo suficientemente harta como para querer solicitar el divorcio a su marido».

—Igualmente —contesta.

Una vez la tengo sentada delante decido hacerle la pregunta del millón, pero ella se adelanta y me da la respuesta de carrerilla, como si la hubiera ensayado mil veces:

—Te he elegido por tres razones: sé que eres buena en tu trabajo, no tengo dinero para pagarte ahora y lo principal, no me fío de ningún bufete de renombre. Mi marido podría comprarlos para ganar el caso. En cambio, sé que tú, Grace Garret, eres insobornable. Te he investigado. Eres una mujer comprometida y con ética profesional. Justo lo que necesito. —Entonces sí hace una pausa para respirar, que yo no aprovecho para decir algo porque estoy demasiado abrumada por su sinceridad. Suspira hondo y se acerca por encima de la mesa. Casi me suplica con la mirada—: Te ruego que me aceptes como cliente, Grace. No tendré ningún problema en darte el porcentaje que pidas de lo que seas capaz de sacarle a mi marido. En realidad, mi único deseo es librarme de ese cabrón, aunque, después de soportar tanto tiempo sus desprecios, me niego a largarme con una mano delante y otra detrás.

Otra vez me quedo con la palabra colgando cuando añade, levantando el dedo índice:

—Solo una cosa más, llámame Alice. Nada de señora Carlson, ¿de acuerdo?

Su discurso surte efecto; ha conseguido que la vea con otros ojos. Creo que, aunque intenta disimularlo, tiene miedo. Pese a todo, ha sacado fuerzas para venir a buscarme y expresar con firmeza lo que desea. Me doy cuenta en ese instante de lo que deseo yo: defenderla. Aun sin saber muy bien qué bazas jugaré. Mi mente de abogada especializada en divorcios se pone en funcionamiento:

«Él es un mujeriego y por lo que dice le ha sido infiel. Nuestra defensa podría ir por ahí».

—Está bien, Alice. Acepto. —Empieza a dibujar una sonrisa en su rostro, pero la freno con la mano para añadir—: Aunque yo también tengo para ti otra cosa más…

—Dime. —Su tono es colaborativo.

—A partir de ahora, nada de secretos entre nosotras.

—De acuerdo.

Asiento conforme.

—Ahora necesito que me cuentes por qué quieres divorciarte. Quiero toda la información que puedas facilitarme para demandar a tu marido.

Una hora más tarde las dos nos levantamos, nos despedimos con un apretón de manos y le anuncio que la llamaremos en pocos días. Cuando se va, me siento de nuevo, reclinando mi espalda sobre el asiento, y espero a que Violet despida a nuestra flamante clienta para pedirle que acuda a mi despacho.

—Necesito que reúnas toda la información que puedas sobre el senador Carlson —le pido cuando rebasa la puerta con los ojos brillantes por la emoción.

A mí también me cuesta resistirme a dar saltos, sin embargo, me reprimo, intentando concentrarme en lo que voy a necesitar para defender a la clienta *vip* que, milagrosamente, nos ha caído del cielo.

—Indaga sobre sus costumbres, vida social, patrimonio, propiedades… Ya sabes, lo de siempre. Te pasaré un listado que me ha dado Alice, para que lo compruebes. Agéndala a finales de la semana que viene. Para entonces ya tendré lista su demanda de divorcio.

El instinto me dice que he de prepararme para una dura batalla. No tengo ni idea de qué prestigioso bufete llevará el divorcio del senador, aunque tampoco me intimida. Ahora estoy en mi terreno. He conocido a Alice y la conclusión que saco es que se trata de una mujer más que ha tenido que soportar a otro gilipollas. Un gilipollas sin derecho a rebajarla por mucho que la mantuviera.

CAPÍTULO 4

RAY

Estoy anotando en una hoja los puntos débiles de un acuerdo de divorcio preparado por un becario cuando llaman a la puerta de mi despacho.

—Adelante —digo, alzando la cabeza del documento mientras descanso mi estilográfica sobre la mesa.

Me sorprende ver que no es mi asistente Scott, sino el mismísimo Hogan McKenzie, el socio principal y fundador del bufete, quien asoma por la puerta. Hago ademán de levantarme, pero me lo impide con un gesto de la mano que acompaña a sus palabras:

—No se levante, Dawson. —Su voz suena segura y falsamente amable cuando entra.

Detrás de esa fachada intencionada que busca el equilibrio entre lo implacable a nivel profesional y lo afectuoso en el plano personal, la balanza se inclina en cuanto lo conoces mejor hacia la persona que realmente es: un hombre sin escrúpulos que no tiene ningún tipo de compasión cuando algo estorba en su camino. Tuve ocasión de comprobarlo cuando hace cinco años —durante una crisis que atravesó la firma—, no le tembló la mano al despedir a varias personas que trabajaban para él desde hacía años, con sus hijos e hipotecas detrás.

Muchas de ellas tuvieron que rebajar sus expectativas para encontrar un trabajo con el que dar de comer a sus familias y seguir

pagando sus deudas. En aquel momento fui consciente de que ese tipo de obligaciones te corta las alas y puede forzarte a aceptar trabajos que, de haber podido elegir, habrías rechazado, y llegué a la conclusión de que no permitiría que ningún obstáculo se interpusiera en mi ascenso profesional, decidido a demostrar mi valía. Cualquiera que me conoce afirmaría que ya la he demostrado de sobra; sin embargo, me queda un paso más: alcanzar la cima convirtiéndome en socio del bufete. Por eso sigo soltero y libre como el viento: nada de relaciones ni ataduras.

Dejo mis reflexiones e intento centrarme en el jefe supremo, que en este instante aposenta su trasero en uno de los sillones frente a mi mesa. Cruza una de las piernas sobre la otra y se echa hacia atrás, haciendo que el sillón abatible ceda un poco bajo su peso.

—¿Qué tal está? —se interesa.

—Bien, señor McKenzie. Gracias.

—Me alegro. No me gusta interrumpir a la gente cuando trabaja, pero tenía algo importante que comunicarle. —Cruza las manos sobre el regazo, recostado en el asiento.

Yo me incorporo en el mío, mostrando interés. Intuyo que va a decirme lo que tanto ansío.

—Sé que desde hace un par de años está trabajando duro para que lo aceptemos como socio de la firma. —Mi corazón comienza a latir más deprisa, aunque disimulo. Todavía es pronto para alegrarme. Mi olfato de abogado me dice que hay algo más—. Desde luego, no hay nadie que ahora mismo pueda competir con usted por el puesto. No se me ocurre un aspirante mejor…

Esa forma de dejar colgada la frase y el modo en que fija sus ojos en los míos…

«Ahí va la condición», me digo cuando abre la boca de nuevo.

—Pero aún vamos a exigirle la prueba final, Dawson —me desvela en tono paternalista.

Me muerdo la parte interior de la boca, dando por hecho que va a endosarme un divorcio de los jodidos de verdad.

«No importa, ¿cuál no lo es? », intento animarme a mí mismo.

Al desvelarme el resto de la información, visualizo el puño de un boxeador asestándome un gancho en toda la jeta que me noquea por completo. Y, aunque no estoy tirado en el suelo sangrando por la nariz, de momento soy incapaz de hablar, porque mi mente se ha quedado en blanco. Solo salgo de mi estupor al escuchar su voz:

—Dawson…

Sacudo la cabeza como si acabara de levantarme del cuadrilátero y tuviera que ponerme en guardia otra vez para continuar el combate… Un combate que él tiene ganado de antemano. Lo que acaba de asignarme no es un divorcio complicado… es una putada en toda regla.

—¿Ha dicho el divorcio de los Carlson? —pregunto, intentando no mover el cuello para que no note mi tensión. La corbata me aprieta.

—Así es. Usted es el mejor candidato para ocupar el puesto de socio vacante, y también es el abogado civilista más potente que tenemos… Y, ya sabe, el poder conlleva una gran responsabilidad como dijo alguien... No recuerdo quién, pero tenía razón.

«Lo dijo el abuelo de Spiderman» respondo para mí, aunque me lo callo y en su lugar planteo un tema que me preocupa mucho

más:

—Están en plena campaña por la reelección, señor. —No me quita la vista de encima. Sabe que no soy gilipollas y que, como un jugador de ajedrez, estoy viendo la partida unos cuantos movimientos más adelante—. ¿Y si pierdo el caso? Las consecuencias que eso conllevaría para la carrera política del señor Carlson serían bastante… nefastas.

«Igual que para mí».

Percibe mi preocupación y parece que hemos llegado a un punto importante de la conversación, porque abandona su pose relajada en el sillón y se yergue, aunque con cierta indolencia, como si el peligro que detecto en la situación no fuera real y se tratara solo de mi imaginación. Esa es la impresión que quiere transmitirme. Lo conozco demasiado bien.

—Hijo, te he respaldado siempre porque vi tu potencial el primer día que entraste en esta firma. Confiándote este caso sigo haciéndolo. Sé que lograrás un buen acuerdo y que, si no es así y vamos a juicio, conseguirás que el señor Carlson gane el pleito contra su todavía esposa. Lo has hecho siempre, ¿no? ¿Por qué iba a ser diferente ahora? Carlson debe seguir con su carrera política y para ello necesita un expediente personal inmaculado. Perder un caso de divorcio no sería nada recomendable para afianzar la confianza popular en él.

—Ya —respondo sin convicción—. Pero, ¿y si por un casual no gano? —vuelvo a formular la pregunta con tono áspero.

—Dawson… No nos situemos en un escenario que probablemente no se va a dar, ¿de acuerdo? —se escabulle.

—¿Y si se da? —insisto.

Quiero saber a qué atenerme. Soy consciente de mi gesto crispado y de mi mandíbula soportando la tensión del momento.

McKenzie coge aire con intensidad y escruta mi rostro con expresión fría. Cuando lo exhala, se levanta y simplemente hace una apreciación:

—Es un hombre inteligente, Dawson.

No necesita decir nada más. Como él dice, soy lo bastante listo para darme cuenta de que si pierdo daré con mi culo en la calle en menos de lo que tarda en decirse mi nombre.

Después de su frase lapidaria, se echa la mano al bolsillo de la americana y deja encima de la mesa una tarjeta de presentación y un sobre.

—Ahí tiene el teléfono de Carlson y la propuesta económica de su esposa. Revísela y quede con él para estudiar una contraoferta. Ni que decir tiene que no piensa pagarle lo que pide.

Mientras McKenzie abandona el despacho, yo sigo con la vista anclada en la tarjeta y el sobre. Ambas constituyen una llave envenenada: la que me permitirá entrar en el paraíso o me enviará directo a la mierda, a empezar de cero. Afilo los ojos y cojo el sobre. No me suena el membrete del bufete que aparece estampado en él con letras sencillas y claras, nada presuntuosas:

—Grace Garret, abogada —murmuro.

No la conozco, y eso me extraña porque los mejores abogados de Nueva York —o al menos los más caros— nos movemos en el distrito de Manhattan y recorremos los mismos juzgados. Extraigo la propuesta del sobre con curiosidad.

—Joder… —susurro sin poder reprimir un silbido al comprobar la cifra.

La señorita Garret no se anda con tonterías. Luego me fijo en la dirección de su bufete: Avenida Morris Park, 745. Bronx.

Tuerzo la boca en una sonrisa sibilina; solo me falta mostrar los colmillos, como haría un depredador antes de lanzarse sobre un cervatillo. Después de todo —y por fortuna para mí—, quizás el caso sea pan comido.

CAPÍTULO 5

RAY

Desde mi posición al lado del gran ventanal de la sala de juntas percibo el modo compulsivo en que Carlson, sentado a la mesa, consulta el Rolex que luce en la muñeca. Su gesto me impulsa a echar un vistazo al mío; menos ostentoso, aunque Rolex, al fin y al cabo. Compruebo que faltan un par de minutos para que la esposa y su abogada lleguen a la reunión que hemos convocado en MK & Lewis, la firma en la que me dejo la vida desde hace más de siete años. Vuelvo a dirigir la vista a mi cliente; se le nota nervioso.

—Tranquilícese, senador. No tiene de qué preocuparse. Está en buenas manos —le aseguro apiadándome de su estado, descruzando mis brazos para apoyarme en el respaldo de una de las sillas giratorias alrededor de la gran mesa de roble.

Me responde con un largo suspiro antes de hablarme con voz paternal:

—Supongo que es demasiado joven y exitoso para tomar nota de una frase que yo me repito cada día: nunca subestimes a tu enemigo. —Su expresión es seria—. Es mi regalo para el día de hoy, señor Dawson.

Me trago las ganas de ser desagradable; detesto que me traten con condescendencia y que me den consejos, sobre todo si proceden de tipos como él. Como votante sigo la campaña y no me gustan ni sus formas ni lo que defiende. Es un retrógrado. Pero

también es un cliente que va a pagar mucha pasta por cada hora de mis servicios, así que no me queda más remedio que aguantarlo, aunque me provoque un rechazo visceral.

Sonrío con diplomacia.

—Gracias por el consejo. Si va a quedarse más tranquilo, quiero que sepa que no suelo subestimar a nadie —replico, separando mis manos de la silla donde me apoyaba.

Estoy mintiendo. En mi cabeza aparece, de repente, la dirección del bufete de mi oponente e internamente me reafirmo en la idea de que este asunto está chupado.

Volvemos, cada uno, a lo nuestro: él a tamborilear los dedos sobre la mesa y yo a mirar a través del ventanal con los brazos cruzados, repasando en mi mente los puntos del acuerdo de divorcio que he preparado. La señora Carlson se va a llevar una buena sorpresa cuando se lo muestre.

Todavía sonrío para mí cuando escucho un murmullo al otro lado de la pared de cristal —la que separa la sala donde nos encontramos, del pasillo y de las mesas del personal auxiliar—. La curiosidad me empuja a girarme para ver qué ocurre; cuando lo hago, descubro que «la senadora» y su abogada acaban de llegar. El personal se vuelve con disimulo a su paso. La estatura y el escultural cuerpo de la esposa del senador despiertan expectación, por no hablar de su petición de divorcio, que ha causado gran conmoción en Nueva York después del accidente que tuvo con su marido hace un par de meses.

En lo que a mí respecta, apenas le echo un ligero vistazo; me interesa mucho más su acompañante; quiero conocer quién va a ser mi contrincante. Tenía ganas de ponerle cara. Al deslizar mis ojos

hacia Grace Garret, noto en mi interior un leve sobresalto, aunque lo suficientemente nítido como para que me sorprenda mi propia reacción. Frunzo el ceño sin dejar de observarla. De menor estatura que Alice Carlson, morena de piel y de pelo oscuro como el carbón, no es tan espectacular como su cliente, sin embargo, en los escasos segundos que tardan en hacer el recorrido antes de abrir la puerta, mi vista no ve otra cosa que no sea ella. No puedo dejar de mirarla. ¿Qué tiene esta mujer que hace que la otra, exmodelo de profesión, apenas llame mi atención?

Golpea la puerta con los nudillos y la empuja.

—Buenos días —saluda. Detrás de ella se parapeta la señora Carlson—. Nos han dicho que la reunión tendrá lugar aquí.

Su actitud distante no deja lugar a dudas: viene preparada para la batalla.

El senador, de espaldas a la puerta, se gira al oírla, mientras yo reprimo el gesto de retocarme la corbata. Me he dado cuenta de que suelo hacerlo cuando una mujer capta mi interés y, dadas las circunstancias, no tengo intención de darle pistas ni de demostrar puntos débiles. No es el momento. Sé —porque conozco el acuerdo que he redactado— que los dos estamos a punto de enzarzarnos en una pelea por los intereses de nuestros respectivos clientes.

Avanzo unos pasos en dirección a la puerta para recibirlas. El senador se queda en su sitio con cara constreñida.

—Buenos días. Adelante —respondo.

Le tiendo la mano a mi colega y escruto su rostro con intensidad al objeto de intimidarla. Lejos de conseguirlo, me sostiene la mirada y la agudiza más aún, dándome a entender que conoce el juego.

«No es una pardilla».

Mi mandíbula se tensa por el descubrimiento y por el impacto de sus ojos verdes en los míos, que me producen una sensación desconocida. No lo voy a negar; me había hecho otra idea de mi compañera y me tiene desconcertado, aunque procuro que no me lo note. Mi instinto me dice que no es el cervatillo pastando en la sabana que imaginaba. La verdad, no me he preocupado de recabar información sobre su currículum estos días atrás… ¿Tal vez debería haberlo hecho? Se cruza por mi cabeza la frase que el senador me ha regalado: nunca subestimes a tu enemigo. Por primera vez siento que tiene razón. Con algo de esfuerzo desvío mi vista de Garret y le suelto la mano, ofreciéndosela a Alice Carlson, que me saluda con un escueto:

—Señor Dawson.

—Siéntense, por favor —les pido hechas las presentaciones, indicándoles las sillas enfrente de las que ocupamos nosotros.

Toman asiento y miro a mi cliente, que no ha dicho aún *esta boca es mía.* Sus ojos hablan por él. No me pasa desapercibida la mirada de odio que le lanza a su esposa. Las encuestas últimamente pintan mal para él con todo este asunto, de ahí, supongo, su nerviosismo y preocupación. Alice Carlson no puede mantenerle esa mirada, aunque lo intenta. Por mucho que se esfuerce en aparentar serenidad —con toda seguridad asesorada por su abogada—, está más nerviosa que su marido, bregado en contiendas donde las puñaladas traperas van y vienen.

—Bien, empecemos —resuelvo con ganas de terminar cuanto antes.

La señorita Garret se pone en guardia estirando la espalda en su asiento. Abro mi carpeta de piel negra y saco dos copias de nuestra propuesta, que deslizo sobre la superficie de la mesa hasta poner un ejemplar enfrente de cada una de ellas. La señora Carlson no lo abre, espera a que Garret —en la que parece tener plena confianza— lo estudie.

Centro mi atención en el rostro de mi rival mientras los señores Carlson, con expresión tensa, aguardan. Aprovechando que está concentrada leyendo los términos del acuerdo, recorro sus facciones. No sabría decir si es guapa, tal vez no, pero sí atractiva, y desprende una seguridad que creo que es lo que me atrae como si fuera un imán cerca de la puerta de un frigorífico. En el momento en que desliza sus ojos desde el documento hasta mí, levantando con lentitud la cabeza, me doy cuenta de que no he podido encontrar un símil mejor. Tan fría como el interior de una nevera, el sonido de su voz llega a mis oídos:

—¿Es una broma, señor Dawson?

Frunzo el ceño y me acerco a la mesa, tocando con mi torso el borde pulido de la superficie de madera. Entrelazo los dedos de las manos. Sus ojos verdes, algo rasgados, están clavados en mí, brillantes bajo unas espesas pestañas que parpadean un par de veces. Silenciosa, una corriente cálida y sutil me recorre mientras la contemplo.

—¿Por qué lo dice, señorita Garret? —pregunto haciéndome el tonto, intentando ignorar cómo responde mi cuerpo a su proximidad.

—Porque la cifra me parece de risa —suelta, bastante resuelta, cerrando la carpetilla donde les he presentado la oferta.

Movida por la curiosidad, Alice Carlson estira el brazo para abrir y descubrir el contenido del acuerdo. Pasa las hojas buscando la parte jugosa y su rostro blanco porcelánico cambia a rojo intenso, justo antes de levantarse de la silla de un salto y de lanzar la carpeta al rostro de su marido en un gesto que nos pilla desprevenidos a todos.

—¡Está claro que no has entendido nada, John! —grita—. ¡Tienes mucho más que perder tú que yo! ¡No te me vas a sacudir de encima como si fuera un simple balón al que le das una patada, ¡¿te enteras?!

Él también se pone de pie para defenderse del ataque, obligándonos a Garret y a mí a levantarnos.

—Por favor, calma —pedimos los dos a la vez, elevando el tono y sujetando del brazo a nuestros clientes.

—¿¡Qué pensabas!? —grita Carlson soltándose de mi agarre—. ¡¿Qué iba a dejar que me sacaras la pasta como a un imbécil?! ¡Ni en tus mejores sueños habrías disfrutado de la vida que has llevado mientras has estado conmigo! ¡No pienso seguir manteniéndote cuando te largues!

—Por favor, Alice, siéntate —ruega Garret.

—¡No mientras no se ponga sobre la mesa una cifra razonable!

—Entonces deberías hacer caso de tu abogada, Al. ¡Siéntate y espera! —se burla el senador, quien vuelve a tomar asiento dejándose caer de golpe sobre la silla.

La esposa se enciende con su respuesta. No queda nada de la mujer algo asustada que entró por la puerta. Después de muchos divorcios a las espaldas, sé que es la sensación de impotencia la que

la ha transformado en la persona fuera de sí que vemos en este momento.

—¡Eres un borracho y un cerdo! —escupe antes de lanzar la amenaza—¡Esto no va a quedar así!

—Cuidado, Alice —advierte el senador con expresión peligrosa.

Aunque supongo que los dos estamos acostumbrados a estas escenas, no dejan de ser bastante incómodas. Yo levanto las cejas y miro a mi colega. Se está mordiendo el labio, incapaz de controlar a su clienta, quien sale disparada hacia la puerta.

«Bueno, pues ya podemos declarar a los Carlson oficialmente en guerra», pienso.

Situación más que previsible considerando la cifra de nuestra propuesta: dejando al margen la liquidación de bienes adquiridos durante sus cuatro años en común, que no han sido muchos ni relevantes, un cero mondo y lirondo.

A Garret y a mí se nos va la vista al senador cuando este, para calmar los nervios, saca de su bolsillo una petaca, la abre con rapidez y le da un sorbo largo. Siento cómo se me retuerce el estómago.

«Joder —maldigo—. ¿No puede esperar este imbécil a que se vaya la abogada de su mujer para echarse el trago?».

De inmediato, desplazo mi mirada a Garret, quien me obsequia con una sonrisa maliciosa de medio lado. El inútil del senador acaba de darle gasolina para apretarnos las tuercas o arrancar la defensa de Alice en el juzgado. Lo ha visto darle al *drinking* en vivo y en directo. Mis ojos se quedan anclados en los suyos mientras me muerdo la parte interna de la boca. Creo que estoy escuchando su pensamiento ahora mismo: «Tu cliente es

gilipollas. Y os vais a cagar». John Carlson, ajeno a la conversación silenciosa que mantenemos, se levanta para seguir el mismo camino que su mujer.

—Me voy, Dawson. Tengo prisa. Mantenme informado —le escucho decir.

Mi voz suena ronca por el cabreo cuando me giro para responder:

—Claro.

En cuanto se larga, mi atención vuelve a la abogada. Estamos los dos de pie, enfrente, uno a cada lado de la mesa.

—¿Cero dólares? ¿En serio? —pregunta, cínica.

—Cero dólares y lo que resulte de la liquidación al cincuenta por ciento de los bienes del matrimonio —matizo.

Recoge la propuesta y la guarda en una cartera de cuero gastado que despierta mi interés.

«Seguro que se trata de un objeto de valor sentimental».

Tiene toda la pinta de ser una de esas personas con apego a las cosas que significan algo.

Salgo de mis pensamientos e intento centrarme en lo que me interesa: el hecho de que se haya guardado la propuesta puede ser un buen indicio.

—Pese a la reacción de tu clienta, veo que vas a estudiarlo —apunto esperanzado, señalando con un gesto el maletín donde acaba de meter los documentos.

Al instante, me doy cuenta de que no; ladea el cuello y se muerde el labio inferior que ha curvado hacia arriba desplegando una sonrisa que no me gusta ni pizca. Después niega varias veces con la cabeza, como si no diera crédito a lo que acabo de preguntar.

—¿Lo dices porque me he guardado tu propuesta?

No contesto. Aguardo a que continúe porque está claro que aún no ha acabado.

—¿Sabías que la mierda arde? Es un combustible fabuloso —me suelta.

Aún no estoy seguro de haber entendido bien —«¿ha dicho mierda?»— cuando la veo caminar en mi dirección, rodeando la mesa con calma. Se queda a escasos dos palmos de mi cuerpo y el pulso se me acelera.

«¿Qué cojones me pasa?».

Solo puedo pensar en que huele deliciosamente bien. Una fragancia sencilla que, no obstante, me perturba.

—Cuánta más cantidad más intenso es el fuego, y este acuerdo —sigue explicándose levantando su maletín—, es una mierda tan grande que este invierno voy a calentar mi humilde oficina sin gastar ni un centavo. —Chasquea los labios con chulería y me lanza una falsa sonrisa antes de largarse empujando deliberadamente mi brazo con su hombro.

Ni con el empujón reacciono. Me ha dejado sin palabras, y no es fácil conseguirlo. No me esperaba esto. Mis ojos se deslizan tras sus pasos. Contemplo su figura dentro de su falda negra de tubo y sus zapatos granates de tacón.

«Está buena».

«¡Joder! ¡¿Cómo que está buena?! ¡Céntrate!» me reprendo a mí mismo por gilipollas.

Sin darme tiempo a pensar una respuesta, Garret se despide. Ni siquiera se digna a echar la vista atrás cuando lo hace:

—Nos vemos en los juzgados, Dawson.

Una vez desaparece de mi ángulo de visión, me muerdo el labio y me paso ambas manos por la cabeza, dejándolas descansar sobre la nuca. Me quedo plantado en medio de la sala de juntas con cara de idiota, sin importarme que las personas que desfilan por detrás del cristal me miren extrañadas, probablemente preguntándose qué me ocurre.

La respuesta es muy sencilla: acabo de darme cuenta de que he subestimado a mi enemigo. Un enemigo que viene del Bronx y que tiene nombre y apellido: Grace Garret. Aunque ha sido un breve contacto, he tenido suficiente para ponerme en alerta. Mi culo está en juego, así que más vale que me concentre en ganar este caso.

CAPÍTULO 6

GRACE

Casi me salto un semáforo en rojo y le doy a un coche por detrás gracias al cabreo que me acompaña desde que he abandonado la sede de MK & Lewis, la firma donde trabaja el presuntuoso ese. Había escuchado que era un cabrón… No puedo estar más de acuerdo, por desgracia he tenido el placer de comprobarlo por mí misma.

«Cero dólares. Hay que ser capullo» pienso por enésima vez.

Si mis pensamientos se estuvieran retransmitiendo por televisión no habría dejado de sonar el piiiiiiiiii que ponen para evitar que se oigan los insultos. No he parado de soltar sapos y culebras contra Dawson y el senador en la última media hora, aunque estoy segura de que lo de los cero dólares ha sido idea del primero.

Aparco el coche con maniobras bruscas y doy un tirón al freno de mano con tanta rabia que casi lo arranco de cuajo. Cruzo la calle a paso rápido y abro la puerta de la oficina. Violet se levanta corriendo a mi encuentro en cuanto me ve.

—¿Qué tal? —me pregunta con ojos expectantes.

—¿¡Que qué tal?!¡No me hables! ¡Estoy que muerdo!

Voy directa a mi despacho. Me quito el abrigo y lo cuelgo en el perchero. Luego dejo el maletín y el bolso en una de las sillas frente a mi mesa. Bueno, más que dejarlos, los lanzo de mala gana.

—¿Qué ha pasado, Grace? —vuelve a preguntar mi asistente con cara preocupada.

—Lo que ha pasado es que ese inútil de abogado, relamido y prepotente, me ha plantado sobre la mesa una propuesta de cero dólares… ¡Cero dólares, Violet! Pero, ¿qué se ha creído? ¿Que soy idiota?

Va a hacer un comentario, pero mi verborrea se lo impide.

—En realidad, está muy claro lo que sucede… ¡Como no pertenezco a un bufete de esos que te cobran cinco cifras solo por atravesar su puerta, no me ha tomado en serio! —Dibujo una sonrisa forzada con el sentimiento de rabia trepándome desde las tripas— ¡Este no sabe con quién se ha cruzado! ¡Va a sudar tinta para ganarme!

—Entonces, ¿iremos a juicio?

La miro con cara perpleja, sin poder creer que me haga esa pregunta.

—¡Violet! ¡Que ha ofrecido cero dólares! ¡Que se ha reído en nuestra cara! ¡Si hay que ir, por supuesto que iremos!

—¿Y la liquidación de los bienes comunes del matrimonio?

—Sí, claro, eso sí lo ha reconocido. ¡Solo faltaría!

—¿Cómo se lo ha tomado Alice?

—Ha salido pitando por la puerta hecha una furia, después de tirarle a su marido la propuesta a la cabeza. —Tuerzo la boca en una expresión de disgusto recordando el momento—. La verdad, no ha sido correcto, pero tampoco puedo reprochárselo. Creo que yo habría hecho lo mismo.

—¿Y no te ha explicado su abogado la razón de esa propuesta?

—No lo he dejado. Le he dicho que me parecía una mierda y me he largado detrás de Alice, diciéndole que nos veríamos en los tribunales.

Violet resopla y frunce el ceño sin apartar la vista de mí. Sé lo que está pensando.

—Deberías llamarlo, intentar razonar con él y que suba la cifra.

—No, Violet. No me valora y no pienso darle más razones para que siga sin hacerlo. No voy a irle detrás. Si quiere evitar que el senador pase por el juzgado tendrá que ser él quien venga a mí.

—Un juicio en mitad de una campaña electoral no beneficia para nada a su cliente —reflexiona Violet.

Sonrío maliciosamente.

—Exacto. Por eso llamará. Y más vale que me guste lo que me proponga.

Nos miramos las dos con complicidad.

—Entonces, a esperar —concluye.

—A esperar. Esta tarde telefonearé a Alice para explicarle cómo está el tema.

—OK.

En este momento se abre la puerta y aparece Brad, el hermano de Violet.

—¡Hola, preciosas! ¿Qué tal va todo? Pasaba por aquí y me he dicho: voy a ver a mis chicas preferidas, a ver si les apetece comer conmigo.

—¡Hola, hermano! Si invitas tú, sin problema.

—Hola, Brad —me uno al saludo—. Me parece una idea perfecta. Necesito desconectar del trabajo. Ha sido una mañana…

decepcionante.

—¿Y eso?

—Un abogado de Manhattan, que se le ha reído a la cara —resume Violet, yendo en busca del abrigo que ha apoyado en el respaldo de su silla.

—Podrías ser un poquito menos cruel, bonita —me quejo.

Aunque sea la pura verdad, duele oírlo de forma tan cruda. Mi estómago se retuerce y me acuerdo otra vez de la cara de Dawson.

«Una cara muy bonita si no tuviera detrás a un completo imbécil» escucho a mi voz interior. Me fastidia reconocerlo, porque después de lo de hoy ya le he puesto una cruz y me gustaría también hacerle vudú, pero lo cierto es que mi colega es muy guapo. Y lo peor, muy buen abogado.

—Dime quién es, que le parto la cara —bromea Brad.

—No te preocupes, sé defenderme solita —le aseguro mientras me pongo el abrigo y cojo el bolso.

—Está bien, pero si algún día me necesitas, aquí estoy —vuelve a ofrecerse mientras nos pasa un brazo por detrás a cada una y nos arrastra hacia la salida—. Ya sabéis que las dos sois mi ojito derecho.

—De momento, con que nos invites a comer nos conformamos, ¿verdad, Grace? —insiste su hermana.

—Sí. Aún no hace falta que te pegues con nadie.

A pesar de mis palabras, mi mente no puede evitar recrear la imagen de Brad —que hace deporte y está fuerte—, dándole una lección a ese tipo para ponerlo en su sitio. Arrugo la frente mientras los visualizo pegándose y llego a la conclusión de que quizá no sería tan buena idea; dudo de quién se llevaría la peor parte. Aunque me

duela, aún recuerdo la amplia espalda de Dawson, marcada bajo la camisa y el traje a medida que vestía.

CAPÍTULO 7

RAY

Con el senador hemos decidido ser algo más generosos y subir un poco nuestra propuesta, a ver si su esposa y Garret se avienen a razones. Mi cliente quiere evitar pasar por los tribunales y que su divorcio se convierta en un circo en medio de la campaña para su reelección. Por eso estoy aquí, haciendo cálculos para retocar la cifra y sustituir el cero por un número lo bastante atractivo que las disuada de seguir adelante y llevarnos a juicio.

Me remango la camisa hasta los antebrazos y me estiro hacia atrás todo lo que da mi espalda. Siento los músculos entumecidos. Son casi las siete de la tarde y llevo más de tres horas sentado, ultimando la propuesta de Carlson y repasando sentencias del otro caso que tengo entre manos. Mientras el del senador está en fase inicial, el de los Harvey afronta la recta final; mañana es la última sesión ante el juez y tengo que prepararme bien el alegato para convencerlo y que se ponga de nuestra parte. Me aflojo la corbata y mi cuello agradece sentirse liberado. Lo giro, haciendo un par de círculos para destensar las cervicales y acabo echándolo hacia atrás, reposando la cabeza sobre el cómodo respaldo, permitiendo a mi mente que se relaje y divague.

Después de tanto tiempo ayudando a otros a separarse, empiezo a pensar que todos los matrimonios están condenados al fracaso, lo que no hace más que reafirmarme en la idea de que el

amor para siempre es una mentira… Además, ¿quién quiere una chica para toda la vida pudiendo disfrutar de una diferente cada fin de semana? En ese momento me acuerdo de Grace Garret. Coloco las manos entrelazadas sobre la cabeza y sonrío al recordar lo que ocurrió hace unos días en la sala de juntas. No es la primera vez que visualizo ese momento y a estas alturas ya me he dado cuenta de que me siento atraído por ella, no tanto por su físico —aunque es atractiva—, como por su carácter. Me gustó que me enseñara los dientes. Resultó estimulante y hubiera sido divertido en cualquier otro caso, pero con el divorcio de los Carlson me juego demasiado así que, si es necesario, no dudaré en sacar la artillería pesada para ganar.

Con esa idea, me levanto para sacarme un café en el cuarto de desayunos. Lo necesito para aguantar un par de horas más. A punto estoy de rebasar la puerta de mi oficina cuando oigo que suena el móvil que he dejado sobre la mesa. Retrocedo sobre mis pasos para comprobar de quién se trata. Al descubrirlo, mi expresión se agria. Es mi hermana, e intuyo el motivo de su llamada. Dudo unos segundos si descolgar. Al final, ante su insistencia, no me queda más remedio que hacerlo.

—Hola, Claire —saludo sin una pizca de entusiasmo, pese a que hace más de dos meses que no hablamos.

—Hola, Ray. ¿Cómo estás?

—Bien. Muy ocupado. Como siempre. —Mi voz suena cortante, aunque sé que no se lo merece.

—No te entretendré mucho, tranquilo. Solo quería saber de ti —me dice conciliadora, obviando mi tono impertinente.

—Estoy bien. Nada excepcional que contar. A pesar del caos de Nueva York mi vida es bastante rutinaria y monótona.

—Eso es imposible, Ray… Con la gente que te codeas seguro que conoces algún chisme de esos que no pueden salir a la luz porque se liaría la mundial —bromea.

Sonrío. Es buena persona. Me duele que no desfallezca en su intento de mantener unido lo que hace tiempo que se ha roto: el vínculo con mi familia.

—Puede ser —respondo, misterioso—. Quién sabe… Si un día de estos encuentras algo valioso con lo que sobornarme, tal vez acabe contándote alguno de esos secretos —la reto.

Sé que estamos sonriendo los dos, pero el tema no da para más. Hace tanto que no hablamos que parecemos dos extraños. El silencio nos envuelve y noto que los preliminares para relajar el ambiente se han acabado. Ahora llega la verdadera razón de su llamada.

—Ray…

—Dime.

—Se acerca Navidad… ¿No vas a venir este año tampoco? Estoy segura de que papá y mamá se alegrarían de verte.

Trago saliva y siento que vuelve a aparecer el vacío en mi estómago. Aunque ella no pueda verlo, mi gesto se contrae.

«Siempre la misma historia».

—Tengo mucho lío, Claire.

—Ray, quieren verte.

—¿Y por qué no me llaman ellos?

—Porque para los dos eres un muro de piedra.

El vacío en el estómago se hace mayor, empiezo a sentirlo como un agujero negro que acabará engulléndome. Sin esperar mi contestación, continúa con un tono duro que me pilla desprevenido:

—Ray, esta vez no he llamado por propia iniciativa. Si lo he hecho ha sido porque ellos me lo han pedido. Estoy harta de intentarlo. ¿También quieres perderme a mí? —me pregunta a bocajarro.

Su pregunta ha sido un disparo directo al corazón.

Mi cuerpo se afloja y tengo que sentarme en el borde de la mesa. Mi mano, la que sostiene el teléfono, tiembla un instante.

—No —respondo escueto, temiendo que la voz me flaquee también.

—Pues ven. Si te importo algo, pasa la Navidad con nosotros.

Cada músculo de mi cuerpo se tensa cuando mi hermana me pone entre la espada y la pared. Aprieto los labios y me meso el pelo con la mano que tengo libre, nervioso. ¿Qué hago? No quiero perderla, claro que no. Es el último eslabón que me une a lo que alguna vez fue mi familia.

—¿Vendrás? —insiste.

Respiro hondo y sé que me ha escuchado desde el otro lado de la línea, donde ahora solo encuentro un silencio apremiante.

—Está bien. Iré —claudico.

Le cuesta responder. Quizá no esperaba que dijera que sí. Carraspea un momento para aclararse la voz.

—Gracias, Ray. ¿Cuánto te quedarás?

—Nochebuena y Navidad.

No quiero comprometerme a más días. Solo pensar en la cena y comida familiares me produce taquicardias.

—Vale.

—Claire, tengo que dejarte. Dales recuerdos de mi parte…, y un beso a Daniel —añado al final.

Entonces cuelgo, porque siento que los ojos se me humedecen.

Suelto el teléfono sobre la mesa con desgana y aprieto los párpados, hundiendo el pulgar y el índice sobre ellos para impedir las lágrimas. Lo consigo a duras penas.

Odio estas fechas. Odio tener que volver a casa y fingir que todo está bien. El agujero en mi estómago se acrecienta con la perspectiva de verlos de nuevo. Mi corazón palpita cada vez más deprisa. Me estiro la corbata y me deshago de ella, pasándola por encima de la cabeza. Me falta el aire. La ansiedad vuelve a apoderarse de mí.

«Necesito a Sejmet».

Vuelvo a coger el teléfono y marco su número. Al oír que descuelga le suelto la pregunta directamente, pasando por alto el saludo de cortesía:

—¿Puedes ir esta noche al club?

—Hola, Dark. Claro. ¿A qué hora? —me responde sin un ápice de empatía en la voz.

—En un par de horas.

—OK. Allí estaré.

Colgamos. En mi cabeza resuena mi nombre.

Dark.

No pude haber elegido uno mejor. Ahora mismo necesito fundirme en la oscuridad, desvanecerme, abandonar a Ray y rendirme otra vez a la sombra en la que me he convertido.

CAPÍTULO 8

RAY

Accedo al club por la entrada trasera, la que está pensada para garantizar el anonimato a los putos enfermos como yo. Aún no logro asimilar cómo he podido llegar a esta situación. Poco importa. Lo único que busco es, aunque sea una contradicción, aliviar mi dolor. Al salir de aquí me sentiré *un mierda*, pero al menos mi mente se habrá relajado y podré vivir un tiempo sin martirizarme.

Saludo al tipo de la entrada y recorro un largo pasillo pintado de negro que parece la garganta de un demonio, hasta que entro en el *box* que suelo usar siempre —un cuartucho de pequeñas dimensiones, también negro, en el que apenas cabe una persona—. Al instante se enciende una luz roja, prohibiendo el paso mientras me cambio. Me desnudo, quedándome solo con el bóxer, y me pongo la máscara que pende de uno de los colgadores donde he dejado el resto de mi ropa. Inspiro con fuerza y me trago el aire viciado del recinto, mientras me echo un vistazo en el espejo. Hacía un par de meses que no aparecía por aquí y las marcas de la espalda, aunque visibles todavía, se han atenuado. Los músculos de mi cuerpo, definidos por el gimnasio, lo están mucho más ahora, crispados por la tensión. Saben lo que se avecina. Es curioso; mi cuerpo la rechaza, pero mi mente no desea otra cosa que empezar la sesión.

Abandono el cambiador, salgo a la sala de juegos y le doy al interruptor para dar luz verde a Sejmet, mi dominatrix. La primera vez me llamó la atención su nombre y no pude resistirme a indagar sobre él. Descubrí que es el nombre de la diosa egipcia de la guerra y la venganza. Me siento en el borde de la cama e inhalo con fuerza, el olor a goma y cuero invade mis fosas nasales. Mientras la espero, echo un vistazo alrededor, a este lugar que ya me resulta bastante familiar. Luz tenue y dos únicos colores, negro y morado, en cada uno de los elementos de la habitación: paredes, sábanas, cabecero y elementos de juego (banco, potro, cadenas y barrotes de la pequeña cárcel que hay en un rincón).

No la oigo entrar. Solo me vuelvo hacia la puerta cuando ella la cierra de un portazo, en un gesto que demuestra su deseo de intimidarme y de dejar claro quién manda a partir de ahora. En ese momento, siento que empiezo a relajarme; toca soltar el control y cedérselo a mi ama.

—Hola, Dark —me saluda, insinuante, al llegar a mi lado con el látigo que acaba de descolgar de una pared.

—Hol… —Antes de que pueda terminar, me suelta una hostia que me vuelve la cara.

—Creo que no te he dado permiso para responder. —Su tono es gélido e impersonal.

Me gira la cabeza con la mano, enfundada en un guante negro que le llega hasta el codo, obligándome a mirarla a los ojos. Es lo único que puedo ver de ella. Lleva una máscara que, como la mía, también le cubre el rostro. Debería callarme, pero no lo hago porque necesito más.

—Sí, mi…

¡Zas! Ahora el guantazo me llega por el otro lado, haciendo que mi cara y los mechones de mi pelo vuelen en la dirección contraria.

—Sí, mi ¿qué? Responde ahora.

—Sí, mi ama.

No puedo asegurarlo con certeza, pero el brillo en sus ojos me hace sospechar que está sonriendo bajo la máscara. Me empuja hacia atrás, tumbándome sobre la cama, y se coloca a horcajadas sobre mí. Aunque está sentada sobre mi miembro estos juegos no me la ponen dura. Vengo a lo que vengo. Tampoco ella está obligada a follar con los clientes. Solo si le apetece. Es una de las normas que leí en la *web* del club antes de venir por primera vez. Debe de ser que no soy su tipo, porque jamás se me ha insinuado, y esa es la razón de que siempre la elija a ella. Tenemos un pacto: nada de penetraciones, ni por mi parte, ni por la suya. Solo golpes. Me sube las manos por encima de la cabeza y me las ata con el látigo, justo antes de agarrarme del pelo y susurrarme a escasos centímetros de mi máscara:

—No te muevas, vuelvo enseguida.

Obedezco y la sigo con la vista. Se va hacia la pared y coge unos grilletes y una porra de goma. Mi cuerpo reacciona porque conozco la sensación del golpe sobre la piel. Mientras se acerca, pienso que sería mucho más fácil buscar bronca en cualquier bar de mala muerte, pero de esa forma, tarde o temprano dejaría de ser anónimo y mi vida, lo poco de ella que vale la pena, se iría por el retrete.

—¿Quieres probar mi nueva porra, Dark? —escucho su voz, hueca por efecto de la máscara.

Me doy cuenta de que el artilugio no es el de siempre. En su superficie hay relieve; pequeños bultos que intuyo no van a ser agradables al contacto con mi cuerpo. No obstante, lo deseo.

Mi hermana, mis padres, Daniel… Todos vuelven a mi cabeza en ese instante. Deseo tanto los golpes que la provoco:

—¿Y tú? ¿Quieres probar la mía?

Siento cómo se tensa bajo el traje de cuero negro que lleva.

—Date la vuelta —me ordena sin poder esconder la ira.

En cuanto lo hago y me quedo boca abajo, manipula los grilletes para ponérmelos en los tobillos. Cuando intento separar los pies, compruebo que no hay posibilidad. Son grilletes siameses, sin cadena en medio, lo que hace que mis tobillos queden muy juntos. Aunque lo intentara, no podría caminar. Vuelve a sentarse sobre mí, en mi culo, y entonces me da el primer golpe en las costillas. Suelto un gruñido.

—¿Qué has dicho, Dark? Si quiero probar tu ¿qué?

—Si quieres probar mi…

No termino la frase y ya ha descargado otro golpe en el mismo sitio.

—Te gustaría, estoy seguro —vuelvo a incitarla.

Me da dos, tres, hasta cuatro golpes más en ambos costados que me hacen soltar todo el aire que me queda dentro. Me coge del pelo y estira mi cabeza hacia atrás. Todavía jadeo por el dolor al sentir su aliento sobre mi oreja:

—Puede que me gustara follar contigo, pero me gusta mucho más joderte así, porque sé que eres un chico malo, ¿verdad?

Suelta mi cabeza de una sacudida, me desata el látigo de las manos y se pone de pie con agilidad.

—¡Levántate!

Apenas puedo moverme por el dolor en las costillas. No obstante, no se apiada de mí:

—¡Deprisa!

Hago la croqueta sobre las resbaladizas sábanas de raso y me dejo caer al suelo. A sus pies. Encogido sobre la moqueta morada, contemplo sus botas negras de tacón. Me levanta la cabeza con la punta afilada de una de ellas, y en sus ojos veo rabia. Disfruta con esto. Hace restallar el látigo en el aire y lo descarga sobre mi espalda, provocándome un desgarro lacerante que me hace gemir.

—¿Quieres más?

—Sí…

La piel vuelve a escocerme, caliente y sensible, cuando lo deja caer con fuerza otra vez.

—¿Tan malo has sido, Dark? ¿Tan mierda eres?

—Sí.

Instintivamente, sabiendo lo que va a volver a ocurrir, me hago un ovillo anticipándome al dolor. A medida que este se acrecienta, mi cabeza deja de pensar, concentrada en soportar los golpes.

Tres cuartos de hora más tarde, apenas puedo moverme. Me he convertido en un cuerpo recubierto de rojeces (que mañana serán moratones abultados), y desgarros en la piel.

—Ha pasado el tiempo, Dark —anuncia Sejmet en un tono algo más amable—. Vamos, te ayudo a ponerte en pie.

Levanto la cabeza y compruebo que me está tendiendo la mano. Alzo el brazo y me lo sujeta. A continuación, tira de mí con

cuidado ayudándome a que me incorpore. Emito un gruñido de dolor cuando mis huesos, encogidos sobre el suelo, se reposicionan dentro del cuerpo al cambiar de postura. La piel en la espalda me tira, aunque no es nada comparado con el dolor que sentiré mañana.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Estiro la columna con cuidado y nos miramos a través de nuestras máscaras.

—No. Pero eso es bueno. ¿Y tú?

—Perfectamente. —Su voz vuelve a ser distante.

Nos quedamos en silencio, sin decirnos nada más. El servicio ha acabado y aquí se queda todo. Dejo el dinero sobre la mesita, junto a la cama, y me meto en el cambiador para vestirme.

—¿Necesitas que te ayude? —la escucho decir.

—No, no te preocupes. Vete ya. Gracias.

—De acuerdo. Hasta la próxima, Dark.

Cuando me quedo solo, mis ojos me buscan en el espejo. Doy pena. Sin embargo, me siento relajado al saber que he expiado un poco mi culpa. Comienzo a colocarme la camisa y el simple roce de la tela sobre mi piel me produce un dolor insoportable.

CAPÍTULO 9

GRACE

—¡Sí! —exclamo nada más colgar el móvil.

Acaba de llamarme el abogado del marido de Elisabeth McMillan para comunicarme que su cliente está de acuerdo con la cifra para la manutención de los hijos y el régimen de visitas que planteamos. Una oleada de satisfacción me recorre el cuerpo. Después de la bochornosa oferta que nos hizo Dawson el otro día…, ¡por fin una buena noticia!

Busco la famosa canción de Cyndi Lauper en mi móvil y la pongo a todo volumen. Luego abro la puerta de mi despacho y salgo bailando, buscando la complicidad de Violet. Me sonríe en cuanto me ve y se pone de pie, colocándose enfrente. Con los dedos en uve, cruza el brazo sobre sus ojos, igual que estoy haciendo yo. Luego grita para dejarse oír por encima de la música:

—¿Quién?

—El marido de Elisabeth. Está de acuerdo con casi todo.

—¡Toma ya! —se alegra al saberlo—. ¿Y el senador? —pregunta, alejándose, moviendo el culo al ritmo de la música—. ¿Ha dado señales de vida?

—Todavía no, pero las dará.

Ha pasado más de una semana desde nuestra reunión y su estirado abogado aún no se ha puesto en contacto conmigo. Esperaba que lo hubiera hecho ya, para intentar llegar a un acuerdo

antes de Navidad; apenas nos separan diez días de Nochebuena. En fin, supongo que habrá que esperar un poco más. No obstante, no van a fastidiarme la celebración de esta victoria, así que continúo bailando.

—No te preocupes, el pedante de su abogado se está haciendo de rogar. Si en esa cabecita hay algo más que pelo engominado, llamará —aseguro a mi ayudante.

Violet se ríe y yo hago lo mismo antes de taparme la nariz y flexionar las rodillas, bajando en una especie de buceo imaginario frente a mi asistente.

De pronto, oímos que alguien tose a nuestra izquierda. Las dos nos giramos, sobresaltadas —yo, todavía con los dedos tapándome la nariz—, y descubrimos que se trata de Ray Dawson, plantado en toda su estatura en mitad de la puerta, con su traje impoluto y la corbata perfectamente anudada alrededor de ese cuello tan tentador.

«¿He dicho cuello tentador?»

Nos observa con los labios apretados y el ceño fruncido. Si mi sexto sentido no me falla, diría que está entre sorprendido y disgustado. Me pregunto cuánto tiempo llevará mirando.

—Hola, Dawson —saludo, retirando la mano de la nariz. Bajo de inmediato el volumen de la canción en el móvil.

—¿Habéis terminado ya? Podéis continuar hasta el final, por mí no hay problema. Puedo esperar ahí —ironiza, señalando con la cabeza los sillones de nuestra modesta salita de espera.

—Buenos días, señor Dawson —dice Violet, tan cortada como yo—. Si me disculpa…

La muy cobarde se excusa en cuanto se da cuenta de quién es, y se va al baño, dejándome sola para que me las apañe con él. Todavía sigo con la mirada clavada en mi colega, en parte por el sobresalto, en parte porque está más bueno que una tarrina de helado *Häagen-Dazs.*

Dawson enarca las cejas esperando mi respuesta.

—Sí. Ya hemos acabado. Estábamos haciendo gimnasia laboral, como los japoneses, para mover un poco los músculos, ¿sabes?

Frunce los labios un segundo, como conteniéndose.

—Ya.

«Creo que no se lo ha tragado».

Sonrío, intentando obtener un poco de misericordia por su parte. Nada. Sigue ahí, de pie, con cara de cenutrio estreñido. Toso, me rasco el cuello y pienso qué es lo siguiente que tengo que hacer…

«Sí, claro, hacerlo pasar a mi despacho… Parezco tonta».

Sin llegar a verbalizar mi pensamiento, él se me adelanta y da cuatro pasos en mi dirección. Noto cómo las pulsaciones se me revolucionan, más que si hubiera seguido bailando.

—¿No vas a hacerme pasar a tu despacho? Este abogado pedante y engominado quiere comentar contigo el caso que nos llevamos entre manos.

«Joder, me ha oído».

Ahora mismo mi cara está poniéndose roja como un pimiento; lo sé por el calor que la invade con intensidad. La actitud torpe que estoy mostrando ante Dawson está recortando la ventaja que tomé el día de nuestro primer encuentro, cuando lo dejé con cara de

idiota en medio de su sala de juntas. Me obligo a recuperarme tras su aparición inesperada, poniéndome derecha y levantando la cabeza, desafiante.

—Por supuesto. Vamos. —Hago un gesto con la mano para indicarle que me siga—. No quiero que te lleves una impresión equivocada por habernos pillado en mitad de nuestra gimnasia laboral. Es muy saludable —me defiendo con descaro.

—Lo tendré en cuenta, aunque prefiero el gimnasio y salir a trotar. Así no correré el riesgo de que un cliente o un colega me pille en mitad de una pose ridícula.

Encajo el golpe e intento devolvérselo:

—¿Bailar es ridículo? —enarco las cejas—. Tu novia debe de aburrirse mucho contigo, pobrecita.

—No tengo novia. Las mujeres son una pérdida de tiempo, y no es que el tiempo me sobre, precisamente. ¿Podemos ir al grano ya?

Lo fulmino con la mirada. Además de prepotente, también es un misógino. Un derroche de virtudes, vamos.

—Tienes razón. Hablemos de trabajo. Apenas te conozco, aunque lo suficiente para saber que no me interesa conocer nada más de tu persona.

Me doy cuenta del brillo que aparece en sus ojos con mi última frase, acompañado de un leve apretón de mandíbula que tampoco se me escapa. ¿Le ha dolido?

«Pues te jorobas, por impresentable».

Camino hacia mi despacho esperando que siga mis pasos. Aguardo en la puerta a que cruce el umbral y, cuando pasa por delante de mí, cierro la puerta.

—Siéntate —le pido.

Antes de hacerlo, deja la cartera en una de las sillas y se desprende de su elegante abrigo azul marino. Le señalo con el dedo el perchero de pie que tengo en una esquina, y lo cuelga junto al mío. Lo observo de pies a cabeza sin que se dé cuenta.

«Qué bien le sientan los malditos trajes», pienso.

Es lo que tiene que te los hagan a medida, aunque tengo claro que, en su caso, el resultado no variaría si llevara puesto uno comprado en *Walmart*. Adivino un cuerpazo de infarto bajo el traje gris oscuro y la camisa blanca con que lo combina.

«Un cuerpo que te gustaría ver más de cerca, ¿eh?», escucho de nuevo a mi mente traidora.

Me toco la nariz, incómoda, y me siento. Él también se acomoda frente a mí. Nos miramos. Al colgar el abrigo y sentarse, su perfume se ha propagado por mi pequeño despacho. Es cálido y especiado, y noto cómo despierta con fuerza mis hormonas. Casi siento la necesidad de cerrar los ojos y aspirar con intensidad, reteniéndolo en mi olfato para siempre. Es muy masculino, un arma perfecta para atraer a cualquier mujer que se cruce en su camino. Incluida yo misma si no fuera porque yo soy quien soy y él es quien es: abogados contrincantes en el mismo caso de divorcio y personas con valores completamente opuestos. Respiro hondo y me esfuerzo en conducir mi mente hasta el asunto por el que nos hallamos los dos, en este instante, sentados uno frente al otro. Me resulta difícil, y no son mis hormonas las únicas culpables; su mirada me intimida. Sus ojos me estudian con detalle, como si quisiera retener cada uno de los rincones de mi rostro, igual que mi olfato quiere quedarse con su aroma refinado y no soltarlo nunca.

—Bien… —digo por fin, intentado romper el incómodo silencio —, espero que tu excursión a este humilde barrio me deje satisfecha; si no, no garantizo que tu coche regrese contigo en el mismo estado. Conozco a gente que colecciona bates de béisbol, por si no lo sabías —bromeo, suponiendo que haberse molestado en venir hasta el Bronx le habrá costado un considerable esfuerzo.

Levanta un lado de su boca en una sonrisa traviesa. Yo hago lo mismo; se ha acabado lo de parecer la abogada tonta, pillada en un baile ridículo.

—Si me dices exactamente en qué he de dejarte satisfecha, me pongo con ello. He traído una propuesta modificada, pero si te refieres a otro tipo de satisfacción más personal… no tengo problema en emplearme a fondo. Todo sea por salvaguardar mi coche de los bates de tus amigos.

Siento que el corazón se me pone del revés. Trago saliva con disimulo y hago un esfuerzo descomunal por aparentar que sus palabras no han producido ningún efecto en mí, aunque la circulación me corra desatada por las venas. Sonrío de medio lado y me retrepo en el asiento, buscando en mi cabeza una respuesta igual de ingeniosa que la suya. Sé que la espera, porque no deja de mirarme y se ha echado hacia atrás, apoyándose en el respaldo, sin prisa. Diría que se está divirtiendo.

—¿Qué quieres? ¿Añadir una chica del Bronx a tu más que probable insulsa lista de conquistas? Me jugaría el cuello a que todas son rubias de bote, con mechas y tetas operadas. El problema es que la chica que tienes delante no se acuesta con tíos así porque sí.

—¿Así porque sí?

—Solo porque el tío tenga buen físico —me explico.

—Así que estás reconociendo que tengo buen físico… —Enarca una ceja interrogante, que acompaña con una sonrisita presuntuosa.

—No voy a mentirte, no estás mal, pero no soporto a los tíos que no me valoran.

—¿Yo no te valoro? —vuelve a repetir mis palabras, todavía relajado en el asiento, aunque con renovado interés.

—Por supuesto que no. Si lo hubieras hecho, no te habrías atrevido a presentarme esa mierda de propuesta.

Se humedece los labios y su mirada se vuelve más profunda. Creo que mi respuesta le ha gustado, aunque yo pretendiera todo lo contrario: darle un bofetón verbal. Vuelvo a notar cómo se acelera mi pulso. ¿Por qué mi cuerpo reacciona así a sus miraditas? ¡Qué rabia me da!

—¿Sabes, Garret? —me dice después de unos segundos en que parece reflexionar su respuesta—. Tienes razón. No lo hice. Por eso vengo a enmendar mi error.

—¿Vas a disculparte? —me aventuro, cabreada conmigo misma por sentirme atraída por este tipo.

Me dedica una sonrisa ladeada, pero no responde. Pierde el contacto visual conmigo y estira el brazo para abrir su maletín. Acto seguido, saca una carpeta con las elegantes iniciales de MK & Lewis impresas en una esquina y la pone sobre la mesa, sin apartar la mano de encima. Vuelve a descansar sus ojos en mí. Tengo la impresión de que está sopesando algo. ¿Qué será? Daría dos dedos de la mano por averiguarlo. Cuando alargo el brazo para coger el documento y descubrir su contenido, me lo impide, retirándola un poco hacia atrás. Levanto la vista hacia él, sin comprender. ¿A qué juega?

—Lo siento, Garret. Siento de veras si te ofendió nuestra propuesta del otro día.

«Ah, así que era eso… No sabía si disculparse o no. Bueno, punto positivo para nuestro abogado de Manhattan».

—Disculpas aceptadas —digo, impaciente, esperando que suelte ya la maldita carpetilla.

—¿Puedo pedirte algo?

Me quedo desconcertada cuando, al tiempo que me hace la pregunta, retira del todo el documento de la mesa, aproximándolo a su cuerpo. Lo atravieso con los ojos y respondo, desconfiada:

—Depende.

No tengo ni idea de qué va este tío, solo sé que no me fío. Sus ojos no se apartan de mí, analizándome como si fuera un cuadro abstracto de esos que no sabes si están boca arriba o boca abajo. Si no fuera porque no me lo puedo permitir —no quiero que note que me intimida—, ya habría desviado la vista hacia otro lado. Dawson me hace sentir como si tuviera quince años: insegura y fuera del mundo.

—Relájate y no seas tan dura conmigo.

—Estoy muy relajada.

—Perdona que lo dude. Estás a la defensiva.

—¿Qué quieres, Dawson? —pregunto para acabar con esto de una vez.

—Invitarte a comer.

Siento como si un martillo acabara de caer sobre mi cabeza, dejándome clavada en la silla. Y lo que es peor, no se me ocurre qué contestar: mi cerebro se ha quedado en blanco, igual que si lo

hubieran metido en una lavadora con el agua a noventa grados. Viendo la inexpresión en mi rostro se explica mejor:

—No me entiendas mal, ¿vale? No pretendo una cita, ni mucho menos. Es solo que me parece normal que te sintieras ofendida con mi propuesta, y una disculpa me parece poco.

Frunzo el ceño, sin entender a qué viene esto. Sigo sin fiarme.

—Mira, Dawson…

—Llámame Ray, ¿quieres?

Estoy a punto de cabrearme de verdad.

—Mira, Dawson… —repito—. No sé de qué va todo esto, pero la respuesta es no. Un no rotundo. Somos abogados contrincantes en el caso de los Carlson, ¡¿cómo voy a ir a comer contigo?!

—Porque no vamos a hablar del trabajo. No hay ninguna ley que impida que vayamos a comer juntos siempre que no perjudique a nuestros clientes.

Mi ceño continúa fruncido. Y ahora, además, se me ha secado la boca.

—No —me reafirmo—. Dame la propuesta.

—No. —Y veo que vuelve a abrir su maletín con la intención de meterla dentro otra vez.

—Pero, ¿de qué vas? —pregunto, reprimiéndome para no elevar la voz.

—Solo te pido que me dejes invitarte a comer. No es ningún delito ni nada reprobable, Grace. Me sentiré mejor —responde sin despeinarse.

Me ha llamado Grace. Oír mi nombre en sus labios me produce en el estómago un revoloteo, pero no de mariposas, sino de pájaros asustados. Me inquieta que me guste cómo sueno en su voz.

«¡Grace! ¿En serio? ¿Así estamos? ¡Debes ser inflexible con él!» me ordeno a mí misma con desesperación.

Es que este hombre me tiene desorientada. ¿No se supone que éramos enemigos de la muerte cuándo ha entrado por la puerta? ¿En qué momento ha cambiado todo? ¿Es una estrategia para que baje la guardia, o es sincero y solo quiere disculparse?

«¡Por favor, Grace! ¡No pierdas la perspectiva! Es Ray Dawson. Un abogado conocido como "El Implacable". Algo pretende».

—Déjame ver antes la propuesta —le pido, con la desconfianza desbordándome por todas partes.

—Dime antes que sí.

—¿Qué pasa? Que sigue siendo una mierda y quieres sacudirte el remordimiento, ¿no? Pues te digo, desde ya, que no hace falta que me consueles con una comida. Podré soportar lo que quiera que contenga el sobre, así que tranquilo.

—¿Tan difícil te resulta creer en mis buenas intenciones?

—Eleva «difícil» a la enésima potencia. Dame la propuesta.

Resopla ante mi testarudez, decepcionado.

Pero ¿este que se cree? ¿Que he nacido ayer? Me fastidia la gente que no acepta un no por respuesta. Frunce los labios y deja el documento sobre la mesa a regañadientes, rindiéndose. Antes de soltarlo me mira a los ojos, y esta vez sí veo algo genuino en ellos.

—No soy perfecto, pero todavía puedo reconocer cuando algo no está bien. Creo que me pasé de frenada al ofrecer cero dólares. Mi disculpa ha sido sincera.

Me quedo inmóvil. Y muda. No sé por qué me suelta todo esto.

—Lo que quiero decir es que puede que no sea tan mala persona como piensas…

—En ningún momento he dicho que seas mala persona —replico.

Ladea la cabeza y sonríe frágilmente.

—Bueno, lo has dado a entender al decir que no te interesa conocer nada más de mí.

«Así que lo de antes le ha dolido de verdad… ¿Dawson tiene corazón después de todo?».

No sé qué decir. Este hombre me descoloca con demasiada frecuencia.

—Mira la propuesta —me dice ahora con tono profesional, liberándola al fin—. No sé si vais a estar de acuerdo, pero es lo que consideramos justo. El señor Carlson no está dispuesto a ofrecer ni un centavo más.

La arrastro hacia mí bajo su atenta mirada. Tamborileo un instante los dedos sobre la carpeta, dudando. Estoy a punto de abrirla para descubrir la cifra cuando suspiro hondo y levanto la vista para encararlo. Sé que estoy a punto de cometer una estupidez, aun así, mi boca no puede quedarse cerrada:

—¿No vas a insistirme más con tu invitación?

Me clava sus iris grises. Su mirada es directa.

—Solo me ha faltado ponerme de rodillas. No pienso rogarte.

Mantengo el contacto visual, aunque me siento confusa.

—Pensaba que…

—¿Que quería ligar contigo?

Me fastidia un poco el tono irónico con que lo dice.

—No, ya imagino que no —le suelto, esforzándome porque no se me note la decepción—. No sé, es que me sorprende que te haya molestado que no quisiera conocer nada más de ti. No me esperaba esa reacción la verdad, y bueno…

Me da la impresión de que me estoy liando y, por su expresión ceñuda, que él no tiene ni idea de a dónde quiero ir a parar. Apenas doy crédito al escuchar de mi propia voz las siguientes palabras:

—En fin, que acepto tus disculpas y también tu invitación, si aún sigue en pie, claro.

Su cara suelta la tensión y su boca acaba curvándose en una sonrisa que ha dejado de ser cínica o con segundas intenciones. Se trata solo de una sonrisa bonita. Si antes me parecía guapo, la expresión de su rostro en este instante lo ha convertido en un tío encantador, hasta el punto de hacerme olvidar quién es.

«Supongo que no pasa nada por relajarme una vez» intento autoconvencerme.

—Gracias —me dice.

Sonrío también. Su voz suena amable. Nos miramos durante unos largos segundos y siento que me pierdo en sus ojos… Son de un gris claro, como las piedras del río…

—¿Vas a abrirla? —lo oigo en la lejanía.

Todavía necesito unos segundos más para volver en mí.

—¿Qué? —pregunto.

—Si vas a abrir la propuesta.

—Ehhh… sí, claro, por supuesto. Vamos a ver…

Me recompongo intentando no pensar demasiado en si se habrá dado cuenta de mi pequeño momento de «enajenación mental» y abro la carpeta para conocer la nueva oferta, esa que

llevamos esperando casi una semana. Ruego que no sea muy decepcionante, porque un día de estos vamos a comer juntos y necesito poder mirarlo a la cara.

Busco con avidez la cifra entre las hojas, deseando que hayan entrado en razón y ofrezcan algo decente. Cuando la veo, la bilis me sube a la boca, aunque me mantengo impertérrita. No me gusta. Sigue siendo baja, muy por debajo de nuestros cálculos. Me muerdo la parte interna de los mofletes, intentando serenarme antes de alzar la cabeza para mirarlo. Sé que me observa expectante, y también que tenía claro que no me iba a gustar.

Al fin, levanto el rostro del documento y apoyo los antebrazos en la mesa. Le clavo la mirada y él me la sostiene, sin intención de recular.

—No vais a sacar más, Grace —me avanza, al ver mi expresión —. Seamos claros, Alice no ha contribuido en nada económicamente durante el tiempo que ha estado con Carlson, tampoco tienen hijos que obliguen a mi cliente a pasarle una pensión ni ninguna propiedad, y además… casi se lo carga —se explica en «modo abogado».

—Era modelo y sacrificó una carrera prometedora para dedicarse a su marido, lo que significa que ha dejado de tener ingresos propios por atender a Carlson. Y lo de que casi se lo carga, ¿no lo dirás por el accidente?

—Exactamente por eso, sí.

—Cualquiera puede tener un accidente, Ray.

—Claro, solo que la cosa cambia si conduces de forma temeraria.

—¿De forma temeraria?

—La carretera donde sucedió estaba llena de eses de goma quemada, procedentes de los neumáticos del coche que conducía. Corría mucho más de lo permitido, derrapando como si fuera por un circuito de carreras. Por suerte era de madrugada y no se cruzaron con nadie —sentencia.

Me quedo pensativa y dudosa. No he hablado con Alice sobre el accidente porque no lo consideré relevante para el tema del divorcio, en cambio Dawson ha hecho uso de todo lo que ha podido para disminuir la cifra a pagar por el senador. Punto positivo para él y negativo para mí. Tendré que llamar a mi clienta para comentar este asunto, y eso es precisamente lo que le digo:

—Tengo que comentarlo con Alice. ¿Es vuestra última palabra?

—Sí —contesta sin vacilar.

—De acuerdo, entonces ya os responderemos.

—¿Cuándo?

—Lo más pronto posible.

—Eso espero. Mi cliente desea zanjar este tema cuanto antes —dice levantándose del asiento, dando por concluida la reunión.

—No corras tanto, Ray —le advierto, levantándome también—. Es probable que mi clienta diga que no.

—Convéncela para que diga que sí. Es una oferta razonable.

Me echo a reír y me acerco a él.

—¿Razonable para quién? Mira, Dawson… Digo, Ray…. Si de mí dependiera, ya te habría dicho que no. Pero no soy yo quien decide.

—No creo que quieras ir a la guerra —me dice en un tono que no me gusta nada.

—¿Me estás amenazando?

—No es una amenaza. Es una recomendación.

—A tu cliente le interesa un juicio menos que a Alice, convence a Carlson de que suba la cifra.

Se muerde el labio y un destello cruza sus ojos antes de recorrerme el rostro con ellos. A pesar del efecto «terremoto magnitud ocho» que sus miradas producen en mí, intento mantenerme en mi sitio, muy tiesa y sin pestañear. Cuando se detiene en mis labios, mi respiración se acelera. Levanta la vista y vuelve a cruzarla con la mía. Sus ojos brillan y se muestran más oscuros, con un matiz distinto que no había visto hasta ahora. Estamos muy cerca. ¿Cuándo nos hemos acercado tanto?

Seguimos inmóviles, simplemente mirándonos. Su mandíbula definida y firme, sus ojos grises con ese halo de misterio que te atrapa sin remedio y ese olor que desprende su piel, están logrando que mis piernas se conviertan en mantequilla. Ray Dawson es guapo, pero a corta distancia es un dios del Olimpo.

—¿Quién amenaza ahora? —pregunta con voz más grave de lo normal y la cabeza algo inclinada hacia mí.

Me da la impresión de que en este momento le importa muy poco el caso. Como a mí. Estamos él y yo, y nada ni nadie más.

Sus ojos se desplazan una y otra vez de mis ojos a mis labios. Creo que no puede evitarlo. Yo tampoco. Me pregunto cómo sabrá su boca. La tensión empieza a ser insoportable.

—No es una amenaza. Es una recomendación —repito sus palabras, haciendo un esfuerzo por continuar dentro de la conversación.

Sonríe.

Aunque me cabrea que intente colármela como buen abogado que es, no puedo evitar derretirme con esa maldita sonrisa. Está como un pan, y cuando se pone en plan canalla me gusta mucho más, para mi desgracia.

—Ya. Pues tú verás —me previene muy seguro de sí mismo, sin alejarse de mí.

Estoy segura que sabe el efecto que me provoca, si no, no alargaría esta proximidad como lo está haciendo. Se nota que lo está disfrutando tanto como yo. Bueno, no: yo más bien lo sufro, porque Ray Dawson es un hombre prohibido para mí, y todo el mundo sabe que no hay nada más apetecible que lo que no está a nuestro alcance. A pesar de lo que me hace sentir, me siento molesta por su tono paternal.

—No, ya verás tú —respondo—. No voy a dejar que os riais de Alice. Si tengo que ir a la guerra, iré.

Vuelve a sonreír. No sé por qué si lo que pretendo es tocarle las narices. Sus iris centellean de nuevo con mis palabras. Entonces levanta un poco la cabeza y da un paso atrás, dando por concluido nuestro momento «íntimo».

—No te lo lleves al plano de lo personal, Grace. Nadie se está riendo de nadie. Es solo una cuestión de pasta. Un caso más.

—No, para Alice es una cuestión de orgullo herido. Y un caso más lo será para ti. Para mí es EL CASO. Mi gran oportunidad. Y no voy a perder.

—Pues tenemos un problema, porque yo tampoco tengo intención de hacerlo.

Intuyo que empieza a considerar la posibilidad de llegar a juicio como algo real. Se muerde el labio sin dejar de repasarme con

sus bonitos ojos. Una vez más está pensando algo mientras lo hace, pero soy incapaz de adivinar qué es. Cuando vuelve a abrir la boca, me desconcierta otra vez:

—¿Cuándo comemos? ¿Te va bien en un par de semanas? Hasta entonces lo tengo bastante complicado. Ya sabes, las fechas navideñas y todo eso. Me voy a Filadelfia, a visitar a mi familia.

—Eh… sí… vale… —balbuceo por el cambio imprevisto de tema, mientras lo observo coger el abrigo.

—Perfecto. Entretanto, espero tu llamada con la decisión de Alice.

Ya se ha puesto la prenda y ahora agarra el maletín.

—OK.

Pretendo darle la mano en plan profesional, pero no se conforma: al estrechármela, me atrae hacia su cuerpo y me da dos besos. Mi pecho toca el suyo, y su olor masculino y elegante trepa por mi nariz.

—Hasta el próximo día, Grace —se despide, rozándome la mejilla con su aliento. Se separa despacio.

Lo ha hecho adrede. No puede evitar la tentación de provocarme.

—Vale —es lo único que logro decir.

Luego sale de mi despacho, le dice adiós a Violet y desaparece por la puerta de la oficina. Cuando lo perdemos de vista, mi asistente se levanta de la silla y viene corriendo hacia mí.

—¿Cómo ha ido, Grace? ¡Dios, está de muerte el tío!

—Vamos a juicio, casi seguro —le digo, saliendo a duras penas de mi estupor y obviando su comentario.

—Vaya. ¿Siguen sin subir la cantidad?

—Siguen ofreciendo una ridiculez.

—Joder, ¡qué tacaño el senador! ¿No?

—Sí —asiento, escueta, girando sobre mis talones para ponerme el abrigo.

—¿Adónde vas?

—Necesito que me dé el aire.

Se me queda mirando con cara extraña.

—¿Te pasa algo?

—No, nada. Es solo que tengo que aclarar mi cabeza. Ahora mismo no sé si estoy enfadada o no con Dawson.

—Se supone que tendrías que estarlo.

—Ese es el problema, que no sé si lo estoy. Además, me ha invitado a comer y he aceptado.

—Pero, Grace ¡es el abogado de la parte contraria!

—¿Entiendes ahora por qué tengo que tomar el aire? Estoy hecha un lío, Violet. Creo que en algún momento de nuestra conversación Dawson me ha hipnotizado y no me he dado cuenta.

—No me extraña. Es atractivo a morir.

Me pongo roja como un tomate y le disparo rayos láser con la mirada.

—Perdona, era solo un comentario...

Sin replicarle, me pongo el abrigo, cojo el bolso y salgo a dar una vuelta que me libre del embrujo de Dawson.

CAPÍTULO 10

RAY

He quedado con Matthew, en el *Boulevards.* Es piloto, y ayer aterrizó en Nueva York después de quince días sin parar, haciendo vuelos a Europa. Ahora tiene unos días de vacaciones por delante y le ha faltado tiempo para llamarme con el fin de echar unos tragos. A pesar de nuestra ajetreada vida laboral, intentamos quedar en cuanto encontramos un hueco en la agenda. Mi otro colega, Ethan, no va a poder acudir esta vez. Es experto en arte y está organizando la próxima exposición de la galería donde trabaja.

Mientras espero a que Matt aparezca, agrando la foto en la pantalla del móvil y me la quedo mirando. Es la que tiene en su perfil de una red social para contactos profesionales. La busqué a través de un usuario falso la primera vez que coincidí con ella; lo que menos deseo es que descubra que ha suscitado mi curiosidad y que he estado indagando sobre su persona. Y allí están: los ojos verdes de Grace Garret me observan desde la pantalla con la misma determinación que el otro día en su despacho. Sin apartar la vista de su imagen, apoyo la espalda sobre la tapicería negra que recubre el sillón donde estoy sentado. Inspiro hondo y me masajeo la mandíbula, confuso, porque me doy cuenta de que estoy intentando retener todos los detalles. ¿Qué digo? Me los sé de memoria de tantas veces que he repasado la maldita fotografía.

Tengo que admitir que me tiene completamente abducido. Me impactó la primera vez que apareció en la sala de reuniones de MK & Lewis y, desde que hablamos en su despacho, se ha convertido en una verdadera obsesión. No recuerdo cuándo fue la última vez que me desvelé por una tía, aunque estoy seguro de que tendría que remontarme a la época universitaria… El caso es que Grace Garret se ha colado en mi cerebro hasta el punto de despertarme en mitad de la noche y tener que aliviarme yo solo para desahogar todo lo que me provoca. Sobre todo, me atrae su determinación, su actitud altiva y desafiante, aunque empiezo a verle todas las gracias. Tiene buenas curvas y un rostro con rasgos contundentes y pasionales: labios carnosos, pestañas largas, nariz algo chata y unos iris verdes fulgurantes como el cielo de una aurora boreal.

«¿Cómo el cielo de una aurora boreal?» me repito, frunciendo el ceño.

No me reconozco pensando estas cursiladas. Mi instinto me dice que va a traerme problemas, y no solo a nivel profesional.

Me preocupa tenerla como contrincante: está decidida a ir a por todas y no hay nada más peligroso que alguien motivado. Aunque tampoco puede decirse que yo no lo esté: si vamos a juicio y no lo gano, me echan a la calle, así que también tengo una buena razón para dejarme la piel. No obstante, lo que más me quita el sueño es que no logro apartarla de mi pensamiento, donde aparece a todas horas, sin avisar. En cualquier circunstancia.

La deseo. Deseo a mi oponente. La que me lo va a poner difícil en el caso de los Carlson. Me la he imaginado mil veces bajo mi cuerpo, desnuda, haciéndola mía mientras la escucho gemir,

pidiéndome más. «Dios… me estoy poniendo cachondo ahora mismo solo de pensarlo».

El problema es que le tengo demasiado respeto como para intentarlo siquiera. Es seria, profesional, e inexplicablemente me importa que no se lleve la misma impresión de mí. Como también me importó cuando me soltó que no le apetecía conocer más sobre mi persona. Me jodió bastante. Solo porque era ella quien lo decía.

«Joder».

Doy un trago a mi cerveza… Y casi la escupo por la boca cuando una palmada me golpea la espalda. Tengo que reprimir un quejido. Las cicatrices en mi espalda todavía están sensibles.

—¡Ray! ¡Amigo mío!

Me vuelvo con cara de mala hostia y veo a Matt, con una sonrisa de oreja a oreja, enfundado en una cazadora de piel con cuello de borreguito, de estilo aviador.

—¡Coño, Matt, casi tiro la mitad de la cerveza sobre la mesa! —me quejo.

Se ríe, como si lo hubiera hecho aposta.

Al verlo, no puedo evitar que se me pase el enfado.

—¿Qué pasa, tío? —añado, esta vez con una sonrisa, mientras me levanto para darle un abrazo.

—¿Qué hacías tan concentrado con el móvil? Deja el curro un rato, anda —me pide, devolviéndome el abrazo. Al momento, se separa de mí y levanta el brazo para llamar la atención de una camarera.

Nos sentamos uno frente al otro, con la mesa baja de madera oscura entre nosotros. Estamos algo apartados de la zona más concurrida; justo lo que buscaba. Al estar cerca de nuestras oficinas,

este sitio suele llenarse de colegas y clientes, y no me apetece saludar a nadie. Estoy fuera de mi jornada laboral.

La chica se acerca a la mesa.

—¿Qué le pongo?

—Otra cerveza como la de mi amigo, por favor.

—Ahora mismo.

Matt la sigue con la mirada al marcharse.

—No recordaba por qué veníamos aquí. Acabo de hacerlo. Las camareras están tremendas —comenta.

Sonrío y niego con la cabeza.

—¿No te has zumbado a ninguna azafata estos días? Te veo necesitado.

—Sí, alguna ha caído —reconoce, guiñándome un ojo—. ¿Y a ti? ¿Cómo te va?

—Bastante tranquilo.

Levanta una ceja. No se lo cree.

—En serio —me reafirmo—. Me ha tocado un caso jodido en el despacho.

Me callo que, cuando visito a Sejmet, necesito casi dos semanas para recuperarme. Es inviable follar con nadie en condiciones normales. Es decir, sin ropa.

—Ah, ¿sí? ¿Qué matrimonio te vas a cargar esta vez? —curiosea con guasa—. ¿Son conocidos?

—Bastante. Los Carlson —de momento no cae, y añado otro dato—: El senador John Carlson.

—Hostia, ¿los que tuvieron un accidente hace unos meses?

—Los mismos.

—Joder, su mujer está buena. ¿A quién representas tú? ¿A ella o al marido?

—Al marido.

—Vaya, qué lástima. De ser al revés, te hubiera pedido que me la presentaras.

Frunzo el ceño. No sé por qué extraña razón me jode el comentario. Es como si Alice y Grace fueran en el mismo *pack,* y me hubiera fastidiado bastante que mi amigo me pidiera el teléfono de Garret.

—¿Qué pasa? ¿Te gusta a ti o qué? —inquiere al ver mi expresión.

—No.

Mi tono rotundo le extraña. Justo entonces, la camarera llega con su cerveza. Matt le da un trago. Sosteniéndola todavía en la mano, insiste:

—¿Qué es lo que no me estás contando, Ray?

—Nada.

—Venga, va. ¿Desde cuándo los *Ice Guys* tienen secretos entre ellos?

Levanto la vista y lo observo. Se me escapa una sonrisa al recordar nuestra época universitaria. Matt, Ethan y yo jugábamos en el equipo universitario de *hockey* sobre hielo: los *Ice Guys*. Aparte de para recibir y dar bastantes hostias, también nos servía para ligar sin límite. Las tías nos llovían sin hacer apenas nada. Fue una época de desenfreno sexual total y, es cierto, nos lo contábamos todo.

—Grace Garret —admito, dejándome convencer con su argumento.

Matt me mira con interés.

—¿Quién es?

—La abogada de Alice Carlson.

—Tu rival en el caso.

Asiento con la cabeza y le doy un sorbo al botellín de cerveza.

—¿Y cuál es el problema?

—Que es buena, y está buena.

Suelta una carcajada. Yo no. A mí no me hace ni puta gracia la situación.

—Eso no es un problema, son dos. O ninguno.

—¿Ninguno?

—Ninguno si consigues ganarla y después follártela. O follártela y después ganarla. El orden de los factores no altera el resultado.

Me muerdo el labio y me echo hacia atrás en el asiento. Darle vueltas a este asunto me agota.

—No va a ser fácil ganarla, está motivada a tope. Es su primer caso mediático y va a hacer lo indecible por ganarlo.

—Tú también lo das siempre todo, ¿no? Por lo que dices, tienes más experiencia. Estoy seguro de que te la vas a merendar.

—Te agradezco la confianza, Matt, pero te aseguro que no es una abogada cualquiera. He visto su currículum: también lo gana todo.

Enarca las cejas y se inclina hacia mí.

—¿En serio le tienes miedo?

—No es miedo. Es solo que hacía tiempo que no sentía tanto respeto profesional por alguien.

—Ya... —parece reflexionar—. Bueno, supongamos que pierdes… Siempre te quedará lo otro. ¿O también dudas de que

puedas tirártela?

Me quedo callado.

—Joder, Ray. ¿Tan inaccesible y espectacular es como para tenerte así de acojonado?

—No estoy acojonado —me defiendo, molesto—. Pero no es una tía cualquiera, ¿entiendes? No quiero entrar a saco con ella.

Se queda quieto y me observa como si tuviera delante a un extraño.

—Tío, no te conozco. ¡Tú, bicho verde, sal de dentro de mi amigo y déjalo en paz! —bromea, levantándose un poco del asiento para darme dos palmadas en el hombro.

Me rasco la cabeza y le rio la broma. De pronto, se queda con la boca abierta y los ojos fijos en los míos:

—Hostia, Ray… ¡¿Te has pillado por ella?!

—¡Joder, no! ¡Si la he visto solo un par de veces!

—Eso da igual —asegura ahora, con semblante serio.

—No, no estoy pillado. Eso seguro. Pero me atrae mucho. El problema es que es una tía sensata… y mi oponente en el caso de los Carlson. En definitiva, un imposible.

—Y por eso te gusta más. Porque no puedes tenerla.

—Será eso.

Matt termina su cerveza de un trago y vuelve a levantar el brazo para llamar a la camarera.

—Ya conoces el refrán: un clavo saca a otro clavo. Así que mi consejo es que te líes con todas las tías que puedas hasta que consigas quitártela de la cabeza, o… —me lanza una mirada cargada de malicia.

Conozco esa mirada. Suele ponerla justo antes de soltar alguna burrada.

—…lo que decía antes: te la trabajas y te la follas.

—No.

—Eres un cobarde. ¿Desde cuándo te has negado a un reto? Recuerdo que con los *Ice*…

—Matt, ya no somos unos chavales de veintitantos años, ¿vale? Quiero pensar que hemos evolucionado un poco.

—¿Evolucionar? ¿Nosotros? —Se echa a reír—. Admítelo, Ray. No tenemos veinte años, pero seguimos con las mismas pocas ganas de compromisos que entonces. Tú siempre lo has tenido claro: nada de relaciones serias que te impidan ascender en tu trabajo… ¿Has cambiado de opinión o qué? Porque esa señorita… ¿cómo era? Ah, sí… Esa señorita Garret creo que te tiene el seso comido.

—Mantengo mis convicciones. No te confundas.

—Pues demuéstralo. Es mi reto para ti. Si tan poco te importa, lo normal es que intentes tirártela, como haces con todas.

«Joder, en el fondo tiene razón. ¿Desde cuándo he renunciado a ligarme a una tía que me gusta?».

Resoplo, vapuleado por un mar de incertidumbre.

Al notar que me lo estoy pensando, Matt insiste, empeñado en convencerme:

—Ray, es lo mejor si quieres pasar página y no quedarte enganchado con ella. No hay nada como desenvolver un regalo y saber qué hay dentro para perder el interés.

Arrugo la frente, porque todavía no tengo claro que no me esté metiendo en la boca del lobo si lo intento. Entonces me da la puntilla con algo a lo que no puedo resistirme:

—Este año los *Knicks* tienen equipazo con los nuevos fichajes. Si pasan los *playoffs* y llegan a la final, nos vamos a verlos. Donde sea. Invito yo. A Ethan también. Como en los viejos tiempos. Solo tienes que…

Levanto la vista para mirarlo.

«Qué cabrón… Sabe exactamente dónde apuntar».

No puedo negarme a un buen partido de baloncesto, muchísimo menos si es de mi equipo.

—¿Y si consigo llevármela a la cama, pero Nueva York no llega a la final?

—No importa, nos vamos a verla igual, juegue quien juegue y donde sea. Como si es en la costa Oeste.

Sonrío. El plan es demasiado tentador y acabo por ceder.

—Está bien. Acepto.

—OK. Tienes de tiempo desde ahora hasta dentro de… ¿Es muy dura?

Asiento con la cabeza.

—De acuerdo. Tienes un par de meses.

—OK —respondo, aunque dudo que sea suficiente. Ligarse a Grace va a ser como escalar el Everest.

—Y nos demostrarás que ha sucedido enseñándonos alguna conversación de *WhatsApp* entre vosotros, haciendo alusión al tema.

Trago saliva con dificultad porque no sé si me gusta esto… No obstante, vuelvo a aceptar:

—OK.

Lo que me guardo es que ya la he invitado a comer. No quiero que me bombardee con preguntas todo el tiempo. Prefiero ir a mi ritmo, y cuando haya conseguido el reto, hacérselo saber.

—Por cierto, me voy a Filadelfia en un par de días —le anuncio.

Por primera vez desde que ha llegado, la expresión de mi amigo se vuelve grave y preocupada.

—¿Estás seguro?

—No, pero no puedo hacer otra cosa. Mi hermana me ha lanzado un ultimátum. —Cojo aire antes de continuar—. Me arriesgo a que me dé la espalda si no voy. No puedo permitirme perderla. Es lo único que me queda.

—No es lo único que te queda, Ray.

—No empecemos.

—Está bien. No voy a echarte un sermón. Sé que la relación con tus padres es complicada. Solo te pido que, al menos, procures que no te afecte demasiado, ¿vale? —Como no respondo, sino que me limito a jugar con la etiqueta de mi botella, insiste—. ¿Vale, Ray?

—Sí, tranquilo —mascullo solo para hacerlo callar, sabiendo de antemano que lo que me pide es imposible.

No dice nada más. Supongo que sabe tan bien como yo que volveré jodido, como siempre. Me observa unos instantes y, ante mi mutismo, opta por forzar un cambio de asunto:

—No vas a creértelo… ¿A que no sabes quién se ha cambiado de aerolínea y volverá a ser mi compañera?

Levanto la cabeza, mostrando interés.

—Lily —me desvela, guiñándome un ojo. Por mi expresión se da cuenta de que no tengo ni idea de quién es—. Joder... ¿no te acuerdas de ella? ¡La rubia de las tetas grandes! La que nos confesó en un vuelo que había tenido que pedirse dos tallas más de la

chaqueta del uniforme, para luego ajustársela y entallarla a la cintura. Ya sabes…

Pongo los ojos en blanco cuando hace un gesto con los manos aludiendo al tamaño de los pechos de la chica. Matt no tiene remedio. De hecho, creo que ahora es peor que cuando estábamos en el equipo de *hockey*. No, no lo creo, estoy seguro: sigue siendo igual de mujeriego que con veinte años, pero con dinero. Pocas mujeres se le resisten, al menos las que le gustan a él: materialistas y con pocas neuronas en el cerebro. ¿Que por qué le gustan así? Porque, según él, son las que no dan problemas.

En fin, sin comentarios.

CAPÍTULO 11

GRACE

Espero pacientemente a la entrada del cementerio mientras, como todos los años, mi madre visita la tumba de mi padre. El termómetro del coche indica tres grados bajo cero, o sea, que hace un frío de mil demonios, aunque ahora mismo yo sea incapaz de sentirlo. Al contrario, un fuego rabioso me recorre el cuerpo tras la bronca de siempre, esa que, como todos los años, estalla cuando insiste en que la acompañe. He tenido que salir del vehículo para relajarme. Y es que me niego. Si ella quiere seguir sometida a él, a pesar de estar muerto, es su problema. Yo no pienso hacerlo.

Joder… ¡es que no puedo entenderla! Y no será porque no lo haya intentado desde que ese hombre desapareció, por fin y para siempre, de nuestras vidas. No puedo porque lo único que me dejó son las palizas que le daba a mi madre al menos tres veces por semana. Según esa estadística, es un milagro que siga viva. Lo normal es que también estuviera ahí dentro, criando malvas. Eso sí, cuando suceda —porque lo lógico es que se vaya ella antes que yo —, me ocuparé de darle reposo en el extremo opuesto adonde está mi padre. Solo faltaría que tuviera que aguantarlo también a su lado el resto de la eternidad.

Con las manos en los bolsillos y el gorro calado hasta las orejas, doy vueltas intentando tranquilizarme. No quiero que esta pelea nos agüe la cena de Nochebuena. Es hoy, y vamos a pasarla

con mis tíos y primos; una costumbre que volvimos a retomar cuando ese señor —que por desgracia era mi padre—, murió. Porque… ¡qué raro!, tampoco quería que disfrutáramos de estos días con la familia.

«Era un borracho y un amargado de mierda», me digo sin ningún tipo de remordimiento.

Lo peor es que su amargura convirtió nuestras vidas en un infierno. A pesar de ello, mi madre jamás lo denunció. Recuerdo como si fuera ahora el momento en que me prometí que a mí no me pasaría lo mismo. No solo eso: juré que no permitiría que ningún hombre saliera impune por la violencia que ejerciera sobre una mujer. Desde el día en que me hice esa promesa, trabajé para pagarme los estudios de Derecho y, más tarde, montar mi propio despacho en el barrio que me vio nacer. Hoy, ese pequeño bufete, es una realidad. No hay nada como una buena motivación para lograr tus metas, aunque, siendo sincera, nos cuesta bastante sacarlo adelante. Violet, que se encarga de las cuentas, lo sabe bien.

Sobrevivimos, sobre todo, gracias a las ayudas públicas para instituciones de protección a mujeres. Una de esas instituciones es el centro para mujeres maltratadas que tenemos en el Bronx. Allí me ocupo de preparar los acuerdos de separación y divorcio, documentos de familia y, si hace falta, las defiendo ante los tribunales. A veces me paso sin más, para echar una mano en lo que haga falta. Cada vez que escucho las historias que me cuentan algunas de las internas, me doy cuenta de que esa rabia que siento desde niña, sigue muy viva dentro de mí. No es fácil borrar de la cabeza el espectáculo de mi padre pegando a mi madre, mientras yo

me colgaba del cuello de ese malnacido para intentar separarlos, rezando para no recibir también alguno de sus puñetazos.

Miro hacia el lugar por donde se ha ido mi madre y sigo sin verla. Me la imagino frente a su tumba, hablándole por lo bajo, con la cabeza agachada como siempre, sumisa. Esa es la palabra que mejor define a mi madre.

Suspiro hondo y exhalo el vapor por la boca, que asciende buscando la copa de los árboles antes de difuminarse.

«No sé qué coño le estará contando…».

Me sobresalto cuando suena el móvil dentro del bolsillo. Lo saco y compruebo que es Alice Carlson. Probablemente ya no esté en Nueva York; me dijo que iría a pasar la Navidad con su familia.

—Hola, Alice —la saludo al descolgar.

—Hola, Grace. ¿Cómo estás?

—Ahora mismo, helada de frío, esperando en la calle a mi madre. ¿Y tú? ¿Ya estás con tu familia?

—Sí. Viajé a Oregón hace un par de días.

—Espero que paséis buena noche.

—Gracias. Por cierto, estos días he aprovechado para pensar en todo lo que me dijiste. Lo he comentado con mis padres. Creo que no voy a aceptar la propuesta de mi marido. Estoy dispuesta a ir a juicio.

Sonrío abiertamente.

—Me alegra tu decisión, Alice. Eres una mujer valiente.

—Y enfadada.

Exhalo aire caliente sobre los dedos de mi otra mano, congelados pese a los guantes, y contesto:

—Se lo haré saber a su abogado cuanto antes.

—Está bien. Gracias, Grace.

—No tienes por qué dármelas. Feliz Navidad, Alice.

—Feliz Navidad.

Cuelgo el teléfono, satisfecha. No podría sentirme mejor con la noticia. Dudo si llamar a Dawson.

«No, mejor no, hoy es un mal día».

Me guardo el móvil en el bolsillo y me meto en el coche. Pongo música, cierro los ojos… y lo primero que aparece en mi cabeza es él. Ray Dawson. ¿Por qué mi mente vuelve a él una y otra vez cuando encuentra un resquicio? Suelto un bufido de desesperación y miro por la ventanilla. Nada, mi madre sigue sin aparecer.

«¿Qué pretendes, mamá? ¿Qué entre a buscarte y conocer por fin dónde está enterrado mi padre?».

Empiezo a aburrirme. Estoy a punto de replantearme lo de llamar a Dawson, cuando el móvil vuelve a sonar. Lo cojo y, al ver el nombre, siento un pequeño sobresalto. Hablando del rey de Roma… Carraspeo un poco para aclararme la voz y descuelgo.

—Hola, Ray.

—Hola, Grace.

—Estaba pensando en ti ahora mismo…

—¿Ah, sí? ¿Y en qué exactamente? ¿En algo que puede confesarse o que no? —bromea con esa voz grave que me desarma.

Sonrío, porque no puede verme. Si lo tuviera delante, me contendría. No quiero que sepa que su comentario me ha puesto más tonta que una adolescente hormonada.

—Es algo que no te va a gustar —le digo.

Se hace el silencio al otro lado.

—¿Ya es oficial? —me pregunta.

—¿El qué?

—Que Alice no acepta nuestra propuesta.

—¿Por qué dices si «ya es oficial»?

—Porque supe que tu clienta no la aceptaría en el mismo momento en que viste la cantidad. Lo leí en tu cara. Sabía que la convencerías para ir a juicio.

—Yo no la he…

—Déjalo, Grace.

Aprieto los labios. ¿Cómo es posible que me conozca tan bien cuando apenas nos hemos visto un par de veces?

—Bien. Solo quería que lo supieras y desearte feliz Navidad. Imagino que a la vuelta nos veremos en los juzgados.

—Recuerda que te debo una comida.

—¿Aún quieres invitarme?

—Por supuesto. ¿Por qué no iba a querer? Necesito conocer más de mi rival.

Aunque está bromeando, no puedo evitar sentir cierta intranquilidad. Ray Dawson es capaz de sacar información de debajo de las piedras, y no me fío. Cuando quedemos, tendré que poner mis cinco sentidos para no revelarle nada que pueda usar a favor de su cliente. Y sí, aunque sé que no es de fiar, también me muero por verlo.

—No hablaremos del caso —le advierto.

—Tranquila. Solo hablaremos de nosotros. Como una pareja en una cita.

Todas mis alarmas se encienden. Esto empieza a parecerme muy mala idea…

—No es una cita.

—Eres muy aburrida, Garret. —No lo veo, pero puedo imaginar su sonrisa al otro lado por haber conseguido provocarme—. Ya sé que no es una cita, pero si no hablamos de trabajo, ni de nosotros, ¿de qué propones que hablemos? ¿Del sexo de los ángeles? ¿Del índice bursátil? ¿De la posibilidad de un ataque extraterrestre? No me interesa. Si esa era tu idea, dímelo ya, porque entonces sí que retiro la invitación.

Sin poderlo evitar estallo en una carcajada.

—Vaya… creo que es la primera vez que te oigo reír con ganas. Es un avance. Pensaba que no sabías —me dice.

—No soy un ogro, señor Dawson.

—No te voy a mentir; justo hasta este momento, tenía mis dudas.

Oigo que dan un par de golpecitos en el cristal y veo que es mi madre, pidiéndome que abra la puerta. Acciono el botón y me despido de mi colega.

—Tengo que dejarte. Hablamos a la vuelta. Feliz Navidad.

—Hasta la vuelta. Feliz Navidad.

Una vez mi madre sube al coche, me doy cuenta de que mi enfado ha desaparecido. Sé que, inexplicablemente, esta vez el culpable de mi cambio de humor ha sido él.

—¿Lista? —le pregunto.

Por el tono de su voz, mi madre tampoco parece querer seguir enfadada:

—Sí. Vamos a casa de tu tía. Le dije que iríamos pronto para ayudarla con los preparativos de la cena.

—Claro.

Mientras conduzco, tengo que reprimir varias veces una sonrisita tonta que asoma en mi boca recordando la conversación con Dawson.

CAPÍTULO 12

RAY

Cuelgo el teléfono con una sonrisa en el rostro. Me gusta Garret. Hacerla reír ha sido todo un triunfo, un avance importante que me acerca al reto que tengo por delante. Aunque, siendo sincero, me daría lo mismo que Matt no me hubiera retado; lo habría intentado igual porque me es imposible borrar a la abogada de mi mente. Estoy deseando volver a Nueva York y quedar con ella. No olvido que es mi contrincante en el caso de los Carlson, pero recordarla siempre me resulta estimulante.

Sin embargo, justo en este instante, se me borra la expresión de satisfacción al ver las primeras naves de la zona industrial de Filadelfia. Una nube de angustia sobrevuela mi cabeza mientras aprieto los dientes con tensión, visualizando el reencuentro con mi familia.

—Piensa en Claire, lo haces por ella —me digo, dándome las fuerzas que necesito para afrontar estos días.

He estado a punto de llamarla varias veces para retractarme de mi promesa de volver por casa, y en todas he acabado soltando el teléfono. No quiero decepcionarla. No soportaría generar más desencanto. Bastante tengo con aguantar la frustración que asoma siempre en la cara de mis padres, pero, sobre todo, con la visión de mi hermano Daniel.

No me doy cuenta de la fuerza con que agarro el volante hasta que tengo que girar con rapidez en la salida de la autopista, que casi me salto, enfrascado en mis pensamientos. El coche que llevo detrás pita por la maniobra brusca que acabo de hacer. Miro por el retrovisor y veo al conductor haciendo aspavientos. Resoplo con cara de circunstancias y me adentro en la ciudad, prometiéndome centrarme para no atropellar a nadie.

Un cuarto de hora más tarde, estoy frente al hotel Delaware Luxury. No es que haya reservado una habitación para estos días; es propiedad de mi familia y viven en la última planta. Voy a quedarme con ellos por insistencia de mi hermana. Entro en el *parking* usando una tarjeta especial. Aunque apenas vengo, aún conservo los privilegios de ser hijo de los dueños.

Aparco el coche, saco la pequeña maleta *trolley* del maletero y la arrastro conmigo hasta uno de los ascensores. Cuando la puerta se abre, introduzco la llave en una ranura específica, justo encima de la botonera, que me permitirá ir directo al ático, sin paradas. Luego espero a que la hoja metálica vuelva a cerrarse para echar el cuello hacia atrás e intentar relajar la tensión que me agarrota. La imagen que me devuelve el espejo me gusta: he abandonado el traje durante las vacaciones y me siento cómodo dentro de los tejanos y el jersey negro de punto, aunque mi cara refleje cansancio. Hace días que no duermo bien; por la ansiedad que me produce venir aquí y por las cicatrices que llevo en la espalda tras mi cita con Sejmet. Aunque están bastante mejor, todavía tiran un poco.

El ascensor emite el sonido de una campanilla que anuncia que he llegado. Me obligo a ponerme derecho y digno antes de que

la puerta se abra y aparezca ante mí el vestíbulo del piso de mis padres, donde también viven mis hermanos, Daniel y Claire. Huele bien. Como el resto del hotel. Mi madre es una auténtica obsesa de esos detalles que son los que, según ella, marcan la diferencia. Su frase preferida resuena en mi cabeza: «Un hotel de cinco estrellas *luxury* ha de ofrecer al cliente el firmamento». Siempre me pareció rebuscada, pero, a fuerza de repetirla, se ha convertido en el lema con el que machacamos al personal para que dé lo mejor de sí a quienes se hospedan con nosotros.

—¿¡Hola!? —saludo abandonando el ascensor.

Silencio total.

—¿No hay nadie? —pregunto al aire.

No avisé a qué hora llegaría, pero siendo la mañana de Nochebuena, esperaba encontrarme más movimiento. Abandono la maleta junto al inmenso árbol de Navidad que preside la entrada al salón y me dirijo a la cocina. Allí encuentro a Meredith, Francesca y Ronnie atareados con la comida. No se han dado cuenta de mi presencia.

—Hola —saludo desde la puerta.

Los tres levantan la cabeza de lo que están haciendo.

—¡Hola, señor Dawson! ¡Bienvenido! —responden al unísono con una alegría que me parece sincera.

—Gracias. Pensaba que no había nadie.

—Discúlpenos, no lo hemos oído. El señor Morgan ha bajado a la cocina del hotel a por unos ingredientes que nos faltaban aquí arriba.

Morgan es el mayordomo en casa de mis padres. Sí, ya sé que suena raro, pero tenemos mayordomo y es quien se encarga de

recibir a las visitas. No es que yo sea un extraño en esta casa, pero hace tanto que no aparezco que podría empezar a encajar en la categoría de visitante esporádico.

—Y… ¿Daniel?... —pregunto bajando la voz, casi sin darme cuenta.

La expresiones de los tres cambian. Siguen sonriendo, pero con un matiz distinto. Llevan mucho al servicio de mi familia como para no conocer qué ocurrió. Meredith, la mayor de todos, toma la iniciativa:

—Está en su dormitorio. Con la enfermera.

Asiento con la cabeza con expresión seria antes de darme la vuelta y empezar a subir los escalones que llevan a las habitaciones. El corazón me late tan deprisa que tengo miedo de perderlo por la escalera. Necesito sujetarme a la barandilla; la debilidad que se apodera de mis piernas me impide dar un paso en firme. Al llegar arriba, cierro los ojos un instante y cojo aire. Otra vez esa maldita angustia. Separo la mano de la baranda y avanzo por el pasillo con pasos vacilantes, mordiéndome el labio con saña. Al llegar a la habitación del fondo, creo que dejo de respirar. Inhalo con fuerza por segunda vez, pongo una mano en el pomo de la puerta y llamo con la otra. Una voz femenina me indica que entre.

—Hola… —Mi indecisión es patente.

La enfermera, junto a la cama, me saluda con voz dulce.

—Hola, señor Dawson.

Apenas la miro. Mi vista viaja hacia mi hermano, reclinado sobre unos mullidos cojines que le han puesto entre la espalda y el cabecero de la cama articulada. Me ha oído porque gira la cabeza en mi dirección y hace con los ojos un movimiento de reconocimiento.

Llego hasta él y me siento sobre el colchón. Se me escapa un suspiro quebrado cuando tomo su mano inerte, lívida, y la sostengo entre las mías. No tiene nada que ver con la que un día fue. Mi hermano era fuerte, y su piel solía estar bronceada de correr y hacer deporte bajo el sol. Me esfuerzo en sonreír, aunque lo único que deseo es reventar a llorar. La enfermera lo nota, porque le falta tiempo para decirme:

—Les dejo solos un rato.

Me limito a sacudir la cabeza de arriba abajo, incapaz de hablar sin que me tiemble la voz. Cuando se cierra la puerta nuestros ojos se encuentran. No tengo ni idea de qué hay ahí, detrás de su mirada, lo que es indudable es que hay brillo. Hay intención. Como me ocurre siempre que vengo, la tristeza que me persigue desde hace años se hace insoportable en su presencia y rompo a llorar como un crío. Me acerco más y lo abrazo, apoyando la cabeza en su pecho.

—Dios, Daniel… perdóname… te quiero…

No puede contestar, pero puedo oír palpitar su corazón con fuerza contra mi oído. Sé que está ahí dentro, aunque no pueda hablar ni moverse, aunque se haya quedado como una puta planta desde aquel maldito día. Emite un sonido extraño con la boca y sé que quiere consolarme. Lo presiento porque fuimos inseparables, incluso antes de nacer. No hay vínculo mayor que el de dos hermanos gemelos. Odio verlo así. No hay día que no desee que hubiera sucedido al revés.

Permanecemos abrazados un buen rato, hasta que mi reserva de lágrimas se agota. Su corazón ha vuelto a su ritmo normal. Baja la cabeza, que es lo único que puede mover y la apoya en la mía. Al

fin, me despego de él. Estamos a escasos centímetros uno de otro. Sus ojos se mueven con un tic involuntario, aunque una y otra vez vuelven a centrarse en mí, buscándome.

—Hermano, no sabes cuánto te echo de menos.

Emite otro ruido gutural y me apostaría la cabeza a que me está diciendo lo mismo. También soy culpable de eso, de que me eche de menos, porque apenas vengo.

—Me cuesta venir, Daniel. Esta situación me supera. No soporto verte así —murmuro, justificándome.

Una vez me calmo empiezo a contarle cosas. Los médicos nos han dicho que percibe las emociones, pero no entiende lo que decimos; su cerebro se quedó demasiado tiempo sin oxígeno. No obstante, le cuento historias sobre mi trabajo, sobre chicas, sobre baloncesto —que le gustaba tanto como a mí—, y así, entre anécdotas y pausas en silencio, se nos va casi una hora. La enfermera regresa para ponerle la medicación y me despido de él hasta la noche.

CAPÍTULO 13

GRACE

—¿Cómo van tus casos, Grace? —se interesa mi primo Alan, sentado a mi lado en la mesa.

—¿Quieres la respuesta romántica o la realista? —replico.

—Dame las dos. Tenemos tiempo. La cena acaba de empezar.

Entonces oímos a mi tío anunciar:

—¡El pavo ya debe de estar listo! ¡Voy a por él! Haced sitio en la mesa.

Mi madre y mi tía se levantan también, retirando los canapés sobrantes que habíamos preparado como aperitivo. Mis otros primos, Mike y Gillian, algo menores que nosotros y sentados enfrente, siguen a lo suyo comentando cosas sobre sus estudios. Tras el revuelo por el anuncio de la llegada del pavo vuelvo la vista hacia Alan y le contesto:

—Apenas nos da para pagar las facturas y sacarnos un triste sueldo Violet y yo… pero, y ahí va la parte bonita —mi tío llega en este momento con el pavo, seguido de mi tía y de mi madre—, me siento muy satisfecha con mi trabajo. Duermo tranquila sabiendo que ayudo a la comunidad, especialmente a mujeres maltratadas.

Una vez cumplido su cometido, mi tío se sienta. Entonces es el turno de Gillian madre, mi tía, quien coge un cuchillo y un tenedor enormes para trocear al pobre bicho que nos va a servir hoy de alimento.

—¿Y para eso tanto esfuerzo, prima? —me suelta Alan.

—¿Por qué lo dices?

—Porque para ganar un sueldo normal podrías haberte colocado de cajera en un supermercado, igual que yo. Te habrías ahorrado muchas horas sin dormir.

Lo dice porque sabe lo difícil que me resultó compaginar estudios y trabajo.

—Eso mismo pienso yo —interviene mi madre, que acaba de tomar asiento junto a mi tío Phil, en la cabecera.

Me vuelvo hacia ella y la frío con la mirada. No sé cómo puede decir eso con todo por lo que hemos pasado…

—¿Cómo puedes decir eso, mamá?

—¿Qué? Tu primo tiene razón. Tanto estudiar para acabar ganando lo mismo que cualquier operario en una fábrica.

—¡No me lo puedo creer! ¡Deberías sentirte orgullosa porque ayude a mujeres que han sufrido maltrato, como tú!

Mi madre se pone blanca y el silencio se instala en la mesa. Su hermana deja de trinchar.

—¡Lo estoy, hija! —se defiende—. ¡Pero el agradecimiento de la gente no da de comer!

—Que yo sepa, aún no he tenido que mendigar para llevar un plato a la mesa —siseo, conteniendo el cabreo creciente.

Mi madre suspira. Sé que quiere zanjar la discusión. Mi tía vuelve a partir el pavo, como si no pasara nada.

—Grace, solo digo que podrías aspirar a algo mejor y que te estás conformando.

—No todo en la vida es dinero, mamá. También tú pudiste aspirar a algo mejor y elegiste quedarte con ese hombre.

—¡Grace! —me grita para que me calle.

—¡No! ¡No puedes reprocharme en qué trabajo! ¡Soy lo que soy gracias a ti y a papá! ¡A lo que vi en casa! ¡Y deberías sentirte orgullosa, joder! —grito con la voz temblando.

Me levanto y salgo disparada del comedor, notando todas las miradas clavadas en la espalda. Llego al jardín de atrás rabiosa. No puedo entender la actitud de mi madre. A veces pienso que quizá tuvo la culpa de que mi padre se excediera con ella. Es tan… tan… ¡idiota!

Me muerdo el labio con remordimiento. ¿¡Cómo puedo justificar a mi padre!? ¿¡Cómo puedo llamar idiota a mi madre!? Si mi padre hubiera intentando pegarme, ella lo habría evitado. De eso estoy segura. Y me basta.

Siento un brazo protector sobre los hombros.

Es Alan.

Fue mi pañuelo de lágrimas en medio de aquel infierno y creamos un vínculo especial.

—Tranquila, Grace.

Me giro, me refugio en su pecho y exploto a llorar.

—No sé… No comprendo…

Me acaricia el pelo.

—Yo te admiro, Grace. Y estoy seguro de que ella también.

—No, creo que no, primo. A veces me pregunto si todo esto vale la pena. Escuchando a mi madre dudo de si esas mujeres a las que ayudo me lo agradecen o les da igual.

—¿Cómo puedes decir eso? —Me coge de los hombros y me separa de su cuerpo para mirarme a los ojos—. No quiero oírte decir eso nunca más. Tu madre no tuvo valor para denunciar a Garret,

pero esas mujeres… Esas mujeres que acuden al centro han dado el paso y necesitan a alguien como tú al otro lado, que las ayude a cruzar a la otra orilla. No quiero que vuelvas a decir que no vale la pena nunca más, ¿entendido?

Me sorbo los mocos y le digo que sí con la cabeza.

—Eres una heroína de Marvel. Te lo digo yo.

Me rio entre sollozos.

—Gracias.

—Nunca más dejaré que dudes de si valió la pena tu esfuerzo. Perdóname —se disculpa.

—Perdonado. Te quiero, primo.

—Tú también eres mi prima favorita.

—No tienes otra.

—Por eso.

Le doy un manotazo, suelta una carcajada y me suelta.

—Anda, vamos dentro. Te vas a pillar un resfriado aquí afuera sin el abrigo.

—No me apetece entrar. Me da vergüenza.

—Vamos —insiste, tirando de mi mano.

Me dejo arrastrar. Al llegar al comedor, mi tía ya ha servido el pavo en cada plato y echado la salsa por encima, pero nadie come, esperándonos. Bajo la vista y me acomodo en mi asiento. Entonces escucho a Alan:

—Es Nochebuena. No discutamos y disfrutemos de estar aquí juntos, ¿de acuerdo?

Levanto la vista para ver que todos asienten con la cabeza.

—¡Venga! ¡Probemos el pavo de una vez! —suelta mi tío para relajar el ambiente.

Poco a poco, la mesa vuelve a llenarse de sonidos: cubiertos chocando contra los platos, el vino cayendo en las copas, una petición para que alguien acerque el pan, un «gracias», un «qué bueno está», los ingredientes de la receta… Conversaciones cruzadas de lado a lado de la mesa, de todos con todos, incluidas las de mi madre conmigo. Supongo que es lo que tiene el vínculo entre madre e hija —sobre todo si han vivido un pasado complicado—: que puedes decir lo que piensas y seguir queriéndote como si nada hubiese sucedido.

CAPÍTULO 14

RAY

Llego a casa a última hora de la tarde, justo antes de que empiece la cena. Necesitaba salir del piso de mis padres porque empezaba a sentirme encerrado, asfixiado. Paseando sin rumbo fijo he comido por ahí, he entrado en un par de librerías y he vuelto a casa con un libro bajo el brazo. No suelo tener mucho tiempo para leer, pero cuando el trabajo me lo permite me engancho a la novela negra. Me gusta Harry Hole, el detective de Jo Nesbo. Será por eso de la identificación con el personaje: el pobre está tan jodido como yo.

Perdido en mis pensamientos me he subido al ascensor del hotel casi sin darme cuenta. La campanilla suena anunciando que he llegado arriba. Se abren las puertas y levanto la mirada. Al fondo del vestíbulo están mis padres, arreglados para la cena. A su lado, mi hermano Daniel, sentado en su silla de ruedas, también vestido de traje. Mi mirada se centra en él y no puedo evitar sonreír; verlo tan elegante me provoca una emoción que no sé describir. Levanto la vista hacia mis padres y nos observamos de lejos, midiéndonos. Finalmente, mi madre es la que da el primer paso. Se acerca caminando con elegancia, brillando en su vestido beis de diminutas lentejuelas, y me toma por los hombros cuando la tengo enfrente. Me inclino para recibir sus dos besos.

—Hijo, me alegro de verte. No sabes cuánto.

—Hola, mamá —respondo, obligándome a sonreír.

—Estás más delgado. ¿No comes bien? —Arruga la frente, preocupada.

—Sí, tranquila. Supongo que será el estrés.

Conformándose a medias con mi respuesta se hace a un lado, dándome paso para que avance en dirección al salón, donde mi padre nos observa. Caminando despacio, me planto frente a él.

—Hola, papá.

El instante se me hace eterno; la verdad es que no sé qué hacer, si darle la mano o dos besos. Lo siento tan distante como siempre, aunque creo ver un brillo en sus ojos que me desconcierta. Me saca de dudas cuando es él quien me pasa el brazo por los hombros, estrechándome contra su pecho.

—Bienvenido, hijo.

Me retiene un poco antes de soltarme y acabo pasándole un brazo por los hombros. Carraspeo cuando me libera.

—Gracias.

—Me ha dicho Meredith que has llegado esta mañana. ¿Por qué no has venido a comer?

—Me apetecía pasear y echar un vistazo en las librerías. Aprovecharé estos días de descanso para leer.

Se interesa por el libro que aún llevo en la mano y le muestro la portada.

—Jo Nesbo —lee—. Es europeo, ¿no?

—Sí. Novela negra escandinava.

—Me alegra saber que no has perdido el gusto por la lectura. Cuando eras un crío devorabas libros.

Mi madre se acerca por detrás y me pasa la mano por la cintura.

—Cuánto ha llovido desde entonces… El tiempo pasa demasiado deprisa. —Se mira el pequeño reloj de oro que lleva en la muñeca y agranda los ojos—: Hablando de tiempo… ¡es tardísimo! Voy a decirle a Meredith que sirvan la cena para que puedan irse a casa. Sentaos, por favor. No hace falta que te cambies para cenar, Ray.

Desliza una mano cariñosa por el mentón de mi hermano y se encamina a la cocina. Mi padre empuja la silla de Daniel hasta la mesa, al fondo del salón.

—Hola, Daniel —saludo a mi hermano, pasándole una mano por el pelo.

—Aparta esa silla, Ray —me pide mi padre, deduzco que para colocar allí la de Daniel.

Sin decir nada obedezco. Me siento incómodo. Mal. No sé lidiar con estas situaciones. Supongo que ellos lo ven normal por lo cotidiano de la presencia de mi hermano en sus vidas, pero yo… yo no consigo normalizarlo. No estoy nunca, y las pocas veces que aparezco —obligado por las circunstancias que sean—, es como empezar de cero. Una vez colocada la silla, me siento al lado de Daniel y apoyo la mano en su rodilla. No me nota, pero yo sí siento su calor.

—¿Y Claire? —pregunto, extrañado de que todavía no esté aquí.

—Tenía que hacer un recado de última hora.

Entonces se abre la puerta del ascensor y sé que es ella.

—¡Mamá, papá! ¿Ha llegado Ray? —Su tono demuestra impaciencia y alegría.

No me doy cuenta hasta ahora de las ganas que tenía de verla. Me levanto de la silla y voy en su busca, justo para ver cómo deposita al pie del árbol un último paquete.

—Estoy aquí, hermanita —le digo, poniéndome delante con los brazos abiertos.

—¡Ray! —Tira al suelo el abrigo de pelo blanco que llevaba puesto y literalmente se me cuelga del cuello, enfundada en su mono de terciopelo. Tengo que anclar bien los pies en el suelo para no caer hacia atrás.

Suelto una carcajada por su reacción. Sigue tan loca como siempre. Me da cien mil besos en la cara antes de bajarse.

—¡Qué ganas tenía de verte, idiota!

—Y yo a ti, pecosa —respondo, rememorando nuestras rencillas de niños.

—Ya no tengo pecas.

—Claro que sí. Debajo de ese maquillaje que te empeñas en ponerte para taparlas.

—Qué sagaz…

—Me gustan tus pecas, en serio. No sé por qué las escondes.

—Porque tú eres mi hermano y no voy a ligar contigo.

—Seguro que no soy el único tío al que le gustan.

—Por cierto, estás guapo —cambia de tema—. Un poco más delgado ¿no?

Me encojo de hombros.

Mi madre aparece otra vez delante de Meredith y Francesca, cargadas con las bandejas de los aperitivos que llevan preparando todo el día. Morgan y Ronnie ya se han ido.

—Mamá —la detengo y me acerco a su oído—, pídeles que se vayan. Tendrán ganas de irse y estar con su familia. Nosotros servimos la comida, ¿verdad, Claire?

Mi hermana se muestra de acuerdo y mi madre se lo piensa un momento, aunque al final da el brazo a torcer.

—Meredith, Francesca, marchaos. Nosotros nos encargamos.

Las dos mujeres lo agradecen con una sonrisa tímida.

—Gracias, señora.

—No hay de qué. Feliz Navidad.

—¡Esperad! —exclama mi hermana, interrumpiendo su vuelta a la cocina—. Os he comprado una tontería.

Se agacha al pie del árbol de Navidad y les entrega una caja pequeña a cada una. Yo no he comprado nada. No porque no haya pensado en ello mientras paseaba por ahí, sino porque no sé qué regalar a mi hermano. ¿Solución? Volver con las manos vacías.

—Señorita, no hacía falta… —dicen las dos al mismo tiempo.

—¡Claro que sí! ¡Venga, marchaos y el próximo día me decís si os ha gustado!

Observo a Claire con admiración. Siempre ha sido risueña y agradable. Estoy seguro de que si viviera en Filadelfia me tocaría ejercer de hermano mayor sacándole de encima a algún que otro moscón; con sus veinticinco años se ha convertido en una pelirroja con pecas preciosa.

Mi hermana me ha pedido que le cambie el sitio para darle de comer a mi hermano; ella es quien suele hacerlo cuando no está la enfermera, que hoy también tiene la noche libre. Mis padres presiden la mesa, uno en cada cabecera, así que yo me he sentado

a la izquierda de mi padre y tengo enfrente a mi hermana y a Daniel. Me llevo la cuchara con el consomé a la boca y, mientras lo hago, observo cómo Claire se la acerca a mi hermano, obligándolo con delicadeza a que abra los labios. Luego, le ayuda a echar la cabeza un poco hacia atrás para tragar. A mí también me cuesta hacer pasar la sopa por la garganta con la imagen. Me muerdo la cara interior de mis mejillas, haciéndome daño. La aparente calma que sentía antes de sentarnos a la mesa se ha esfumado al empezar a cenar. Antes de tomar asiento, mi hermana le ha colocado a Daniel un babero con una americana, una camisa y una pajarita impresos en la tela.

—Mira lo que te he comprado, hermano—le ha dicho al ponérselo—. Para que estés elegante toda la noche.

Sonreía mientras se lo decía, pero yo, solo podía sentir lástima. He cogido la servilleta para dejarla sobre mis piernas, intentando esconder mi expresión de angustia. Con la visión de mi hermano comiendo, se me ha ido el apetito.

—¿Qué tal el trabajo en Nueva York? —pregunta mi padre cuando empezamos con el primer plato.

Dejo la cuchara y aparto la vista de mis hermanos para contestarle. La voz me sale sin energía, apagada.

—Igual que siempre. Mucho lío.

Daniel hace un ruido y me sobresalto volviéndome en su dirección. Aunque pretenda mostrarme relajado y capaz de centrarme en otra cosa, mi atención la tiene él todo el tiempo. Acaba de sufrir un espasmo y se le ha caído un poco de sopa por una de las comisuras de los labios. Mi cuerpo se pone rígido en la silla.

—¿Está bien, Claire? —pregunto preocupado.

Claire me mira y sonríe.

—Sí, tranquilo. A veces te pasa, ¿verdad, Daniel? Pero no es nada. Vamos, cariño, otra cucharada más.

Tengo la boca seca y el corazón acelerado. Echo un vistazo rápido, primero a mi madre y luego a mi padre. Siento sus miradas clavadas en mí. Si Daniel es mi preocupación esta noche, acabo de ser consciente de que yo soy la de mis padres. Trago saliva, incómodo. No aguanto más. Retiro la silla hacia atrás y me levanto.

—Disculpad. Necesito ir al lavabo. Ahora vuelvo.

Se miran los tres de forma significativa, deteniendo lo que estaban haciendo. Mis padres dejan suspendida la cuchara frente a su rostro, mientras mi hermana deja de limpiar los labios de mi hermano.

—Claro, hijo —me dice mi madre con una sonrisa mientras abandona el cubierto en el plato.

En lugar de usar el baño de la planta baja me voy al piso de arriba, subiendo los escalones de la escalera de dos en dos. Me meto en mi habitación y en cuanto cierro la puerta deslizo mi espalda por ella, dejándome caer al suelo. Flexiono las piernas y apoyo los codos en las rodillas para agarrarme el pelo con las manos y tirar con fuerza de él (como si arrancarme la cabellera fuera a quitarme de encima toda la rabia que siento ahora mismo). Mi pecho sube y baja con fuerza, intentado aferrar el aire de la habitación. Estoy teniendo un ataque de ansiedad. Cierro los ojos y procuro relajarme, contando mientras respiro. Intento mojarme los labios pasándome la lengua, pero tengo la boca tan seca que no lo consigo. Me levanto y entro en el baño. No quiero mirarme en el espejo. Abro el grifo y empiezo a echarme agua fría sobre el rostro y

el pelo, a ver si así logro reaccionar. Estoy tan agobiado que ni siquiera oigo los golpes en la puerta. Cuando cierro el grifo y me giro, secándome el pelo con la toalla, veo a mi hermana plantada dentro de mi habitación.

—Ray…

—¿Qué haces aquí? Vete. Ahora bajo. —Le pido de malhumor. No quiero que me vea así, soy su hermano mayor.

—No. Me espero contigo.

—No hace falta, Claire. —Intento ser paciente, aunque me doy cuenta de que apenas puedo contener las ganas de echarle un grito. No me gusta que invadan mi intimidad.

—Ray, Daniel está bien. Dentro de su situación, está bien.

—¡¿Qué está bien?! ¿¡Tú lo has visto!? —Lanzo la toalla sobre la cama.

—Todos los días, Ray. Lo veo todos los días.

Y no sé por qué su respuesta me suena a reproche.

—¿Tienes algo que decirme? Porque si es así ¡dílo ya, maldita sea!

—No, Ray. No tengo nada que decirte, ni papá ni mamá. Solo queremos que estés bien —me dice, tranquila.

Admiro su serenidad. ¿Ha madurado estos últimos meses o solo me lo parece? Mi nuez sube y baja por la garganta, tragando saliva una y otra vez. Estoy intentando no derrumbarme, esforzándome en aparentar que lo tengo todo bajo control, aunque es evidente que no es así. Tan evidente que mi hermana se acerca y pasa los brazos alrededor de mi cuerpo, apoyando su mejilla en mi torso. Me abraza con tanta fuerza que percibo que aquí no soy el

único jodido. No está solo tratando de ayudarme. Me necesita también. Sentir que cuenta conmigo.

—Lo siento, Claire —murmuro abrazándola.

—Deberías pedir ayuda. Ir a un psicólogo, o a un psiquiatra —sugiere.

—No lo necesito.

«Lo que necesito es a Sejmet. No quiero que me quiten la culpa, quiero pagar por ella el resto de mis días» me digo.

—Lo necesitas igual que lo hemos necesitado todos, Ray. —Se separa de mí sujetándome por los brazos—. Te ayudará a ver las cosas de otra manera.

—No quiero que me reseteen el cerebro, Claire. La realidad es la que es, y solo hay una forma de verla.

—No es verdad. Puedes aprender a no mirar con lástima a Daniel.

Me sale una risa nerviosa y me separo de ella, soltándome de sus manos.

—Eso es imposible, porque no puedo dejar de pensar en que la vida le ha jugado una enorme putada.

—Lo de Daniel no tiene remedio, Ray. Pero lo tuyo, sí.

«Lo mío, sí» repito en mi cabeza.

El problema es que no quiero tener remedio. Deseo estar tan jodido como mi hermano. Eso es lo que quiero, porque soy yo el que tendría que estar en su lugar, no él. Estoy a punto de decírselo, pero me callo. No es mi intención preocuparla más. Llevamos un rato aquí y me doy cuenta de que no podemos pasarnos toda la noche en la habitación.

—Vamos, Claire. Nos están esperando.

—¿Estás mejor?

—Sí, mejor —miento—. Vamos.

La empujo por la espalda y volvemos a bajar. Cuando llegamos abajo, es mi madre la que está dando de comer a Daniel. Mi padre sonríe mientras mira la escena, y yo me siento el hombre más extraño del mundo en esta casa. La pieza del puzle que no encaja. Me he desconectado de sus vidas de tal manera que no consigo enchufarme de nuevo, no desde el accidente. Desde hace ocho años ninguno somos los mismos. Mientras ellos han evolucionado este tiempo, yo me siento atrapado en las aguas de aquel río. Es como si, de alguna manera, también me hubiera ahogado un poco en él. Como Daniel.

El resto de la cena tengo que hacer de tripas corazón para mantener a raya mi ansiedad e intentar seguir las conversaciones que van surgiendo. Desde mi huida precipitada a la habitación, no ha habido ni un solo momento de silencio. Se desviven por distraerme, porque deje de pensar en Daniel. Todos estamos haciendo un considerable esfuerzo para que esto funcione.

Son las once de la noche. Claire y mi madre se meten en el ascensor interior de la vivienda para subir a Daniel a su habitación. Van a acostarlo. Mi padre y yo nos levantamos de la mesa y antes de que me despida hasta el día siguiente —supongo que es lo que intenta evitar—, me invita a sentarme con él un rato en el salón. «A echarnos la última copa», dice. Sirve dos *bourbon* y se acomoda en el sillón, cerca del lado del sofá donde yo me he sentado apoyándome en el reposabrazos.

—¿Aún te gusta el *bourbon*, no? —se interesa, estirando el brazo para ofrecerme el vaso de cristal tallado.

—Sí.

—Muy bien.

Se hace un espeso silencio. Bebo un trago y él me imita. Sé que está estudiando la forma de decirme algo.

—¿Estás mejor?

Me sorprende su pregunta. No es algo que mi padre suela hacer; lo de preguntar cómo te encuentras. No digo que no se preocupe por sus hijos, pero la tarea de interesarse de forma directa por nosotros solía dejarla en manos de mi madre.

—Sí —respondo, escueto. Después de mi escapada al principio de la cena es absurdo decirle que no sé a qué se refiere.

—Ray, no queremos presionarte. Sabemos que es duro, pero si vinieras más a menudo lograrías…

—¿Acostumbrarme a ver así a mi hermano? —respondo con sequedad.

Mi padre me mira con fijeza.

—«Acostumbrarse» no es la palabra, hijo. La expresión correcta sería «asumir la situación». Es hora de que vayas haciéndolo.

Doy un trago y me bebo de golpe el *bourbon.* Me levanto, me aproximo al carro de las bebidas y me sirvo otro. Vuelvo a dar un sorbo largo, me paso la mano por el pelo con incomodidad y acabo volcando el vaso sobre mis labios otra vez, hasta dejarlo vacío.

—Beber es una escapatoria tan fácil y absurda como no venir a vernos, Ray.

—No me digas lo que tengo que hacer, papá. No tengo quince años —digo con tono amargo.

—Sé que no, aunque te comportas como tal.

—No eres tú a quién intentaba salvar Daniel cuando se hundió en el río —mascullo entre dientes, esforzándome en no gritar. Dejo el vaso de mala hostia sobre el carro, junto a las botellas.

Mi padre reacciona abandonando también el suyo en la mesita auxiliar, sin embargo, no logra contener los gritos como he hecho yo:

—¡Basta, Ray! ¡Deja de fustigarte! ¡Eso no va a cambiar la situación de tu hermano!

«¡Joder! ¡¿Es que nadie es capaz de comprender que haciéndolo me siento mejor?!».

Lo miro y alzo un extremo de mi boca en una sonrisa cínica. Ahora soy yo el que responde sin alzar la voz:

—Os admiro. Admiro que hayáis sido capaces de pasar página de lo sucedido. —La mirada de mi padre me desarma. Veo dolor en sus ojos. No obstante, no soy capaz de morderme la lengua, estoy lleno de amargura y necesito verterla sobre alguien. Él es quien tengo a mano, así que continuo—: Siento no poder representar el papel de hijo normal dentro de esta familia feliz.

Mi padre se levanta del sillón con movimientos lentos. Está cansado. Cansado de aguantarme, de esta batalla perdida. Una vez de pie se acerca a mí y me devuelve la sonrisa, aunque la suya no es cínica como la mía, sino de decepción. Niega con la cabeza.

—Eres un cobarde. Tú has perdido a un hermano, igual que Claire, y tu madre y yo hemos perdido a un hijo. Pero eres tan egoísta, Ray, que no eres capaz de salir de tu dolor y ayudarnos a sobrellevar el nuestro, como hacemos entre nosotros todos los días.

Siento que el pulso se me para con sus acusaciones. Cobarde y egoísta. No está mal. Y ni siquiera se ha despeinado al decirlo. Las palabras llegan a mi boca casi sin pensar:

—Tal vez sí. O tal vez es que me niego a olvidar al antiguo Daniel como habéis hecho vosotros. Le debo eso ya que casi muere por mí, ¿no crees?

—Sufrir es una elección, y está claro que es la que tú has elegido. El día que decidas salir de ahí, ya sabes dónde estamos, hijo —sentencia, yéndose hacia las escaleras.

—¡Por supuesto que elijo sufrir! —grito ya fuera de mí—. ¡Es mi deuda con Daniel! ¡No puedo seguir con mi vida como si no hubiera sucedido nada! ¡Eso sí es ser egoísta!

Ni se vuelve.

—¿¡Me has oído!? —pregunto con desesperación, pasándome las dos manos por el pelo.

Desaparece en la planta de arriba y yo me quedo de pie en medio del salón. Nunca la soledad me había abrazado tan fuerte como lo hace en este momento. Nadie me entiende.

«¿Cómo pude dejarme convencer para venir?» me pregunto.

Me sirvo otra copa antes de acostarme. Necesito dormir. Mañana madrugaré y regresaré a Nueva York. Quiero volver a mi rutina: al caso Carlson, a Sejmet, a salir de juerga con Ethan y Matt, a follar por mí y por Daniel y trabajarme a Garret para ganar la apuesta. Me dejo caer todo largo en el sofá.

«No sé qué coño hago perdiendo el tiempo aquí».

CAPÍTULO 15

RAY

Llevo dos días en Nueva York desde mi regreso de Filadelfia. Esta vez he superado todos mis récords: no he conseguido pasar ni un solo día en casa de mis padres antes de soltar mi amargura por la boca. Ayer, día de Navidad, llamé a Sejmet. La necesitaba. Pero incluso ella me dijo que no estaba disponible. Está disfrutando de su familia. Me duele pensar que cada vez estoy más lejos de la mía, que cada día se rompe más el vínculo… Sé que me quieren, igual que yo a ellos, pero somos incapaces de comprendernos. Tampoco Ethan y Matt pueden quedar, y ahora mismo me siento más solo que nunca en la gran urbe neoyorkina. Me había cogido unos días de vacaciones, hasta después de Año Nuevo por si, por un milagro de esos que se dan de vez en cuando, la visita a casa de mis padres se hubiera prolongado un poco más.

«Qué ingenuo».

El caso es que, al regresar tan pronto, este tiempo antes de volver a la rutina laboral se me va a hacer eterno. Soy consciente de que no puedo pasármelo bebiendo como hice ayer, razón por la que me he puesto el chándal y me he subido a la cinta de correr que tengo en mi pequeño gimnasio. Con los cascos puestos y al ritmo de *Eyes of the tiger*, intento sudar los restos de *whisky* que aún tengo en el cuerpo. Pienso otra vez en Grace Garret. Su recuerdo, que no deja de persistir en mi cabeza, ha sido como un bálsamo en medio

de estos dos días deprimentes que acaban de pasar. Estuve tentado de llamarla ayer, aunque supuse que como todos los demás, estaría celebrando la Navidad con su familia. No sé por qué jodida razón me muero por verla… Es desquiciante. Por suerte, le debo una comida, así que tengo la excusa perfecta para llamarla cuando acabe de entrenar. A ver si hay suerte y le viene bien quedar hoy.

Una hora después sigo corriendo. Me he quitado la camiseta, que ha acabado empapada en sudor. Tengo el pelo mojado y mi piel brilla también, pegajosa por el esfuerzo. Por fin puedo decir que me siento mejor; al menos no lo veo todo negro como ayer. Disminuyo la velocidad de la máquina de forma paulatina mientras me seco la frente con una toalla. Me la paso por el resto de la cara, del pecho, y desvío la vista hacia el móvil que tengo apoyado en la cinta, frente a mí. Acaba de entrarme un mensaje. Es Claire otra vez. Cuando la máquina se detiene cojo el teléfono y me decido a contestar todos los mensajes que tengo de ella y de mi madre en el grupo *Familia* (que, dicho sea de paso, tiene nula actividad). Mi padre no me ha enviado ninguno. Me lo dejó bien claro: el día que decida salir de mi agujero, allí estará. Mientras tanto, no quiere saber nada de mí. Tecleo con rapidez.

Yo:
Estoy bien. No os preocupéis.
Siento lo del otro día.

Claire:
Deberías dejar de decir eso y hacer algo
por solucionar lo tuyo.

No eres el único que sufre aquí, ¿sabes?

Mamá:
Hijo, tu padre y yo estamos
muy disgustados.
Es hora de que reacciones.
Nos tienes preocupados.

Yo:
Dejad de preocuparos.
Solo necesito más tiempo.
Os tengo que dejar. He quedado.
Besos.

Me despido así, mintiendo, como suele ser ya habitual en las conversaciones con mi familia: mentiras y disimulo constante. No me extraña que no me apetezca hablar con ellos. Resulta agotador. Claire ni se despide, y mi madre me envía un beso. Cierro la conversación con el mismo emoji y salgo del chat para buscar el contacto de Grace.

Yo:
Hola, Grace.
Estoy de vuelta en Nueva York.
¿Te viene bien comer hoy?

Al momento veo que escribe.

Grace:

¡Hola!
¿Ya por aquí?
No pensaba
que me llamarías tan pronto.

Yo:
Al final ha sido una visita relámpago.
Entonces, ¿qué? ¿te va bien?

(Vuelvo a preguntar porque no quiero dar mis explicaciones sobre mi rápido regreso).

Grace:
Sí. No tengo nada hoy.
¿Hora y lugar?

Yo:
Hago unas gestiones y te digo.

Grace:
OK.

Aunque siento un regusto amargo por la conversación con los míos, necesito dejar de pensar en el tema. La perspectiva de comer con Grace Garret es lo bastante interesante como para conseguirlo. No hay día que mi mente no me la ponga delante, recreando nuestras conversaciones. Me atrae de un modo inexplicable; el interés que siento no tiene nada que ver con el reto que me planteó Matt. Su actitud arrogante y su beligerancia natural me tienen intrigado. Necesito conocerla más.

Hago una llamada y reservo mesa en un restaurante que intuyo le va a gustar. Se trata de un sitio no muy sofisticado, pero sí

con encanto. Como ella.

CAPÍTULO 16

GRACE

Estoy en mi habitación cuando escucho el sonido de un mensaje entrando en mi móvil, enterrado ahora mismo bajo montones de ropa; la que he dejado sobre la cama después de probarme medio armario. Hace un par de horas que Ray Dawson me ha llamado para comer juntos y, aunque sé que no es una cita, quiero causarle una buena impresión.

«¿En serio, Grace? Igual te lo tendrías que hacer mirar» me dice mi cabeza.

Sí, sé que esta no soy yo, pero es que no dejo de pensar en que debe de estar muy acostumbrado a chicas despampanantes, algo que creí que nunca me intimidaría… y resulta que sí, que me intimida bastante. Mi mente no deja de darme mil y una razones por las que no debería estar en este momento arreglándome para comer con un tipo como él. Es engreído, prepotente, materialista y sin un ápice de idealismo en el cerebro. Tengo claro que solo le importa el dinero y ganar. Aunque bueno, esto último no se lo puedo echar en cara; también yo soy competitiva, aunque me muevan otros valores.

El caso es que, desde que me ha llamado para comer juntos, me recorre el cuerpo una inseguridad que me fastidia: jamás he tenido problemas de autoestima y no deseo empezar a tenerlos cuando estoy a punto de cumplir treinta años. Pero es que salir a comer con Dawson me hace sentir… pequeña. Es uno de los mejores

abogados de Nueva York, brillante, está montado en el dólar y, para mi desgracia, no es ni calvo ni soso, sino todo lo contrario…¡es ocurrente y guapo hasta doler! ¡¿Cómo no voy a estar nerviosa?!

Reflexiono todo esto al tiempo que busco el teléfono, sacando capas y capas de prendas como haría un perro escarbando la tierra del jardín. Acabo dejando lleno de ropa el suelo enmoquetado.

—Qué desastre… —murmuro, observando el desorden que reina en mi habitación de adolescente, (la que ocupaba cuando vivía con mis padres y a la que volví hace un año).

«Aquí está».

Respiro aliviada cuando tengo el móvil en mis manos. Miro la pantalla. Es él. Leo el mensaje que acaba de enviarme.

Ray:
¡Hola!
Salgo de casa ahora
Estoy ahí en veinte minutos

Yo:
¡Hola!
OK

—¡Veinte minutos! ¡Y aún no sé qué ponerme! —exclamo con el pelo mojado.

En mitad de mi desesperación escucho que golpean la puerta de la habitación.

—¿Sí?

—¿Puedo pasar? —pregunta mi madre al otro lado.

Me ajusto la bata sobre la ropa interior y respondo:

—Claro, pasa.

Entra y, apenas pone un pie dentro, lanza una mirada al suelo cubierto de prendas.

—¿Todavía así? —dice.

Suspiro, recojo algunas prendas, las vuelvo a poner sobre la cama con resignación y acabo sentándome encima, derrotada.

—No sé qué ponerme —confieso—. No tengo ni idea adónde vamos, pero seguro que es un sitio de esos donde la gente lleva ropa de quinientos pavos para arriba.

—Hija, te pongas lo que te pongas, estarás preciosa —me dice, lanzándome una mirada que busca calmarme.

—No sé yo. Quiero dar buena impresión.

—¿Al abogado? —No se me escapa el retintín en su tono de voz.

—No —niego con rapidez—. No es una cita. Pero me preocupa llamar la atención por llevar ropa demasiado… sencilla.

—¿Desde cuándo te preocupan esas tonterías, Grace? —pregunta sentándose a mi lado.

—No son tonterías, mamá. No quiero parece fuera de lugar.

—Eso no te define, Grace. Sino lo que haces, cómo piensas y cómo tratas a los demás.

La miro con una mezcla de cariño y cansancio:

—Lo sé… Aunque el otro día, en Nochebuena, no parecías opinar lo mismo.

Frunce el ceño.

—Hija, estoy muy orgullosa de ti, no lo dudes nunca, solo que a veces pienso que tienes talento para llegar más lejos. Podrías vivir con más desahogo. No solo las mujeres sin recursos tienen

problemas con sus maridos. Deberías abrir un poco más tu clientela. Simplemente quería decir eso.

Me doy cuenta de que mi salida de tono del otro día no estaba justificada.

—Perdona, mamá. Puede que me pasara un poco —me disculpo—. Además, empiezo a pensar como tú y Violet. Espero que el caso de los Carlson me dé el empujón que necesito para que me conozcan fuera del Bronx.

—Esta es mi hija —dice orgullosa.

—¿Y sabes? Tienes razón. Lo que importa está aquí —Le pongo una mano en el corazón.

—Y aquí —añade, señalándome la cabeza.

Nos fundimos en un abrazo. Cuando nos separamos, me levanto decidida, más relajada, y vuelvo a revolver entre la ropa. Al fin, me decido por un vestido de punto negro, de manga larga y cuello *halter*, no excesivamente ajustado, pero que insinúa mis curvas.

—Va a ser este.

—Estarás muy guapa. Te dejo para que sigas arreglándote —dice mi madre, poniéndose en pie.

—Me seco el pelo, un poco de rímel y ¡lista!

Asiente, satisfecha, y me deja sola otra vez.

Poco después, entra el mensaje que esperaba:

Ray:
Estoy abajo.

Yo:
Voy.

Suspiro.

—Solo es una comida entre colegas, Grace. Relaja un poco —murmuro.

Me calzo mis tacones granates, los que suelo llevar siempre para mis reuniones —combinan con casi todo y, sobre todo, puedo aguantarlos más de diez minutos—, y me cuelgo al hombro un bolsito negro. Hubiera preferido uno del mismo color que los zapatos, pero no tengo bolsos por tonalidades, así que este tendrá que valer. Tras hablar con mi madre, me siento de nuevo centrada: recuerdo quién soy y cuáles son mis prioridades. No necesito ir perfecta. Me pongo el abrigo camel y bajo las escaleras a toda prisa, entrando en la cocina como un torbellino.

—Mamá, me voy. ¿Cómo me ves?

—Guapísima —me piropea desde el fregadero.

—Gracias. ¡Te cuento luego!

—Diviértete.

Me ato el cinturón del abrigo y me coloco la boina granate. Esa de aire parisino que me encanta.

«Al menos esta sí hace conjunto con los zapatos», pienso.

Me echo un vistazo en el espejo del recibidor y no me veo tan mal.

—¡Adiós!

Salgo y cierro la puerta. Al mirar al frente, casi me da un síncope. Dawson está apoyado en su coche, con una pierna cruzada y las manos sobre el capot. Lleva el mismo abrigo azul marino del otro día y una bufanda verde. Nueva York en diciembre no perdona.

La saliva se me atasca en la garganta cuando intento tragar. Bajo las escaleras intentando resultar natural, concentrada en no tropezar.

«¿En qué momento me pareció buena idea esto?» pienso, sintiendo que la situación me sobrepasa.

Sus ojos me siguen al andar, y mis piernas flaquean dentro de los tacones. Me repito que esto no es una cita, sino una disculpa por haberse pasado con su ridícula propuesta de cero dólares… Aun así, no logro relajarme. Parece uno de esos modelos que salen en las revistas de moda: sexy, elegante y seguro de sí mismo. En una palabra: irresistible.

«Y eso que no lo has visto sin ropa» suelta mi subconsciente traicionero.

Trago saliva otra vez. Ya he perdido la cuenta.

Al llegar a su lado, se endereza y me coge de la mano, haciéndome girar sobre mí misma.

—¿Qué haces? —pregunto, soltando una risita nerviosa.

—Admirarte. Estás preciosa. —Y saca a relucir una sonrisa que me hace levitar.

Mi sexto sentido me avisa del peligro, pero no puedo dejar de flotar a dos palmos del suelo.

—Gracias.

Aunque no me veo, estoy segura de que la cara se me ha puesto del mismo color que la boina.

—Por cierto, hola —me saluda después del numerito.

—Hola —respondo con cara de boba y los ojos brillantes de emoción.

Me abre la puerta del copiloto y me invita a subir:

—¿Vamos?

—¿Adónde?

—Ya lo verás. Espero que no hayas estado.

«Seguro que no», me digo, muy consciente de que mi presupuesto no se puede permitir los mismos sitios que él debe de frecuentar.

—Me encantan las sorpresas —confieso, entusiasmada por la perspectiva de algo diferente.

Cierra la puerta y desde mi asiento lo veo rodear el coche. Aún no me creo que un hombre como él me haya invitado a comer. Cierro los ojos un segundo para repetirme lo que esto es: una comida entre colegas.

Miro el salpicadero. El coche es una maravilla: todo limpio, elegante, lleno de mandos iluminados y ese olor a piel nueva. Y entonces se sube él… y su perfume lo invade todo. Y me invade a mí. Me muerdo el labio cuando, por primera vez, siento mi sexo responder al estímulo de su olor y cercanía. Bajo la cabeza, ofuscada, y busco en el bolso el cacao de labios. Me lo aplico encima del pintalabios que llevo. Necesito olvidar la reacción que acaba de tener mi cuerpo; es demasiado incómodo. Por no hablar de hasta qué punto me fastidia lo blanda que me vuelvo al tenerlo al lado.

Intento bajar la ventanilla para que me dé el aire y se me pase el sofoco, pero no encuentro el mando. Solo veo los botones brillantes del salpicadero.

«Dios… qué agobio…»

No me atrevo a tocar nada, prefiero cocerme viva antes que arriesgarme a poner los limpiaparabrisas en marcha o que salten los *airbags*. No me apetece montar otro numerito. Con el baile en mi despacho fue suficiente.

«Grace, respira y disfruta» me ordeno.

—¿Lista? —lo oigo decir a mi izquierda.

Lo miro y veo que vuelve a lanzarme esa maldita sonrisa *atrapamujeres*. No respondo. Solo asiento. Sus ojos grises de deslizan fugazmente hacia mis labios.

—Muy bien, ¡pues vámonos! Tenemos reserva a las doce —comenta, resuelto, apartando por fin los ojos de mí.

Sé que ha hecho un esfuerzo por desviar la mirada. Lo noto. Igual que él debe de notar mi nerviosismo. No somos amigos, solo colegas, pero es evidente que hay algo en el ambiente que no encaja con una relación estrictamente profesional.

«No seas idiota, Grace».

«Procura no babear. Tú eres una compañera, no una conquista más».

Me agarro a esa frase como un mantra. Me va a hacer falta durante toda la comida para no dejarme arrastrar por su atractivo, que es mucho. Por decirlo de forma clara y contundente: Ray Dawson es la tentación personificada. Y en este momento, lo tengo sentado al lado.

CAPÍTULO 17

RAY

Está tensa, lo noto en su esfuerzo por mantener la conversación, como si necesitara rellenar cada silencio. Intuyo que su carácter áspero en lo profesional enmascara a una mujer algo tímida. Me ha dicho que le encantan las sorpresas, espero acertar.

Nos adentramos en Manhattan y cruzamos varias avenidas hasta llegar a la número doce, la que discurre junto al río Hudson. Aparco en uno de los muelles y salimos al exterior. Sopla algo de viento y hace bastante frío.

—Vamos. Es por allí —le indico con la mano, una vez se baja del vehículo.

Lanza una mirada curiosa alrededor. Salvo algún que otro almacén, no hay edificios por la zona. Supongo que se estará preguntando donde está el restaurante.

—Nunca había estado aquí —comenta, paseando la vista sobre los barcos amarrados—. Es bonito.

Aprovecho que está distraída para observar su perfil. Su cabello negro, cortado recto a la altura de los hombros, se agita bajo la boina francesa. Tiene un atractivo distinto, magnético. Piel tostada, ojazos verdes, nariz chata y labios carnosos. No sigue los cánones clásicos y apenas va maquillada, pero es bonita así: rotunda y natural.

—Es aquí —digo, tocándole suavemente el brazo para que se detenga.

Se gira hacia mí y entonces la cojo por la punta de los dedos, encorvando los míos para tirar de ella y que me siga, haciéndola subir al pantalán. Sus yemas están frías. Me atrevo a entrelazar nuestros dedos y, al instante, una especie de zozobra, de no saber muy bien qué estoy haciendo, se instala en mi estómago. Frunce el ceño, desconcertada. Su cara de sorpresa me encanta.

—Vamos —la animo.

Pero me suelta, rompiendo el contacto físico. Nos miramos de pasada y capto su mensaje al instante: desea mantener las distancias. Ni siquiera somos amigos, solo dos colegas que han decidido comer juntos, así que no digo nada y acepto su gesto; no quiero precipitarme y arruinarlo todo. Comienzo a caminar y ella me sigue, más despacio, con cuidado de no meter el tacón en alguna de las rendijas de la pasarela.

Al final del pantalán, un barco de madera más grande que los demás, con el casco pintado en verde y los mástiles y barandillas de madera, impecablemente cuidado, se mece sobre las aguas. Me detengo frente a la escalerilla y le hago un gesto para que suba.

Abre la boca, sorprendida.

—¿De verdad?

—De verdad. Venga, sube.

Sonrío sin poder evitarlo. Hacía tiempo que no sentía lo que en este momento, y ni siquiera sé si sabría ponerle nombre… ¿felicidad? ¿expectativa? ¿alegría? En cualquier caso, palabras extrañas para describirme en los últimos tiempos.

No se hace de rogar. Obediente, sube delante de mí por la escalera metálica, agarrándose a la barandilla. Al llegar arriba, gira sobre sí misma, como queriendo absorber cada detalle. Hay varias mesas, aunque todas vacías. El día es demasiado desapacible para comer afuera. Le toco la espalda, empujándola suavemente hacia la puerta. Una vez dentro, se vuelve hacia mí. Su expresión muestra aún más sorpresa. Se muerde el labio y mis ojos se deslizan directos hacia el gesto que acaba de hacer. No hay duda, soy un salido mental incapaz de detener la idea que cruza mi cerebro como un rayo:

«Moriría por mordérselo yo».

—Es precioso —dice, sacándome de mi pensamiento.

Estamos tan cerca que puedo oler ese perfume que tanto me gusta: suave, cálido y alegre. Como un día de verano.

—Me alegra haber acertado.

El barco es grande y el salón, acogedor. Madera oscura en paredes, mesas y sillas. Nada ostentoso, pero sí con encanto y lleno de clientes. Es sábado y aquí sirven las mejores ostras de Nueva York. Hice bien en reservar en cuanto Grace aceptó mi invitación. Un hombre se acerca, le doy mi nombre y nos guía entre dos filas de mesas. Nos quitamos los abrigos y nos sentamos uno frente al otro, dejando las prendas en las sillas vacías. La decoración de la mesa es sencilla; un farolillo de latón sujeto con tornillos. La vela que contiene, apagada. En las ventanas cuelgan cortinas de terciopelo verde y flecos dorados.

—Qué bonito —murmura, arrastrando un dedo por el farolillo. Luego desvía la vista afuera—. De noche tiene que ser increíble estar aquí, con las velas encendidas y las luces de Nueva York al fondo.

La observo, sorprendido. Todo le parece bonito o precioso. Ninguna de las mujeres con las que he salido valoraba nada, al contrario que Grace. Así da gusto dar sorpresas.

—Nunca he venido de noche, pero podemos volver, si te apetece. —Mis ojos no se apartan de su rostro, esperando su reacción.

—Eso parecería más una cita —advierte.

—¿Y los colegas no pueden cenar juntos?

—Sí. Pero no nosotros. He aceptado venir por cómo surgió esta comida, pero no habrá próxima vez —asegura con rotundidad.

Ahora ya no es la Grace tímida, sino la abogada.

—Porque trabajamos en el mismo caso, ¿no?

—Exacto.

—Mientras no mencionemos el tema, no veo el problema —insisto en la idea.

—A ver, Ray… Sé que en ningún sitio pone específicamente que dos abogados oponentes no puedan comer juntos, pero es una cuestión de ética. ¿Tan difícil es de entender?

El camarero llega, toma nota del vino que pido, deja la carta y vuelve a marcharse.

—¿Y si tú y yo fuéramos un matrimonio? ¿Deberíamos dejar de defender a nuestros clientes si coincidiéramos en el mismo caso? Se trata de separar vida personal y profesional. Es fácil.

—Sí, tan fácil como que tú, para empezar, ni siquiera quieres novia.

Tuerzo la boca y me callo.

—*Touché* —admito—, pero eso no contesta a mi pregunta. Yo no voy a casarme, pero hay matrimonios entre abogados que se

habrán visto en esta situación.

—No sé —responde, desinteresándose del tema—. Intentaré no enamorarme de un abogado y mucho menos casarme con él. Así me evito el problema. —Acto seguido, dispara—: Y tú, ¿por qué no quieres casarte ni tener novia?

Resoplo y me retrepo en la silla, dispuesto a soltarle mi verdad sobre el tema.

—Si te soy sincero, me extraña que me hagas esa pregunta dedicándote a lo mismo que yo: separar matrimonios. No sé tú —continúo con mi argumento—, pero yo deshago unos cuantos al año. Después de ver tanta pareja fracasada tengo claro que eso del amor para siempre es un cuento.

Me encojo de hombros en plan «esto es lo que hay», y me callo. La he dejado pensativa. Me mira, pero no me ve; su preciosa cabecita está dándole vueltas al asunto.

—Probablemente, tengas razón —reconoce al fin—. Aunque es triste. Me gustaría pensar que sí hay alguien ahí afuera con quien pueda ser yo misma, que me respete y me quiera tal como soy.

Aprieta los labios en cuanto termina. Intuyo que se arrepiente de haberse abierto así.

—Lo sabía. Eres una romántica.

—Y tú, demasiado pragmático.

—No lo niego. El amor es un cuento chino.

—A lo mejor deberíamos aprender chino para manejarnos mejor en las relaciones.

—Primero tendría que conocer a la chica que me motivara a hacer semejante esfuerzo —le suelto, clavando mi mirada en la suya.

—¿Sabes qué creo? —me dice—. Que cuando estás con tu media naranja, todo fluye. No hay que esforzarse.

Nos miramos un largo momento. Me jugaría el cuello a que estamos pensando lo mismo: «¿Todo fluye entre nosotros?». Supongo que habremos llegado a la misma conclusión: no. Desde que nos conocemos ya hemos tenido unos cuantos rifirrafes.

El camarero llega y nos sirve el vino. Cojo la carta y le echo un vistazo, aunque ya sé qué es lo que voy a pedir.

—¿Has comido ostras alguna vez?

—No. Ni pienso hacerlo —afirma segura, y da un sorbo al vino.

—¿Eres vegetariana o algo de eso? —De esta mujer me espero cualquier cosa.

—No. Pero si voy a comerme un animal, lo prefiero bien muerto.

—Pues no sabes lo que te pierdes.

—Sí, una textura viscosa y repugnante… Por no hablar del sufrimiento del pobre bicho… ¿Te gustaría que te comieran vivo?

La miro con atención. La pregunta tiene miga y da para mucho. Bebo con calma antes de responder:

—No me gustaría, me encanta que me coman vivo. ¿Tampoco lo has probado? —la provoco.

Parpadea. El color sube a sus mejillas al instante. Sonrío de medio lado. No sé si está escandalizada o enfadada… pero me encanta.

—Olvídalo —añado, viendo que no reacciona—. Es que me lo has dejado a huevo.

«Voy a necesitar más de dos meses para cumplir mi reto. Es demasiado seria».

—Deberías probar las flores de calabaza fritas con cualquiera de los pescados de la carta —sugiero para cambiar de tema.

De pronto, se bebe la copa entera de un trago. Se sirve otra… y también la vacía de un golpe. Sus siguientes palabras me sacuden como un sopapo.

—¿Y cuál es la parte que más te gusta que te coman, si puede saberse? —me dice con sensualidad.

«Vaya, igual la he juzgado demasiado pronto».

Le clavo los ojos y me recuesto en la silla con la copa en la mano.

—¿Tú que crees? —pregunto clavándoles los ojos, antes de beber.

—¿Tal vez… la anguila juguetona que tienes entre las piernas?

Y, sin previo aviso, noto su pie en mi miembro. Doy un respingo y casi escupo el vino. Trago a duras penas.

—¡Joder!

—Hummm… —Se sirve otra copa mientras sigue tomándome la medida con el pie, y vuelve a bebérsela entera.

Mientras mi erección crece me pregunto si está intentando batir el récord Guinness a la más rápida bebiendo vino.

—Creo que me quedaría con hambre —concluye, abandonando mi entrepierna.

«Vaya con Garret… Igual cumplo mi reto antes de lo previsto».

Una vez sobrepuesto al *shock* le sigo el juego, respondiéndole con una sonrisa maliciosa:

—Y yo creo que antes de opinar sobre comida… hay que probarla.

Se acerca a la mesa y apoya sus antebrazos en ella. Mi corazón bombea con más fuerza.

—Pues lo que yo pienso es que deberías dejar de tontear conmigo, Dawson.

Su última frase me produce el mismo efecto que si me hubiera empujado a una bañera llena de hielo. Enarca las cejas y espera mi respuesta con cara avinagrada. Mi corazón baja sus pulsaciones de cien a cero, decepcionado. Me defiendo como puedo:

—No soy yo quien te ha metido pie por debajo de la mesa.

Se echa hacia atrás de nuevo, sin abandonar su expresión acerada.

—No soy un ligue, ¿vale? Que te quede claro —me suelta.

«Joder con la abogada».

Chasqueo la lengua y dejo la copa en la mesa, de malhumor.

—Solo pretendía una conversación divertida, eso es todo. —Mientras lo digo, la incomodidad me invade. Ninguna tía me había hecho sentir tan gilipollas. Estoy acostumbrado a tener el control, pero con Grace no puede ser más diferente.

—Pues ni pizca de gracia —me suelta.

—Vale. Lo pillo. No te gustan las ostras, no te gusta mi anguila y no te resulto divertido.

—Buen resumen, sí.

Más vale que le dé la vuelta a esto si no quiero perder la apuesta. Aunque sinceramente, ahora mismo veo imposible conseguir mi objetivo. Es áspera como una lija de carpintero. Por suerte, mi móvil vibra sobre la mesa, salvándome de esta

embarazosa situación. Cuando veo quién es me levanto con rapidez para hablar en privado.

—Disculpa. Ahora vuelvo.

Asiente sin mirarme y vuelve a llenar su copa.

CAPÍTULO 18

GRACE

Estudio su rostro durante unos instantes. Sé que está incómodo, que no se encuentra como pez en el agua. Imagino que debe de estar acostumbrado a que todas las chicas le rían las gracias. Mirándolo, entiendo que caigan derretidas como mantequilla: las facciones de su rostro son proporcionadas y perfectas, aunque empiezan a desdibujárseme por efecto del vino. Hoy no lleva el pelo tan perfectamente peinado como cuando ejerce de abogado y, ese toque natural, aún lo hace más atractivo. Su cabello es castaño claro y sus ojos grises, fríos, aunque en ocasiones hayan dejado asomar cierta emoción o interés. Tal vez, en otras circunstancias, me habría dejado llevar. Pero no en esta. Quiero que me tome en serio y que le quede claro cuál es la relación que nos une: colegas de profesión, y punto. Por eso, aunque casi me he muerto de la vergüenza cuando mi pie ha aterrizado entre sus piernas, tenía que hacerlo. Ahora, casi me da pena; es evidente que se siente descolocado.

Su móvil —que reposa al lado de su copa—, suena de pronto. Los dos dirigimos la mirada hacia él. Lo coge tan rápido que no me da tiempo a ver nada.

—Disculpa. Ahora vuelvo —me dice.

Asiento y tomo mi copa. Otra vez. A estas alturas debe de pensar que tengo problemas con el alcohol. No es eso, lo que me

pasa es que necesito el vino para infundirme valor. No quiero que me note cohibida.

«Está buenísimo». (Y no me refiero solo al vino).

Lo paladeo, paseándolo por la boca para disfrutar de su sabor fresco y afrutado.

«Y pasa de maravilla».

Le doy un trago y hala, para adentro. A reunirse en mi estómago con todo el que ya llevo ingerido y con las emociones que me trago cada vez que lo miro.

CAPÍTULO 19

RAY

—Dime, Bruce.

Bruce es el detective privado que me ayuda cuando necesito recabar pruebas para sustentar mis casos. En asuntos de divorcios y separaciones es habitual buscar trapos sucios de la otra parte para intentar ganar o, al menos, que tu cliente tenga que desembolsar la menor cantidad posible de pasta. Soy de la opinión de que todo el mundo tiene algo que esconder, si no, que me lo digan a mí. Lo único que hay que hacer es indagar con ahínco y encontrarlo.

Sin parar de caminar por la cubierta para que el frío no me congele como un témpano, escucho las explicaciones de mi detective con el móvil pegado a la oreja y el ceño fruncido, concentrado en lo que me cuenta.

—¿Estás seguro?

…

—¿Tienes fotos? —Al instante me doy cuenta de la estupidez de la pregunta.

…

—Sí, perdona —me disculpo al ver que mi ayudante se ha molestado al poner en duda su profesionalidad—. De acuerdo. Quiero verlas cuanto antes. Seguro que no tardarán en citarnos del juzgado y quiero ir preparado. Pásate por casa mañana.

…

—OK. Hasta mañana, entonces. Gracias, Bruce.

En cuanto cuelgo, una sonrisa asoma a mi rostro. Ya la tenemos. Puede que, después de todo, consiga ventilarme el divorcio de los Carlson antes de lo previsto. Contento, vuelvo dentro del barco y localizo con la mirada a Grace Garret, quien se entretiene con el móvil, ajena a todo.

—Disculpa, temas familiares —miento para no ponerla en alerta al llegar a la mesa.

—¿Todo bien? —pregunta sonriente.

Tengo la sensación de que va algo achispada.

—Sí, todo bien, gracias. ¿Has pedido la comida?

—No, te esperaba.

—OK, pues vamos a hacerlo ya, si no, me temo que el vino va a acabar haciéndote un boquete en el estómago.

CAPÍTULO 20

GRACE

—¿Esa señora que había en la ventana cuando he ido a recogerte era tu madre? —me pregunta.

—Sí. No es lo más habitual a los treinta, lo sé —respondo, encogiéndome de hombros.

Su expresión me lo confirma, aunque no dice nada: solo espera a que me explique.

—Hace algo más de un año vivía sola en un apartamento, pero cuando a mi madre le dio una anemia que casi se la lleva al otro barrio, me mudé de nuevo con ella para cuidarla. Ahora está bien y estoy planteándome volver a vivir por mi cuenta. Aún no lo tengo decidido. Me gusta tener con quien hablar cuando llego a casa. Es triste que nadie te espere.

—¿Lo dices en serio? Yo no encuentro mejor recompensa que el silencio de mi apartamento al final del día —confiesa.

—¿Y tu familia? Estaba en Filadelfia, ¿no?

Noto que se tensa.

—Sí.

—Está cerca. Supongo que, aunque seas un poco asocial —bromeo—, irás a visitarla de vez en cuando.

Pasea los dedos por el borde de la copa, como si necesitara distraer su pensamiento. Al preguntarle por su familia ha dejado de mirarme a los ojos. Sigue sin hacerlo cuando me responde:

—No mucho.

De pronto se yergue en el asiento y resopla, volviendo sus ojos hacia mí.

—Es una larga historia. Tal vez si me permitieras tontear contigo y llegaras a probar mi anguila te la contaría, pero como eso no va a pasar, cambiemos de tema, ¿te parece?

Suelto una carcajada. A lo mejor sí tiene un lado gracioso, o quizás es el vino que empieza a hacerme efecto: acabamos de pulirnos la segunda botella mientras damos cuenta de la comida.

—¿Qué tal el baloncesto? —pregunto.

Se queda inmóvil y mudo, escrutándome con los ojos como si quisiera penetrar en mi cerebro y saber lo que estoy pensando.

—¿El baloncesto? ¿Qué pasa con el baloncesto?

«Vaya cara de susto. Cualquiera diría que lo he pillado cometiendo un delito».

—Te estoy proponiendo que hablemos de baloncesto… —le explico—. Soy una loca de los *Knicks*.

—Ah… Sí, sí… Yo también.

—Creo que este año llegarán a la final. Si juegan en Nueva York, iré a verlos. —Como veo que vuelve a quedarse callado, le paso la mano por delante de la cara, para que reaccione—. Ray… ¿estás bien?

Se rasca la nuca, confundido. No sé qué narices le ocurre. Empiezo a dudar de que tengamos algo en común.

—Sí, perdona. Estoy bien. Creo que también iré a verlos.

—Las entradas serán caras, pero estoy dispuesta a pagar su precio.

—Sí. Cualquier cosa por ver jugar a los *Knicks*, ¿verdad?

Las últimas palabras las acompaña con una risa leve y algo forzada. A mí no me engaña: dudo que le guste el baloncesto.

Dos botellas de vino más tarde me siento flotar en el ambiente, relajada. Ray se ha zampado una ensalada de aguacate y una enorme bandeja de ostras él solito. Imposible no coja una indigestión. No ha dejado de tentarme para que pruebe una.

—Con la de ostras que has comido, en cualquier momento empiezas a vomitar perlas por la boca —le digo, riéndome, señalando las conchas vacías.

—¿Y tu atracón de gambas? Da gracias si no despiertas mañana con un bigote naranja hasta el suelo.

Me rio a carcajadas, imaginándomelo. Él se contagia y me sigue. Cuando se nos pasa la tontería, el silencio se instala entre nosotros…, pero no es un silencio incómodo, al contrario, flota cierta complicidad. Nuestros ojos, brillantes por el vino, se entretienen con curiosidad en los del otro. Me gusta este lado divertido de Ray Dawson.

—¿Te apetece un *tequila del infierno*? También es típico de aquí —propone, interrumpiendo la extraña conexión visual que acabamos de tener.

Pongo cara de susto con la sugerencia, y él no tarda en reaccionar con una provocación:

—Ah, no, perdona… Que eres una cobarde.

—¿Una cobarde? ¿Yo?

—Sí, tú. No has probado las ostras, y por tu cara, veo que tampoco vas a probar el tequila «solo apto para valientes». —Entrecomilla las últimas palabras con los dedos.

—Tú tampoco deberías, tienes que conducir —intento escabullirme.

—Hace rato que no estoy en condiciones de conducir. Pediremos un taxi. —Alza el brazo bajo mi mirada de sorpresa y le pide al camarero el famoso tequila.

El chico nos muestra su mejor sonrisa y va a por él. Cuando vuelve, la etiqueta me hace dar un bote en el asiento. Es negra, con una calavera roja y el nombre debajo: «Muerte por Tequila».

—¿Esta es la marca? —pregunto.

No dice nada. Solo asiente, destapa la botella y me lanza una sonrisa maliciosa.

Junto a la botella hay sal y limón. Lo miro sin saber qué hacer con ello.

—¿No me digas que nunca te has tomado un tequila? —pregunta, incrédulo.

—Te lo digo.

Me mira con cara incrédula.

—Aparte de estudiar y ser la primera de tu promoción, ¿se puede saber qué has estado haciendo todo este tiempo?

Por primera vez, no me siento orgullosa de mis resultados académicos.

«Un momento. ¿Cómo lo sabe?».

—Y tú, ¿cómo sabes eso? —inquiero, perspicaz.

Pensaba que escurriría el bulto, pero me sorprende porque no le importa reconocer la verdad; debe de ser el efecto del alcohol.

—Te he investigado, señorita Garret —me dice, tomando mi mano y frotando la piel con el limón. Luego espolvorea un poco de sal por encima—. Me pareces peligrosa, ¿sabes? No me fío de ti.

—¿De veras lo crees? —pregunto, sin perderme un detalle de lo que está haciendo.

A pesar de que estoy bastante bebida, no me pasa desapercibido el toque suave de sus manos. Las tiene preciosas.

«Es imposible que sea tan perfecto… Seguro que tiene los pies feos» reflexiono con las pocas neuronas despiertas que me quedan. Mi mente se ha desinhibido y no puedo contenerla.

—Quería conocer a mi oponente, para estar preparado.

—Vaya, me siento halagada viniendo de ti.

—¿Por?

—Tu fama de buen abogado y un poquito cabrón te precede.

Lo que yo decía. Desinhibida total. Estoy siendo sincera en exceso. Por suerte, creo que mañana no nos acordaremos de nada.

Se echa a reír y llena dos vasos con tequila. Creo que su fama le importa una mierda.

—Chupa —me ordena.

Le hago caso y paso la lengua por mi mano, sin plantearme nada. Estoy a gusto en compañía del tío más bueno de Nueva York, así que voy a intentar disfrutarlo. Bebo de un trago el chupito que me ha servido, mientras él se unta la mano con el limón.

Cuando voy a ponerme otro tequila, Dawson me frena.

—Creo que ya es suficiente, Grace.

—No *seash* cenizo, Ray.

—En serio. Ya vale.

Le pongo morros justo en el instante en que noto cómo una nube enturbia mi mente y mi estómago da una voltereta completa

dentro de mí. Necesito salir de allí; las gambas que me he zampado han resucitado y quieren abandonar mi cuerpo.

—Ray, tengo que ir fuera. Creo que… —y antes de acabar la frase, salgo disparada por el pasillo en busca de la cubierta.

A duras penas consigo llegar y volcarme sobre la barandilla para echar toda la cena, que ahora está flotando sobre las aguas del río. Levanto la cabeza y me entra otra arcada. Más restos de gambas vuelven a caer al mismo sitio. Los peces se acercan a comerse mi vómito.

—Qué *ashco*… ¡No *osh* lo comáis, son *vuestrash amigash!* —les grito.

Ray llega enseguida y se coloca a mi lado. Me pone la mano sobre la espalda. Yo sigo con el pecho apoyado en la barandilla del barco, entretenida con los peces, dejando que la brisa fresca me golpee la cara.

—¿Estás bien? —pregunta.

—No… Nada bien… —Me vuelvo hacia él en un movimiento tan descoordinado que no salto por la borda gracias a que me sujeta con rapidez del brazo.

—Sí, eso me imaginaba.

—Mira… *Esos pecesh she eshtán* comiendo a sus *amigash lash gambash* —le digo señalando hacia abajo con el dedo.

No se asoma. En vez de eso, mira su reloj.

—Deberíamos pedir un taxi y que nos lleve a casa.

—¡Noooo! ¡No puedo volver *ashí* a *casha* de *mi madre*! —digo limpiándome la boca con la manga.

Tuerce los labios y se me queda mirando, pensando qué hacer.

—Puedes venir a la mía y dormir un rato allí.

—*Graciash*.

Estoy tan agradecida que me pongo de puntillas y le doy un beso en la cara.

«Qué guapo *esh*» pienso cuando se me queda mirando fijamente.

—Eresh guapo, Ray. *Shi* no *fuerash* el abogado de *eshe shenador*...

—Más vale que no digas nada más —me advierte con una sonrisa —. O mañana te vas a arrepentir... de todo.

—¿Por quéeee? ¡Me lo he *pashado* muy bien!

No sé por qué me ha dicho eso, aunque creo que no me importa mucho. No lo pierdo de vista, embobada con sus facciones, mientras él se preocupa en llamar a un taxi que venga a recogernos.

CAPÍTULO 21

RAY

He tenido que cogerla en brazos en el ascensor porque se deslizaba por la pared.

—*Solo neceshito* dormir, Ray… *Eshtaré* mejor cuando me *deshpierte*, te lo prometo.

No voy a negar que hemos bebido bastante, y ahora me doy cuenta de que tendría que haberla detenido antes. Sinceramente, pensaba que estaba más acostumbrada a cogerse algún pedal, pero visto lo de hoy, me da la impresión de que sale poco de fiesta.

Abro la puerta cargando con ella sobre el hombro, mientras sus brazos inertes me golpean la espalda. Mi apartamento solo tiene un dormitorio, así que voy directo a mi habitación y la tumbo en mi cama.

Se ha quedado dormida.

Me surge una duda: ¿la desvisto o la dejo así?

«La dejo así».

Le quito el abrigo y los zapatos, y la meto dentro, bajo el edredón.

«Esto es surrealista». Tengo en mi cama a la tía por la que me despierto por las noches, y no puedo hacer nada; solo mirar, esperar a que se le pase la borrachera y devolverla a su casa.

Un dolor machacón empieza a instalarse en mi cabeza.

«Necesito una ducha y una aspirina».

Me despierto en el sofá, desorientado, hasta que recuerdo por qué estoy allí. Me he quedado traspuesto después de la ducha. Miro el reloj y me sobresalto:

—¡Joder! ¡Las diez!

Han pasado cinco horas… ¿Aún seguirá durmiendo Grace?

Voy a mi habitación y la encuentro boca arriba, con los brazos abiertos, destapada, y el vestido subido hasta los muslos. Niego con la cabeza y me muerdo el labio. Así, medio desparramada en mi cama, no queda ni rastro de la abogada dura con la que tengo que enfrentarme dentro de poco. Mis ojos se deslizan por sus piernas, largas, torneadas, todavía cubiertas por las medias. Me cuesta apartar la vista.

Me planteo si dejarla dormir más. Su madre debe de estar preocupada. Me jugaría el cuello a que Grace no es de las que pasan la noche fuera sin dar señales de vida.

—Grace —la llamo, zarandeándola un poco.

Recibo un gruñido por respuesta.

—Grace…

Nada.

Me siento en el borde de la cama y la muevo con suavidad por los hombros, obligándola a despertarse.

—Grace. Soy Ray. Despierta.

—¿Eh? —Apenas abre los ojos en una fina línea para mirarme. Le cuesta enfocar—. ¿Qué pasa?

—¿Recuerdas algo?

—¿Qué? Déjame dormir…

—Sí, te dejo, pero antes deberías avisar a tu madre.

De pronto, se levanta como si la hubieran pinchado con una aguja.

—¿¿¿Mi madre??? ¿¿¿Qué pasa con mi madre??? —pregunta, preocupada.

—Tranquila. No le ocurre nada. ¿Recuerdas nuestra comida en el barco?

Se frota la cabeza —revolviéndose el pelo y dejándolo como un nido de pájaros—, y se echa de nuevo sobre el colchón con los ojos cerrados.

—Sí… Un poco… ¿Dónde estoy? —Levanta los párpados otra vez, mostrándome sus preciosos iris verdes, aunque se mantiene tumbada—. Todo me da vueltas…

—No me extraña —murmuro.

—¿Qué?

—Nada. Escúchame. —Cojo su barbilla y le giro la cabeza para que me mire y me preste atención—: Puedes quedarte a dormir hasta que estés bien del todo, pero deberías avisar a tu madre si no quieres que se preocupe.

—Pero, ¿dónde estoy?

—En mi casa.

Cuando procesa lo que acabo de decirle levanta la mano y la deja caer casi muerta sobre la frente.

—¡No! ¡No, no, no, no! Por favor, ¿no me digas…? ¿No habremos…?

Enseguida me doy cuenta de cuál es su miedo.

—Tranquila, no ha pasado nada. Mírate. Vas vestida.

Levanta la cabeza y se echa un vistazo.

—¡Ah, sí!… —Se ríe nerviosa y vuelve a dejarse caer sobre la cama—. Perdona. Qué tonta.

—Grace, ¿quieres volver a casa, o no?

—Quiero dormir.

Resoplo. Tengo que hacer algo porque es evidente que todavía sigue afectada por el alcohol. Me levanto, busco su bolso —que ha quedado en el suelo, al pie de la cama— y rebusco con cuidado hasta encontrar su teléfono.

—¿Cómo se accede a tu móvil? —le pregunto.

—Mmmm…

—Déjame el dedo.

—Jajajaja… ¿Cuál de todos?—responde moviendo también los de los pies, prisioneros en las medias.

Me paso la mano por el rostro.

«Joder, espero que mañana no se acuerde de todo esto, si no, no va a querer mirarme a la cara nunca más».

—Me basta con el que uses para entrar en tu teléfono.

—Es que uso contraseña.

—¿En serio? Estás un poco anticuada, ¿no?

Vuelve a incorporarse con un considerable esfuerzo y se apoya sobre el cabecero, dejándose caer un poco hacia donde estoy sentado.

—Es más seguro, listillo. Si usaras el dedo tendrías una posibilidad entre diez —me dice, poniendo las palmas de la mano delante de mí— ¡Pero ni en mil años adivinarías mi contraseña!

Antes de que pueda responder, vuelve a hablar, con tono burlón:

—Venga, señor Dawson, ¿no eres tan listo? Además, ¿para qué quieres saberla? —se interesa, pasándome el dedo índice por la línea de la mandíbula, lanzándome una mirada que intenta ser seductora.

No puedo evitar tensarme. Aun despeinada y con el rímel corrido, me resulta tentadora.

—Tranquila, no voy a cotillear. —Le aparto la mano de mi rostro, y se la dejo en el regazo—. Solo quiero enviar un mensaje a tu madre y decirle que no se preocupe, que estás conmigo.

—Pero, ¿contigo en plan… *follacompis* o en plan colegas aburridos?

Vuelve a intentar tocarme la cara y la detengo otra vez, sujetándola de la muñeca; me inquieta la forma en que me altera su contacto.

Esta comida entre compañeros me está dejando claras dos cosas; una, que su vida debe de ser muy aburrida porque a la menor oportunidad se ha soltado por completo, y dos, le gusto. No sé si tanto como ella a mí, pero le gusto.

—No hace falta especificar eso —respondo—. Dejaremos que tu madre saque sus propias conclusiones. Mañana, si quieres, se lo explicas tú.

—Vaaale —contesta, obediente.

—La contraseña, venga.

—Es que… no te lo vas a creer…

—¿No te acuerdas?

—Sí, claro que me acuerdo —me dice decidida—, pero la pongo yo… Dame el móvil.

Se lo tiendo. Lo coge, y mira el teclado como si fuera una anciana intentando leer sin gafas el prospecto de sus pastillas. Hace dos intentos fallidos. No me extraña, por lo que teclea, la contraseña es larga de cojones.

—Dame —le digo, quitándoselo de las manos con impaciencia —. Un intento más y lo bloqueas. Dímela. La pongo yo. ¿Qué contraseña has puesto, el abecedario o qué?

—No.

Aguardo con el dedo preparado sobre el teclado, pero no dice ni una palabra. La empujo un poco:

—Y la contraseña es…

Entonces, sí. La suelta de carrerilla, sin apenas vocalizar:

—Raymivillanofavorito. Todo junto, la primera con mayúscula y las demás en minúsculas.

Dicho lo cual se entierra bajo el nórdico, escondiéndose de mí, que me he quedado como si me hubieran disparado con una pistola paralizante.

«¿Me tiene de contraseña?».

«Joder, tiene razón, no la habría adivinado en la vida».

Aprieto los labios para no soltar la carcajada que me está subiendo por la garganta y la muevo con cuidado, tocándola por encima del edredón.

—Sal, Grace. Prometo no recordarte esto mañana ni ningún otro día de mi vida —me burlo, consciente de que a la mínima lo haré. Mi boca sigue sonriendo con el descubrimiento.

Suelta un gruñido antes de hablar:

—Pon a mi madre que volveré en un par de horas, por favor.

Obedezco.

—He añadido unos corazones y un «te quiero», ¿te parece bien?

Saca el brazo y me enseña el pulgar hacia arriba.

—¿Dónde está el baño? —pregunta con la voz mucho más estable que hasta ahora. Parece que la moña que llevaba se le ha ido de repente.

—Enfrente de ti.

Asoma la cabeza y localiza la puerta. Sin mirarme, sale de la cama y va hacia allí.

—Necesito una ducha. ¿Me dejas una toalla? —Lo pregunta evitando cruzar su vista con la mía.

—Las tienes en el armario que hay dentro. ¿Quieres un café?

—No, gracias. Si puedes pedirme un taxi… —me dice antes de desaparecer dentro del baño.

—Puedo llevarte yo.

—¡No! —exclama, asomando por la puerta como si le hubiera pedido que se cortara una mano.

—¡Vale, tranquila! —Levanto las manos en son de paz.

Al poco escucho caer el agua de la ducha. No dejo de pensar si lo que ha pasado hoy ha sido bueno o malo. Hubiera sido un buen intento de aproximación, pero creo que con lo de la contraseña se ha convertido en todo lo contrario; se siente descubierta e intuyo que no va a querer acercarse a mí a menos de treinta pies.

Es domingo por la noche y estoy aburrido de mí mismo. He salido a correr, he levantado pesas y he charlado un rato con Bruce, quien se ha pasado por mi apartamento a traerme las fotos de las que me habló ayer. A Grace no le van a hacer ninguna gracia. En fin… es lo

que hay. Me cae bien y me gusta, pero no hay que perder de vista que, ante todo, somos enemigos.
Como era de esperar, todavía no ha dado señales de vida. Supongo que estará mordiéndose las uñas después de confesarme su contraseña. Ayer lo pasé bien, y estoy seguro de que ella también… Al menos hasta que el alcohol empezó a hacerle efecto. Tirado en el sofá, no dejo de pensar en ella. Es como un resfriado cojonero, de esos que pillas y no te sueltan. Me muero de ganas de oír su voz. He vuelto a mirar la foto de su perfil profesional como cuarenta veces. No le hace justicia; es mucho más guapa al natural. Mi cabeza vuelve, compulsivamente, al momento en que salió de su casa con el abrigo anudado a su pequeña cintura y la boina granate ladeada sobre su cabello oscuro. Joder… No aguanto más. Sin pensarlo, le envío un mensaje:

Yo:
Hola, Grace.
¿Cómo estás?
No he querido molestarte hasta ahora,
para que pudieras descansar.

Ve el mensaje enseguida, pero tarda un par de minutos en contestar. Sé que está eligiendo con cuidado la respuesta. Es un poco *doña perfecta* y creo que deja poco a la improvisación.

Grace:
Hola, Ray.
Estoy mejor.

Quería darte las gracias por
permitirme dormir en tu casa.
Ayer di el espectáculo. Lo siento.

Yo:
No te preocupes.
Espero que no fuera la primera
borrachera de tu vida.
Me sentiría fatal
por haberte llevado al lado oscuro.
(emoji de un diablillo sonriendo)

Grace:
Muy gracioso… No, no es la primera
que pillo, pero reconozco que hace
mucho tiempo de la última.

Yo:
Si me permites un consejo…
Tienes que divertirte más.
No tengo ningún problema en acompañarte.
Ya lo sabes.
(emoji guiñando ojo)

Grace:
Mejor no. Además, no podemos.
Te lo he dicho…¿mil veces?

Yo:
Alguna más.
Por cierto, me gustó tu contraseña.
(no puedo evitarlo, aunque prometí no sacarlo)

Escribiendo… Escribiendo… Largo rato sin respuesta. Debe de estar tecleando y borrando, sin decidirse.

Grace:
Nos vemos en los juzgados.
Adiós.

Yo:
No te enfades. Era una broma.

Lee el mensaje, pero no responde. Dejo el móvil sobre la cama y le doy vueltas al tema: el tiempo pasa y debo arriesgarme si quiero cumplir el reto que me planteó Matt. No sé qué hacer. Con otras mujeres no dudo, pero con Grace necesito pensar cada paso que doy.

Me levanto, voy a la cocina y cojo una Pepsi. ¿Presiono un poco más o no? Regreso al sofá y me tumbo de nuevo. No dejo de mirar el teléfono mientras doy sorbos, indeciso. Paso el pulgar por la pantalla y leo su último mensaje otra vez. «Nos vemos en los juzgados. Adiós». Podría dejarlo ahí, pero sé que, si quiero ganar, tengo que mover ficha. Respiro hondo y comienzo a teclear despacio… Más que mover ficha, tengo la sensación de estar saltando al vacío sin paracaídas:

Yo:
Tú también me gustas.

Cinco minutos después, los tics se vuelven azules. Lo ha leído. Espero un buen rato…, aunque la respuesta no llega.

No sé si he hecho bien o mal, pero ya no hay vuelta atrás.

CAPÍTULO 22

GRACE

Subo corriendo las escaleras del tribunal de familia en Manhattan como si me persiguiera el diablo. Voy mal de tiempo debido a un atasco por obras. La vista preliminar del divorcio de los Carlson empieza en cinco minutos y ni siquiera sé en qué sala se va a celebrar. No es la corte donde suelo litigar mis casos. Mis tacones repiquetean sobre el mármol pulido del suelo. Pregunto a un señor trajeado con maletín —que supongo será abogado también— y, muy amable, me señala el camino. Por fin, con la lengua fuera y los pies tan reventados que casi no los siento, alcanzo el pasillo indicado. Al ver a Dawson sentado en un banco, esperando a que nos permitan entrar en la sala, me freno y ralentizo el paso. Se gira al oírme llegar y deja el móvil de inmediato para prestarme atención. Desde lejos siento su mirada clavada en mi rostro. La saliva se queda atascada en la garganta. Han pasado quince días desde nuestra comida y no hemos vuelto a cruzar una palabra desde su último mensaje. Ese que me he leído, al menos, cien veces.

Tú también me gustas .

Se pone de pie para saludarme:

—Hola, Grace.

El corazón acaba de explotarme en mil pedazos al escuchar otra vez su voz. Sus ojos recorren mi rostro, analizándome. Quiero saber qué está pensando... y, al mismo tiempo, me horroriza que él

pueda leerme el pensamiento. Si lo hiciera, sabría que me sigue pareciendo el tío más atractivo de la ciudad, que me maldigo por ello, y que me fastidia sobremanera ser incapaz de comportarme con normalidad cuando lo tengo delante.

—Hola —respondo.

Justo en ese momento aparece el alguacil por la puerta:

—¿Abogados del caso Alice Carlson contra John Carlson?

«Menos mal», pienso, aliviada por no tener que hablar más con él.

Asentimos con la cabeza y nos hace pasar.

Caminamos hasta los asientos frente a la tribuna, donde la jueza Harrison ya nos espera. Nos observa en silencio, paciente, mientras dejamos los maletines sobre la mesa. No llegamos a sentamos; la cosa hoy va a ir rápida. Me da la palabra primero:

—Señorita Garret, como abogada de la parte demandante, ¿se mantienen en la cifra que figura en su demanda?

—Así es, señoría.

—Señor Dawson… ¿su cliente también se reafirma en la cantidad de la última oferta presentada?

—Sí, señoría.

Ambos aguardamos, callados, las siguientes palabras de Harrison, que ya sabemos cuáles van a ser. Esto es un mero trámite.

—Bien… Hay una diferencia considerable entre ambas cantidades, así que, como ya saben, deberán aportar pruebas que justifiquen y respalden sus respectivas pretensiones. Les voy a dar un par de meses. Exactamente hasta primeros de marzo. ¿Alguna objeción?

—No, señoría —respondemos al unísono.

—De acuerdo. Nos veremos más adelante. Les citarán con la fecha y hora exactas. —Sin más, da un golpecito con el mazo y se levanta, desapareciendo por la puerta tras el estrado.

Tan pronto como nos quedamos solos, me apresuro a coger mi maletín con intención de enfilar el pasillo central entre los bancos, pero Dawson me detiene sujetándome suavemente del brazo.

—Grace, tenemos que hablar.

—Espero que sea por algo relacionado con el caso —respondo, poniéndome a la defensiva.

—Sí. Es importante.

Frunzo el ceño. No me da buena espina.

—Vamos, te invito a un café y lo comentamos —me dice.

—Está bien, pero esta vez me toca invitar a mí.

—Claro, como quieras.

Me sonríe, y yo… no puedo evitarlo: sigo igual de tensa que cuando lo vi al llegar. Mi cabeza todavía me recuerda lo que sucedió cuando fuimos a comer juntos. No hay un solo día en que no me arrepienta de haber ido.

La cafetería está bastante concurrida y no hay mucho sitio libre. Ray ve una mesa al fondo y me arrastra hasta allí, empujándome con suavidad con la mano en la espalda. Un escalofrío me recorre al sentir su contacto.

«Con todos los abogados que hay en esta ciudad y Carlson tiene que elegir precisamente a este» pienso, frustrada por la reacción de mi cuerpo.

Nos sentamos bastante juntos porque, literalmente, no cabe una mosca. Es la hora punta en los juzgados y el local está a rebosar

de abogados con sus clientes. Nos dejamos los abrigos puestos y dejamos los maletines en el suelo, entre los dos. Estamos tan cerca que, al incorporarnos, su perfume especiado y con cierto matiz picante me llega con la corriente cálida de su cuerpo.

«Dios… ¿qué perfume será? Me tiraría ahora mismo sobre su cuello».

Desvío la mirada con rapidez y finjo observar alrededor, tratando de serenarme. No me doy cuenta de que mi pierna se mueve sola, nerviosa, bajo la mesa.

—¿Quieres relajarte? —me suelta de pronto.

Me pongo roja como el delantal del camarero que acaba de llegar y dejo que sea Ray quien pida los cafés. Cuando termina, se gira hacia mí:

—¿Qué te pasa? —pregunta.

—¿Tú que crees?

—No tengo ni idea.

—Pasa que regalaría un año de mi vida por borrar la comida del otro día, Ray.

Me escruta con los ojos y me parece ver en ellos cierta decepción.

—¿Tan mal lo pasaste?

Le ha dolido.

—No es eso. Lo pasé bien hasta que… ya me entiendes. Estuvo fuera de lugar que me emborrachara y todo lo demás.

Niega con la cabeza y chasquea la lengua.

—Le das demasiada importancia a las cosas. No fue para tanto. ¿Quién no se ha cogido un pedo improvisado alguna vez?

—Ya… pero no con la persona menos indicada.

—¿Soy la persona menos indicada?

—Sí, porque no somos nada: ni amigos, ni pareja, ni conocidos siquiera… Solo abogados enfrentados en un caso… ¡solo eso! —exclamo con ironía.

—Si te preocupa que me revelaras la estrategia de tu defensa mientras ibas con la moña, la respuesta es no —bromea—. Dormiste como un tronco y solo dijiste tonterías.

Me pongo roja otra vez. Justo entonces, el camarero llega, deja los cafés sobre la mesa y se marcha, dejándonos solos de nuevo. Ray le da un sorbo al suyo y retoma la palabra mientras sostiene la taza en la mano:

—Para que te quedes más tranquila, te diré que me gustó la Grace que conocí. Era mucho más divertida que la abogada perfeccionista y tocapelotas que tengo enfrente.

—¿Gracias? —No sé si tomarme eso como un piropo.

—De nada.

—Y ahora, ¿vas a contarme por qué me has traído hasta aquí? Era algo relacionado con el caso, ¿no?

Se acaba de un sorbo el café mientras yo comienzo con el mío. Se acerca a la mesa a fin de que nadie más pueda oír lo que va a decirme, quedando nuestras narices a menos de un palmo, y me suelta la bomba:

—¿Te ha dicho Alice que tiene un amante?

Me quedo inmóvil, asimilando sus palabras. Sin mover un músculo, recorro su bonito rostro con la mirada, aunque esta vez no para recrearme, sino para descubrir algún gesto en su expresión que delate que miente. Pero no. No hay nada. Sus ojos no mienten, o

saben hacerlo muy bien. Además, la seguridad en su tono me dice que está diciendo la verdad.

—¿Cómo lo sabes?

—La he hecho vigilar.

—¿Le has puesto un detective?

Se echa hacia atrás en la silla y sonríe de medio lado. Ya no veo al tío bueno que podría observar durante horas sin cansarme, sino al abogado que quiere ganarme el caso. Un caso que es mío y que quiero ganar yo.

«Si no *me duermo en los laureles* como me parece que estoy haciendo» me reprocho mentalmente.

—Sí. Ha descubierto que se ven en un discreto hotel en Queens.

Entonces se inclina para buscar algo en su maletín. Saca un sobre y lo pone sobre la mesa.

—Son fotos. Puedes verlas, si quieres.

Con la ira creciendo en mi interior, alargo la mano y la introduzco en el interior. Extraigo las fotografías y las observo detenidamente, asegurándome de que nadie más las vea. Cuando paso una, y otra, y otra… me quiero morir; Alice con su amante saliendo de su nidito de amor, comiendo relajados en un restaurante, saliendo de varias tiendas cargados de bolsas… Me muerdo los carrillos, rabiosa. Rabiosa conmigo misma, por ser tan confiada, y con Alice, que va a tener que explicarme muchas cosas en cuanto la tenga delante. Solo le pedí una cosa: que no hubiera secretos entre nosotras.

«Bien, la primera en la frente».

—¿Y esto qué significa? —Intento sonar pragmática, ocultando lo jodida que me siento.

—Significa que estamos siendo muy benevolentes al mantener nuestra oferta con un adulterio de por medio…, porque te recuerdo que aún no están divorciados. La cosa podría ponerse muy fea para tu clienta.

—Claro, como Carlson es un santo… —apunto mordaz—. Es un mujeriego, Ray. Todo el mundo lo sabe.

—Probablemente. Pero una cosa es que le gusten las mujeres y otra demostrar que le ha puesto los cuernos a su mujer con alguna. No se trata de lo que sea, sino de lo que pruebes. Eso es de primero de Derecho —me suelta, condescendiente—. En definitiva, no tenéis nada contra él. Os conviene reconsiderar la oferta.

Está repantigado en su asiento, exudando seguridad.

—Eso ya lo veremos. Tenemos hasta marzo para reunir pruebas. Algo encontraremos.

Se incorpora en el asiento y vuelve a acercarse a mí, colocando los antebrazos sobre la mesa.

—Sé sensata, Grace. Mi cliente no va a sacar el rabo a pasear sabiendo todo lo que se juega. Lo tengo advertido.

«Joder, ha hecho los deberes».

Me muerdo el labio. Sé que, ahora mismo, no tengo nada más que decir. Más bien, lo que no tengo, es tiempo que perder. La impaciencia empieza a recorrerme el cuerpo.

—Ser sensata no implica que tengamos que plegarnos a vuestra propuesta a la primera de cambio. Si no tienes nada más que decirme, me voy. Te agradezco la información.

Frunce los labios y sus ojos brillan con mi respuesta. ¿Qué pensaba? ¿Que daríamos el brazo a torcer tan pronto? Es evidente que está disgustado, que después de esto no esperaba que siguiéramos presentando batalla. Nada más lejos de la realidad; aunque sé que antes tendré que comentarlo con mi clienta, voy a volver a convencerla para que siga adelante. Eso sin contar la bronca que le espera…

Estoy a punto de levantarme cuando me sujeta del brazo con la mano.

—Sí tengo algo más que decirte.

Lo miro con impaciencia; no me sobra el tiempo. Tengo que llamar a Alice y…

—Al contrario que tú, yo no borraría la comida del otro día. Lo pasé muy bien, Grace. Y me gustas. Me gustas hasta el punto de seguir querer viéndote. —Me quedo petrificada—. ¿Y sabes qué es lo mejor? Que sé que, aunque te niegues a reconocerlo, tú también disfrutaste y no te soy indiferente. Creo que tienes miedo.

Por mucho que me intimiden sus miradas, esta vez no aparto los ojos de él. Me siento anclada a esos iris grises. Me observa con tanto interés, con tantas ganas, con ese brillo que antes atribuía al enfado y que ahora ya no estoy segura de que sea por eso… Quizá tenga razón: me atemoriza lo que estoy empezando a sentir. Este hombre me atrae de un modo que no puedo controlar. Ray Dawson no entraba en mis planes… Ni puedo permitir que entre nunca.

«Definitivamente, no es el tipo de hombre que busco».

—No tengo miedo. Es por el caso.

Levanta una de las comisuras de sus labios dibujando un ligera, apenas perceptible sonrisa, y ese simple gesto basta para que

mi corazón vuelva a hacer ¡boom!

—Una excusa, como otra cualquiera —me dice.

Por fin me suelta el brazo. Al hacerlo, desliza su mano de forma intencionada por encima de la que yo tengo apoyada en la mesa, provocándome mil sensaciones en el vientre y unas ganas irrefrenables de que vuelva a hacerlo una y cien veces más. Lo único que deseo es seguir sintiendo su piel sobre la mía. Sin apartar la vista de mí, su voz me acaricia con suavidad:

—Te estaré esperando el día que dejes de controlar y reprimir tus emociones.

Aprieto los labios, cojo el maletín y el bolso, y prácticamente salgo corriendo. Y no es por prisa. Estoy huyendo. De él. De Ray Dawson.

CAPÍTULO 23

GRACE

Alice me ha pedido que quedemos en otro sitio que no sea mi despacho. Imagino que quería un lugar neutral porque sabe que le va a caer una reprimenda de las que hacen época. Me ha citado en Central Park, en una pequeña glorieta donde, sentada en un banco, me entretengo observando cómo el dueño de un perro le lanza la pelota una y otra vez sin que el animal dé muestra alguna de desfallecimiento. Cómo envidio a ese bicho. Desearía tener su misma energía. Reconozco que, después de lo que me desveló Dawson, la mía está subida en una montaña rusa desde hace un par de días: al recordar sus palabras diciéndome que le gusto me elevo al punto más alto, en cambio, cuando lo escucho descubriéndome que Alice tiene un amante, caigo en picado y me entra un bajón anímico de narices.

Inhalo y exhalo con fuerza. En ocasiones este trabajo puede resultar agotador, y esta es una de esas ocasiones: cuando tienes que enfrentarte no solo con la parte contraria, sino también con tus propios clientes si deciden darte la puñalada trapera, reservándose cosas importantes.

«¿Cómo se supone que voy a defenderla si se guarda la parte más comprometida, la que puede hacernos perder la demanda?».

Levanto la vista y Alice aparece en mi campo de visión. Me sorprende su aspecto. Acostumbrada a verla siempre impecable —

con trajes que deben de estar por encima de los tres mil dólares y le sientan como un guante—, hoy lleva chándal, zapatillas y el pelo recogido en una coleta. La he reconocido porque, pese al cambio de *look,* mantiene esa elegancia innata que la hace inconfundible. A veces me pregunto qué hacía al lado de un tipo como Carlson. Quiero creer que se enamoró y que no estaba con él por dinero…, pero me cuesta, conociendo a uno y a otro. En fin, tampoco me importa demasiado. Lo que sí necesito saber, con pelos y señales, es si existió alguna razón para la infidelidad de Alice. Algo que pueda tener que ver con su marido y que nos ayude a justificar la conducta de mi clienta.

—Hola, Grace —saluda con tono apesadumbrado, sentándose junto a mí.

—Hola.

Ni siquiera me giro al responder; quiero que note que estoy molesta.

Cuento hasta tres y —sin dejar de observar al perro correr tras la pelota—, comparto con ella la reflexión que me ha cruzado la cabeza hace unos instantes:

—¿Sabes qué es lo más duro de este trabajo, Alice? —No espero respuesta y tampoco creo que tuviera intención de darla, pero sí se remueve incómoda sobre el banco—. Que lo estés dando todo para ayudar a tu cliente y que tu cliente se crea más listo que tú escondiéndote información.

Entonces sí me vuelvo y la miro con dureza, dejando que todo el reproche que llevo dentro se refleje en mi expresión.

—¿De verdad pensabas que no saldría a la luz tu aventura?

—Grace, perdona… Yo…

—No, Alice. No te perdono. Llevo muchas horas invertidas en tu caso, y te recuerdo que te estoy fiando mi tiempo y trabajo, porque todavía no me has pagado ni un centavo.

Me parece poco elegante hablar de dinero, pero espero que eso la avergüence y deje de ocultarme cosas. De momento, su rostro —pálido y sonrosado— se vuelve rojo tomate, así que parece que mi táctica ha surtido efecto. Sin darle tiempo a replicar, continúo:

—Si quieres que siga defendiéndote, no quiero pillarte en ninguna mentira más, ¿de acuerdo?

—No te he mentido, Grace. Solo me callé ese dato —se defiende.

—Sí, claro. Un pequeño detalle nada más —ironizo.

Cierro la boca y ella baja la cabeza. Estoy esperando una contestación mejor, porque si no, juro que lo dejo. No hay nada que me cause más rechazo que un cliente del que no puedo fiarme.

Levanta el rostro y, menos mal, dice algo que me gusta:

—Te lo prometo, Grace. No más mentiras.

Su tono es muy bajo. Se siente avergonzada, aunque también insegura. Percibo que le da miedo tener que confiármelo todo.

La observo fijamente. Mientras lo hago, sus ojos empiezan a brillar con más intensidad. De pronto, una lágrima salta de su párpado inferior y resbala por su mejilla.

Aprieto los labios. Se me da fatal consolar a la gente. No obstante, lo intento:

—No llores, Alice, por favor. Solo te pido que a partir de ahora tengas en cuenta las reglas. Como ya te dije: nada de secretos.

Asiente con la cabeza varias veces.

Inhalo aire por la nariz, dejo que pasen unos segundos de silencio entre nosotras, y me convierto en la abogada que busca información como un sabueso:

—¿Por qué lo hiciste, Alice? ¿Él también te era infiel?

No me responde. Solo cierra los ojos unos segundos. Al abrirlos, es como si se hubiera cargado de energía para empezar su confesión:

—Carlson no era así al principio, Grace. Era agradable y atento. Ya sé que es mayor que yo y que nadie daba un dólar por nosotros cuando empezamos a salir, pero lo quería de verdad. Me cuidaba, me mimaba… No sé, me hacía sentir como una princesa.

—¿Qué pasó?

—Lo conocí cuando daba sus primeros pasos en la política. Era un hombre encantador con todo el mundo y ascendió con rapidez. Nos casamos porque decía que era importante para su imagen, y yo no lo dudé ni un segundo. —Se detiene, rememorando aquellos tiempos—. Ahí empezó la debacle. La ambición lo consumía. Se relacionaba con gente cada vez más importante y más… detestable. —Sus manos se mueven, inquietas, sobre el regazo, enfundadas en unos guantes—. No digo que todo el mundo con dinero tenga que ser así, pero lo que yo escuchaba en las conversaciones, cuando lo acompañaba a sus fiestas, era suficiencia, prepotencia y falta de respeto en general...

Me mira con ojos sinceros.

—Grace, esas personas sienten que tienen el mundo a sus pies, que les pertenece y pueden hacer con él lo que quieran. La política les da la posibilidad de moldear las cosas a su antojo, siempre para su propio beneficio.

La escucho con interés. Debo reconocer que mi idea sobre ella antes de conocerla era la de una mujer florero, pero cuanto más la conozco más cuenta me doy de lo equivocada que estaba. Es una chica lista que, al parecer, se enamoró del hombre equivocado.

—¿Te era infiel?

—Sí. —Se humedece los labios y apoya la espalda en el asiento. Mira al frente. El perro y su dueño ya se han ido—. Quiero creer que no lo hacía desde el principio, aunque ya no estoy segura de nada. Me enteré hace tres años. Lo pille con una golfa en nuestra propia casa.

—¿Y por eso buscaste un amante?

Tuerce el cuello para mirarme.

—Me sentía sola. Le di varias oportunidades, pero se reía de mi constantemente. Yéndose con prostitutas y haciéndome sentir que yo no valía nada.

«¿Por qué esto me suena tanto?». Sin darme cuenta, empiezo a morderme la parte interna de la boca.

—¿Te pegó, abusó de ti?

—¡No! —exclama, abriendo los ojos de par en par.

—¿No?

—¡No! —repite. Aparta la mirada y la vuelve al frente—. Pero cada día me daba más asco. A veces llegaba a casa bastante borracho.

«Eso también me suena».

Suspiramos las dos a la vez y nos quedamos pensativas unos segundos.

—Escúchame, Alice —rompo la pausa—. Quiero que dejes de ver a tu amante hasta que pase el juicio.

—No, Grace. No me pidas eso… Lo necesito a mi lado. ¡Lo quiero! ¡Nos queremos!

Arrugo la frente, decepcionada por su negativa.

—Me alegro de que te quiera. Así comprenderá que tiene que dejar de verte durante un tiempo. Si no, olvídate de una indemnización millonaria. Le has puesto los cuernos a Carlson estando casados… Eso es adulterio, Alice.

—¿¿¡¡Quéeee!??? ¿¡Y él, Grace!? ¡Me ha sido infiel cada semana desde hace tres años, y volvía a casa borracho más de una vez y de dos!

—Y te pegaba —insisto.

Me mira, atónita. Su expresión se vuelve dura, imperturbable:

—Te he dicho que no.

Le sostengo la mirada a ver si duda, pero se mantiene firme. Supongo que dice la verdad. Me doy una palmada en la pierna y me levanto de un bote.

—Está bien. No te pegaba, pero te hacía sentir una mierda, llegaba borracho y se acostaba con otras.

—Sí.

—Vale. Pues tenemos que probar algo de eso, si no, no tenemos nada.

Se levanta también, metiéndose las manos en los bolsillos del anorak que lleva sobre el chándal.

—¿Y cómo lo vais a hacer?

—Contratando a un detective.

—OK. —Tuerce la boca y se muerde el labio—. Confío en ti, Grace.

—Gracias.

Cuando se da la vuelta para marcharse recuerdo un detalle que Ray me comentó.

—Alice…

—¿Sí?

—¿El día del accidente conducías borracha?

Se queda helada. Es evidente por su expresión que, lo último que esperaba, era una pregunta sobre el accidente que tuvieron hace unos meses.

—No. Me hicieron un test de alcoholemia y salió negativo.

—Entonces, ¿por qué ibas haciendo «eses» por la carretera?

Suspira hondo. Al exhalar, el vaho de su aliento llega hasta mí, interponiéndose entre nosotras.

—Ojalá pudiera responderte. El problema es que no recuerdo nada de lo que sucedió horas antes de que nos estrelláramos contra el árbol. —Sonríe tímidamente, sintiéndose culpable por no poder ayudar más—. Estrés postraumático.

Frunzo los labios sin poder disimular mi frustración. Como ella, acabo protegiendo mis manos dentro de los bolsillos del abrigo. Cada vez hace más frío.

—Está bien. Te llamaré más adelante, cuando tengamos algo —le digo.

—De acuerdo.

—Y por favor, Alice, por el momento nada de sexo ni de salidas románticas.

Levanta el pulgar. Nos despedimos y cada una toma un camino distinto de los cuatro que confluyen en la glorieta en la que nos hemos reunido.

El día se está enturbiando, como el caso de los Carlson. No sé, hay demasiadas cosas que chirrían en mis oídos. Mientras me alejo, compruebo que mi ánimo sigue igual de taciturno que cuando he llegado. Definitivamente, necesito algo que me alegre un poco, una dosis de buen rollo.

«Un chocolate en buena compañía no estaría mal».

Decido llamar a Brad, tal vez tenga el día libre. Tecleo su número y me salta el buzón de voz.

«Está trabajando».

Le dejo un mensaje para saber cuándo libra. Me gustaría charlar con él. Me tranquiliza hacerlo. Brad es una persona generosa, siempre dispuesta a escuchar. El hombre perfecto. No sé, a lo mejor, como dice Violet, tendríamos futuro como pareja. Es diferente a la mayoría de hombres. Sus actos lo confirman. ¿Tal vez debería mover ficha y empezar a insinuarme?

«¿Tal vez estás escapando de Ray Dawson?».

¡Dios! ¡Ese maldito abogado egocéntrico asaltando otra vez mi cabeza!

CAPÍTULO 24

RAY

Corro en dirección a la pelota, espero a que bote, planto el pie con fuerza y suelto el golpe de raqueta. De abajo a arriba. ¡Zas! El derechazo que le doy es tal que, como otras tantas veces, vuelve a salirse de la zona de juego.

—¡*Out*! —grita Marc, un colega del club que se ha ofrecido a hacernos de árbitro en este partido de dobles entre Matt, Ethan, Ross y yo.

—¡Se acabó! —exclama Matt, que hoy ha jugado con Ross—. ¿Habéis traído la American Express? Porque no pienso privarme de nada —se burla mientras se acerca a la red.

El partido ha terminado y nos habíamos jugado la comida. El que perdía, pagaba. A Ethan y a mí nos han dado una buena paliza, en gran parte por mi culpa. Ethan se me acerca antes de ir a por nuestros raqueteros.

—¿Qué te pasa, Ray? Estás como ido.

—¿Yo?

—Sí, tío. Estás de cuerpo presente, pero poco más.

No lo voy a contradecir porque tiene razón. Me cuesta concentrarme, y sé perfectamente por qué; mi oponente en el divorcio de los Carlson se ha convertido en algo más que el reto de Matt. Ahora es un asunto más personal. Siento la necesidad de saber todo de ella: cómo es fuera del trabajo, qué le gusta, qué no,

qué es importante en su vida y qué le trae sin cuidado. Y sí, también pienso a todas horas en probar esos labios que me despiertan cada noche más duro que una piedra. Quiero asaltarlos, saborearlos, morderlos y convertirlos en mi propiedad.

«Joder…, basta ya».

Mi mandíbula se tensa, igual que cierta parte de mí cada vez que pienso en ella.

—Puede que esté un poco despistado —admito mientras me doy la vuelta en busca de la bolsa, intentando disimular la leve erección en mi entrepierna.

Me alejo y sigo enredado en mis pensamientos.

Cuando intento ligarme a una tía el ritual es, más o menos, el mismo: un par de llamadas, una cena, alguna frase ingeniosa que la haga reír… y al final, si no cae a la primera, sé que lo hará a la segunda. Entre tanto, mi rutina continúa: reuniones, visitas al juzgado, salidas con amigos… En fin, lo de siempre. Pero con ella… con esa abogada de ojos verdes…

Tiene secuestrado mi cerebro. No logro quitármela de la cabeza. Es como una de esas cajas de payasos con muelle: en cuanto algo me la recuerda sale disparada, directa a mi cara. Y cuando eso ocurre no puedo sentirme más impotente. Detrás de la mayoría de bolas que hoy he mandado fuera, está ella. Visualizo esas malditas cajas sorpresa y en lugar del payaso con sonrisa burlona, veo a Grace: *¡Ray, estoy aquí! ¡Estoy aquí otra vez, Ray!* Y ¡zas! ¡otra pelota a tomar por saco y punto perdido!

Recojo del suelo la botella de agua y bebo. Mientras trago, escucho a Ross decirnos que nos perdona su comida. Hoy tiene reunión familiar y no puede quedarse.

—Me quedo con la satisfacción de haberos hecho un par de juegos en blanco —remata con sorna.

—Tampoco hace falta hacer leña del árbol caído. Os recuerdo que esto es la primera vez que pasa en… ¿seis meses? —protesta Ethan con dignidad.

Cuando jugamos juntos, el resultado siempre es el contrario al de hoy. Somos mejores.

Bajo la botella y, al tiempo que enrosco el tapón, saco a relucir mi lado más competitivo:

—El próximo día, todo o nada. El que gane, paga esta comida y cuatro entradas para el próximo partido de los *Knicks* en Nueva York.

—De eso nada, tío —suelta Matt, mientras Ross se queda pensativo—. Ya tenemos una apuesta pendiente tú y yo con los *Knicks*. Hoy lo que quiero es comer gratis.

—¿Qué apuesta? —pregunta Ethan, que no tiene ni idea de qué va el asunto.

—Lo hablamos en la comida —zanjo la conversación con rapidez para que Ross no se entere. Con él no tengo tanta confianza como para airear según qué temas.

Se da por aludido e inmediatamente se cuelga el raquetero en el hombro.

—Os dejo con vuestras historias. Hasta la próxima —se despide.

Cuando está lo bastante lejos, reprendo a mi amigo:

—Eres un bocazas, Matt.

—Tío, no la conoce. Ni siquiera la conozco yo. ¿Qué más da?

—A mí no me da igual, ¿vale? —respondo, malhumorado.

—¿Me vais a contar de qué va todo esto? —interviene Ethan.

—Que te lo cuente Ray mientras comemos.

Por su tono veo que se ha picado. Supongo que no entiende mi actitud, y tampoco puedo culparlo. De hecho, ni yo mismo entiendo qué narices me pasa con esa maldita abogada.

«¿Será que está buena, es inteligente, competitiva y algo irritante?».

Pues sí, va a ser todo eso lo que no me despierta por las noches.

Una hora más tarde, ya dentro del restaurante del club de tenis, Ethan —mucho más sensato que Matt— aprovecha que este se ha ido al baño para abordarme.

—¿Estás seguro de que vas a ir a por ese reto, Ray?

—¿Por qué no?

—Bueno, aparte de que ya no tenemos veinte años, te noto distinto. Después de lo que nos has contado sobre tus encuentros con ella… No sé, deberías pensártelo al menos.

Cojo la servilleta que tengo sobre las piernas y la dejo encima de la mesa.

—Sé claro, Ethan. ¿Por qué crees que debería pensármelo?

—Creo que ya sabes la respuesta. Esa abogada te gusta.

—Pues si no me dices otra cosa… ¡claro que me gusta! —exclamo acompañando mis palabras con una risa tensa—. Ya os lo he dicho.

—Sabes a lo que me refiero, Ray. Te gusta de verdad.

Mi expresión cambia. La sonrisa se me borra de la cara.

—Te gusta como para tener algo serio. No está bien que empieces algo con ella ganando un reto para llevártela a la cama —sentencia.

¿Desde cuándo Ethan se ha convertido en mi abuela? Sé que es el menos juerguista de los tres, pero de ahí a soltarme esto… Menudo cortarrollos. Además, conoce perfectamente cuáles son mis ambiciones; en ninguna de ellas hay sitio para una mujer. Cuando retomo la palabra, se lo recuerdo:

—No te confundas, Ethan. Ya sabes qué pienso de las mujeres. Son un estorbo en mi carrera y…

—Y ya va siendo hora de que dejes de repetir esa estupidez —me corta tajante, dejándome bastante sorprendido—. ¿Quieres saber mi opinión?

—No.

La verdad, no me interesa en absoluto. Sobre todo porque no me gusta el rumbo que está tomando la conversación, aunque a mi amigo *se la chufla,* dado que vuelve a abrir la boca.

—Pues te lo voy a decir igual.

Lo fulmino con la mirada.

—Estás cagado de miedo.

Dejo caer la espalda de golpe en el respaldo de la silla y le clavo la mirada, dibujando una sonrisa guasona como medida de autodefensa.

—¿A ti qué mosca te ha picado hoy, tío? ¡Pareces mi abuela, joder! —me burlo.

De momento, se queda callado. Solo enarca una ceja, como retándome a que diga algo mejor.

—¿Eso es todo? —me incita finalmente.

—Pues sí. ¿Qué más quieres que te diga? No sé a qué viene todo esto.

—Viene a que eres un cobarde, Ray. Te acojonan las relaciones. Por eso te escondes en ese caparazón de abogado competente, cabrón y egocéntrico que no tiene nada que ver con quién eres en realidad.

«Joder». Me enderezo en el asiento, sobresaltado por su comentario.

—Basta, Ethan.

Me doy cuenta de que he sonado amenazador. Es la segunda vez en poco tiempo que me llaman cobarde y esta conversación ha dejado de tener gracia. Mi amigo está empezando a escarbar en rincones de mí que prefiero no tocar. La última charla con mi padre vuelve a mi mente y los músculos de mi rostro se tensan, crispando mi expresión. Sin apartar la vista de él, vuelvo a repetírselo, mascullando entre dientes:

—Basta.

Ethan me observa detenidamente, haciéndome sentir como un bicho raro bajo el microscopio. Trago saliva, incómodo. Mi apariencia de hombre seguro de sí mismo se resquebraja bajo su mirada. Mientras mi gesto se mantiene tenso, el suyo se relaja. No sé si veo en él lástima, compasión o algún otro tipo de emoción que no me gusta nada. Soy Ray Dawson, uno de los abogados más temidos de Manhattan, y nadie debería mirarme como lo está haciendo Ethan ahora. Niega con la cabeza varias veces y no añade nada más.

Al fondo del comedor veo a Matt, que regresa del baño. Me siento aliviado; prefiero que estemos los tres. A él puedo manejarlo —¿tal vez porque sigue igual de inmaduro que siempre?—. En

cambio Ethan… siempre ha sido el más prudente y empático de los tres. Creo que me tiene calado hasta la médula.

—¿Todavía no habéis pedido el postre? —pregunta jovial, sentándose de nuevo a la mesa.

—No —respondemos al unísono.

—Vale. Pues deberíamos hacerlo. Acaba de llamarme Lily y he quedado con ella esta tarde. Como comprenderéis, dejarla plantada no es una opción.

Nos guiña un ojo en plan cómplice, aunque no encuentra respuesta en ninguno de los dos.

—Pedid lo que queráis. Yo me largo. Voy a decirles que carguen la comida a mi cuenta —anuncio, mientras me levanto y miro a Ethan de mala hostia—. Nos tocaba pagar a medias, pero da igual. Te invito también. Ya sabes, por tu sabia apreciación sobre mi persona.

—¿Pasa algo? —se extraña Matt viendo la tensión entre los dos.

—Nada. Espero darte noticias sobre el reto que nos traemos entre manos muy pronto —me limito a responder.

Echo un vistazo fugaz a Ethan, que me mira sorprendido, y me marcho sin esperar a que nadie diga ni una palabra más. Ya he tenido suficiente.

«Joder… Con amigos así, ¿quién necesita enemigos?».

CAPÍTULO 25

RAY

Llego al despacho sabiendo exactamente lo que tengo que hacer. Todavía resuenan en mi cabeza las palabras de Ethan, machacándome con esa tontería de que me escondo detrás del caparazón de abogado implacable. Voy a demostrarle que no se trata de un escudo; me apodan así por algo y tengo muy claras cuáles son mis prioridades. Desde luego, ninguna de ellas pasa por enredarme con una mujer en serio. Eso no está hecho para mí.

—Como si yo fuera el único soltero convencido del planeta —farfullo.

—¿Decías algo, Ray?

—¿Eh? —pregunto, distraído, girando la cabeza al oír mi nombre. Entonces reparo en la presencia de Scott, que como siempre ha llegado media hora antes que yo—. No, no… perdona, Scott. Iba hablando solo. Buenos días.

—Buenos días.

Supongo que debe de pensar que estoy mal de la olla. Me importa un carajo, sinceramente.

A punto de entrar en mi despacho, oigo que vuelve a dirigirse a mí y me giro:

—¿Qué? —Sueno impaciente. Deseo ponerme manos a la obra cuanto antes.

—Ha llamado tu detective. Pregunta si sigue investigando a la señora Carlson o lo deja ya. Por pasarte la minuta.

—Que la vigile durante un tiempo más —respondo sin dudar —. Cualquier cosa que encuentre nos puede servir.

No me fío de Grace. Por el momento le llevo ventaja con el amante que le hemos descubierto a su clienta, pero sé que no se quedará de brazos cruzados. Solo espero que a Carlson no se le ocurra sacar el churro de la bragueta durante el tiempo que dure el proceso de divorcio. Mi colega, Grace Garret, va a estar con los ojos bien abiertos para devolvernos el golpe a la mínima ocasión.

Empujo la puerta y me meto en el despacho, dejo el maletín y el abrigo sobre uno de los sillones frente a mi mesa y me acerco a la ventana para disfrutar del espectáculo del sol levantándose sobre la ciudad. Con las manos en los bolsillos, observo el baño de luz dorada extendiéndose sobre los edificios: Nueva York se despereza poco a poco. A decir verdad, yo ya llevo unas cuantas horas con los ojos abiertos. Las palabras que me dedicó Ethan en la comida de ayer me han dejado bastante tocado; necesito demostrar a los demás, y sobre todo a mí mismo, quién soy.

He estado dándole vueltas toda la noche a lo que estoy a punto de hacer, y aunque una parte de mí no duda, hay otra que me carcome y que me trae de vuelta la misma sensación de vacío que cuando recuerdo a mi familia. Es angustia. Puedo entenderla cuando se trata de ellos —todavía no he superado el sentimiento de culpa por lo que ocurrió en el pasado—, pero ¿por qué demonios me invade también con Grace Garret? ¿Por qué aparece ahora, justo cuando tengo una estrategia para acostarme con ella? Debería estar contento. Si sale bien, la recompensa no puede ser mejor: hace

tiempo que sueño con el cuerpo de esa mujer, con enterrarme en su interior y escucharle decir que me desea tanto como yo a ella. No logro comprender por qué, en lugar de alegrarme por tener un plan bastante bueno para llevármela a la cama, lo único que siento es esta maldita inquietud. Es raro.

Sé que no son remordimientos; esa palabra ni siquiera figura en mi vocabulario cuando se trata de conseguir lo que quiero (y sin contar mi puesto como socio en el bufete, no recuerdo haber querido algo con tanta ansia como deseo a Grace). Es algo distinto. Algo que tira de mí para que no siga adelante. Una sensación extraña que me alerta de que frene antes de que sea demasiado tarde.

Resoplo, en un intento por borrar esa lucha dentro de mi cabeza, y al final me decanto por la voz que me incita a seguir adelante: la voz de Ray Dawson abogado. El implacable. El que tiene un reto entre manos y algo que demostrar a su amigo Ethan. Me despego de la ventana, me dejo caer en mi sillón de dos mil dólares y marco la extensión que me interesa.

—Buenos días, señor McKenzie —saludo.

Mi jefe responde con entusiasmo, encantado de saber que ya estoy en la oficina. Me da coba diciéndome que estoy haciendo muchos puntos para lograr el ansiado ascenso a socio. Le doy las gracias, le bailo un poco el agua y, como era de esperar, no tarda mucho en preguntar por lo único que le preocupa:

—¿Cómo va el caso de los Carlson?

—Va bien —respondo—. El otro día le dimos un duro golpe a la abogada de Alice Carlson al descubrirle que su clienta tenía un amante. Nuestro detective sigue vigilando de cerca a la esposa del

senador. Tal vez consigamos alguna información más que la comprometa.

Me felicita por ello, riéndose satisfecho. Es como si lo viera, con su cara de hiena disfrutando de la presa. Yo, en cambio, todavía no me permito celebrar nada. Es pronto. Sobre todo con Grace Garret al otro lado de la línea de fuego. Aprovecho que está de buen humor para introducirle el tema que me interesa a mí:

—Señor McKenzie, ¿recuerda la formación en mediadores de divorcios que me mencionó hace un mes?

Me dice que sí.

—Me lo he pensado mejor. Creo que sería interesante asistir. No estaría de más aprender a reconducir las emociones de nuestros clientes durante las negociaciones de divorcio. Como sabe, el otro día los Carlson casi se tiran de los pelos… Y no es la primera vez que una pareja hace lo mismo en mi presencia —me explico, intentando ser convincente.

¿La verdad? Pienso que estas formaciones no sirven de nada. Cuando un matrimonio está harto de aguantarse y sus miembros no desean otra cosa que tirarse a la yugular del otro, que un extraño venga a decirte *tranquilícense, y comportémonos con sensatez,* es como pretender que el diablo haga de Santa Claus. Demasiado rencor, demasiadas ganas de hacerse daño y demasiado miedo a salir perdiendo en el tema económico. Pese a lo que opino, ahora mismo estoy relatándole a mi jefe las virtudes de esta formación. Necesito que me dé el visto bueno para ir.

Lo veo dudar, aunque su única reticencia es por el caso de los Carlson.

—No se preocupe, ese divorcio está encarrilado —lo tranquilizo —. Tengo al senador advertido para que no se salga del tiesto y haga algo que nos perjudique. Está muy mentalizado. Y luego, como ya le he comentado, tenemos el amante que le hemos encontrado a Alice Carlson. La cosa pinta muy bien para nosotros —remato.

Al fin me da su OK. Respiro aliviado. Me dice que va a pedirle a su secretaria que me pase la información para que llame cuanto antes a la empresa que organiza el evento. Le doy las gracias y cuelgo.

«Bien. Primera meta conseguida».

Al cabo de cinco minutos tengo la información prometida en mi correo. Aún hay plazas. Entro en el área de compra y adquiero dos formaciones: una para mí (cuyo importe le pasaré a MK & Lewis) y otra para Grace Garret (que voy a pagar de mi propio bolsillo). Espero que mi plan salga bien. Si es así, va a ser el polvo más caro de la Historia —al menos de la mía—: diez mil dólares por un curso de formación y una estancia de tres días en Palm Beach.

CAPÍTULO 26

GRACE

Mientras Brad se ocupa de curarle las heridas, yo siento una bola de incomprensión y rabia atascada en la garganta al escuchar la historia de la nueva interna, la que ha llegado esta mañana. Según cuenta, el malnacido de su marido ayer le pegó ayer una paliza que, por un momento, creyó que sería la última. Tuvo tan claro que no lo contaba que, cuando el cabrón se cansó de darle patadas, esperó a que se durmiera y se largó.

Suele ser así. Las mujeres solemos dar otra oportunidad, y otra, y otra… Hasta que un día te das cuenta de que a lo mejor ya no hay posibilidad de dar ninguna más. Entonces, muchas de ellas reaccionan y abandonan a sus maltratadores. Rachel es una de ellas, afortunadamente.

Brad está terminando de cambiarle el vendaje del brazo cuando Bertha, la secretaria, asoma por la puerta y me avisa de que un hombre me espera en recepción. No tengo ni idea de quién puede ser. Quizás algún funcionario que viene a comprobar si el dinero que nos asigna el condado está siendo bien empleado.

—Ahora voy —le digo, levantándome de la silla.

—Si esperas un momento, te acompaño, Grace. Ya he acabado con Rachel —dice Brad. Luego se dirige a la chica—: Puedes volver a la habitación. Tus compañeras te ayudarán y te explicarán cómo funciona todo aquí, ¿vale?

—Gracias —responde, agradecida.

Nos quedamos solos y mi vista se recrea, con disimulo, en el cuerpo atlético de Brad, quien recoge con rapidez todos los utensilios de cura que ha estado usando. Hasta ahora solo lo había mirado como un amigo —incluso en este momento me cuesta verlo de otro modo—, pero tal vez debería lanzarme a la piscina porque es un tipo adorable. Es atractivo y lo admiro por su labor.

«Si todos los hombres fueran como él, este centro no existiría» pienso.

En un impulso, cuando veo que ya ha terminado con sus cosas, lo cojo del brazo y lo arrastro hacia la salida.

—¿Te apetece un chocolate caliente? El otro día me quedé con las ganas de invitarte a uno. Estabas trabajando, ¿recuerdas?

—¿Cómo no me va a apetecer? En cuanto atiendas al señor que te espera, nos vamos.

Salimos juntos, agarrados, sonriendo. Al avanzar por el largo pasillo veo la figura de un hombre mirando en nuestra dirección. Me suena…

¡Maldita sea! ¡Claro que me suena!

Esa altura y esa pose son inconfundibles. Es Ray Dawson.

«¿Cómo se habrá enterado de que estoy aquí?».

Me aferro con más fuerza al brazo de Brad, sin saber muy bien por qué. Me acerco a su oído y le digo una tontería que lo hace reír con ganas. Luego vuelvo la cabeza para encarar de nuevo a Dawson. A medida que nos acercamos, me doy cuenta de su semblante serio y de sus ojos altivos y acusadores escrutándonos de arriba abajo.

«¿Qué le pasará ahora?». Esa cara de soberbio me pone de los nervios. Cuando llego a su altura ni siquiera lo saludo. Lo único

que deseo es contrarrestar sus últimas palabras en la cafetería de los juzgados, esas en las que me decía que me estaría esperando porque sabía que él a mí también me gustaba. Las sigo escuchando cada día en mi cabeza y, desde entonces, solo pienso en una cosa: dejarle claro que no me voy a acostar con él.

No voy a negar que me resulta atractivo, pero no es el tipo de hombre con el que me metería en la cama, aunque el cuerpo me lo pida a gritos.

Por eso me muestro borde. Muy borde.

—¿No vendrás a decirme que le has encontrado un par de amantes más a Alice, no? Porque si es así, ya puedes largarte. No tengo el día.

La nuez de su garganta sube y baja al escucharme. Su expresión de vuelve aún más rígida y la tensión en sus hombros me dice, sin ser una experta en lenguaje corporal, que está conteniendo las ganas de reprocharme algo. En definitiva, está muy cabreado. Sus ojos me abandonan y se deslizan hasta Brad, a quien asesina con la mirada. Mi amigo, lejos de encogerse, le tiende la mano con una sonrisa amistosa.

«Este es mi Brad. A ver si aprende, señor Dawson» pienso, mientras le dedico una mirada orgullosa al hermano de Violet.

—Usted debe de ser el abogado del senador, ¿verdad? Encantado de conocerle. Soy Brad, el enfermero del centro.

—Pues qué bien —responde el muy gilipollas, sin intención de darle la mano. Mi amigo, sorprendido, la retira.

Noto un calor abrasador por todo el cuerpo. Y puedo asegurar que no tiene nada que ver con estar al lado de dos de los tíos más impresionantes de la ciudad. Lo que me ocurre es que no soporto la

actitud prepotente y maleducada de mi colega. Brad, mucho más paciente que yo, pasa de él. Acepta su actitud y no le da más importancia. Se gira hacia mí.

—Grace, estaré por ahí cuando acabes. Me encantará tomarme ese chocolate contigo. Ya sabes que eres una de mis chicas favoritas. —Luego se vuelve hacia el impresentable de Dawson—. Hasta luego, abogado.

—Hasta luego —responde con cara avinagrada.

Aguardo a que Brad se aleje antes de encararme con él:

—¿En tu colegio no te enseñaron modales o qué? —Paso erguida por delante para entrar en la secretaría y él va tras mis pasos—. ¿Cómo me has encontrado?

—He estado antes en tu despacho. Me lo ha dicho tu secretaria. ¿El tal Brad siempre es así de cursi? —cambia de tema de forma abrupta—. ¿Una de sus «chicas favoritas»? ¿Así pretende ligarte?

Me vuelvo furiosa y al hacerlo me doy de bruces contra él. Me encuentro con un mirada tan intensa que me deja sin habla un instante. Ese brillo peligroso en sus ojos… No sabría decir si es interés o está conteniendo la rabia. Tal vez sean las dos cosas.

—¿Y quién te ha dicho que no estamos juntos ya? —espeto con rabia.

Se queda callado. La tensión que emanaba de su cuerpo hace un momento baja de intensidad, se desinfla.

—¿Estáis saliendo? —parece sorprendido y desilusionado. Su voz ha perdido el tono mordaz.

—¿Y qué si es así?

—¿Estáis saliendo o no? —exige más que pregunta.

—¡No!

No tengo ni idea de por qué le respondo ni de por qué él se cree con derecho a preguntar. ¡Es mi vida privada! De inmediato, veo que su cuerpo se relaja y por fin asoma una sonrisita por un lado de su boca. Empiezo a preguntarme si me dijo la verdad y realmente le gusto.

«¡No, no, no, Grace! No pienses eso. Este tío no te conviene. Tu objetivo es Brad», dice una parte de mí.

Es verdad. Me da igual si le gusto. Él a mí, no.

«Bueno, Grace, para el carro… No hace falta que os juréis amor eterno, pero podrías darte un homenaje. Parece que llevas un cinturón de castidad invisible entre las piernas», me reprocha otra voz.

Un ángel y un demonio discutiendo en mi cabeza sobre Ray Dawson. ¡Lo que me faltaba!

—¿A qué has venido? —pregunto, intentando acallar mis pensamientos.

Ahora levanta las dos comisuras de sus labios, expandiendo la boca en una sonrisa abierta. No me gusta nada que esté tan contento…

«¡Dios!… ¡A ver si va a ser verdad que a Alice le han encontrado dos amantes más! ¡Me la cargo!» me digo, temiéndome lo peor.

—Vengo a ofrecerte algo que te va a interesar —suelta.

—No creo. Para eso tendríais que subir mucho la cifra de vuestra propuesta.

—No tiene que ver con el caso.

Alzo las cejas, sin saber qué esperar. ¿Ofrecerme algo a mí? ¿Qué será?

—Sé que fuiste una alumna brillante en la universidad. Me he tomado la molestia de revisar el currículum que tienes colgado en las redes sociales —me dice acercándose más, en plan confidente. Las piernas me flaquean al notar el calor que desprende su cercanía—. Te felicito, es impresionante…, salvo por una cosa.

Hace una pausa y tengo la firme convicción de que me van a crecer las orejas de tanto como pongo el oído.

—A ti, como a mí, nos falta algo que nos ayudaría mucho a tratar con nuestros clientes… Esos que se tiran los trastos a la cabeza sin importar que estemos delante. Como el otro día con los Carlson.

Vuelve a detenerse un instante con el fin de crearme expectación. ¿Más aún? Imposible. Se me desborda ya por los poros de la piel. Aguardo con la curiosidad royéndome el cerebro.

—Nos falta un curso en mediación en divorcios —sentencia con una convicción aplastante.

Sus palabras me desinflan. No es la primera vez que me planteo hacer una formación así, el único problema es que esos cursos valen un ojo de la cara y no están a mi alcance.

—Gracias por la observación. ¿Algo más? —inquiero con ironía.

—Sí. Deberías hacer uno.

Estoy empezando a perder la paciencia. Estos ricos no se enteran de nada.

—¿Me lo vas a pagar tú?

—No, pero te voy a recomendar.

Me quedo callada.

«¿Recomendarme? ¿A mí? ¿Y, a quién?»

Entonces se explica. Me cuenta que se trata de una promoción que una empresa especializada en formación jurídica ofrece una vez al año a las grandes firmas de abogados. Un dos por uno. Como en los supermercados. Siempre que el que no pague, venga recomendado y con buenas referencias.

¿Me está hablando en serio? No puede ser. Entonces, como un rayo cruzando mi mente, se me enciende la bombilla. Ya veo por donde va.

—¿Por qué quieres recomendarme? No pienso acostarme contigo.

Sonríe de medio lado.

—Te dije que me gustas, pero no voy a lanzarme encima de ti como un desesperado. *«Te estaré esperando si algún día te decides»*. Esas fueron mis palabras.

«Cierto». Me pongo roja. Supongo que no debo parecerle tan irresistible.

—¿Por qué yo? Imagino que tendrás muchos más colegas donde elegir.

—Ninguno con tu currículum. Además, los demás pueden pagárselo. Sé que tú no. Te mereces esta oportunidad.

—No quiero tu caridad, Dawson.

—No es caridad. Si no te recomiendo a ti, lo haré con algún colega del bufete, pero en mi opinión, tú te lo has ganado de sobra.

Arrugo la frente y los labios, intentando descubrir la trampa.

—No me mires así, estoy siendo sincero. —Su expresión seria se acentúa—. No dejes pasar la oportunidad, Grace. Hay veces en

que el orgullo no sirve de nada. Esta es una de esas veces.

Bajo la cabeza al suelo y muevo los pies distraída, como si esperara que alguien por ahí abajo me aconsejara lo que tengo que hacer. ¿Y si tiene razón? Es una oportunidad increíble para mejorar mi formación. Si es un curso que han ofrecido a la firma donde trabaja Dawson, sin duda debe de ser de calidad. Levanto el rostro y lo miro. La tentación es demasiado grande.

—¿Seguro que no hay trampa? —pregunto para asegurarme un poco más.

—Seguro.

—Vale…Siendo así…, acepto.

—Me alegro —dice, visiblemente satisfecho—. Sin duda, una buena decisión.

Sonrío un poco.

—La verdad, no sé qué decir… Gracias por pensar en mí.

—No hay de qué.

—¿Cuándo empieza?

—La semana que viene. Si tienes cosas pendientes, deberías dejarlas zanjadas o aparcadas por unos días. Es en Palm Beach.

—¿¡¡¡Quéeeee!!!???

Mi mandíbula acaba de aterrizar en el suelo. ¿Ha dicho en Palm Beach, Florida?

—El viaje también está incluido, tranquila.

—¡No puedo aceptarlo, Ray! ¡Es demasiado!

—Claro que puedes. Ya lo has hecho, y el que ahora no acepta que te eches atrás, soy yo.

Me muerdo el labio sin apartar la vista de él.

—¿Qué? —me pregunta.

—Nada…, es solo que no te reconozco.

—No te confíes. Sigo siendo el cabrón de siempre.

—Vale, no bajaré la guardia. —Se me escapa una sonrisa.

—Bien… Me voy ya. Te pasaré la información con el programa del curso, vuelo y hotel en los próximos días.

Antes de salir por la puerta de la oficina se vuelve hacia mí.

—Por cierto, no te esfuerces con Brad. Sabes que no te gusta. El que te gusta soy yo.

Me guiña un ojo y se larga. Me quedo con la boca abierta. Luego salgo corriendo detrás. Esto no puede quedar así.

—¡Ray!

Se gira.

—No siempre se puede tener todo. Asúmelo de una vez.

Me recorre el rostro con sus ojos grises y no dice nada, aunque su silencio me resulta de lo más elocuente. Sé que no asume nada, que siempre va a por todas y que siempre gana. Ese simple pensamiento me estremece.

«Te ha quedado muy bien lo que le has soltado, pero tus bragas acaban de mojarse con la mirada que acaba de dedicarte. Lo sabes, ¿verdad?».

Definitivamente, tengo que acallar esta maldita voz en mi cabeza cuanto antes. Se está comiendo a la otra, la sensata, a pasos agigantados.

CAPÍTULO 27

RAY

Acabamos de entrar en la recepción del hotel arrastrando las maletas a nuestro lado. Es un lugar luminoso, lleno de plantas tropicales y exuberantes que incitan al descanso y a disfrutar de no hacer nada; un *resort* de cinco estrellas de bastante nivel. Será porque provengo de una familia hotelera que acabo siempre fijándome en todos los detalles, evaluando si las estrellas corresponden con lo que ofrecen. De momento, lo que veo no decepciona.

En el lado opuesto al mostrador de recepción, unas puertas correderas de gran tamaño muestran el mar de fondo, como si se tratara de un enorme cuadro en la pared. Los rayos de sol se filtran a través del cristal. En Nueva York estábamos a un grado bajo cero, pero aquí hace un día espectacular: la aplicación que tengo instalada en el móvil me chiva que estamos a diecinueve. Sobre cero, obviamente.

—Es increíble esta temperatura a finales de enero —comenta Grace a mi lado, alucinada por el buen tiempo que nos recibe.

Me giro hacia ella y vuelvo a repetirme lo guapa que está; a mediodía, cuando ha aparecido en el punto de encuentro del aeropuerto, me ha costado disimular mi admiración al verla con un anorak rosa fucsia y un jersey celeste de cuello alto que favorecen

de forma increíble su tez morena. Me ha sorprendido, acostumbrado a verla siempre con tonos oscuros.

—Me sobra todo —comenta, tocándose el cuello del jersey para apartárselo de la piel. El anorak hace rato que lo lleva bajo el brazo.

—Pues no te cortes, por mí puedes quedarte en pelota picada —bromeo.

—Claro, ahora mismo —comenta, cínica—. Podrías haberme avisado —añade con tono de reproche al ver que yo voy bastante más liviano de ropa que ella.

—Con lo cuadriculada que eres, pensé que comprobarías la temperatura antes de hacer la maleta.

Se calla. Imagino que está pensando que ha sido imperdonable que se le haya pasado por alto.

—Con este tiempo, incluso podrás darte un baño en el mar —le sugiero.

—Tampoco me he traído bañador. Seguro que tú sí, ¿no?

—No. No me gusta el agua.

Acelero el paso para llegar al mostrador. Mientras hacemos el *check-in,* la veo sonreír; le ha gustado que nuestras habitaciones sean dos bungalós. Cuando acabamos con el papeleo —ya con las llaves en nuestras manos y el papelito informativo de las horas de comidas, cenas y animación—, un chico vestido con bermudas y polo blanco nos acompaña, a través de un camino rodeado de jardines, hasta donde se ubican nuestras cabañas.

—Están cerca una de la otra —nos comenta antes de llegar.

Asentimos sin decir nada, aunque nos dirigimos una mirada fugaz.

Cuanto más lo pienso, más locura me parece lo que he hecho: pagar diez mil dólares para seducirla y llevármela a la cama. El abismo en el estómago se abre otra vez. Ese que intento ignorar cada vez que aparece. Grace, además de atraerme físicamente, me cae cada vez mejor, y eso empieza a ser un problema.

Por fin, llegamos a nuestro destino: dos paradisíacas cabañas en medio de una abundante vegetación con el sonido de las olas de fondo. No parece que estemos en Palm Beach, sino en algún lugar del Pacífico. El chico se va después de aceptar una considerable propina y aprovecho el momento para ojear el papelito de recepción y el programa de nuestro curso.

—La formación empieza mañana, aunque hoy dan una charla de bienvenida. ¿Te apetece ir? —pregunto.

—¿A qué hora es?

—Antes de la cena. A las seis. Se cena a las siete.

—Está bien.

—OK. Son casi las cinco. Nos vemos aquí dentro de cincuenta minutos.

Dicho lo cual, cada uno se retira a su bungaló, separados por apenas cien pies de distancia. Con suerte, espero que cada uno use el suyo un par de días como mucho. Al tercero, tengo que estar durmiendo en su cama o ella en la mía.

Entro en mi habitación y echo un vistazo alrededor. La decoración es increíble. Estoy seguro de que Grace —como cuando la llevé al barco-restaurante— estará embobada en la suya, admirándolo todo: la cama con dosel, la madera tallada recubriendo las paredes, las vigas en el techo, el sofá de mimbre y el tronco de un árbol como

mesa de centro. Me acerco a la cama y aparto uno de los cojines, de vistosos loros rojos, para coger un caramelo con sabor a mojito. Hay varios sobre la almohada. Mientras lo saboreo, abro la maleta y saco la ropa, que voy dejando dentro del armario.

Al acabar echo un vistazo al móvil: ninguna llamada, ningún mensaje. Perfecto. Desconectado del mundo. Ahora solo necesito una ducha que me reactive un poco.

Mientras me enjabono reparo en el espejo frente a mí, de suelo a techo. Me giro un poco y compruebo en él las marcas en mi espalda; ya están curadas, aunque la piel sigue áspera al tacto. Observo el agua resbalando por mi cuerpo, llevándose la espuma y, en la relajación que me trae el momento, me doy cuenta de lo surrealista que es esta situación: yo, haciendo un curso de mediación de divorcios cuando ni siquiera creo que sirvan de algo. Todo por ella. Por esa abogada que se aloja en la cabaña de al lado. Sus ojos verdes, su cuerpo y, sobre todo, esa actitud fría conmigo que no termina de encajar con sus miradas ni con la contraseña de su móvil, me consumen. No solo porque me atraen de un modo que me cuesta entender, sino porque necesito que admita que siente lo mismo que yo.

CAPÍTULO 28

GRACE

Todavía no puedo creer que todo esto sea verdad. Me he pellizcado varias veces para demostrarme que no es un sueño. La llamada en mi móvil me saca de mi ensimismamiento. Miro quién es y descuelgo:

—Hola, mamá.

…

—Sí. Ya hemos llegado. Ahora estoy en la habitación. En menos de una hora iremos a un acto de bienvenida que hacen los de la formación.

…

—Tranquila. Estaré bien. Cualquier cosa, llámame ¿vale? Estaré pendiente del teléfono.

…

—Sí, yo también te quiero. Adiós, mamá.

Diez minutos después, con toda la ropa ordenada dentro del armario, decido que lo mejor será darme una ducha. Estoy un poco nerviosa por tantos acontecimientos en mi vida. Mis días suelen ser bastante anodinos; no tengo suficiente dinero como para hacer nada que se salga extraordinariamente de lo normal. Como mucho, alguna escapada larga, aunque no muy lejos de Nueva York. Desde luego, no a un sitio como este.

Me siento entusiasmada con la formación, estoy convencida de que me servirá de mucho. Gracias a ella, a partir de ahora podré manejar mejor las situaciones que se dan a veces con los clientes. El agua tibia resbalando sobre mi piel consigue relajarme y me trae el recuerdo de la primera reunión con los Carlson en las oficinas de MK & Lewis.

«Si Ray o yo hubiéramos hecho este curso antes, la situación no se habría desbordado como lo hizo» me digo, recordando el momento en que Alice le lanzó a la cara a su marido la propuesta que nos hicieron.

El rostro duro, masculino, de ese maldito abogado —el que está en la cabaña de al lado— aparece con nitidez en mi cabeza. Me muerdo el labio con cierto remordimiento; sé que debería estar agradecida y no pensar en él como «maldito abogado». Estoy aquí gracias a su recomendación y quiero creer que fue sincero al decirme que me lo merecía. Sin embargo, resulta tan extraño que, de vez en cuando, las dudas vuelven a asaltarme.

—No seas tan desconfiada, Grace —murmuro.

«Eso es. Deberías dejarte llevar y bajar la guardia un poco. A este paso se te va a atrofiar el toto» me dice mi parte menos sensata.

Toma, con rima incluida. Resoplo sonoramente y el agua que pasa por mi boca en ese momento sale disparada como un aspersor, en todas las direcciones.

Cierro el grifo. En cuanto lo hago, me doy cuenta de que mi móvil está sonando otra vez en la habitación. Cojo la toalla con rapidez, me la enrollo alrededor del cuerpo y salgo, mojando a mi paso toda

la madera del suelo con el agua que gotea de mi cabello. Descuelgo el teléfono con urgencia al ver de quién se trata:

—Jeffrey, hola. Perdona que haya tardado, estaba en la ducha. ¿Alguna novedad?

Arrugo los labios al escuchar su respuesta. El caso de los Carlson empieza a ponerse cuesta arriba para nosotras.

—Escúchame —espeto, intentando captar su atención con el tono más grave que tengo—: tenemos que encontrarle algo. ¿No podrías hurgar un poco en su pasado? Ese tío es un mujeriego. Alguna mujer despechada habrá por ahí dispuesta a hablar sobre su aventura con él. —Soy consciente de que mi voz suena desesperada.

…

—Vale. Espero tus noticias. A ver si las próximas son mejores.

Colgamos y me siento en el sofá, alicaída.

—¡Mierda!

Dawson ha hecho bien su trabajo. Tiene al senador obedeciendo a rajatabla sus instrucciones, sin desviarse lo más mínimo: ni una cita con mujeres, ni una salida a horas intempestivas… ¡Nada! El político se ha convertido en un monje de clausura desde que el proceso de divorcio está en marcha.

Me levanto con un bajón de energía de la leche y vuelvo al baño. Mientras mi pelo ondea empujado por el aire del secador, mi cara no puede reflejar más desilusión. Como no le encontremos algún desliz a Carlson, voy a pasar a engrosar la lista de abogados que han mordido el polvo a manos de Ray Dawson, el Implacable. Y lo peor es que tengo que verle la cara estos tres días y, encima, mostrarme agradecida.

CAPÍTULO 29

RAY

Estoy esperando a Grace en el cruce donde el sendero se bifurca hacia nuestras cabañas. Mientras hago tiempo, mi mirada vaga por los espectaculares jardines hasta que se detiene en una planta llena de flores naranjas. Son orquídeas. Echo un vistazo rápido a mi alrededor —asegurándome de que nadie me ve—, y corto la de mejor aspecto. La escondo a mi espalda y vuelvo a fijar la vista en la puerta por donde tiene que aparecer. Aunque procuro controlar la impaciencia, me cuesta.

Por fin su bungaló se abre y aparece en la puerta. Mi pulso se detiene un instante, y creo que el tiempo también. Trago saliva.

«Joder… Está increíble».

Más sexy que nunca. Todo en ella grita que la mire, y es lo que hago: la recorro de arriba abajo mientras camina en mi dirección. Lleva una falda verde, corta, justo por encima de las rodillas, y una camisa blanca anudada a la altura del vientre, marcando su cintura. Algunos botones desabrochados muestran un trozo de escote y el precioso tono dorado de su piel. Para acabar de matarme, se ha recogido el cabello en un moño suelto que deja el cuello completamente al descubierto.

—Hola —me saluda.

—Hola, Grace. Estás… —me mira intensamente con esos ojos que hipnotizan y busco una palabra que no delate todas las

reacciones que mi cuerpo sufre en este momento—, diferente.

Su mirada muestra cierta decepción. Podría haberle dicho lo que se me ha pasado por la cabeza: que está increíble, preciosa, y que me gustaría besar ese cuello hasta dejarla sin aliento… Sin embargo, no puedo dejar que vea lo que provoca en mí. Y mucho menos que crea que estoy desesperado por tenerla.

—Gracias —responde.

Saco de detrás de la espalda la orquídea que escondía.

—Toma.

Abre la boca, sorprendida. No lo esperaba. De pronto se sonroja, lo que me parece sencillamente irresistible. Grace es una contradicción que me vuelve loco; su lado profesional lucha en mi presencia contra su yo personal, ese que empezó a mostrarme cuando fuimos a comer y que me mata de curiosidad.

«Pero, ¿yo no quería solo follármela?».

Coge la flor y se la lleva al pelo, colocándosela a un lado, por encima de la oreja. El contraste entre su cabello negro y el naranja de la flor resulta asombroso.

—Te queda muy bien —la piropeo, incapaz de resistirme a hacerlo.

No quiero darle vueltas a lo que acabo de preguntarme a mí mismo y entierro la pregunta en lo más profundo de mi cerebro. Grace Garret me produce un nudo de emociones con las que cada vez me es más difícil lidiar: deseo, curiosidad, inquietud, admiración… Recuerdo las palabras de Matt: «no hay nada como desenvolver un regalo y saber qué hay dentro para perder el interés». Entonces me doy cuenta de que no puedo desviarme del

objetivo. He pagado nada menos que diez mil dólares para conseguir acostarme con ella.

«Olvídate de tonterías», me digo.

—¿Vamos? —pregunto mirando mi reloj de pulsera.

—Sí.

El lugar elegido para celebrar el acto de bienvenida es una de las terrazas del *resort* con vistas al océano. Pretende ser algo informal. Grace y yo tomamos asiento en un par de cómodas butacas de bambú. No debemos de ser más de veinticinco personas. No me extraña: la friolera de diez mil dólares no está al alcance de cualquiera.

Una vez acomodados, dirijo mi vista hacia el lugar adonde todos miran. Sentados en dos taburetes altos, un hombre y una mujer de unos cuarenta y tantos años esperan a que llegue la hora para darnos la bienvenida. Ella es bastante atractiva, una rubia cuyos ojos se encuentran con los míos un instante. Me humedezco los labios. Tengo la suficiente escuela como para darme cuenta de que tiene interés. O, al menos, que le he llamado la atención. Igual que ella a mí. Cuando el hombre empieza a hablar, su compañera desvía la vista desde mi persona al resto de presentes y se centra en la presentación, obsequiándonos a todos con una sonrisa perfecta al escuchar su nombre en boca de su colega. Es Martina Fisher, psicóloga especializada en conflictos de parejas.

Los siguientes veinte minutos los pasamos presentándonos. Es mi turno: digo mi nombre y de dónde vengo. La psicóloga se endereza en su asiento para preguntarme qué es lo que espero del curso. A mi lado, noto a Grace moverse en su asiento. Me giro y la

miro. Tiene las cejas fruncidas en un gesto enfurruñado y los labios apretados. Soy el único alumno a quien Martina ha preguntado por algo más que su nombre y procedencia, y la sonrisa con la que ha decorado la pregunta deja bastante claro su deseo de mostrarse agradable conmigo. ¿Está Grace celosa?

«Interesante».

En el momento en que contesto, tengo claro que voy a fomentar esta reacción inesperada en mi acompañante.

—Bueno, supongo que lo mismo que todos: evitar que la sangre llegue al río cuando esté en mitad de una negociación de divorcio.

Ella asiente, comprensiva, y me reafirma con sus palabras.

—Claro, no es agradable ver a dos personas tirándose los trastos a la cabeza, ¿verdad?

—No, incluso aunque vivamos de ello —bromeo, haciendo que el resto de colegas se rían.

La profesora lo hace también y añade:

—Bueno, la idea es que podáis seguir viviendo de ello, haciéndolo menos violento para todos.

—Sí, la pasión mejor reservarla para la intimidad —concluyo.

El resto de compañeros y Martina Fisher se ríen otra vez, pero esta última acompaña su risa de una mirada intensa que le sostengo. Si no fuera porque mi objetivo es otro, estoy seguro de que acabaría enterrado entre las piernas de la psicóloga esta misma noche. Es una mujer madura muy deseable.

También sé que a Grace no le ha gustado ni un pelo mi comentario; aunque de modo muy leve, casi imperceptible, ha

vuelto a removerse en su asiento. Mis cinco sentidos están puestos en ella y no se me escapa ninguna de sus reacciones.

CAPÍTULO 30

GRACE

Después del acto de bienvenida, todo el mundo se va a cenar. A Ray y a mí casi no nos da tiempo de levantar el culo del asiento cuando la psicóloga, la tal Martina Fisher, se nos acerca —bueno, más bien a él—, para preguntarle en qué despacho trabaja y cosas por el estilo. Como la conversación no va conmigo y no soporto cómo tontean, desconecto a los cinco minutos.

Al cabo de un buen rato, cansada de esperar a que terminen con su flirteo, decido largarme:

—Ray, me voy. Nos vemos mañana —me despido de mala gana, posando la vista en la otra. Reconozco que tiene un *sex-appeal* innegable a sus cuarenta y pico años. Ya me gustaría a mí estar así a su edad.

Por su sonrisita postiza y con aires de suficiencia, me doy cuenta de que no le gusto. Tampoco ella a mí, así que estamos en paz.

—¿No vas a cenar? —me pregunta Dawson, sorprendido.

—No, no tengo mucha hambre.

Sin decir nada más, me alejo. Empiezan a entrarme las dudas por haber aceptado venir. ¿Durante los dos días que quedan por delante me va a tocar presenciar el tonteo de estos dos? No sé si podré con ello.

«¿Y eso, por qué? Debería darte igual» oigo en mi cabeza.

Eso digo yo. Debería darme igual. Sin embargo, por mucho que me pese admitirlo, me molesta la situación. Lanzo un suspiro de hastío y dirijo mis pasos hacia la playa. Al menos, daré un paseo. Mientras camino mis tripas suenan de forma sospechosa. Aunque le he dicho a Ray que no tengo hambre, la verdad es que ahora mismo me zamparía un buey…, pero también tengo claro que lo último que deseo es entrar al comedor y encontrarme a esos dos comiéndose con los ojos, así que sigo paseando.

«¿No estarás celosa, Grace? Deberías aclararte». Esta maldita voz me va a volver loca… ¡Que voy a estar celosa! Es solo que me resulta incómoda la situación, como si, de pronto, me hubiera convertido en un estorbo. No quiero fastidiar los planes de Ray de enrollarse con esa tía. Si quiere zumbársela —que es evidente que quiere—, que se la zumbe, pero yo no estaré en medio para presenciar el baile del cortejo y sus conversaciones estúpidas.

«Porque él te gusta, reconócelo de una vez».

—¡No! —exclamo en voz alta, mientras dejo mis huellas en la arena.

Son casi las siete y ya ha oscurecido. Escucho el rugido suave de las olas a mi derecha, fundiéndose con las ideas locas que cruzan por mi cerebro. Me saco la orquídea naranja del pelo y la tiro al mar.

—¿No, qué? —escucho a mi espalda, sobresaltándome.

Me giro de golpe.

—¡Joder, Ray! ¡Me has dado un susto de muerte!

—Perdona —se disculpa, riéndose por mi reacción.

Mientras lo miro, no puedo dejar de pensar en lo bonita que es su risa y en lo guapo que está sin su traje de abogado, con esas

bermudas y la camisa blanca marcando sus anchos hombros. No me extraña que la psicóloga le haya echado el ojo en cuanto lo ha visto.

—¿En qué pensabas para ir gritando sola por ahí?

—Cosas mías —contesto con sequedad.

Sonríe de medio lado y me taladra con sus ojos grises. Para quitarme de encima esa mirada que tanto me descoloca, reanudo el paseo y no se me ocurre otra cosa que contraatacar con otra pregunta:

—¿Y tú? ¿Ya ha terminado de entrevistarte la *comecocos*?

Suelta una carcajada. Lo miro de reojo sin dejar de caminar.

—No está bien ponerle motes a la gente, Grace —me reprende, divertido. A pesar de sus palabras es evidente que le hace gracia que lo haya hecho. Vuelve la cabeza hacia mí—. ¿Estás celosa?

Me detengo en seco, obligándole a hacer lo mismo.

—No seas tan creído, Ray. No eres el sueño mojado de todas las mujeres, ¿sabes?

Mi conciencia me grita que soy la tía más mentirosa que conozco. ¿A quién pretendo engañar? Es mi sueño mojado, ¡por supuesto que lo es! Aunque me repita como un jodido mantra que no es el hombre que deseo para mí, me muero por besarlo y por sentirlo dentro. Y sí, creo que también estoy celosa.

«Hala, ya lo he dicho».

—No me interesa ser el sueño mojado de todas las mujeres. Me basta con ser el de una sola. —Me confiesa con una voz que ha bajado dos tonos.

Nos quedamos callados, observándonos, sin decir ni una palabra. Solo se escucha el mar, arrastrando la espuma a nuestros

pies con un sonido que se modula al compás de las olas. Algo eléctrico flota entre nosotros, algo que se alimenta de esta conversación entre miradas. Deseo. Mi pulso se desboca cuando Ray desciende la vista a mis labios y se decide a dar el paso: su boca entreabierta, masculina y firme, se aproxima a mí. Me preparo para su contacto. Nunca había deseado tanto que alguien me besara.

«Bum-bum, bum-bum, bum-bum».

El corazón se me va a salir del pecho, ansioso por lo que está a punto de suceder… Cierro los ojos para recibirlo cuando, de pronto…

«Grhrrrrrrrr» «Grhrrrrrrr».

…Mis tripas rugen más alto que las olas.

«¡¿Quée?! ¿Justo ahora? ¡Maldito estómago traidor!»

Abro los ojos como platos y me quedo inmóvil, muerta de vergüenza. Me muerdo el labio cuando Ray se aparta de mí, abre los ojos tanto como yo, y acaba explotando en una carcajada que hace que desee enterrar mi cabeza dentro de la arena para no volver a sacarla nunca más.

—Joder, abogada… ¿Te has comido un tigre en este rato que te he dejado sola?

—No… yo…

Cierro los labios con fuerza. Mis tripas siguen sonando, a pesar de que me las sujeto desesperadamente con las manos, y él sigue riendo. Al final, sucumbo y me echo a reír también.

—Para ya… —le pido, intentando frenarme.

—Sí, perdona…

Pero no lo hace, sigue riéndose al escuchar a mis intestinos demandar comida una y otra vez: «Grhrrrrrrrrr» «Grhrrrrrrrrrrr».

—¡Por favor, Ray, vamos a comer algo!

—Sí, será lo mejor, o a este paso acabarás hincándome el diente a mí —se burla, secándose las lágrimas de los ojos.

CAPÍTULO 31

RAY

Al cabo de media hora estamos sentados dentro de una barca varada sobre la arena, acabándonos los refrescos y unos sándwiches de cangrejo que he cogido del bufé. He salido casi corriendo del comedor para no cruzarme con Martina.

Grace está relajada; tras las risas de antes, el clima entre nosotros se ha vuelto apacible. Hablamos de cosas triviales: música, libros, comidas preferidas y otras por el estilo.

—¿Por qué te hiciste abogada? —le pregunto, mientras se sacude las migas del último trozo de sándwich que se ha metido en la boca.

La atmósfera se espesa. Grace mastica despacio, como si necesitara decidir cómo contarme algo importante.

—Mi padre maltrataba a mi madre —responde, al fin, sin rodeos. Al decirlo, sus ojos se avivan con un brillo diferente—. Ser abogada es mi forma de luchar contra esos cobardes.

Su voz fría, sin la mínima fisura, me impresiona. Igual que su mirada, tan parecida a la mía cuando me miro en el espejo por las mañanas. Ahora comprendo la fuerza que la mueve; la rabia es un buen motor para avanzar. En este momento me siento más cerca de ella que nunca. Puede que, después de todo, no seamos tan diferentes. La rabia por lo que le ocurrió a Daniel es mi motor, lo que me impulsa a volcarme en el trabajo con el fin de olvidar… Olvidar y

ganar. Ganar es mi *leitmotiv*. Me aferro a él para sentirme alguien, «el mejor», cuando, paradójicamente, siento que no valgo nada. Solo el trabajo y Sejmet son capaces de darme algo de paz.

Me doy cuenta de que mi mirada perpleja, y en cierto modo cómplice, la confunde.

—¿Qué pasa? —inquiere—. No me digas que también es tu caso…

Parpadeo y reacciono a sus palabras:

—No, no… Para nada.

—¿Entonces? Es tu turno. ¿Por qué te convertiste en abogado, Ray? ¿Para ganar dinero?

Noto cierto reproche en su pregunta.

—No, aunque sería una razón tan válida como cualquier otra. Ganar dinero no es pecado, ¿sabes?

—Supongo que no —transige tras reflexionar un segundo—. Y si no es el dinero, ¿cuál es tu motivo?

No me apetece ser sincero, sin embargo, siento que se lo debo. No ha tenido que ser fácil para ella contarme su verdad.

—Quería alejarme de Filadelfia.

—De tu familia.

—Sí.

Sus ojos verdes taladran los míos, indagando. Me veo obligado a añadir algo más:

—Es complicado. Nuestra relación es… difícil.

Sé que quiere que continúe, aunque yo no estoy dispuesto a vomitarle toda mi porquería ahora mismo. Estoy a gusto y quiero disfrutar de la conversación, sin que se vuelva oscura y tensa por mi

culpa. Asiente con la cabeza y no insiste. Cuando interviene de nuevo, lo hace para cambiar de tema:

—Tengo muchas ganas de empezar con la formación. Nunca hubiera podido pagar algo así… Gracias otra vez por tu recomendación, Ray.

Se detiene un momento, baja la mirada al fondo del bote donde estamos sentados y mete el dedo, enredando, por la abertura de su lata de refresco.

—Te vas a cortar —la advierto.

—Martina parece una buena profesional. Es muy guapa. Le gustas —afirma, levantando la vista y dejando la lata en paz.

Mi boca se ladea en una sonrisa. No puedo creer que me haya nombrado a la psicóloga sin venir a cuento. La observo con atención. Al morderse el labio me doy cuenta de que acaba de arrepentirse de sus palabras, aunque sus iris verdes denotan curiosidad por conocer mi respuesta.

—¿Te preocupa Martina y su interés en mí?

—No. Era un simple comentario —disimula.

Aun con la noche sobre nuestras cabezas soy capaz de apreciar su turbación. Me acerco más a ella. Apoyo mis codos en las rodillas y le hago la pregunta que llevo guardándome un rato:

—¿Por qué has tirado la orquídea? Te quedaba bien.

—Se había puesto un poco mustia —se escabulle.

O al menos eso cree, porque me lo ha dejado perfecto para mi siguiente acometida:

—Como tú.

—Yo no estoy mustia —replica, arrugando la frente. Sé que empieza a enfadarse.

—Un poco sí. —Cuando va a abrir la boca y a negarme que no es verdad, me adelanto y se lo impido—: Martina no es la mujer que me interesa, Grace. Ya lo sabes.

Estiro el brazo y le rozo la mejilla a propósito al colocarle detrás de la oreja un mechón suelto. Ladea la cabeza, buscando mi contacto de forma inconsciente porque, en cuanto su piel roza mi mano, reacciona de inmediato y se aparta, esquivando el roce.

«No te aclaras, abogada».

Aparto la mano sin decir nada. No quiero que se ponga a la defensiva. Me limito a sonreírle y ella me corresponde también, con timidez. Es preciosa y testaruda, pero sé que estoy cada vez más cerca de derribar el muro que ha levantado frente a mí.

—¿Nos vamos? Se ha hecho tarde —Se pone de pie de forma repentina, dando por finalizado nuestro momento mágico. Estoy seguro de que lo hace para evitar caer en la tentación. No me queda más remedio que levantarme también.

Tengo que reprimir las ganas de atraerla hacia mí y besarla. Su pelo se mueve con la brisa que llega del mar. Hace rato que su moño se ha deshecho un poco y algunos mechones navegan sueltos por delante de su rostro, enredándose entre sus largas pestañas. Dice que Martina es guapa y tiene razón, lo es, pero la belleza que me vuelve loco es la suya. Exhalo con agonía; desearla como lo hago, y al mismo tiempo esperar a que se rinda a mí, me está matando. Se despeja la cara, retirando los pelos rebeldes hacia atrás, y salta de la barca con agilidad. Hago lo mismo y sigo sus pasos sobre la arena en dirección a nuestros bungalós. Caminando detrás, mientras contemplo su bonito cuerpo, me pregunto por primera vez si no seré yo quien acabe atrapado en mi propia trampa.

Sacudo la cabeza intentando quitarme de encima esa inquietante idea.

CAPÍTULO 32

GRACE

—Ray, por favor, ¿podrías salir al centro?

«Ya estamos».

Está claro que la psicóloga tiene en su punto de mira a mi acompañante. La tiene tan abducida que, si el resto desapareciéramos, no se daría ni cuenta. Ahora quiere que salga al centro de la rueda que hemos hecho todos los asistentes, al estilo de una reunión de alcohólicos anónimos. Tuerzo el morro, aguantando con resignación el escozor que me corroe.

—Claro, ¿por qué no? —responde Ray muy colaborador, dibujando una sonrisa seductora mientras se levanta de su sitio para ponerse en el que ella le indica.

Mi vista lo acompaña en su trayectoria hasta que se sienta, recreándose en su cuerpo. Es alto y todo le queda bien. Hasta la camisa superarrugada de lino azul que se ha puesto hoy y las bermudas beis que muestran sus piernas sin afeitar.

«Me gusta que no se depile» oigo en mi cabeza, así, porque sí.

La verdad, puedo entender a Fisher; a mí también me pareció un tío atractivo, MUY atractivo, desde el minuto uno. Pero es que últimamente está también más… ¿empático? Sí, creo que esa es la palabra. Su capa de frialdad y altivez se ha suavizado bastante, lo

que me tiene bastante desorientada. Quiero que siga cayéndome mal porque todo es más fácil, pero no lo consigo.

Me muevo incómoda en el asiento y lo miro de reojo. Nuestras miradas coinciden. En su rostro hay ahora una sonrisita provocadora.

—Dime, Martina ¿en qué puedo ayudarte? —le pregunta con tono agradable, dejando de mirarme para posar la vista en nuestra profesora. Odio que le preste atención.

La psicóloga debe de llevar las bragas sujetas a la falda con pinzas porque si no, estoy segura de que en este mismo instante se le habrían caído al suelo con tanta predisposición por parte de su alumno preferido. Solo le falta babear. Me quedo muerta cuando pasa por detrás de él, deslizándole una mano de un hombro a otro. Arrugo la frente y aprieto los dientes.

«La madre que la parió».

«Hija, ¿qué quieres? La tía no pierde el tiempo. Cuando ve algo que le gusta, va a por ello. No como otras». Ahí está otra vez esa maldita voz.

La psicóloga se pone a su lado, de brazos cruzados:

—Ray, ¿podrías contarnos alguna situación comprometida que hayas vivido y que te gustaría poder evitar con esta formación? —pregunta, levantando los extremos de la boca en una sonrisa de anuncio que muestra sus dientes blancos y perfectos.

«No, si al final te vamos a ver hasta las muelas del juicio».

Frunzo el ceño con tanta tensión que estoy convencida de que esas arrugas se quedarán impresas ahí para el resto de mis días. Carraspeo un poco. Sin quererlo, vuelvo a llamar la atención del maldito abogado que me trae de cabeza. Tuerce un poco las

comisuras de sus labios en una media sonrisa que me dice lo mucho que se está divirtiendo. Dios… ¡no puedo ser tan evidente para él! Me está leyendo como a un libro abierto. ¡Tengo la palabra CELOS escrita en neón en mitad de la frente!

—Déjame que piense… —le dice, girándose hacia ella—… Sí, creo que ya la tengo.

—Cuéntanos —lo anima la otra, derretida.

—En uno de mis casos la pareja había adquirido unas imitaciones muy buenas de seis huevos de Fabergé. Aunque eran imitaciones, tenían un valor considerable. El matrimonio se disputaba quién se los quedaría. Al final, mi clienta transigió en favor del marido y los trajo a la oficina en unas cajas de cartón. Cuando las abrimos para comprobar si estaban todos, empezamos a notar un olor desagradable…

Por fin he conseguido olvidarme de los celos y presto atención —igual que el resto de mis compañeros—, a lo que está contando Ray.

—Al abrir los huevos —continúa— descubrimos que mi clienta los había llenado de… en fin… —todos miramos con expectación y nos mantiene en vilo un instante más hasta que desvela el final—… de heces, como ya habréis adivinado.

Nos quedamos callados, estupefactos, hasta que reaccionamos estallando en carcajadas. Él se une a nosotros. Está acostumbrado a ser el centro de atención y le gusta, aunque percibo también generosidad: está disfrutando de habernos proporcionado este momento de diversión.

«Qué mono».

Lo miro embobada. Dejo de reír y noto cómo mi corazón se acelera al observarlo. Me gustaría que el reloj se detuviera en este preciso instante y que todo el mundo desapareciera, salvo él. Quedarnos solos los dos: Ray y yo.

Como si atendiera mi llamada silenciosa, gira la cabeza hacia mí y nuestros ojos vuelven a coincidir. Ya no queda nada de mis risas, estoy completamente seria, consciente de la gravedad de mi situación: Ray Dawson está empezando a gustarme más allá de los límites aceptables. La sonrisa abierta que luce en este momento se diluye poco a poco hasta convertirse en una mucho más discreta y peligrosa. Peligrosa porque es una sonrisa solo para mí. Mi deseo acaba de cumplirse: el resto de compañeros no existen. Estamos solos en medio del bullicio de los demás, que aún se ríen y comentan la anécdota de los huevos de Fabergé. Suspiro y miro al suelo.

«Olvídate, Grace. Es tu oponente, el enemigo en el caso más importante de tu vida».

Cuando recobro fuerzas para hacerle frente y levanto la mirada, veo que Martina reclama su atención. Ray aparta sus ojos de mí, reticente, para encarar a la psicóloga.

«Lo mejor es que se líen, Grace —dice mi voz sensata—, así podrás olvidarte de él de una vez».

Tiene razón. Ojalá lo hicieran. De ese modo, sé que lo arrancaría de raíz de mi cabeza.

Después de la formación hemos ido a comer. Nos hemos sentado varios compañeros de curso en la misma mesa y a la puñetera *comecocos* le ha faltado tiempo para sentarse al lado de Ray. No ha

parado de dar empujones hasta que ha conseguido acercarse y colocarse en mi sitio.

«¿Tu sitio?» «¿Desde cuándo tienes el sitio reservado al lado de ese "maldito abogado" como tú lo llamas?».

Me parece estar viendo a mi jodida conciencia enarcando la ceja, haciendo énfasis en su pregunta. Y no le falta la razón. No sé qué me pasa, ¡ni que Dawson fuera de mi propiedad! Acabo sentándome en el peor sitio de la mesa porque, cuando levanto la cabeza, ellos dos son lo primero que veo.

Tras el primer plato, el ambiente es distendido. Todo el mundo se relaciona y habla contando anécdotas de su trabajo.

—¿Y tú, Martina? —la nombro para captar su atención—. ¿Podrías contarnos alguna situación embarazosa en tu trabajo?

Me mira fastidiada por haber interrumpido su coqueteo con Ray.

—Bueno, hay muchas…

—A vosotros os está prohibido liaros con los clientes, ¿no? ¿Has tenido alguna vez problemas con eso? —insisto. Ray desliza la vista hacia mí—. Imagino que debe de ser difícil no tirarte a los brazos de un paciente atractivo para consolarlo, ¿verdad? —bromeo, aunque no es esa mi intención.

No puedo evitar sonreír con falsa inocencia viendo la cara que se le ha quedado a Martina. Ray, que estaba masticando, se detiene petrificado y me clava la mirada sin creerse lo que acabo de soltar. Yo tampoco me lo creo; no tenía ni idea de que los celos tuvieran la capacidad de quitarme la vergüenza de esta manera. Pincho el tenedor sobre el trozo de carne que tengo en el plato y le doy con

fuerza al cuchillo, volcando la frustración sobre el pobre filete sin dejar de mirar a la *comecocos.*

—No, nunca he tenido ese tipo de problemas —me responde, echando fuego por los ojos—. Sé perfectamente cuál es mi sitio.

—Pues nadie lo diría —murmuro muy bajito.

—¿Cómo dices? —pregunta.

—¿Qué tal está la carne? —se interpone Ray en la conversación al ver que se está poniendo tensa.

—Un poco pasada, para mi gusto.

Martina se pone roja —por lo que deduzco que ha captado el doble sentido—, y mi compañero reprime una sonrisa para no ofender a Fisher. Al muy cabrón, le gusta verme celosa. A mí, en cambio, los celos me producen una desazón difícil de explicar.

«¡Dios! ¡¿En qué estaría pensando cuando decidí aceptar su recomendación?!».

Me va a costar la vida aguantar a esta mujer dos días más, viéndola buscar continuamente el roce con Dawson y acapararlo. Decido no prestarles más atención el resto de la comida, centrándome en hablar con la compañera que tengo al lado, una abogada muy simpática y dicharachera de Miami.

Cuando estamos por el postre, la chica empieza a resultarme un poco «intensa», aunque su locuacidad me viene bien porque puedo ceñirme a expresiones como «¡Qué bien!» «¿En serio?» «No me lo creo» y cosas por el estilo, desconectando un poco de la conversación. Sigo molesta por la parejita de tórtolos que tengo enfrente.

—¿Vendrás a la piscina un rato? —me pregunta.

—No me he traído bañador.

—Yo puedo prestarte uno. Debemos de tener más o menos la misma talla.

Me lo pienso un momento y estoy a punto de rechazar su ofrecimiento, pero cambio de opinión al ver lo animados que charlan Ray y Martina.

—Vale. ¿Nos vamos ya? Así podremos conseguir un par de tumbonas cerca del agua —pongo como excusa para abandonar la mesa cuanto antes.

—¡Claro! ¡Vamos! —Cuando me doy cuenta, ya se ha puesto de pie.

Imito su gesto y entonces, por fin, parezco ser visible para mi colega de Nueva York.

—¿Te vas? —me pregunta, dejando con la palabra en la boca a la psicóloga.

—Sí. Vamos a darnos un baño.

—OK. ¿Te veré después?

—No sé. Sobre la marcha —respondo, despreocupada y sin ningún interés.

Alza un poco las cejas, sorprendido por mi respuesta, y le sonrío.

—Adiós, Ray.

A la *comecocos*, ni la miro. Como si no existiera. Ojalá fuera así de fácil hacerla desaparecer.

CAPÍTULO 33

RAY

Gracias a una llamada del despacho en Nueva York he conseguido zafarme de la psicóloga. Ha estado bien seguirle el rollo mientras Grace estaba delante, aunque empezaba a resultarme un poco «cargante». No obstante, tendré que aguantarla un poco más. Es evidente que mi colega siente celos, así que he convertido a Martina en parte de mi plan. Me encanta ver a Grace con expresión enfurruñada y comprobar lo mucho que le fastidia mi tonteo con nuestra profesora. La hace más apetecible.

«¿Más? Esto empieza a ser preocupante».

Cada vez me resulta más complicado encontrar algo que me disguste de ella. Tal vez, lo único sea que es mi oponente en el caso de los Carlson.

Salgo del comedor y me dirijo hacia el bungaló con el teléfono pegado a la oreja. Con un par de instrucciones resuelvo el asunto. Al colgar caigo en la cuenta de que mi detective hace días que no me ha dado novedades en el caso de los Carlson y decido, aprovechando el momento a solas, ponerme en contacto con él. Marco el número mientras camino entre los jardines del *resort* y para mi decepción, no responde. Vuelvo a intentarlo, y esta segunda vez me cuelga la llamada. Frunzo el ceño porque no es algo que suela hacer. No obstante, no insisto.

«Quizá lo he pillado en un mal momento» reflexiono.

Sonrío al imaginarme a mi escuálido y sagaz detective follando. Aunque lo tengo siguiendo a Alice las veinticuatro horas del día, algún hueco encontrará para echar un polvo. Acto seguido, mi mente pasa página de Bruce y en su lugar me pone delante a Grace teniendo sexo conmigo. Mi polla responde de inmediato. Entre pensamientos calientes cojo la bifurcación del camino, la que lleva a mi cabaña, y veo a «mi obsesión» salir de su bungaló con la chica con quien hablaba en la mesa. Las dos van en bikini y llevan la toalla colgando de un hombro.

—Joder… —murmuro.

Es la primera vez que la veo con tan poca ropa y no dudo de que esta visión se quedará grabada en mi retina de por vida: su piel morena brillando bajo el sol de Florida y todas esas curvas —tantas como en una carretera de montaña—, dando forma a su cuerpo. Cuando se da cuenta de mi presencia me obligo a cerrar los labios para no parecer un imbécil. Algo le ha dicho la otra que ha provocado que ambas se echen a reír. Seguro que es por mí y por la cara de gilipollas que debo de tener.

—Hasta luego, Ray —saludan las dos pasando por mi lado.

—Hasta luego.

En cuanto se alejan, suelto el aire contenido. Tengo la polla tensa bajo el pantalón y las piernas como flanes. Se me acaban de fundir los plomos con la subida de tensión.

Llevo dando vueltas por la habitación un buen rato, sin dejar de echar vistazos al móvil a ver si me entra algún mensaje. Parece que hoy nadie quiere saber nada de mí. He llamado a Grace un par de veces para preguntarle si vamos juntos a cenar y, ni me coge el

teléfono ni responde al *WhatsApp*. Me pregunto si todavía estará en la piscina. En cuanto a Bruce, tampoco me ha devuelto la llamada. Cansado de estar encerrado entre cuatro paredes salgo del bungaló a pasear un rato. Al pasar por delante de la cabaña de mi compañera estoy tentado a llamar a su puerta, aunque me contengo porque, si no me ha cogido el teléfono, será que no tiene muchas ganas de hablar conmigo. Su actitud sigue teniéndome confundido: no puede disimular los celos hacia Martina, pero tampoco se decide a dar un paso hacia mí y, no contenta con eso, me lanza miradas furiosas todo el día como si yo tuviera la culpa de ser el objeto de las atenciones de la psicóloga. Mi único delito está siendo dejarme querer. En fin, que entre los divorcios de mis clientes y situaciones como estas cada vez me convenzo más de que la soltería es el estado ideal. Todo lo demás es complicarse la vida.

Me debato hacia donde ir y se me pasa por la cabeza la idea de acercarme a la piscina; al final decido que no. No deseo dar la impresión de que le voy detrás. Aunque me muera por tener un acercamiento, quiero que sea ella quien venga a mí. Opto por dar una vuelta por la playa antes de ir al comedor a cenar. Ya aparecerá.

Llevo un rato paseando; hace un día espectacular. Ahora comprendo por qué muchos compañeros piden un traslado a la sede de MK & Lewis en Florida. Es increíble que a tres horas de avión hayamos pasado de la nieve y el frío, a la luz y el calor de Palm Beach. No obstante, siendo sincero, por mucho que estos días esté disfrutando del clima, no cambiaría mi despacho en Nueva York por uno en Miami. Supongo que tiene que ver con mi carácter: me siento más cómodo en los sitios grises.

Un chico se cruza conmigo. Viste unas bermudas naranjas y una camisa blanca estampada con plátanos amarillos y rosas.

«Además, jamás me pondría algo así» reconozco, horrorizado por tanto color concentrado en dos prendas. Por aquí les encanta la ropa rollo arcoíris: cuantos más colores, mejor.

Camino con las manos en los bolsillos, tranquilo, e inevitablemente llega el recuerdo de mi familia; desde los mensajes que nos enviamos tras mi regreso de Filadelfia —después del desastre de Nochebuena—, no hemos vuelto a hablar. Me resulta tan doloroso tenerlos cerca como lejos, aunque manejo mejor la situación si me mantengo a distancia. Para volver a ser un hermano y un hijo «normal» —igual que era antes de que sucediera el accidente de Daniel—, necesitaría borrar toda la frustración que llevo dentro. Y, aunque soy capaz de ver la solución, soy un negado intentando llevarla a la práctica; en cuanto me acuerdo de lo sucedido, me desmorono.

Me detengo porque, como si mis piernas pesaran de repente el doble, me cuesta caminar. Suspiro con hastío, cansado de darle vueltas siempre a lo mismo. Tuerzo el cuello hacia atrás unos segundos dejando que el sol, que calienta con ganas, me dé en la cara y me reavive el ánimo. Al poco, reanudo el paseo sin dejar de prestar atención a mis pies: no me gustaría que el agua alcanzara mis náuticos y tener que tirar a la basura quinientos dólares.

Y hablando de dólares… Martina Fischer tiene montado el negocio del siglo. Espero que Grace aproveche mejor que yo el curso que le he pagado sin que lo sepa. Sé que a mí me va a servir de poco: conectar con las emociones y empatizar con la gente nunca ha sido lo mío.

«Cómo voy a lograrlo con los demás, si soy un inútil manejando lo que yo siento».

Enfrascado en mis pensamientos casi no me percato de la pareja que se come la boca a pocos metros de mí. A punto de desviarme un poco para sortearlos, me fijo en la chica. Es la que se ha ido con Grace a la piscina.

Todo el mundo sabe que la gente aprovecha estas formaciones no sólo para aprender, también para conocer gente y con suerte, a follar. Más de una vez he escuchado en la oficina a colegas presumiendo del número de polvos que han echado durante los días de formación fuera de casa. De pronto, saltan todas mis alarmas: ¿dónde está Grace? La frustración me invade cuando mi cabeza me responde:

«Seguramente por ahí, pasándoselo bien con otro tío».

Me tenso ante el riesgo de seguir deambulando por las inmediaciones del hotel y encontrármela *dándose el filete* con alguien. La intranquilidad me recorre el cuerpo como una serpiente y, aun sabiendo que no me incumbe, que es su vida y que no soy nadie para ella, no puedo reprimir el impulso de saberlo con certeza. Cuando quiero darme cuenta, mis pies caminan, decididos, en dirección a la pareja. La chica se da cuenta de que me acerco y se separa del otro al reconocerme. Compruebo que «el otro» también está en el curso. La rabia me corroe con la idea de que Grace se haya liado con algún compañero al que tendré que verle la cara durante las horas de formación.

—Hola —me saluda, sin levantarse de la arena.

—Hola… Perdona que os interrumpa —me disculpo, yendo directo al grano—: ¿sabes dónde está Grace?

Tengo la sensación de que debe de estar pensado que parezco el tonto que le va detrás sin ninguna posibilidad. Joder, ¡si hasta yo mismo lo pienso! Irritado, espero su respuesta.

—La he dejado en la piscina hace bastante rato. Si no ha vuelto al bungaló, a lo mejor sigue allí.

Mi mente no tarda en imaginársela retozando con algún gilipollas encima de una tumbona. Me dirijo hacia la piscina a paso rápido.

«¿Qué se supone que estoy haciendo?» me pregunto, incapaz de comprender mi reacción.

¿La verdad? No lo sé. No tengo ni puta idea de por qué voy en su busca. Me martiriza la idea de encontrármela comiéndose los morros con otro, sin embargo, quiero verla. Quizás así conseguiré no tenerla todo el día en la cabeza.

Al llegar, el sol todavía cae con fuerza sobre la piscina, aunque ya no queda nadie. Todo el mundo se ha ido a arreglarse para la cena. Son casi las seis. Estoy a punto de darme la vuelta cuando distingo un bulto sobre una tumbona. Mi expresión se contrae. Acelero el paso al reconocer ese bikini… Es el que llevaba puesto Grace cuando nos cruzamos hace un rato. Al aproximarme, compruebo que es ella. Está sola, de medio lado, y no se mueve.

—Grace… —la llamo, quedándome a un par de metros.

No responde. Me acerco del todo y la zarandeo con cuidado.

—Grace…

Cuando la toco en el hombro, noto que está muy caliente. Hace ademán de moverse, aunque apenas lo consigue. Lo único que escucho en respuesta es una especie de quejido. Me arrodillo a su lado y le retiro el pelo de la cara. La tiene húmeda, perlada de sudor.

Al poner los dedos en su cuello para tomarle el pulso, se lo noto débil.

—Mierda…

Sin pensarlo más, la alzo en brazos y echo a correr hacia recepción.

—Grace, ¿me escuchas?

—Ray… —consigue decir.

Siento un pellizco en el estómago con su tono de voz apagado.

—Tranquila, preciosa. Te llevo al médico.

En realidad, deberían tranquilizarme a mí. El corazón me late fuerte como un tambor.

—La cabeza… me duele…

—Me cago en todo, Grace —la riño sin poderme reprimir—: ¿A quién se le ocurre quedarse dormida con el sol cayendo a plomo?

Noto su piel quemando a través de la tela de mi camisa. A saber el tiempo que lleva ahí.

—¡La enfermería, por favor! ¡Un médico! —pido gritando al entrar en el recinto.

La gente se nos queda mirando. El chico que está tras el mostrador se pone delante de mí y me pide que lo siga. Recorremos un pasillo a paso rápido, a todo lo que dan mis piernas, y al fin alcanzamos una puerta con una cruz roja pintada y un cartelito donde dice «Servicio Médico». El recepcionista golpea con los nudillos.

—Entre —responden desde dentro.

Sin esperar a que el chico se retire, empujo la puerta y paso dentro.

—Creo que es una insolación —digo sin saludar.

El médico sale de detrás de la mesa con celeridad y me pide que la tumbe en la camilla.

—¿Cuánto tiempo lleva al sol?

—No lo sé. No estaba conmigo, pero por lo caliente que está su piel…

«Juro que mato a esa estúpida si la dejó tirada así».

Me doy cuenta de que estoy acojonado. Siento la boca completamente seca mientras el médico inspecciona a Grace.

«Joder, que se ponga bien» ruego en silencio.

—Lo primero que hay que hacer es bajarle la temperatura. Perdón, su nombre es…

—Ray.

—Muy bien, Ray. Vaya al bar y consiga agua bien fría y bebidas isotónicas. Hay que hidratarla y refrescarle el cuerpo. Le sacaré una muestra de sangre mientras.

—Está bien. Ahora vuelvo.

Salgo corriendo en busca del bar. El dolor en el estómago me obliga a encorvarme, pero no paro. ¡Estoy preocupado y necesito descargar esta impotencia con alguien!

En menos de diez minutos estoy de vuelta en la consulta. Justo cuando el médico termina de llenar un tubo de sangre.

—Coja esa caja de ahí —me ordena—. Son gasas estériles. Empápelas con agua fría y colóqueselas en la frente, nuca, axilas e ingles. Le he tomado la temperatura. Está a cuarenta grados.

Obedezco sin decir nada. Le coloco las últimas compresas sobre las ingles, con cuidado, evitando mirarla demasiado. No es momento para pensar en lo que normalmente pensaría…

—Ray… —gime, reaccionando al frío.

—Sí, Grace. Estoy aquí.

—No te vayas...

Mueve el brazo, buscándome. El doctor retira la jeringa y la goma que le ha atado a la altura del bíceps y se aparta, momento que aprovecho para acercarme y tomarle la mano. El pulso se me acelera cuando cierra sus dedos alrededor de los míos, aunque sigue adormilada y con los párpados bajados.

—No me voy a ningún sitio, preciosa. Tranquila.

No quiero verla así. Quiero que vuelva la abogada con respuesta para todo. La que me tiene el seso comido. Aunque algo dentro de mí se ablanda al comprobar que ahora me necesita.

—¿Es su esposa? —inquiere el médico.

—No. Colegas de profesión. Hemos venido a una formación juntos.

—Pues me temo que va a tener que vigilarla de cerca en las próximas veinticuatro horas. Necesita agua fresca, bebidas isotónicas y compresas frías para bajar la temperatura durante un par de horas más. ¿Puede encargarse?

—Sí, claro… Lo haré. Estaré pendiente.

—Muy bien. —Entonces se vuelve hacia Grace y empieza a llamarla, acompañando cada vez que cita su nombre con una palmada en la cara—: ¡Grace! ¡Grace!

Arrugo la frente.

—¿No podría ser más sutil? —me quejo viendo que, a mi entender, le da en el rostro con poco tacto.

—Tiene que reaccionar e ir recuperándose de esta semiinconsciencia —me explica—. Si lo prefiere, puede seguir usted

mientras yo relleno los papeles para que vengan a recoger estas muestras. Mañana sabremos los resultados.

Lo sustituyo y comienzo a darle golpecitos más rápidos, aunque más suaves. Miro al doctor un momento, justo para darme cuenta de que voltea los ojos hacia atrás y niega con la cabeza.

«No pienso darle más fuerte» me digo.

—Vamos, Grace, espabila.

—Voy a buscar los impresos a recepción. No me quedan aquí —me informa saliendo de la consulta.

—OK —digo, sin volverme y sin parar de darle toques a mi colega—. Grace, vamos, despierta, o me obligarás a besarte como a la Bella Durmiente.

La frase surte efecto porque su cuerpo comienza a moverse entero, de pies a cabeza, aunque de forma leve. Abre los ojos. La verdad es que me fastidia un poco: ¿tanto le disgusto? ¿hasta el punto de casi resucitar para que no la bese? Me siento decepcionado. Voy a tener que olvidarme de ella. Creo que he estado equivocado todo este tiempo y que la atracción no es mutua. Pero entonces, me quedo paralizado cuando escucho lo que dice:

—…Hazlo.

No estoy seguro de que me esté pidiendo lo que yo creo, así que me aseguro.

—Que haga, ¿qué?

Espero con expectación su respuesta, que llega sin emitir ni un solo sonido. Me pone morritos y cierra otra vez los párpados. La observo y sonrío.

—¿Estás… segura?

Asiente con la cabeza y levanta su brazo buscando mi cuello. Me agacho para que lo encuentre y entonces me acerco. Antes de que nuestros labios hagan contacto recorro su rostro de cerca y creo que nota mi mirada porque entreabre sus ojos verdes, más apagados de lo normal y, apenas sin fuerza, me atrae hacia ella. Por fin nuestras bocas se tocan, provocándome mil detonaciones por todo el cuerpo. Muevo los labios sobre los suyos, besándola con suavidad, disfrutando de este momento que me parece irreal de tanto fantasear con él. Unos segundos después me separo unos milímetros y acaricio su nariz con la mía.

—Me has dado un susto de muerte, Garret… —Le doy ahora un beso corto—. No vuelvas a hacerme esto nunca, ¿vale?

—Vale —susurra en mis labios.

Alguien carraspea a mis espaldas.

—Creo que con tantas atenciones su compañera mejorará muy rápido.

Me separo de ella avergonzado. No quiero parecer un depravado que se aprovecha de la situación.

—Ella… ella me ha pedido… —intento explicarle.

—No hace falta que me explique nada, Ray. Por Dios, no creo que sea un acosador.

Su risa, en lugar de relajarme, me tensa más. Creo que hacía tiempo que no me sentía tan cohibido.

Media hora después Grace se encuentra mucho mejor, aunque débil todavía. Se levanta de la camilla y se apoya en mí.

—¿Puedes caminar? —le pregunto.

Hace un intento y sus piernas responden.

—Sí.

—Bien, vamos.

El doctor nos mira y no se me escapa su cara de advertencia.

—Pida que le lleven botellas de agua fresca a la habitación y póngale toallas mojadas unas horas más. Que tome bebidas isotónicas a sorbos cortos. Cuídela —me ordena—. En cuanto a usted, señorita Garret, si nota algo extraño vuelva enseguida, quizás entonces la envíe al hospital. Si, como dice, llevaba una hora dormida al sol, no creo que la insolación haya afectado a nada interno, no obstante, obsérvese ¿de acuerdo?

—Sí, doctor. Muchas gracias.

—No hay de qué.

Cuando estamos a punto de rebasar la puerta, el médico me coge del brazo.

—Vuelvan mañana a por el resultado de los análisis, y no lo olvide… —me recuerda con expresión severa, asegurándose de que Grace no lo oye—… se trata de bajarle la temperatura, no de subírsela.

—Sí, claro. No se preocupe. —Bajo los ojos, incómodo, sintiéndome como un chaval de diez años.

No recuerdo que nadie, desde el colegio, haya conseguido sacarme los colores como ha hecho este hombre en el rato que llevamos aquí.

CAPÍTULO 34

GRACE

Creo que todavía estoy bajo los efectos de la insolación, que el calor me sigue nublando las neuronas cuando Ray, una vez abandonamos la consulta del médico, me sostiene por la cintura de camino a su bungaló. Me siento floja y algo mareada, no obstante, mi cuerpo está lo bastante despierto como para notar el calor de su cuerpo pegado al mío y su brazo firme rodeándome la cintura. Estoy descubriendo que me gusta que me preste atención y que se preocupe por mí. Casi me derrito como una bola de helado cuando he abierto los ojos y lo he visto observarme con expresión afligida. Me ha conmovido tanto que no he podido resistirme a pedirle que me besara.

Durante los ratos en que caminamos en silencio, sin conversar, mi cabeza es una olla en ebullición con un montón de sentimientos contradictorios burbujeando y derramándose por todas partes: me encanta que me cuide, que se preocupe, que me bese, y me gustaría dejarme llevar por lo que mi cuerpo me pide… Pero por otra parte sé que eso no sería muy profesional…

«El problema es que, a este paso, no sé si voy a poder resistirme mucho más» reconozco para mí.

Al fin llegamos a su bungaló. Sin soltar mi cintura deja la bolsa con el agua fresca y las bebidas isotónicas sobre una mesa, para después arrastrarme con suavidad hasta su cama. De pronto, la

intranquilidad se apodera de mí. El hombre que me quita el sueño y yo, juntos en una habitación con la cama más grande que he visto en mi vida.

—Estarás mejor tumbada aquí —me dice.

—No hace falta, Ray. Puedo sentarme en el sofá.

—Ni hablar. Tengo que ponerte las toallas. Lo haré mejor si te tumbas.

—Ya estoy bien.

—Estás aún a más de treinta y nueve grados. El médico ha sido muy claro.

Nos miramos un instante. Su expresión es tan seria que me abstengo de volver a quejarme. Me siento en el borde del colchón y me quito las chanclas con los pies. Sin pedírselo, me coge las piernas y me las sube para colocarlas encima de la cama. Me acomodo, consciente del contacto de sus manos. Las tiene bonitas y cuidadas.

—¿Podrías ponerme unos cojines en la cabeza? —le pido algo cohibida, una vez tumbada.

Coge los que acaba de quitar de encima de las almohadas y con un par de golpes los vuelve más mullidos antes de colocármelos bajo la cabeza, alzándome por la nuca. Tengo calor, y ya no sé si es por el sol o por su contacto. La cercanía de su pecho hace que llegue hasta mí el olor de su piel… Una contracción se abre paso entre mis piernas. La cabeza me dice que salga corriendo, pero mi cuerpo se pega a esa cama como si toda la gravedad de la Tierra se hubiera concentrado allí. No quiero irme. Quiero que me cuide. Tenerlo solo para mí.

—Voy a llamar para que traigan más toallas —me informa, volviendo a separarse, alejando de mí su calor.

Me acuerdo de la *comecocos* y sonrío internamente. Se moriría de rabia si nos viera, si supiera que nos hemos besado.

«Aunque un beso ya no es suficiente, ¿verdad, Grace? Quieres más. Quieres todos los besos que pueda darte y en todos los sitios imaginables». De nuevo esa voz en la cabeza que me incita a lanzarme en brazos de mi colega.

«Pero no puedes. Cuando vuelvas a Nueva York seguirá siendo el abogado del senador Carlson».

Resoplo sin darme cuenta, harta de divagaciones.

—¿Pasa algo? —pregunta Ray, que viene con unas toallas mojadas en las manos.

—No. Nada.

—¿Seguro? —Vuelve a insistir con el ceño fruncido.

—Sí, no te preocupes. Estoy bien. —Acompaño la frase con una sonrisa para resultar más convincente.

—OK. Pues… con tu permiso… Voy a colocarte todo esto donde me ha dicho el médico.

—Adelante. Toda tuya —bromeo para quitar tensión al momento.

Lejos de conseguirlo, creo que se acrecienta. La situación es embarazosa de narices. Ray me dirige una mirada intensa que le sostengo. Al ver que no corto el contacto visual es él quien se obliga a hacerlo, desviando la vista hacia mis piernas.

—Tengo que ponerte estas toallas… ahí. —Indica con un gesto de la cabeza la parte alta entre mis muslos.

Asiento con la cabeza y, obedeciendo a un impulso incontrolable, abro las piernas en el gesto más erótico que he hecho en mi vida. Me muerdo el labio al advertir los ojos grises de Ray volverse más oscuros. Se acerca despacio y se sienta en el borde de la cama. Creo que contiene la respiración cuando me toca una pierna y, separándola un poco más, me coloca una pequeña toalla de mano en la ingle izquierda. Me sobresalto al sentir el frío, lo que hace que levante la vista hacia mí un instante y me sujete la pierna para que no la mueva, evitando que la toalla se desplace del sitio en el que tiene que estar. Sus dedos me queman. Está serio cuando deja de mirarme. Sé que nota mis ojos sobre su rostro, pero intuyo que no quiere hacer contacto visual para tener la situación bajo control. Desea tomar distancia de la escena que estamos viviendo, al contrario de lo que quiero yo, que no es otra cosa que provocarlo. Si el pobre doctor me tomara la temperatura ahora el termómetro explotaría; mi cuerpo se muere de ganas por mi compañero. Cuando lo veo coger otra toalla húmeda, ladeo la pierna derecha para abrirla un poco más. Vuelve a levantar la cabeza y me clava los ojos. Aprovecho su atención para sonreírle con inocencia. Madre mía… ¿qué estoy haciendo?

«Tontear peligrosamente» me respondo.

Se muerde el labio y desvía la vista de mi rostro, situando la toalla en la otra ingle. Doy otro respingo que capta de nuevo su atención.

—Es que están muy frías… —me excuso con voz cándida.

Su mandíbula se crispa. Noto que está esforzándose por contenerse y no dejarse llevar por mi juego.

—El médico ha dicho que tiene que bajarte la temperatura corporal hasta que sea normal.

«Como sigas tocándome así no va a bajar en la vida».

Sin abandonar su expresión seria se levanta de la cama y va a por dos toallas más. A pesar del calor que envuelve mi cuerpo un escalofrío me baja por la espalda al sentir su mano en mi cuello, levantándome la cabeza para ponerme otra compresa en la nuca.

«Bum-bum, bum-bum, bum-bum».

¿Ese es mi corazón o el suyo? El mío palpita con fuerza cuando deposita de nuevo mi cabeza sobre la almohada, pero también noto su excitación. Respira con rapidez. Bajo la camisa su pecho inhala y exhala agitado. Necesita aire desesperadamente, como yo. Esta tensión es insoportable.

—Ray…

No responde. Solo me ensarta con sus ojos cargados de fuego.

—Lo de antes… El beso… —continúo, aunque me quedo atascada ahí, sin atreverme a decir nada más.

Su mirada desciende un momento a mis labios. Estoy ansiosa porque vuelva a por ellos. Necesito su boca encima de la mía. En vez de eso, lo que hace es volver a levantar la vista. Su nuez sube y baja en su garganta, le cuesta tragar. Su expresión es de contención.

—Todavía estás convaleciente del golpe de calor. Creo que es mejor que lo comentemos en otro momento —me dice, muy prudente él.

Coge la última toalla y me la coloca sobre la frente.

«No quería comentar nada, solo que volvieras a besarme».

No obstante, me callo y obedezco, asintiendo con la cabeza a lo que acaba de decirme.

—Voy a por la bebida isotónica. Tienes que beber.

A medida que pasan las horas, voy sintiéndome mejor. El otro cambio de toallas me lo he hecho yo; no quiero que Ray me toque más. No porque no desee que lo haga, sino porque no sé si podría resistirme a tirarme encima de él ahora que he recuperado las fuerzas. El sexo lo hemos sustituido por una conversación amigable que también estoy disfrutando mucho. Ray gana mucho en la intimidad, como ya me di cuenta el día de mi borrachera. Me da la impresión de que su personaje de abogado implacable es solo eso, un personaje, una máscara tras la que se esconde, aunque aún no sé muy bien de qué.

—Tengo curiosidad —me dice en tono de guasa—. ¿Desde cuándo practicáis esa gimnasia laboral tan saludable con tu compañera Violet?

—Quieres la verdad, ¿no?

—Sí. —Sonríe ya abiertamente, divertido—. ¿Qué era? ¿Una celebración o algo así?

—Algo así. El abogado de la parte contraria acababa de decirme que su cliente había aceptado todas nuestras condiciones.

—Ya veo… ¿Y por qué esa canción?

—Porque reivindica a las mujeres.

—Eres incapaz de relajarte, ¿te das cuenta? Ni siquiera cuando celebras algo puedes olvidar tu causa.

—¿Eso es malo?

—No. Pero a veces va bien evadirse y dejar a un lado las cosas importantes. Ya sabes, divertirse un poco.

—Uffff… Después del otro día con el tequila ese, no sé si quiero divertirme más.

—Te cogiste una buena, es verdad —comenta, riéndose.

Nos quedamos mirando, repasándonos con la vista. No tengo ni idea de qué se le está pasando por la cabeza a él, a mí, que es el tío más guapo que he visto en mi vida.

—¿Qué cosas son importantes para ti, Ray?

Veo que se lo piensa un poco, como si temiera dar un paso en falso.

—El trabajo, la amistad, la familia… Todo eso, supongo.

—Me dijiste que a tu familia no la veías mucho, ¿no?

—No.

—¿No te llevas bien con ellos?

La conversación no le gusta. Sin embargo, no he podido evitar preguntar. Quizá le venga bien desahogarse, hablar de la relación con los suyos. Se me da bien escuchar.

—No, no me llevo bien con ellos… ¿Algo más, abogada? —suelta con ironía—. Empiezo a sentirme como si estuviera en el estrado.

Aunque quiera quitarle hierro con su tono mordaz, su expresión se vuelve rígida. El tema le duele más de lo que quiere admitir. Me mantengo en silencio. Lo tengo sentado en un sillón frente a mi cama, con las piernas estiradas, una cruzada sobre la otra. Llevamos un buen rato conversando y todo fluía bien. Hasta ahora. Estira los brazos por encima de la cabeza, destensando los músculos.

—¿Tienes hermanos? —vuelvo al ataque.

La pregunta lo ha pillado por sorpresa. Baja los brazos de golpe y al instante percibo un velo de dureza que enturbia sus ojos.

—Dos.

—Qué suerte. Yo soy hija única.

Se muerde la parte interna de la boca y guarda silencio. Me mira, pero creo que no me ve, que su cabeza está en otra cosa.

—¿Dónde está el problema, Ray? ¿En tus hermanos o en tus padres?

Entonces vuelve a la conversación y levanta una de las comisuras de sus labios, dibujando una sonrisa amarga.

—En ninguno de ellos. El problema soy yo.

Se pone de pie.

—Ray…

—Ya basta, Grace. ¿Qué pretendes? ¿Practicar las técnicas de Martina conmigo, o qué? —estalla, soltando al fin la tensión que acumula.

—No —murmuro—. Solo quería que te desahogaras conmigo.

—Tengo mis propios métodos para desahogarme, y me funcionan muy bien, tranquila.

—Perdona, no quería incomodarte. —Me siento mal, con la sensación de haber forzado demasiado.

Da vueltas por la habitación, como si le faltara espacio, y se sujeta el estómago con la mano. Tiene el gesto algo contraído. Se vuelve hacia mí con una mueca de dolor.

—Perdóname. Sé que lo haces con buena intención, pero no me siento cómodo hablando de emociones.

—De acuerdo. Si algún día quieres… —Otra vez ese gesto en el rostro—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, sí… No te preocupes. Cuando algo me tensa es mi estómago quien lo sufre.

—Vale. Hablemos de otra cosa.

Se lo piensa un momento y se sienta a mi lado, en el colchón.

—¿Ya te encuentras mejor? —se interesa.

—Sí, mucho mejor. Gracias por cuidarme. —Señalo con un gesto su estómago—. ¿Te sucede a menudo?

—Tranquila. Lo tengo controlado.

Me recorre el rostro con interés, descendiendo desde los ojos hasta los labios, para volver de nuevo a ensartarme con su mirada.

—Entonces, si te encuentras mejor, podemos hablar del beso de antes… —insinúa.

Yo también bajo la vista a su boca antes de responder:

—No me apetece hablar, lo que me apetece es…

De pronto suena su móvil. Ray se lo saca del bolsillo sin prestarle atención y lo tira molesto sobre la cama, lejos de nosotros.

—Ibas a decirme lo que te apetece… —Su voz ronca me estremece.

Llevo la mano a su rostro y paso el pulgar por la línea de la mandíbula, notando el tacto áspero de su barba de pocos días. Humedezco mis labios mientras con la vista acompaño el recorrido de la caricia. Ray está muy quieto, permitiéndome hacer. El móvil sigue sonando, persistente.

—Deberías cogerlo…

—No. Prefiero besarte.

Y antes de que pueda reaccionar, ya ha borrado la distancia entre nosotros y sus labios se funden con los míos. Son cálidos, firmes y se mueven sobre mi boca con deseo contenido, frenando la urgencia. Al principio el beso es lento, casi tímido, como si estuviéramos conociendo la forma en que besa el otro, pero en cuestión de segundos, la intensidad sube. Nos entendemos y acoplamos a la perfección, y el ritmo cambia.

El teléfono, que había enmudecido, vuelve a sonar. Ray lo ignora. Su lengua busca entrar en mi boca, rozándome con una caricia húmeda que me eriza la piel. El móvil no cesa mientras él sigue besándome, saboreándome…, pero yo no estoy del todo en situación. De reojo, miro a un lado, donde está el maldito aparato que no para de molestar con ese tono irritante.

—Grace… —lo escucho quejarse al darse cuenta de que no lo sigo.

Ahora debería abrir la boca, entregarme y explorarlo a él también, sin embargo… me es imposible. Ya no estoy en situación. Se me ha cortado el rollo.

—Cógelo, Ray. Así no puedo —murmuro sobre sus labios.

Se separa de mí con el ceño fruncido.

—Joder… Está bien.

Coge el teléfono de mala gana y, cuando lo levanta, me da tiempo a ver quién es: «Detective». Por la expresión de su rostro veo que la llamada es importante, pero no descuelga.

—Tengo que salir un momento —me dice.

Tarda tanto en cogerlo que la llamada se corta. Ahora la que arruga el ceño soy yo. La nube rosa en la que estoy metida empieza a disiparse, devolviéndome de nuevo a la realidad: estoy segura de

que su detective lo ha llamado por el caso de los Carlson. De no ser así, ¿por qué quiere salir de la habitación para hablar con él? Pues porque soy su oponente en los juzgados y no le interesa que oiga lo que hablan. Antes de abandonar la habitación, su móvil anuncia la llegada de un mensaje. Observo cómo lo lee. Su mirada se relaja, deja el móvil en una mesa y me mira de nuevo con ojos felinos. Comienza a caminar en mi dirección.

—Bueno, parece que puede esperar… ¿Dónde lo habíamos dejado?

Me levanto de la cama. Ya estoy recuperada del todo y puedo volver a mi bungaló.

—Me voy, Ray. Me encuentro bien y no quiero entretenerte más.

—Pero…, ¿cómo que te vas?

Me mira atónito.

—Sí, me voy. Te agradezco todo lo que has hecho por mí, de verdad, pero es hora de que me vaya.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Nada, no me pasa nada. Es solo que ha sido un día intenso y tengo ganas de acostarme.

—Sí, claro. Y yo soy un monje tibetano —me suelta cabreado —. Al menos no me tomes por imbécil. ¿Qué pasa, Grace?

—Pasa que acabo de recordar que soy la abogada de Alice Carlson y tú, de su marido.

—Así que es eso. Has visto quién me llamaba, ¿no?

—Sí.

—Es absurdo, en serio… —Se muerde el labio y niega con la cabeza con una sonrisa incrédula en la boca. Empieza a pasear por

la habitación con los brazos en jarras —. No hemos hablado del caso en todo el tiempo que llevamos aquí y podemos seguir sin hacerlo. No tiene que interferir en lo nuestro —concluye, parándose enfrente de mí.

No puedo evitar pensar en lo atractivo que es, y ese pensamiento cruzando mi cabeza me hace reaccionar.

«Tengo que parar esto».

Tantas horas juntos me están convirtiendo en una persona a quien no reconozco: mis celos por la actitud de Martina, la atracción cada vez más fuerte que siento por él y que me hace olvidar el motivo por el que nuestras vidas se han cruzado… Joder…Sigue siendo Ray Dawson, el abogado implacable, y cuando volvamos a Nueva York, me va a aplastar como a una cucaracha en el juzgado si mi detective no encuentra algo pronto. Si voy a perder frente a él, al menos no debería dejar que gane en esto.

Ni hablar. No voy a acostarme con él. Decidido.

—No hay nada «nuestro», Ray —afirmo con expresión grave —. Además, tengo que llamar a Brad. Me envió un mensaje ayer y no le he respondido aún.

Su expresión se endurece y su mandíbula se crispa tanto que casi le oigo chirriar los dientes. Toma aire y lo exhala con lentitud. Estoy poniendo su paciencia al límite.

—Por supuesto. Era una forma de hablar —dice frío como el hielo—. Nunca he pensado que hubiera nada «nuestro». Te veo mañana en el curso.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Salgo de su bungaló y un escozor se instala en mi pecho. Su tono distante me ha afectado más de lo que quiero admitir… Y es que «esto» que hay entre nosotros —«esto» que se supone que no existe, pero que está ahí—, me duele cada vez más.

CAPÍTULO 35

GRACE

Hoy es el segundo y último día de curso. Pese a que no soporto a la *comecocos*, tengo que admitir que la formación está resultando bastante interesante. Se nota su experiencia porque hace las clases muy prácticas. Eso sí, no me ha utilizado en ninguno de sus ejercicios, dejando patente que pasa de mí. No me importa, lo que sí me fastidia es que no ha dejado de flirtear con Ray desde el día que llegamos. Aunque él le sigue el rollo, me da la sensación de que está dándole largas; me extraña que no se haya dejado atrapar todavía en sus redes.

«A no ser que lo hayan hecho y no me haya enterado, que también podría ser».

Me lo he preguntado varias veces, las mismas que me ha pillado escrutándolo con los ojos intentando descubrir algún indicio de que hayan echado un polvo. No sé… ¿alguna arruga menos? ¿la piel más luminosa? De momento, no percibo nada diferente. Además, Martina sigue en plan acosador; si se hubieran acostado, imagino que la *comecocos* se habría relajado un poco.

Mañana dejamos el *resort*. En parte, me alegra perder de vista a la psicóloga, pero no puedo evitar pensar en cuánto voy a extrañar no ver a mi colega cada día. Esta mañana está distante, mucho más frío después de lo que pasó ayer en el bungaló. Con Martina ríe, le sigue la corriente, aunque no es la risa franca que le he visto otras

veces. Es forzada. Como si quisiera demostrarme que se ha olvidado ya de lo sucedido.

La voz de la psicóloga me devuelve a la realidad:

—En resumen, para intentar evitar un confrontamiento es importante conocer la psicología del hombre y de la mujer —comienza su explicación—. Donde nosotras reaccionamos de una manera, ellos lo hacen de otra. —Hace un barrido por todos los asistentes, buscando apoyo en nuestros rostros. Varias cabezas asienten—. Estoy segura de que los que tenéis pareja sabéis que esto es una verdad que no admite discusión, que habréis comprobado por vosotros mismos.

Murmullo de aceptación. En esto sí parece que están todos de acuerdo. Ni Ray ni yo hacemos ningún comentario puesto que no tenemos pareja ni la hemos tenido; él porque no quiere novias y yo porque no encuentro al hombre adecuado.

«Tengo que ponerme las pilas con Brad».

—Bien —continúa—, por lo que hablamos ayer, imagino que ya tenéis claro que esto no es cuestión de carácter, al menos no del todo, sino que hay mucho de predisposición cerebral. El cerebro de los hombres y el de las mujeres no funciona igual.

—¡Cierto! ¡Vosotras tendéis a enrevesarlo todo y a dar vueltas innecesarias a las cosas! —salta un iluminado desde el fondo de la sala.

Risas en el sector chicos y sonidos de reprobación en el sector femenino, incluidos los míos.

—Lo que hay que oír —se queja una compañera en voz alta en defensa de las mujeres—. Para innecesarias las vueltas que dio mi marido el otro día cuando nos perdimos con el coche. Estuvimos una

hora haciendo círculos porque era incapaz de reconocer que se había perdido. ¡Todo por vuestro estúpido orgullo masculino! —acaba su intervención tomando asiento otra vez ya que, en mitad de su alegato, se ha levantado para dar más énfasis a sus palabras.

—Tranquilos… En esta parte siempre se me revoluciona la clase —bromea Martina, aunque nadie le ríe la gracia—. Vamos a hacer una pequeña dinámica de preguntas y respuestas para comprobar la diferencia entre el sexo masculino y el femenino. Quiero dos equipos, hombres y mujeres. Hombres a mi derecha, mujeres a mi izquierda. Cada equipo elige a un representante que va a coger su silla y a sentarse aquí delante, conmigo.

No sé en qué momento ni quién ha dicho mi nombre, pero cuando quiero darme cuenta, estoy frente a Ray, a escasos metros de él, con toda la sala pendiente de nosotros.

—Dime, Ray —comienza Fisher el interrogatorio—: ¿las mujeres somos complicadas? ¿Qué opinas?

Mi compañero se acomoda en el asiento y, en lugar de mirar a la psicóloga, clava los ojos en mí cuando responde:

—Creo que las relaciones serían más sencillas si las mujeres fuerais más sinceras y expresarais lo que queréis sin rodeos. No es tan difícil. Enviáis señales equívocas y nos liais. Nosotros somos mucho más simples.

—Perdona, no creo que las mujeres enviemos señales equívocas, a lo mejor es que vosotros veis señales donde no las hay —me defiendo, sintiéndome aludida—. Como tú dices, no es tan difícil: si el semáforo no está verde, es que está rojo y no se puede pasar.

Se tira hacia adelante en el asiento. La conversación le motiva.

—Ya, el problema es que muchas veces ponéis el semáforo en ámbar y cuando nos animamos a cruzar nos dejáis a mitad, en medio de la nada porque, sin saber muy bien por qué, de repente el semáforo vuelve a cambiar a rojo —responde.

—A ver, el semáforo no se pone en rojo por capricho, si es lo que insinúas. Alguna razón habrá.

«Esto es absurdo».

Nos miramos fijamente. Esto va de él y de mí, no del género masculino y femenino.

—Yo solo digo que el ámbar está muy bien para los semáforos, pero no para los tíos. O verde, o rojo. No hay más —concluye seguro, provocando el aplauso de todos los hombres de la sala.

—Bien, tomo nota. Creo que me gusta más el rojo —siseo a escasos centímetros de su cara. La discusión ha hecho que nos fuéramos acercando sin darnos cuenta.

—Sí, hazlo. Y apunta también que esto es bidireccional. El semáforo de los tíos tampoco está en verde eternamente. Si no cruzas a tiempo, puedes perder la oportunidad de hacerlo.

Entrecierro los ojos, con cara de malas pulgas. ¿Acaba de darme un ultimátum?

«Es evidente que sí. Ya vas tarde». Esa maldita voz...

Ray se echa para atrás en la silla con una sonrisita de medio lado, satisfecho al ver mi cara de cabreo. Tras el aplauso ha seguido el silencio. No se oye ni una mosca, esperando qué va a suceder ahora. Me temo que ha sido demasiado evidente que entre nosotros hay algo personal.

Martina carraspea y yo me giro en su dirección ensartándola con la mirada. Es bastante altiva y no me soporta, pero me doy

cuenta de que mis ojos asesinos la han intimidado un poco esta vez.

—Bien… Vamos a seguir… Cambiemos de representantes si os parece. Así participáis todos.

Me parece sensato, visto lo visto. Me levanto de la silla cuando escucho su propuesta, igual que Ray, y nos volvemos cada uno con su grupo. Pese a que intentamos prestar atención, ninguno de los dos logra concentrarse en la clase. No dejo de echarle miradas fugaces, y todas las veces que lo he hecho he coincidido con las suyas.

«¿Cómo se puede ser tan borde?» me pregunto.

«Mujer, razón no le falta —oigo al diablillo que se ha instalado en mi cerebro—. Se te nota a la legua que te apetece, pero no das tu brazo a torcer. Ahí, manteniéndote en tus trece, resistiendo como los troyanos sin darle gusto al cuerpo… Pues tú verás, porque el curso se acaba».

CAPÍTULO 36

RAY

«Ahora sí la he cagado» pienso mientras intento, sin resultado, concentrarme en la clase.

No creo que el ultimátum que le he lanzado a Grace con el maldito semáforo vaya a surtir efecto, más bien al contrario; no hay más que ver las miradas que me está lanzando desde el otro lado de la sala. De todos modos, no me importa, después de su huida de ayer necesitaba decirle lo que pienso. Su indecisión me está volviendo loco.

Mañana dejamos el *resort*, y con el vuelo de regreso a Nueva York también volarán por los aires mis diez mil dólares. Empiezo a hacerme a la idea de que en esta ocasión me toca perder. Sin embargo, es curioso: junto a la decepción por no haber conseguido acostarme con ella también hay admiración por su ética profesional, que antepone a todo. Si fuera al revés, haría tiempo que la mía habría saltado por los aires. Mi compañera me gusta demasiado como para resistirme.

La última frase resuena en mi cerebro como un eco. Un eco machacón que acaba provocándome una sacudida, como una descarga que ilumina mi mente y que hace que se abra paso en mi cabeza una idea dolorosa: que ella sí puede resistirse a mí porque no le gusto lo suficiente. Vuelvo a repetirme lo que dijo, «No hay nada nuestro, Ray», y una punzada me cruza el pecho al ser

consciente de la cruda realidad: ayer Grace tuvo varios momentos de debilidad —supongo que afectada por el golpe de calor—, pero la tensión sexual que se había instalado entre nosotros desapareció en cuanto entró la llamada de Bruce, mi detective.

«Abandona ya, Ray» me dice mi sentido común.

Tendría que hacerle caso. Estoy seguro de que en cuanto pisemos Nueva York se echará en brazos del enfermero. Ayer me dejó plantado para hablar con él, y en el centro de mujeres pude ver con mis propios ojos la complicidad que tenían. Todo lo contrario de lo que sucede entre nosotros: Grace se comporta conmigo como un boomerang, se acerca, pero nunca se queda. Se siente atraída por mí, pero parece que no lo suficiente porque, en cuanto llega el momento de la verdad, prefiere mantenerse a distancia. Trago saliva al imaginármela en brazos del tío del Bronx y los músculos de mi rostro se contraen con esa visión. Ahora el que se muere de celos soy yo.

Mi móvil vibra en el bolsillo del pantalón. Lo cojo intentando sobreponerme a la frustración que siento en este momento y compruebo que se trata de un mensaje de Bruce. Ayer me dijo que no tenía novedades, sin embargo, hoy me avisa de que tiene noticias importantes. Como estoy harto del curso me escabullo del salón sin llamar demasiado la atención. Al llegar afuera, me alejo caminando por la playa. Necesito oxigenarme. Marco el contacto del detective y espero a que los tonos den paso a su voz.

—Hola, Bruce. Cuéntame —le pido cuando descuelga mi llamada.

…

Mi boca se ladea ligeramente en una sonrisa depredadora al escuchar lo que me está contando. Es oro.

«Ahora sí que tenemos el juicio ganado».

Lo escucho con atención mientras desgrana los detalles. Cuando por fin termina, lo felicito. Me gusta trabajar con él porque es persistente y siempre encuentra algo. Tiene olfato para encontrar trapos sucios.

—Buen trabajo, Bruce. Con esto Alice está sentenciada.

…

—Sí, lleva las fotos al despacho y dáselas a Scott, él las guardará. Aprovecha para pasarle tus honorarios, te los has ganado.

…

—Sí, mañana a primera hora está bien. Scott llega pronto. Por cierto, ¿podrías enviarme por *WhatsApp* alguna de esas fotografías?

…

—Perfecto. Gracias.

Cuelgo y vuelvo a guardarme el teléfono. Con las manos en los bolsillos continúo mi paseo por la playa. Sigo sin ganas de volver a clase. Para mí el curso se ha acabado, igual que mis intentos por conseguir a Grace. Al menos me llevo la satisfacción de saber que el juicio sí se lo voy a ganar. La abogada del Bronx se desvanece para mí, pero me consuela comprobar que el abogado duro que siempre he sido vuelve a la vida. Desde que la conozco he sido más accesible y amable con el fin de derribar sus reticencias y lograr el reto de Matt, pero se acabó.

Mientras camino, la duda flota dentro de mí como algo espeso que no me deja en paz. Detengo mi paseo e inspiro, llenándome los pulmones de aire hasta que no cabe ni una molécula más.

«Aunque sea solo contigo mismo, deberías ser sincero» escucho en mi cabeza.

Me siento en la arena. Mis ojos se pierden en la línea del horizonte esforzándome en despejar la bruma que nubla mi mente.

Al cabo de unos minutos de silencio, logro responderme con sinceridad: no he sido amable con ella para conseguir el reto de Matt, lo he sido porque Grace saca a la luz al Ray que fui antes del accidente de mi hermano. Mi mejor versión.

Y entonces, cae a plomo toda la verdad de lo que siento: estoy enamorado de Grace Garret. Hasta las cejas.

Sin embargo, ella prefiere a su chico del Bronx.

CAPÍTULO 37

GRACE

Ray se ha ido de la clase y no ha vuelto. Desde la última hora me es imposible concentrarme en nada de lo que nos cuenta Martina. Respiro, aliviada, cuando la psicóloga cierra la formación intensiva de dos días, dándonos las gracias y aplaudiendo para que todos nos unamos a ella. Luego nos desea muchos éxitos y que lo que hemos aprendido nos sirva a la hora de enfrentar situaciones complicadas en nuestro trabajo. Se despide hasta la hora de la comida, haciendo un barrido con la vista sobre todos nosotros. Está buscando a mi compañero. Yo también me pregunto dónde estará. Imagino que le habrá surgido algún tema importante en el despacho.

Queda poco menos de una hora para que sirvan el bufé, así que decidimos con Tracy, la compañera con quien ayer me fui a la piscina, esperar en el *hall* en unos cómodos sillones junto al ventanal que da a los jardines. Para pasar el tiempo le cuento la insolación que sufrí ayer. Pone cara de preocupación.

—¿Ya estás bien?

—Sí. A primera hora he ido a la consulta del médico a buscar los resultados de los análisis y parece que mis niveles de minerales están dentro de los límites aceptables. Me ha dicho que tome durante un mes unas cápsulas para subirlos un poco y asunto arreglado.

—Menudo susto. ¿Quién te encontró? ¿Tu compañero de Nueva York?

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me preguntó por ti en la playa. Te estaba buscando.

—¿Me buscaba?

—Sí, menos mal. Si no, podría haber sido mucho peor. Los golpes de calor son muy peligrosos, Grace.

—Lo sé —contesto, procesando todavía que Ray estuviera buscándome—. ¿Y tú? —me intereso, olvidándome de mi compañero —. ¿Qué tal con Oliver? Se le veía muy interesado. —Me ladeo hacia donde está para empujarla con complicidad.

—¡Oh! ¡Muy bien! Estuvimos en la playa pasando el rato… ya sabes… Hasta que llegó tu chico y…

—No es mi chico —la interrumpo.

—Perdona, tu compañero —corrige—… Pues eso, que cuando apareció él decidimos que lo mejor sería marcharnos a un sitio más discreto.

—Vamos, que triunfaste.

—¡No veas cómo! —exclama, echándose a reír—. Oliver es un empotrador incansable.

Nos carcajeamos las dos. Tracy es divertida. Hemos cogido confianza y no para de hablarme de sus líos con los hombres. Por lo que cuenta, es una especie de mantis religiosa: los utiliza para el placer y cuando se sacia, y según sus propias palabras, «no se los come pero los desecha». Dice que la monogamia la aburre y el compromiso le da urticaria. Acaba por resumirme sus reglas básicas en el sexo mientras cuenta con los dedos:

—Primera, no me acuesto con tías porque solo me gustan los rabos, qué le voy a hacer…, segunda, nada de tríos porque prefiero la exclusividad, y tercero y último, ni de coña con compañeros de trabajo porque odio los problemas.

Justo cuando creo que no voy a librarme de que curiosee en mi triste vida sexual, Ray entra en el *hall* del hotel y pierdo el interés en la conversación. Sus ojos grises se encuentran con los míos, aunque no se acerca. Me saluda de lejos y sigue adelante hasta desaparecer por la puerta del comedor. Sigue enfadado por lo de ayer y por el pequeño rifirrafe de esta mañana durante la clase. Tracy mira con curiosidad hacia donde ha volado mi vista. Me da un codazo, obligándome a prestarle atención.

—Venga, ¿y tú? ¿Qué tienes con tu «compañero»? —Remarca la última palabra.

—Nada, no tengo nada.

Ahora mismo soy la ingenuidad personificada, luciendo el careto de «no sé de qué me hablas».

—Ese es el problema. Que no tenéis nada.

—No sé a qué te refieres. —Me levanto con el propósito de dejar esta conversación—. ¿Vamos?

En lugar de ponerse de pie tira de mi brazo hacia abajo, haciendo que vuelva a sentarme de golpe en el mullido sillón.

—Espera, espera… No tan deprisa. —Enarco las cejas, sorprendida por su gesto—. Nena, escúchame bien porque te lo dice una experta y mis consejos valen oro… ¡No seas gilipollas y zúmbatelo ya!

—Pero, ¡¿qué dices?! ¿Te ha dado una insolación a ti también o qué te pasa? —Me levanto de un salto sin dejar de mirarla.

Tracy se queda en su sitio, aunque se tumba hacia atrás en el asiento haciéndose la interesante, cruzando una pierna sobre la otra mientras me mira con una sonrisa burlona.

—A ver, qué me pasa a mí, no. Qué te pasa a ti. —Entonces vuelve a enumerar con los dedos, igual que antes—: Uno, se te cae la baba cuando lo ves. Dos, a él le pasa lo mismo. Tres, tus celos hacia Martina. Cuatro, la forma en que él le sigue la corriente para provocarte esos celos, aunque ella le importa un rábano… ¿Sigo? —Estoy tan avergonzada que la voz se me queda atascada en la garganta y no puedo pedirle que se calle. La cara me arde—. Cinco, su preocupación por ti cuando me preguntó ayer… Seis, el numerito de esta mañana con el semáforo… Por cierto, me ha gustado el símil, muy ingenioso.

—¡Cállate, Tracy!

Niega con la cabeza y se levanta, entre resignada y decepcionada por mi actitud.

—Está bien, ya me callo. Tú verás.

Respiro, aliviada.

—Solo una cosa más. Para tu información, hemos hecho apuestas a ver si os acostáis de una vez.

—¡¡¿¿Qué??!! ¡¡¿¿Quién??!!

—Los diez que hemos compartido mesa estos días a la hora de las comidas —suelta con tranquilidad—. Excepto vosotros y Martina, claro.

Me tapo la cara con las dos manos, abochornada.

—Joder… esto es… esto es… —Soy incapaz de poner palabras a lo que acaba de confesarme.

—Absurdo. Eso es lo que es. No sé a qué viene tanta contención.

—Yo sí lo sé. —Me acuerdo del caso de los Carlson—. Y con eso es suficiente.

Se encoge de hombros.

—Está bien. Si hay alguna razón de importancia que desconozco, entonces me callo.

—Sí, será lo mejor. ¿Podemos irnos a comer ya? —pregunto mordaz.

—Vamos.

Entro en el salón sin dejar de pensar en que algunos colegas estarán expectantes a ver qué sucede entre Ray y yo. Me detengo un momento y sujeto del brazo a Tracy con una duda rondándome la cabeza.

—Una pregunta, ¿cómo pensabais enteraros de si nos habíamos liado? Era imposible si no os lo decíamos nosotros… ¡Menudo disparate de apuesta! —me burlo— ¡No hubierais podido comprobar si habíais ganado o perdido!

—¿Cómo que no? Tú hace tiempo que no follas, se te ve en la cara. Y de hacerlo hoy, tu cara mañana no sería la misma. Te lo dice una…

—Sí, ya… una experta —le acabo la frase.

—Exacto.

—Para ser una experta lo que acabas de decir es una chorrada, que lo sepas.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Cuánto hace que no follas?

«Mierda».

—Lo que yo decía, siglos.

—Tampoco te pases —reacciono airada, volviendo a reanudar el paso.

Pone los ojos en blanco y sigue mis pasos.

De lejos me doy cuenta de que Ray no se ha sentado donde siempre, sino en otra mesa. Casi lo prefiero ahora que sé que tenemos muchos ojos puestos en nosotros, observando nuestros nulos avances. Tracy y yo nos miramos significativamente; ella también se ha percatado del movimiento de mi compañero, no obstante, no comentamos nada. En lugar de eso, dirigimos la vista a Martina cuando alcanzamos nuestros asientos; se la nota disgustada por tener que compartir conversación con el colega con quien mi compañero se ha cambiado el sitio.

Durante la comida hacemos lo que parece ser típico: intercambio de tarjetas para mantenernos en contacto. Ha sido agradable compartir esta formación con ellos, pero sé que, salvo con Tracy, una vez que vuelva a casa me olvidaré de todos igual que los demás harán conmigo. La primera que se levanta de la mesa es Martina; explica que su vuelo sale hoy y aún tiene que hacerse la maleta. La observo alejarse y mi corazón se acelera cuando se detiene al lado de Ray y le dedica una sonrisa luminosa. Supongo que, después del acoso al que lo ha sometido, era bastante previsible; no podía largarse, sin más. Muevo mi culo en el asiento, molesta. No obstante, es lo que veo después lo que me descoloca por completo, porque lo que ya no era tan previsible es que él se levante, se despida de los demás y se

vaya detrás, empujándola suavemente por la cintura. Me quedo paralizada, observándolos. Creo que se me ha parado el pulso y que los únicos músculos que puedo mover, a duras penas, son los de mi cuello intentando tragar saliva. No, no es cierto, tampoco consigo moverlos y la saliva se me atasca en la garganta. El resultado es un escandaloso ataque de tos que me obliga a beber a pequeños sorbos un vaso de agua. Ni así se me pasa, así que Tracy empieza a darme palmaditas en la espalda… Y yo sigo tosiendo compulsivamente sin apartar la vista de esos dos abandonando juntos el comedor.

Lo que más me duele es que, a pesar del estrépito que estoy montando, Ray no se ha digna a girar el rostro hacia aquí ni un instante, aunque solo sea por curiosidad. Me froto la nariz varias veces, nerviosa, y aprieto los labios, reprimiendo todas las emociones que pulsan por salir en forma de lagrimones. Al instante, noto la mano de Tracy sobre la mía.

—¿Estás bien?

Tuerzo el cuello en su dirección y asiento como un robot, dándome cuenta de que todos los compañeros en la mesa me observan. Lo sé, sé que estoy haciendo el ridículo más espantoso de la Historia. O, al menos, es como yo me siento: ridícula y estúpida. Por ser tan transparente y no saber disimular lo que siento. Estoy tentada de levantarme y largarme también, aunque me contengo: no quiero dar la impresión de que, si no está Ray en el comedor, ya no me motiva estar allí, aunque sea la pura realidad.

—¿Vendrás a la cena? —pregunta alguien.

«Es verdad. Todavía queda la cena».

De inmediato destierro la opción de ir: he visto una máquina de comida en la recepción, cogeré algo de allí y me acostaré pronto.

—Sí, claro —miento para que no insistan y me dejen en paz.

Sonríen. ¿Por qué tengo la extraña sensación de que sienten lástima por mí? Es evidente que todos piensan que Ray se ha cansado de esperarme y se ha ido con Martina.

«La *comecocos* te lo ha quitado. Por idiota», escucho a mi diablillo.

«Mejor. Ahora podrás centrarte en Brad y en tu caso». Me muerdo los carrillos con rabia. No soporto ya a esta voz. La voz de doña Perfecta.

Media hora más tarde decido que es hora de marcharse. Como táctica de disimulo ha sido suficiente. Me levanto, esforzándome por aparentar que todo está bien:

—Bueno, chicos, otra que se va. Voy a dejarme lista la maleta antes de la cena. Mi vuelo sale temprano.

Todos asienten y se despiden de mí hasta más tarde. La mirada de Tracy me dice que no se ha tragado que vaya a aparecer para cenar.

—Te llamaré —me dice.

—Eso espero —respondo, confirmándole así sus sospechas.

Al salir del comedor me voy directa a la máquina a sacarme unas patatas fritas, unas gominolas, unas galletas con mucho chocolate y un par de refrescos. Cuando estoy deprimida mi cuerpo pide a gritos comida cargada de glutamato. Ahora mismo necesito rellenar con grasas saturadas y azúcar el vacío que siento.

—¿Vas a poder tú sola con todo eso?

Doy un bote, sobresaltada, al escuchar esa voz. Me doy la vuelta y ahí está: Ray Dawson observándome mientras me proveo para esta noche. Su expresión es seria, aunque ya no veo en sus ojos enfado.

«¿Será porque lo ha hecho con Martina?» «No, no puede ser, no les ha dado tiempo» «Pero, ¿qué digo? Claro que sí, claro que les ha dado tiempo. Un polvo rápido se echa en dos minutos y en cualquier sitio», divaga mi cabeza.

—Dame, te ayudo.

Me coge algunas cosas de las manos.

—Gracias.

—¿Vas hacia el bungaló? —me pregunta.

—Sí.

—Bien, porque me gustaría comentarte algo.

Empezamos a andar y salimos del edificio de recepción.

—Perdona, no te he preguntado… ¿Qué tal tus análisis?

—Todo normal. Tengo que tomar unas pastillas durante un mes y solucionado.

—OK. Me alegro.

—¿Qué querías decirme?

—Ayer hablé con mi detective. —Me pongo en alerta, me da miedo que hayan encontrado algo más—. Fotografió a Alice con su amante entrando en una clínica ginecológica. Bruce averiguó que está embarazada.

¡¿Quéeee?! ¡¿Cóooomo?! ¡¡¡Noooo!!! Se me acaba de caer el alma al suelo. Me detengo. Estrujo la bolsa de patatas que tengo en la mano hasta convertirla en papilla y una oleada de impotencia me recorre desde los pies hasta el último pelo de la cabeza. ¡No puedo

creer que Alice me haya hecho esto! ¡Le dije que no se dejara ver con su amante! ¡¿Se puede ser más estúpida?! Ray me observa esperando que exteriorice mi cabreo, que ya debe de ser bastante evidente en mi rostro. Entonces, una idea desesperada cruza mi mente: ¿quién me asegura que es verdad? No puede ser cierto.

—Necesito pruebas. —Mi voz suena ahogada, aunque firme.

—Tengo las fotografías en Nueva York, pero puedo enseñarte un par. Le pedí a Bruce que me las enviara al móvil.

Afirmo varias veces con la cabeza y mi esperanza se desvanece. El rostro de Ray me parece ahora más duro. Sus ojos grises me observan, pero no siento en ellos la misma calidez de ayer. Hoy me mira como una compañera más a la que tiene que ganar. Y me duele. Duele que, la persona preocupada y cariñosa que era hace veinticuatro horas, se haya escondido otra vez para dar paso al implacable abogado. Aunque lo que más me martiriza es saber que la culpa la tengo yo, por alejarlo y poner siempre una barrera entre nosotros. Estoy segura de que sus ojos ahora serían más amables si ayer me hubiese dejado llevar por lo que siento.

—Vamos. —Ray continúa caminando, adentrándose en los bonitos jardines del hotel. Lo sigo sin rechistar—. Dejemos esto en tu bungaló y te enseño las fotografías.

—¿Ya te has despedido de Martina? —suelto de pronto, con retintín.

«¿¡Cómo!?». «¡¿Yo he preguntado eso?!».

En este instante desearía que cayera un rayo y me fulminara por bocazas.

Ray se gira con cara de sorpresa y solo quiero que se resquebraje la tierra, caer en una grieta y desaparecer. ¡¿Cómo se

me ocurre hacerle semejante pregunta?!

—¿Lo que quieres saber es si he follado con ella? —me pregunta, directo como un dardo.

Me quedo petrificada al sentirme descubierta: eso es lo único que me preocupa y que me muero por saber. Mis cuerdas vocales se han quedado atrofiadas y un calor intenso trepa a mi cara. Cuando niega con la cabeza con expresión de «eres la tía más incoherente que he conocido en mi vida», comprendo que he sido demasiado transparente, como siempre.

—No es de tu incumbencia —responde con tono gélido.

Cinco palabras. Solo cinco palabras han bastado para desmoronar la poca dignidad que me quedaba.

—Perdona —murmuro. Otra oleada de calor me inunda el rostro.

No dice nada más. Solo reanuda el paso. Lo sigo otra vez apretando los labios, con las aletillas de mi nariz moviéndose mientras hago tremendos esfuerzos por reprimir las ganas de llorar de lo patética que soy.

Diez minutos más tarde Ray abandona mi cabaña tras enseñarme las fotografías de Alice con su amante, saliendo con caras serias de una clínica ginecológica. No hay ninguna duda. Son ellos. Me dejo caer hacia atrás en el colchón con los brazos abiertos y la mirada clavada en el techo, hasta que mi cuerpo empieza a convulsionar a causa del llanto que me sobreviene. Recojo los brazos sobre mi estómago, incapaz de detener el revoloteo furioso de mis mariposas, y lloro sin control. Estoy agotada de pura desesperación: por haber alejado a Ray y por perder el caso. Tendría que ocurrir un milagro para salir

victoriosa de este divorcio. Alice va a dejar de ser la señora Carlson llevándose cuatro centavos en el bolsillo, y mi sueño de trabajar con gente más adinerada se esfuma sin remedio. Dios, ¡estoy tan dolida con mi clienta!…, aunque ahora mismo soy incapaz de canalizar la rabia de otra manera que no sea llorando sin parar. Por si no tuviera suficiente, el recuerdo del perfume de Ray al acercarse para enseñarme las fotos me asalta a traición. Ese olor que azuza mi deseo y que me hace soñar con su cuerpo desnudo sobre el mío.

Cuando creía que el llanto iba de baja, llega otro acceso y me abrazo a la almohada para ahogarlo. Solo pienso en sus ojos grises desnudándome y en su boca volviéndome a besar.

¿Cómo ha podido pasar? ¿En qué momento Ray se ha convertido en una obsesión?

Parezco las cataratas del Niágara. Mi cabeza no se detiene, fabricando preguntas que no sé responder.

¿Por qué no puedo ser como Tracy?

¿Por qué sigo alejando a Ray y por qué con Brad no es lo mismo?

¡Dios, mi vida es una mierda!

Al fin, vacía de preguntas y lágrimas, el sueño se apiada de mí.

CAPÍTULO 38

GRACE

Ray Dawson me asalta en un sueño de lo más absurdo e inquietante: estamos persiguiéndonos desnudos, riendo, hasta que un juez en el estrado nos llama al orden, golpeando fuerte con su martillo de madera sobre la cabeza de Alice Carlson, que empieza a sangrar por la frente.

El sonido lejano del móvil me despierta. Intento despegar los ojos, aunque me cuesta porque siento que pesan una tonelada. Parpadeo para conseguirlo y, en el tiempo que me cuesta abrirlos del todo, el teléfono se silencia. Ruedo hacia un lado para cogerlo y compruebo que tengo bastantes llamadas de mi madre. Frunzo el ceño, sintiéndome culpable: no la he llamado en estos días y debe de estar preocupada. Me incorporo y marco su número mientras me dirijo al baño. Mi mirada se detiene con horror en la imagen que me devuelve el espejo sobre el lavabo: una loca recién fugada del psiquiátrico. Ojos hinchados, pelo de bruja y cara de no haber dormido en una semana.

—Qué desastre…

Por fin, oigo a mi madre al otro lado. Su tono me dice que, como yo esperaba, está enfadada. Me saluda y al segundo siguiente me reprocha que no le haya enviado ni un triste mensaje para contarle cómo estaba.

«Lo de la insolación mejor me lo callo, y mi depresión por Ray Dawson también».

—Estoy bien, mamá —miento.

Si viera la cara que luzco en este momento se asustaría igual que me he asustado yo.

—Que sí… Te lo prometo.

Mi madre tiene un sexto sentido cuando se trata de mí. Algo ha debido de notar en mi tono que no acaba de creerse que esté bien.

—Solo estoy cansada.

…

—No, no tengo fiebre, mamá. Es solo que el curso ha sido bastante intenso.

Si supiera todo lo intenso que ha llegado a ser, fliparía.

Me pregunta si vuelvo mañana.

—Sí. El vuelo sale a primera hora. A las ocho.

…

—Sí, claro. Vuelvo con mi compañero.

Un nudo en la garganta me impide tomar aire en condiciones cuando me acuerdo de él.

«Esto no puede ser».

Escucho a mi madre confesar las ganas que tiene de verme y lo que me echa de menos. Sonrío. Por mucho que a veces choquemos, sobre todo cuando sale a colación mi padre, sé que se preocupa por mí y que siempre estará ahí para mí. Nos despedimos con la promesa de que cenaré bien. Al colgar decido hacerle caso: voy a cenar, aunque lo de bien sea otra historia. Cojo las galletas de

chocolate, las gominolas y un refresco y me voy con todo a la cama, decidida a zampármelo todo en una sentada.

Hablar con mi madre y el atracón de azúcares me han sentado de maravilla. Empiezo a notar mi mente más despejada y a pensar con claridad. Lo primero que me viene a la cabeza es la conversación que tuve con Alice en Central Park y lo que le dije: «Si quieres que siga defendiéndote no quiero pillarte en ninguna mentira más». No puedo defender a una persona que no es sincera conmigo. Está claro que no confía en mí, y yo tampoco en ella después de ver esas malditas fotografías. Mi expresión se tensa al tomar la determinación: Alice Carlson puede irse buscando otro abogado. Puede sonar drástico, sin embargo, creo que es lo mejor para las dos. Por mi parte, he tenido más que suficiente. Respiro hondo antes de coger el teléfono y marcar su número para comunicarle mi decisión.

Ha sido duro, sobre todo cuando se ha echado a llorar. El problema es que ya no me creo nada de lo que me cuenta, y así no se puede llevar la defensa de un cliente. No obstante, siento lástima, aunque me niego a sentirme responsable. La única culpable de esta situación es ella.

«Está bien relacionada y encontrará otro abogado enseguida» intento autoconvencerme.

«Otro abogado al que Ray se merendará con todas esas fotografías que tiene en su poder».

Mi corazón se detiene un instante. Acabo de darme cuenta de que estoy fuera del caso, de que Ray ya no es mi oponente. Me

muerdo el labio al percatarme de lo que eso significa: ahora no hay nada que me impida estar con él. Me pongo nerviosa cuando mi cabeza entra en bucle, como un hámster en una rueda:

«¿Y si…?».

«No, mejor no. Hoy ha estado frío».

«¿Desde cuándo eres una cobarde?».

«No lo soy, pero ya lo he rechazado tantas veces…».

«Vale, un poco sí. Estoy muerta de miedo».

—¡Arrrgggg! ¡Necesito una ducha! —grito con el cerebro a punto de echar humo.

«Lo que necesitas es echar un polvo con el tío que tienes en el bungaló de al lado».

—Joder…

Estoy empezando a agobiarme de verdad.

Voy al baño quitándome la ropa por el camino. Abro el grifo de la ducha, regulo la temperatura y me meto dentro. Inspiro hondo e intento relajarme, quedándome un buen rato bajo el chorro de agua. Poco a poco lo consigo: mi pensamiento se calma y deja de atosigarme. El agua caliente, resbalando por mi piel, es como un bálsamo: me ayuda a ver las cosas con claridad.

Nunca he sido una cobarde y no voy a empezar a serlo ahora.

«Ray Dawson, prepárate, porque voy a poner en verde el maldito semáforo».

CAPÍTULO 39

RAY

Descuelgo la última camisa del armario y la echo dentro de la maleta sin demasiado cuidado. Soy bastante pragmático: ¿para qué perder el tiempo doblándola si va a llegar a Nueva York más arrugada que yo? Desde que asumí lo que siento por Grace, llevo un bajón de los buenos. Supongo que será porque nunca me había pasado algo así. Es jodido tener a la mujer que te gusta cerca de ti y aceptar que nunca va a pasar nada porque prefiere a otro.

Resoplo, amargado. Lo único que deseo es estar de vuelta en casa, quedar con los amigos y echar unas cervezas. Volver a mi rutina. Con los brazos en jarras echo un último vistazo al cuarto, comprobando que no me dejo nada, y me dejo caer sobre la cama. Alcanzo el mando del televisor; solo quiero distraerme un rato antes de apagar la luz y dormir.

Llevo media hora haciendo z*apping,* incapaz de centrar la atención en ningún canal. Mi mente vuela continuamente a Grace. Me ha extrañado que no viniera a cenar. Lo único que se me ocurre es que la noticia del embarazo de Alice le haya afectado tanto como para no querer ver a nadie. Sabe que tiene el caso perdido. No puedo evitar cierto remordimiento por ser, en parte, la causa de que se sienta mal. Estoy flipando conmigo mismo: ¿desde cuándo siento

remordimientos al saber que estoy a punto de ganar a alguien en los tribunales?

«Está claro desde cuándo».

Ahora que lo pienso, no hemos quedado para ir al aeropuerto. Aunque no estemos en nuestro mejor momento, lo lógico es que nos pongamos de acuerdo para ir juntos. Cojo el teléfono con el fin de enviarle un mensaje.

«No. Mejor voy y se lo comento en persona», decido sin saber muy bien a qué responde este impulso.

Cuando abro la puerta del bungaló, me quedo clavado en el sitio al encontrármela al otro lado, con el brazo levantado a punto de llamar. Nos miramos sin decir nada. El silencio se prolonga más de lo normal.

Ha vuelto a ponerse una orquídea naranja en el pelo, igual que la que le regalé el primer día. Aparte de que está preciosa, estoy intentando descifrar si significa algo. Como dije en el curso, o rojo o verde, lo del semáforo en ámbar los tíos lo llevamos bastante mal.

—¿Estás solo? —pregunta con timidez.

—Sí. —Mi voz suena extraña, como salida de una caverna.

—Ya sé que no me importa, pero necesito saberlo, Ray… ¿Te has liado esta mañana con Martina?

El corazón empieza a galopar en mi pecho como un caballo salvaje. Claro que no le importa. No le importa saber que, después de comer, me fui con la psicóloga con el propósito de follármela y que no pude. No le importa saber que la tengo tan jodidamente metida en la cabeza que soy incapaz de desear a nadie más. Sin embargo, a pesar de que no le importa una mierda nada de eso, acabo confesando la verdad:

—No.

Baja la mirada. Un segundo, tal vez dos. Cuando la alza de nuevo, sus ojos se clavan en los míos con un brillo distinto. Hay algo ahí que no estaba antes… o quizá yo no lo había sabido ver. Un destello de certeza, de algo que ya ha decidido. Se adelanta un paso y suelto el pomo de la puerta, consumido por la ansiedad.

—Me he despedido —dice en voz baja—. Alice ya no es mi cliente.

Mi pulso se detiene al oír sus palabras. Aún las estoy procesando cuando elimina la distancia entre nosotros y me besa. Lo hace con timidez, algo insegura. Me quedo tan sorprendido que no muevo ni un músculo, hasta que al fin tomo conciencia del significado de lo que acaba de decir… y reacciono.

Respondo a su beso, subiendo la intensidad de cero a cien en cuestión de segundos. Su boca se acopla a la mía con una entrega que me desarma, y en un instante nos estamos devorando, ella agarrada a mi cuello y yo a su cintura, ciñéndola contra mí. Y cuando todo mi ser grita que no pare y que nos dejemos llevar hasta el final, un «pequeño» detalle me paraliza. No quiero cagarla, no con ella. Me detengo en seco y me separo cortando el beso, con el corazón a mil y la respiración entrecortada.

—Espera, Grace.

Arruga la frente y se me queda mirando con las manos reposando sobre mi nuca. Sus labios han subido de tono por la intensa fricción con los míos.

—¿Qué pasa?

—Nada. Es solo que…

«Joder. ¿Qué hago?».

—Espera un momento, por favor.

Y en un acto totalmente estúpido, no se me ocurre otra cosa que cerrar la puerta, dejándola plantada en el porche.

La última imagen que veo antes de darle con la puerta en las narices es su boca entreabierta y los ojos abiertos como platos por la sorpresa. Me clavo los dientes en el labio y voy corriendo a por el móvil. Tecleo un mensaje a Matt, mis dedos vuelan sobre las letras:

«Me bajo del reto. RETO CANCELADO».

Puede parecer una gilipollez, pero para mí es importante. No quiero acostarme con Grace con la sombra de esa apuesta sobrevolando mi cabeza. Voy a hacerlo porque me gusta. No quiero arruinar esto por una estupidez más. Estoy cansado de meter la pata cuando se trata de emociones.

Vuelvo a la puerta a toda prisa y la abro de golpe. Mi rostro se desencaja. No está.

—Mierda...

Cojo la llave, cierro de un portazo y echo a correr como un loco hacia su apartamento, con el corazón saliéndoseme por la boca. Mi único temor ahora es que me rechace. Llego a su puerta y golpeo con impaciencia.

—Vamos, Grace… —susurro para mí.

No sé si realmente está tardando en abrir o solo me lo parece.

—¡Grace! —grito.

Sé que está dentro porque hay luz.

Por fin abre. Doy un paso en su dirección, pero su cara seria me frena y me detengo en el dintel de la puerta.

—Eres un gilipollas —me dice.

Está enfadada, pero noto que le flaquea la voz. Está más dolida que enfadada.

—Tenía que enviar un mensaje importante —explico con voz compungida, sin atreverme a contárselo todo.

Pruebo a acercarme un poco más y da un paso atrás.

«Mierda».

Me paso la mano por el pelo, desesperado. No puedo creer que vaya a suceder otra vez, que nos volvamos a quedar con las ganas. Pero no puedo contarle la verdad… No tengo ni idea de cómo reaccionaría y no quiero arriesgarme a perderla definitivamente. Salgo de la situación a la desesperada:

—Lo siento, tienes razón. Pero no soy un gilipollas cualquiera.

Arquea una ceja.

—¿Ah, no?

—No. Soy el gilipollas que no puede sacarse de la cabeza a la mujer que tiene delante.

Aunque mi voz ha sonado firme, estoy acojonado. Mi respiración se queda en vilo tras la confesión. No he tenido huevos de contarle lo del reto, pero he sido honesto en cuanto a lo que siento. Eso debería contar… ¿no?

Cuando sus labios se curvan en una sonrisa contenida, me permito respirar. Antes de que me dé cuenta se ha lanzado sobre mí, pegando sus labios a los míos. Le sujeto el rostro con las manos, intentando frenarla; quiero besarla con suavidad, como se merece, haciéndome perdonar por haberla dejado plantada en la puerta. Pero entonces emite un pequeño gemido al rodearme el cuello con los brazos y su lengua se abre paso entre mis labios, y no puedo resistirme más; la invado con la mía.

La arrastro dentro de su bungaló sin dejar de besarla. El beso se transforma en un baile furioso de bocas, un intercambio desesperado de lametones, mordiscos suaves y respiraciones entrecortadas.

—Creí que este momento no llegaría nunca… —le digo sobre su boca—. No he deseado nada con tanta desesperación como te deseo a ti, abogada.

Sonríe, sin separarse apenas de mis labios, y vuelve a besarme con la misma ansia que yo. Estiro de su camiseta hacia arriba para quitársela, y entre nosotros se forma un lío de brazos moviéndose y de prendas volando por los aires, hasta que nos quedamos desnudos. Antes de dejar caer mi pantalón, saco un preservativo del bolsillo y me lo coloco sin mirar, sin dejar de responder a la necesidad con la que sigue buscando mi boca. Cuando acabo de enfundarme la protección la rodeo con los brazos y la levanto del suelo. Se aferra a mí, enroscando sus piernas a mi cintura. Su sexo caliente y mojado roza mi abdomen, provocando una sacudida en mi miembro hambriento. La apoyo contra la primera pared que encuentro sin separarme de sus labios ni un momento… A la vez que responde a mis besos, sus manos sobre mi cabeza me revuelven el pelo.

Comprobar cómo se suelta al fin, demostrándome que me desea tanto como yo a ella, me está llevando al límite. Me siento como una caldera a punto de explotar. Necesito hacerla mía. Ahora. Suelto sus labios y la miro a los ojos. Quiero verla mientras la penetro por primera vez. Con un movimiento firme de cadera entro en ella, profundo, y ambos dejamos escapar un jadeo cargado de tensión. Me retiro lentamente y vuelvo a empujar, marcando un

ritmo pausado, sin apartar la vista de la suya. Cada vez que me hundo en su interior se muerde el labio, disfrutando del roce húmedo, del vaivén de nuestros cuerpos en este baile íntimo. Sus pechos, redondos y erguidos, se aplastan contra mi torso con cada movimiento. Tengo que tirar de autocontrol para ralentizar el ritmo. Quiero alargar el momento, hacerla gozar más tiempo… Sin embargo, me doy por vencido cuando se afianza en mi cuello y su cuerpo se arquea buscando rozar su punto de placer con mi pubis… Dejo de contenerme e intensifico el vaivén de mis caderas, poseyéndola con todo lo que tengo. Ya no me freno, solo deseo sentirla completamente mía.

—Lo siento… —me disculpo entre jadeos sabiendo que no voy a aguantar mucho más.

—No pares ahora, Ray…

El ritmo se vuelve furioso, hasta que la escucho gritar al correrse y se sujeta a mi espalda con fuerza, clavándome los dedos. Al instante siguiente, soy yo el que explota de placer. Mis piernas flaquean y tengo que apuntalarme con los brazos en la pared. Respiramos agitados. Sus pezones rozan mi piel con cada inhalación. Sentirlos hace que vuelva a excitarme, a pesar de que acabo de correrme. Joder... ¡¿Cómo lo hace?! La forma en que mi cuerpo responde a Grace no es normal. Me apoyo sobre ella con cuidado, descansando mi frente en la suya, recomponiéndome. Alza un poco la cabeza y me busca la boca. Me besa, aunque esta vez es un beso calmado que le devuelvo, todavía sin resuello.

—Puedo hacerlo mejor —susurro sobre sus labios a modo de disculpa, consciente de que todo ha sido muy precipitado—. Te deseaba demasiado.

Todavía estoy dentro de ella. La miro, pero no dice nada, solo sonríe y cierra los ojos para concentrarse en notar cómo su sexo choca contra el mío al empujarlo contra mí. Cuando sus paredes se contraen alrededor de mi erección, jadeamos juntos otra vez y vuelvo a buscar su contacto, presionándola con mi pelvis. Pivota en mi cuello y comienza a moverse sensual, frotándose cada vez más deprisa hasta que se tensa y grita de nuevo, corriéndose por segunda vez, provocando en mí otro pequeño orgasmo que me deja sin aliento.

—Joder… —gimo, al sentir los últimos espasmos de su vagina.

Me retiro con un movimiento de cadera hacia atrás, permitiendo que ella baje las piernas y haga pie en el suelo. Se apoya contra la pared. Tengo mis brazos a ambos lados de su rostro. Todavía con la respiración entrecortada, nuestros ojos no pueden dejar de mirarse. Sé que está preguntándose lo mismo que yo: ¿por qué hemos tardado tanto en hacer esto? Nos sonreímos con complicidad. Ha sido un polvo épico. Estoy seguro de que también está entre los mejores de los suyos.

Frunce la nariz y me da un manotazo, todavía dormida. Sonrío y vuelvo al ataque, rozando otra vez sus labios con la orquídea naranja que llevaba en el pelo y que esta noche ha acabado tirada entre las sábanas. Repite el movimiento apartándome con la mano, pero ahora lo acompaña de una sonrisa relajada. No puedo dejar de recorrer su rostro con la vista; su belleza me tiene atrapado. Por fin, levanta los párpados y me mira con esos ojos de un verde vibrante que no había visto jamás, en nadie, antes de conocerla. Vuelvo a

colocarle con cuidado la flor en su melena oscura y ella me coge la mano, se la lleva a la boca y me la besa.

—Buenos días. —Su voz es un ronroneo.

—Buenos días, preciosa. —Le doy un beso en los labios—. Siento decirte que tenemos que levantarnos ya.

—No puede ser… ¿Ya son las seis?

—Y cuarto. —Le acaricio la mejilla—. Te he dejado dormir un poco más.

Resopla y se gira en la cama, dándome la espalda.

—Un poquito más, Ray. Estoy agotada. Creo que van a salirme agujetas en músculos que no tengo.

Suelto una carcajada. La entiendo porque me siento igual; no hemos dormido apenas, solo el tiempo suficiente para recuperarnos antes de cada «asalto». Intuía que Grace sería apasionada, por la intensidad con que defiende lo que le importa, pero no podía imaginar que tanto. Para espabilarla, paso los dedos sobre su espalda empezando desde la base del cuello, continuo hacia abajo y retiro la sábana que tiene a la altura de la cintura, hasta que llego al final de su columna. Se mueve respondiendo a mis caricias y su piel se eriza. Hace rato que estoy empalmado y conteniéndome, pero mi polla se tensa más al ver cómo reacciona a mí. Sigo estimulando a Grace por la espalda, hasta que cuelo la mano por encima de su cadera buscando su clítoris. Lo masajeo con movimientos circulares. Me aproximo a su cuerpo, tocando mi pecho con su espalda y noto su respiración excitada:

—¿Sabías que las agujetas desaparecen haciendo más ejercicio? —susurro en su oído. Sin dejar de estimularla, espero su

respuesta con el corazón acelerado y mi miembro expectante. Le beso la espalda—. Tienes una piel tan suave…

—Ray…

—Dime… —Solo pienso en volver a entrar en ella, aunque perdamos el vuelo. Su humedad moja mis dedos.

—¿Qué te pasó en la espalda? He visto tus cicatrices…

Me detengo en seco. No me esperaba esto. Dejo de acariciarla y mi boca se separa de su piel. Cuando se da cuenta de mi reacción, se gira para encararme. Creo que, después de todo, no vamos a perder el vuelo. Apoya el codo en la almohada y su cabeza en la mano, clavándome sus ojos verdes, inquisitivos. Decido dar la respuesta que doy siempre cuando me he acostado con otras mujeres:

—Un accidente.

—¿Un accidente?

—Sí.

—¿De coche?

—Sí —miento otra vez. Nunca había llegado tan lejos porque a ninguna mujer le interesó saber más allá de mi primera respuesta.

Me observa con cuidado. Está pensativa y eso empieza a inquietarme.

—Es raro. No es un sitio donde…

—Grace, déjalo ¿vale? No me apetece hablar de esto —corto el asunto levantándome de la cama. Al menos el tema servirá para llegar a tiempo al aeropuerto.

—Perdona. Lo entiendo.

Se levanta también y va hacia el baño. Escucho la ducha y respiro aliviado. Me encantaría meterme debajo del agua con ella,

pero prefiero no tentar a la suerte y reavivar su curiosidad, así que recojo la ropa del suelo y me visto para volver a mi bungaló a ducharme, cambiarme y coger la maleta. Le grito desde la puerta:

—¡Nos vemos en la recepción en veinte minutos!

—¡OK!

Por el camino, mi yo frío y analítico hace un resumen de la situación: estoy enamorado de Grace Garret y esta noche he hecho el amor con ella casi tantas veces como dedos tengo en una mano… Perfecto. ¿Y ahora qué? ¿Es suficiente o quiero más? Una parte de mí —la más cobarde, la que intenta protegerse—me advierte que debería dejarlo aquí. No complicarme.

«Trabajar, ganar y olvidar. Eso es lo único que importa» me digo.

Sin embargo, es inútil el esfuerzo por recordarme mis reglas. Sé que no voy a ser capaz de dejar de verla, porque ni de puta casualidad tengo suficiente. Si algo me ha quedado claro esta noche es que deseo más, aunque no tengo ni idea de cómo voy a lidiar con todo lo que eso supone.

Lo que realmente me inquieta —lo que no me deja en paz— es no saber qué quiere ella. No tengo ni idea de si esto significa algo más… o si al final va a elegir a ese enfermero del Bronx. Solo de imaginar la segunda opción los celos me retuercen por dentro.

No soporto pensar en ella con otro. Mucho menos después de esta noche. Después de todo lo que hemos compartido.

CAPÍTULO 40

GRACE

Nueva York nos recibe lloviendo, devolviéndonos a la realidad.

Estos últimos días han sido extraños, no solo porque es como si nos hubiéramos adelantado a la primavera —¡hasta he sufrido una insolación!—, sino también por lo que ha pasado entre Ray y yo.

Durante el vuelo apenas hemos hablado: en parte porque nos quedamos *fritos* en cuanto el avión despegó; en parte, porque creo que los dos estamos intentando decidir en qué situación nos deja la noche de ayer. Nada más pisar la terminal de vuelos nacionales nos hemos separado instintivamente, guardando una distancia prudencial mientras caminamos hacia la salida del aeropuerto. Arrastrando la pequeña maleta a mi lado, aprovecho con la mano que tengo libre para teclear un mensaje a Violet:

Yo:
Hola, Violet.
Acabo de aterrizar. Nos vemos mañana.
Importante: ya no defendemos a Alice Carlson.

Violet:
¿Quéeee?
¿Por quéeee?
(emoji de sorpresa total)

Yo:

Te lo cuento mañana.

Violet:
¿No puedes adelantarme nada?

Yo:
Mejor te lo cuento en persona.
Besos.
(corazones)

Violet:
Eres cruel (emoji enfadado)
Hasta mañana.
(corazones)

—¿Viniste en coche al aeropuerto? —me pregunta Ray cuando meto el móvil en el bolso.

—No. Me trajo Violet.

—Entonces te llevo a casa. El mío está en el *parking*. Con la que está cayendo debe de haber una cola de órdago para pillar un taxi.

Me lo pienso un segundo, aunque enseguida decido aceptar su ofrecimiento; no me apetece pegarme dos horas esperando. Tengo ganas de llegar a casa.

—De acuerdo. Gracias.

Un cuarto de hora más tarde, Ray se une al tráfico de Nueva York después de abandonar el área del aeropuerto. Permanecemos en silencio.

«Esto es incómodo de narices. Di algo, Grace» me obligo.

Estoy bloqueada y no sé de qué hablar. Solo se me ocurren tópicos, de esos que se usan entre extraños dentro de un ascensor. Suelto uno:

—Vaya día…

—Sí. De perros.

De pronto suena su móvil. En la pantalla de a bordo, sincronizada con su teléfono, aparece un nombre: Matt. Ray cuelga en cuanto ve quién es. Pero el tal Matt vuelve a insistir y él vuelve a rechazar la llamada, claramente molesto. El otro sigue insistiendo, ahora por mensaje de *WhatsApp,* que él se apresura a deslizar fuera de la pantalla, haciéndolo desaparecer. Es bastante obvio que no lo atiende porque estoy en el coche.

—Siento que no puedas cogerlo por mi culpa —le digo—. Insiste mucho, debe de ser importante.

—Ah, no te preocupes. Es un amigo. A veces se pone un poco pesado.

No sé si creérmelo. Para ser un amigo, la llamada lo ha puesto nervioso. O tal vez le ocurre como a mí, que estoy inquieta por la situación. Toso y miro por la ventana. Cada vez llueve más fuerte.

—Grace…

Me vuelvo hacia él y, al hacerlo, noto cómo el corazón se me acelera.

—¿Qué? —Mi voz suena más baja de lo habitual.

—Me preguntaba si… no sé… —Carraspea un poco y, durante un instante, aparta la vista de la carretera para mirarme.

Guardo silencio, con los ojos clavados en él, esperando a que continúe. Pero vuelve a centrarse en la conducción. Los

limpiaparabrisas se mueven marcan los segundos, como si fueran un reloj: *tic, tac, tic, tac, tic, tac*… El tiempo pasa y no dice nada más. Me fijo en la autopista: hay demasiado tráfico y el tiempo es horrible; no puede distraerse.

—Espera…

Entonces gira hacia una salida que indica un área de servicio.

—¿Tienes que repostar?

—No.

Aparca bajo una zona techada y apaga el motor. Se desabrocha el cinturón y se vuelve hacia mí con gesto dubitativo, humedeciéndose los labios. Creo que no sabe muy bien cómo decirme lo que sea que tenga en la cabeza. Ahora sí que el corazón se me va a salir por la boca, ya no late deprisa, es que lo tengo completamente fuera de control.

—Me gustaría seguir viéndote, Grace —suelta de un tirón.

Sus ojos grises recorren mi rostro. Ya no son fríos como al principio, al contrario, son expresivos y brillan como ascuas, calentándome el corazón; ese que acaba de detenerse al escuchar sus palabras. Su expresión se tensa al ver que no reacciono. Lo miro sin decir nada. Ni sí, ni no. Nada.

—Sé que puede parecer una locura… que apenas… —empieza a justificarse.

—A mí también me gustaría.

Me doy cuenta de lo rígido que estaba cuando su cuerpo parece desinflarse al conocer mi respuesta. Exhala lentamente y me dedica una sonrisa que me derrite por dentro. El sol de Palm Beach no es nada comparado con el calor que me hace sentir este hombre. Se acerca despacio y me toma el rostro con una mano. Al instante

siguiente, sus labios aterrizan en los míos. Abro la boca para darle paso y me besa en profundidad, como si quisiera atrapar mi alma. El beso es sensual, pero hay mucho más en él: está cargado de emoción y necesidad. Tanta que me asusta.

—Ven a casa —murmura, sin separarse apenas de mis labios.

—No puedo… Mi madre me espera, Ray.

—Te necesito esta noche.

—De verdad, no puedo…

Me da pequeños besos, recorriendo mi boca de un extremo a otro, y no puedo evitar jadear cuando comienza a mordérmela con delicadeza.

—¿No puedes?

—No. Me gustaría, pero hoy es imposible —susurro.

Se detiene y se separa un poco. Pasea la mirada por mi rostro, como queriendo memorizarlo, y termina su inspección dándome un beso en la punta de la nariz.

—Tienes razón, perdona. Es que… me vuelves loco. No veo el momento de volver a tenerte entre mis brazos. —Me sonríe, y sé que la que va a acabar perdiendo la cabeza con sus sonrisas y esas frases, soy yo.

Le doy un beso rápido y cojo su mano, la que tiene sobre mi rostro.

—Vayamos despacio, ¿vale? No hay prisa —le digo.

—OK. Mejor despacio. —Asiente con la cabeza y vuelve a sentarse bien.

Cuando reanuda la marcha, apoya la mano sobre mi rodilla. La cubro al instante con la mía. Me da un ligero apretón con los dedos al que correspondo igual. Nos miramos con complicidad y una

sonrisa tonta y, en ese preciso instante, me doy cuenta de que nos va a costar lo nuestro tomarnos todo esto con calma. No reconozco a Ray, como tampoco me reconozco a mí.

Me deja en casa media hora más tarde. Mi madre me recibe con un abrazo que me deja casi sin respiración.

—¡Grace, cariño! ¡Qué ganas tenía de verte!

—Y yo a ti, mamá.

—¿Ha ido todo bien? ¿Hace tan buen tiempo como dicen? ¿Y el hotel? ¡Me lo tienes que contar todo!

—Si me preparas un té calentito y me das un trozo de esa torta de limón que se huele desde la calle, te lo cuento todo ahora mismo.

«Bueno, casi todo» pienso.

—No habrás comido nada, seguro, como si no te conociera… —me regaña yéndose hacia la cocina.

Dejo la maleta en el recibidor y la sigo.

—Mira que eres pesada con la comida. Hemos comido muy bien. Había bufé libre para todo el día.

Me dejo caer en una silla, agotada. Mientras ella pone el hervidor de agua en el fuego, yo empiezo a contarle mi corta escapada a Palm Beach. Al narrarle anécdotas del curso y lo bonito que era el hotel me es inevitable acordarme de Ray. No hace ni una hora que nos hemos separado y ya lo echo de menos. Suspiro sin darme cuenta.

—Y, ¿qué tal con tu compañero? ¿Cómo se llamaba?

—Ray. Se llama Ray, mamá.

—Eso, Ray. Cuéntame, ¿cómo es? Desde luego, tiene buena percha. El día que te recogió en casa para ir a comer contigo…

—Sí… Es que tiene pasta y lleva buena ropa —lo digo como quien comenta lo caras que están las peras en el supermercado, para despistar.

—Fue un detalle que se acordara de ti para que pudieras hacer el curso sin pagar nada.

Esta conversación empieza a dejar de ser inocente. Conozco a mi madre. Quiere sonsacarme cuál es exactamente mi relación con él.

—Sí, se portó bien. Es un buen compañero.

—¿Seguro que solo es eso? ¿No querrá algo de ti? Todos los hombres buscan algo… No sé… Es muy atractivo y tiene mucho dinero, podría tener a cualquier mujer, Grace.

Me quedo con la boca abierta. Enseguida se da cuenta de su metedura de pata.

—Grace, hija, no me mires así. No quiero decir que tú no puedas atraer a un hombre así, pero admite que…

—¿Qué tengo que admitir, mamá? —la interrumpo, dejando sobre la mesa la taza de té— ¿Que es raro que un hombre de su posición pueda fijarse en mí? Creo que es eso, exactamente, lo que has querido decir.

—No, eres preciosa y cualquier hombre puede enamorarse de ti, pero…

—Arrrggghhh… ¡Cállate, mamá! Cada vez lo estropeas más.

Me levantó de la silla, dolida. ¡Es increíble! ¡Acabo de entrar en casa y ya he tenido la primera bronca con ella!

—Voy a deshacer la maleta y a dormir un rato —anuncio, saliendo al recibidor.

—Hija… —Escucho a mi espalda cuando estoy a mitad de la escalera. Me giro y la veo mirarme con expresión compungida—. Yo… solo quiero que no te hagan daño. Te mereces lo mejor, pero hay que ir con cuidado, cielo.

Aprieto los labios y asiento con la cabeza. Sé que solo quiere protegerme, que su experiencia con el único hombre de su vida ha sido pésima… ,pero eso no hace que duela menos la forma que tiene de advertirme de las cosas.

CAPÍTULO 41

GRACE

Aparco enfrente de la oficina y me detengo a mirar a través del parabrisas. El día es luminoso. El cielo se ha despejado y la atmósfera está más limpia tras la tormenta de ayer. Sin embargo, a pesar de la tregua que nos ha dado la lluvia, los nubarrones siguen sobre mi cabeza; la culpa la tienen las palabras de mi madre, que no dejan de sonar en mi cerebro haciendo que me sienta dolida e insegura. Aunque procuro que no me afecten demasiado, mentiría si dijera que me noto igual de confiada que ayer, cuando me despedí de Ray delante de la casa de mis padres.

«¿Y si tiene razón?».

Mis pensamientos se ven interrumpidos por el sonido del móvil. Al comprobar quién es, intento apartar a un lado la inseguridad y cojo el teléfono con el corazón dando saltos. Quiero creer que a Ray Dawson le importo de verdad. Es él.

—Buenos días, abogada. ¿Qué tal? ¿Te han salido agujetas?

—Buenos días —respondo riendo—. Sí. Bastantes.

(No exagero. Hacía tiempo que no hacía tanto ejercicio).

—Ya te lo advertí. Nos faltó la última maratón de sexo antes de regresar a Nueva York.

—Mejor no. Habrías tenido que ponerme ruedas y facturarme como a una maleta más, porque no hubiera podido andar —le confieso.

Suelta una risa masculina que hace que me tiemblen las piernas. Está de buen humor. Ni rastro del Ray Dawson orgulloso que conocí hace dos meses.

—No te preocupes, tengo una buena noticia para ti —anuncia.

—¿Ah, sí? Dispara.

—Que esas agujetas aún son recuperables. ¿Quedamos hoy para solucionarlo?

Me muero de ganas de decirle que sí, pero esto es todo lo contrario a ir despacio, como dijimos ayer.

—Ray, ¿y lo de ir sin prisas? —Es la voz de la prudencia la que habla por mí. Reconozco que la advertencia de mi madre tiene algo que ver. Decido ponerle una excusa—: Además, no puedo, esta tarde tengo que pasarme por el centro de mujeres.

Se hace el silencio. Un silencio demasiado largo.

—¿Ray?

—Sí, estoy aquí —responde, seco—. ¿El centro de mujeres y el enfermero no pueden esperar?

—Ray…

—Está bien, no insisto. Llámame cuando te apetezca verme, ¿vale? Que tengas un buen día.

Me quedo con la boca abierta cuando me cuelga el móvil.

«Y a este, ¿qué le pasa ahora?».

Tecleo con rapidez un mensaje:

Yo:
Ray, me apetece verte,
pero tengo cosas que hacer.

Ray:

Sí, y ya veo que no estoy
entre tus prioridades.

Yo:
No seas dramático.
Mañana sí puedo.
No me importaría que hicieras
desaparecer mis agujetas con más ejercicio.
(emojis corazón, fuego, corazón)

Ray:
(emoji contento) OK.
Te recojo en tu despacho y vamos a mi casa.
Yo me encargo de la cena.

Yo:
No, mejor voy directa a tu casa.
No quiero que Violet sospeche nada
de lo nuestro.
¿Vas a cocinar para mí?
(emoji «emocionada a tope»)

Ray:
OK. Luego te paso la dirección.
En realidad no,
vamos a cocinar juntos.

Yo:
Me encanta el plan.
(doble emoji «emocionada a tope»)
¿Llevo algo? ¿Postre? ¿Vino?

Ray:

¿Postre?(emoji sorprendido)
El postre eres tú.
(dos líneas de emojis de fuego)

Yo:
Ahora mismo tengo miedo…

Ray:
Haces bien en tenerlo, preciosa.

Yo:
(emoji sonrojado)
Hasta mañana entonces. Llevaré el vino.

Ray:
OK. Te espero sobre las siete.

Yo:
(emojis pulgar hacia arriba y beso)

Ray:
(emoji beso)

Salgo del coche, levitando como una adolescente viviendo su primer amor. No veo la hora de volver a verlo. Con cierta resignación comienzo a caminar hacia el despacho, encogida dentro del abrigo, buscando el calor que necesito. Hoy no tengo programadas visitas al juzgado ni citas en mi agenda, así que me he puesto unos cómodos tejanos, un alegre jersey de cenefas multicolor y las botas más mullidas y calientes que tengo. Después de volver del paraíso, mi cuerpo necesita aclimatarse otra vez al frío de Nueva York.

Nada más traspasar el umbral, algo me produce malas vibraciones. Sin darme tiempo a que pueda identificar qué es, Violet sale disparada de detrás de la mesa hacia mí.

—Grace, hazme caso, antes de volver a decirle que no, escúchala, por favor.

Me cuesta menos de un segundo relacionar las malas vibras que he sentido con las palabras de mi ayudante. Sé que está hablando de Alice. De hecho, me doy cuenta de que es su perfume lo que he captado nada más cruzar la puerta.

—¿Está aquí? —pregunto con gesto agrio.

—Sí, en tu despacho. —Violet me sujeta por los hombros y me mira con ojos suplicantes—. Tienes que escucharla. Te aseguro que vas a flipar.

—¿Qué te ha contado? Es una mentirosa. No deberías hacerle caso. —Mi tono corta como un cuchillo.

Violet frunce el ceño, disgustada por mi actitud.

—Me lo ha contado todo. Estaba en la puerta cuando he llegado. Por la forma en que temblaba, creo que llevaba rato esperando.

Me muerdo el labio con fuerza, dirimiendo qué hacer. No me parece serio tanto cambio de opinión por mi parte: primero sí la defiendo, luego no, ¿ahora sí otra vez? Resoplo tras pensarlo un momento y comienzo a caminar hacia mi despacho. La mano de Violet me retiene por el brazo.

—Grace, no te pases con ella. Lo está pasando mal.

—No voy a echarle los perros, tranquila. La escucharé como me pides, pero tendrá que darme una razón de peso para que vuelva a defenderla.

—Te aseguro que va a dártela —sentencia, sumiéndome en la intriga.

Continúo mi camino cuando mi asistente me suelta. Al abrir la puerta, me encuentro con una Alice muy alterada: se muerde las uñas con desasosiego, destrozándose su manicura perfecta, y tiene los ojos vidriosos de llorar. Se levanta como un resorte y se acerca a mí.

—Por favor, Grace, escúchame —me ruega—. Esta vez voy a contártelo todo, te lo juro… Te lo juro por mi hijo.

Se toca la tripa, que todavía no evidencia su embarazo, y tuerzo los labios con fastidio. En caso de que logre convencerme, su estado no nos beneficia en absoluto. Aunque decirlo así suene frío y carente de escrúpulos, es la cruda realidad.

—Tranquilízate, Alice —le pido. Está demasiado nerviosa y supongo que eso para su bebé no es muy recomendable—. Te escucho, pero cálmate.

Me despojo del abrigo y tomo asiento, dispuesta a oír eso tan «flipante» que, según Violet, tiene que contarme.

—Verás, Grace… —No deja de retorcerse las manos—. Yo… no sé cómo empezar… Bueno… es que.. el hijo que está en camino no es de Steve. Es de mi marido.

Aprieta los labios, esperando el impacto de sus palabras. Ahora mismo soy una estatua. Me he quedado más congelada que un charco en Alaska.

—Pero… ¿cómo? ¿Tú?... ¿Él?... ¿No vivíais separados? ¿Aún os acost…?

—No —me corta con un hilo de voz.

Le clavo la mirada para que siga explicándose.

—Ni me acuesto con él, ni vivimos juntos. Me mudé a un apartamento cuando me recuperé del accidente.

—Pues el niño no está ahí por obra del Espíritu Santo —asevero, impaciente.

Suspira en profundidad. Un suspiro que delata que necesita tomar fuerzas para todo lo que viene a continuación. Baja la vista a sus manos, que sigue retorciendo sin parar, y lo suelta:

—Me violó el día de la convención republicana.

Percibo la liberación que siente al confesarlo y yo... No está bien, y no voy a hacerlo, pero me quedo con las ganas de soltarle: ¡lo sabía!

Nos quedamos mirando fijamente; ella, avergonzada, y yo con un velo de censura en mis ojos. ¿Por qué me lo negó cuando se lo pregunté? ¿Y por qué tengo la sensación de que siempre he sabido que mentía? Será porque tratar a diario con mujeres víctimas de malos tratos —y ser hija de mujer maltratada— me ha hecho desarrollar un sexto sentido para detectar cuando me ocultan algo. De todos modos, como digo, no es el momento de recriminarle nada. Callar suele ser una reacción bastante normal en todas las mujeres víctimas de maltrato.

Se encoge en su asiento y un escalofrío la recorre, mostrándome su fragilidad.

—¿Te apetece un té? —le ofrezco. No puedo evitar compadecerme.

—Gracias.

Llamo a Violet para que se lo prepare y dejo que Alice se tome el tiempo que necesita para seguir contándome.

—Nunca, hasta entonces, había abusado de mí, Grace. Si lo hubiera hecho, lo habría abandonado antes —aclara, intentando justificarse.

—¿Qué ocurrió?

—Cuando salimos de la fiesta de la convención quise conducir yo. John iba bastante borracho. Se había enfadado conmigo porque le dije que resultaba patético y porque me vio hablar con otro hombre. Estaba celoso. Bueno, no sé si estaba celoso, pero no le gustó.

—¿Ese «otro hombre» era tu amante?

—Sí, pero John no tenía ni idea.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque, si lo hubiera sabido, le habría faltado tiempo para soltárselo a la cara y amenazarlo. Lo conozco bien.

—Ya.

Nos quedamos calladas. Alice llora en silencio, dejando que las lágrimas le resbalen por la cara sin secárselas. Al mismo tiempo, yo intento asimilar toda la información que acaba de darme. Lo primero que pienso es que es el senador es un hijo de puta, aunque eso sirve de poco. Enseguida mi mente se pone en marcha, barajando las posibilidades de demostrar que hubo violación.

Violet entra justo en ese momento y pone la taza de té sobre mi mesa, delante de Alice.

—Tómatelo, te sentará bien —le sugiere con suavidad, tocándole un hombro antes de dejarnos solas otra vez.

Me acerco a la mesa y me inclino sobre ella, apoyando los codos mientras descanso la barbilla en mis manos entrelazadas.

—Te hizo detener el coche y te violó.

—Sí.

—Cuando os llevaron al hospital, ¿pediste que te hicieran pruebas ginecológicas?

—No. Perdí el conocimiento con el impacto. Cuando volví en mí, no me acordaba de nada. John se recuperó antes que yo, y la primera imagen al despertar fue la de su rostro observándome a un lado de la cama, esperando que abriera los ojos. En cuanto lo hice, le faltó tiempo para acercarse y amenazarme si se me ocurría confesar lo ocurrido. Le respondí que no sabía a qué se refería, y eso pareció tranquilizarlo. Cuando nos dieron el alta y volvimos a casa estaba raro, intranquilo. No dejaba de preguntarme si me acordaba de algo. Yo me esforzaba en recordar, intentando averiguar cuál era el motivo detrás de su actitud, pero fue inútil. De los momentos previos al accidente no me acuerdo de nada. Dicen que es estrés postraumático.

—¿No se te ocurrió pensar en una violación?

—No. Ya te he dicho que fue la primera vez. Te lo juro, Grace —insiste para que esta vez no dude de ella.

—¿Qué pasó después?

—El miedo y la intranquilidad a que yo recordara lo volvió cada vez más insoportable. Me cansé y lo abandoné, también por miedo a que me levantara la mano. Lo último que me dijo antes de cerrar la puerta detrás de mí fue que me destruiría si me iba de la lengua, pero yo seguía sin recordar y sin saber a qué se refería.

Da un sorbo a su té.

—¿Cuándo te enteraste de que te había violado?

—Cuando supe que estaba embarazada y que era su hijo. Entonces entendí que era eso lo que había sucedido, y empecé a

tener recuerdos fugaces de sus manos tocándome mientras conducía. No recuerdo nada más.

—¿Tampoco te hiciste ninguna prueba cuando recordaste la violación? —insisto.

—No. ¡Estaba muerta de miedo, Grace! Me había amenazado mil veces si decía algo, y John es capaz de todo con tal de salvar el culo. Además, había pasado demasiado tiempo.

Suspiro y comienzo a golpearme suavemente el mentón con las manos entrelazadas. Al fin, dejo caer los brazos sobre la mesa, abatida.

—Pues seguimos en problemas, Alice. Si no puedo demostrar la violación estamos como al principio.

—Pero, ¿y el bebé?

—El bebé, ¿qué? No hay manera de demostrar que no sea fruto de una relación consentida.

Vuelve a morderse las uñas otra vez.

—Grace, no puedes estar diciéndome que va a salirse con la suya… —Su rostro es la viva imagen de la decepción. La misma que siento yo.

—Me temo que sí.

—Entonces, ¿no vas a defenderme? Lo entendería.

Inspiro y exhalo ruidosamente.

—Por supuesto que sí, Alice. Ahora que has sido sincera y viendo lo que te sucedió, no voy a abandonarte. Haré lo que pueda, pero tienes que saber que el caso se ha puesto muy complicado, por no decir imposible, para nosotras.

Me sonríe con timidez, agradecida, mientras yo veo cómo se esfuman todas las posibilidades de ganar notoriedad con este caso.

Empiezo a pensar que el universo conspira contra mí, o que mi destino está inevitablemente unido a los débiles del mundo. Aunque lo último suene muy romántico, empiezo a estar un poco harta.

Cuando Alice abandona nuestra oficina, Violet entra en mi despacho. Solo con mirarnos nos entendemos. Sabe que el caso se ha ido a la mierda.

—¿Y ahora, qué? —me pregunta.

—Me acercaré a inspeccionar el lugar del accidente. No sé…, no se me ocurre otra cosa. ¿Vendrás conmigo?

—¿Y el detective?

—Mejor nos olvidamos de él. No vamos a tener con qué pagarlo y, hasta ahora, tampoco nos ha servido de mucho. Ni siquiera ha sido capaz de localizar a una amante de Carlson, y eso que debe de tener unas cuantas repartidas por el mundo…

—Está bien, Sherlock Holmes. Te acompañaré.

Divertida, niego con la cabeza por su ocurrencia. Violet tiene la habilidad de sacarme una sonrisa aun en las situaciones difíciles.

—Tengo una primera tarea para ti, querido Watson —anuncio, siguiéndole el rollo—: necesito el nombre de los policías que acudieron al lugar del accidente aquella noche. A ver si pueden acompañarnos en nuestra inspección ocular y contarnos algo que no sepamos.

Es una salida a la desesperada. No se me ocurre otra cosa para intentar encontrar algo.

—OK —responde desde la puerta—. Por cierto, con la visita inesperada de Alice, aún no te he preguntado por tu viaje a Palm Beach.

—Todo bien. Genial. —Esbozo una sonrisa rápida y disimulo abriendo un expediente del montón que tengo a un lado.

Parece que se da por satisfecha. En cuanto a mí, su pregunta me ha hecho recordar a Ray. Arrugo la frente. Mañana, en la cena, le comentaré que vuelvo a ser la abogada de Alice. Giro el cuello hacia atrás y exhalo el aire con fuerza. Volvemos al punto de partida y no sé qué hacer. ¿Le digo que tenemos que dejar de vernos ahora que somos contrincantes otra vez? Se lo va a tomar fatal y, si soy sincera, a mí tampoco me hace gracia la idea.

CAPÍTULO 42

RAY

Localizo a Ethan y a Matt en cuanto entro en el *Boulevards*. Me esperan en la zona apartada donde solemos ponernos. Después de mi mensaje cancelando el reto y de que rechazara su llamada un par de veces cuando volvíamos con Grace del aeropuerto, Matthew no ha dejado de machacarme para que nos viéramos. Se huele novedades. Esta mañana hemos quedado para vernos después del trabajo, y ahí están. Aunque Ethan se negó en un principio —creo que todavía sigue enfadado por nuestra última conversación—, al final ha accedido a venir.

Me encamino hacia allí y enseguida compruebo que estoy en lo cierto: la cara de mi amigo está más seria de lo habitual. Abrazo a los dos, como hago siempre que nos vemos, pero Ethan se muestra tenso y no me corresponde con la misma efusividad que Matt. Me siento y veo que ya han pedido mi cerveza, del tipo y marca que tomo habitualmente. Miro el reloj. No puedo estar mucho tiempo con ellos; en hora y media Grace estará en casa.

—¡Venga, va! ¡Desembucha! ¿Cuánto más nos vas a tener en ascuas? ¿Ha pasado ya algo con tu colega, la abogada?

A pesar de su impaciencia, doy un trago antes de responder. Ethan aguarda también, con una mirada reprobatoria. Estoy seguro de que piensa que me he acostado con Grace sin contemplaciones. Cuando respondo, lo miro a él directamente:

—Tenías razón, Ethan. Grace me gusta de verdad. Quería pedirte disculpas por mi comportamiento del otro día. A veces puedo ser un gilipollas integral.

—¿Solo a veces? —pregunta todavía con algo de resquemor, aunque su expresión se suaviza.

Aprieto los labios y aguanto la crítica estoicamente; sé reconocer cuando alguien estaba en lo cierto y pedir perdón si me equivoco, sobre todo cuando afecta a gente que me importa. Y ellos me importan. Nos conocemos desde antes del accidente de mi hermano, y han sido testigos del cambio en mi forma de ser y de la forma en que me he amargado la vida en los últimos años. Salvo Sejmet, que me avergüenza incluso a mí, no tengo secretos para ellos.

—¿Cómo, cómo, cómo? —repite Matt que parece que se ha quedado clavado en una única frase—. ¿Que Grace te gusta en serio?

Me vuelvo en su dirección. Tiene los ojos muy abiertos bajo las cejas enarcadas.

—Sí —reconozco sin pudor.

—¿Eso quiere decir que te has enamorado?

Asiento y me explico:

—Me di cuenta en Palm Beach.

Ethan me escucha atento y por primera vez sonríe.

—Yo me di cuenta en cuanto hablamos, el día del partido de tenis —asegura.

—Es posible que me conozcas incluso mejor que yo mismo.

—No lo creo, es solo que te empeñas en negar lo evidente.

—No me lo puedo creer —dice Matt, al margen de nuestra conversación.

Nos volvemos hacia él. Su cara denota que aún intenta procesar mi confesión.

—Vamos, Matt. No hagas un drama de esto —se burla Ethan —. El siguiente en caer puedes ser tú.

—No lo creo. Estoy muy bien con el rollo *follamigos* que tengo con Lily.

—Entonces, ¿la estás viendo a menudo? —me intereso.

—Bufff, tengo que aprovechar mientras esto dure. Tenemos una química brutal en la cama. Hemos probado cosas que ni se me habían pasado por la cabeza.

—Que no te las hayan dejado hacer es una cosa, que no se te hayan pasado a ti por la cabeza, es otra —suelta Ethan.

—Vale, lo confieso. Alguna sí se me había ocurrido.

Nos reímos los tres.

La conversación deriva a anécdotas de nuestra época con los *Ice Guys*: las largas horas de entrenamiento, las broncas del entrenador cuando no dábamos todo lo que podíamos, y las noches en que celebrábamos las victorias con demasiado alcohol y sexo. Recordamos a Daniel, mi hermano, que a veces se unía a nuestras juergas.

Mientras Matt e Ethan continúan rememorando esos tiempos, yo no puedo dejar de pensar que, en aquella época, la vida era mucho más sencilla.

—¿Y ahora qué, Ray? —pregunta Matt rompiendo el silencio que se instala entre nosotros.

—No tengo ni idea. Solo sé que quiero seguir viéndola.

CAPÍTULO 43

GRACE

—¿Sí? —Su voz grave suena por el interfono a los pocos segundos de llamar.

—El vino y el postre están aquí.

Tarda un instante en responder. Aunque no puedo verlo, sé que ahora está con esa sonrisa de medio lado que hace que mis piernas tiemblen como gelatina.

—Contraseña correcta, señorita Garret. Adelante.

Cuando abre la puerta, avanzo dentro del lujoso portal y no puedo evitar sentirme avergonzada; estuve aquí el día que me vine arriba con el tequila y no recuerdo absolutamente nada. Ni el precioso suelo de mármol, ni los bonitos apliques en las paredes, ni siquiera la reluciente barandilla dorada de la escalera, que traza una curva perfecta rodeando el ascensor. Este es un detalle que no se me hubiera escapado de haber ido un poco más lúcida.

«Qué vergüenza, Grace. Menudo pedal te pillaste».

Como su apartamento está en la quinta planta cojo el ascensor. Fijo la mirada en los números luminosos que indican cada piso que queda atrás mientras sostengo con las dos manos el asa de la bolsa donde llevo el vino. Me doy cuenta de que me estoy meciendo adelante y atrás con los pies. En algún sitio he leído que ese balanceo es un gesto inconsciente que hacemos para tranquilizarnos, como cuando acunamos a un niño para que se

calme. Debe de ser verdad, porque estoy bastante nerviosa; por volver a encontrarme con él —parece que nos hubiéramos separado hace mil años—, y porque tengo que contarle que, de nuevo, soy la abogada de Alice Carlson.

En cuanto salgo del ascensor lo escucho llamarme:

—¡Grace!

Me giro en la dirección de su voz y lo descubro esperándome, apoyado en el marco de la puerta con una pose despreocupada, vestido con pantalón y sudadera deportivos de color gris claro. Lleva puesto un delantal que le hace muy sexy. Mi mente calenturienta lo imagina por un momento solo con esa prenda.

«Está para comérselo».

Da igual si viste un traje a medida, una camisa Armani o un chándal de unos grandes almacenes. Todo le sienta bien.

«Y si no lleva nada, está mejor».

Mi mente rescata, del día que lo hicimos en Palm Beach, el recuerdo de sus pectorales y su trasero tonificados. Ray Dawson es una especie de dios griego en versión ejecutivo.

Me acerco, esforzándome en esconder las reacciones que me provoca solo mirarlo. A medida que avanzo su sonrisa se hace más amplia. Lo mismo que me ocurre a mí al descubrir lo que pone en su delantal: *Este cocinero mola un huevo.*

«No lo sabes tú bien».

Cuando se percata del porqué de mi sonrisa se separa de la puerta y se encoge de hombros:

—Cosas de mi amigo Ethan. —Sin esperar a que comente nada me atrae hacia él poniéndome una mano sobre la nuca, hasta que nuestros cuerpos y labios se tocan. Me besa con suavidad. Su

cálido contacto me deja tonta y con ganas de más—. Hola, abogada. Te he echado de menos.

—Hola, abogado. Yo también —susurro, sin distanciarme de su boca.

Me da un pico y echa hacia atrás la cabeza para acariciarme el rostro con los ojos. A pesar de que ya nos hemos acostado, me cuesta aguantar la intensidad de su mirada; me siento como un objeto extraño, como si fuera algo nuevo que contempla por primera vez. Entonces recuerdo la botella de vino y me separo de él con la excusa de dársela, evitando de ese modo que descubra cuánto me desconcierta.

—Toma. —Extiendo los brazos—. Espero haber acertado.

Coge la bolsa y extrae la botella, que en la tienda han decorado con un lazo rojo demasiado grande para mi gusto. Levanta las cejas sorprendido.

—¡Guau! La añada es excelente… Las pizzas van a pasar de maravilla con él —bromea con ironía, dejando claro que la cena que vamos a disfrutar no va a estar, ni de lejos, a la altura del vino que he traído.

—Así que vamos a comer pizza… —Me doy cuenta de que mi subconsciente había imaginado algo más sofisticado.

—Solo si conseguimos prepararla antes —Me guiña un ojo—. Vamos, pasa.

Llevo un suéter de lana y el abrigo, pero mi cuerpo capta al instante el toque de su mano en mi espalda, acompañándome mientras avanzo hacia adentro. En cuanto rebaso la puerta, lo primero que noto es que el apartamento huele tan bien como él: un olor masculino y elegante que me revoluciona las hormonas. El sitio

en el que vive es una prolongación de su personalidad. Ray va directo a lo que le interesa y no se pierde en detalles, igual que la decoración de su apartamento: minimalista y de tonos neutros, con escasos elementos que distraigan la atención, aunque no se me escapa que cada uno de ellos debe de costar un ojo de la cara. La mayoría son objetos de diseño. El día que dormí aquí no fui capaz de apreciar nada. Recuerdo que salí como una exhalación en busca de mi taxi.

—Qué bonito, Ray. Me encanta —reconozco, admirada, intentando olvidar mi visita anterior a su casa.

—Gracias. —Vuelve a obsequiarme con una sonrisa—. Dame tu abrigo.

Me saco la prenda y la cuelga en un perchero extraño que hay detrás de la puerta de entrada. Debe de ser obra de algún artista.

—Ven, acompáñame a la cocina —me pide.

Obedezco y sigo sus pasos. Mis ojos se deslizan por las proporciones perfectas de su espalda: un triángulo invertido que acaba donde empieza su trasero, ese que tengo grabado en la memoria por cómo se movía en nuestra primera vez en Palm Beach. Aprieto los labios, consciente de hasta qué punto mi colega me está haciendo cambiar.

Soy una persona bastante apasionada, siempre lo he sido en todo lo que he hecho, salvo en el sexo; lo que viví en mi casa me ha influido hasta el punto de que me cuesta confiar y desinhibirme. Sin embargo, Ray ha logrado despertar mi lado más ardiente, me basta una de sus miradas o el olor de su piel para excitarme. Desde el día en que nos acostamos no dejo de preguntarme cómo lo ha conseguido. Si me hubieran dicho hace tres meses que mi cuerpo

me traicionaría como lo hace cuando lo tengo delante, me hubiera echado a reír. Jamás pensé que sería alguien como él quien liberara mi parte más sensual. Antes de conocerlo, para mí representaba casi la encarnación del diablo, el ejemplo perfecto del hombre ante el cual mis neuronas gritarían ¡huye!

—Bien, ¡lo primero es lo primero! —exclama, sacándome de mis divagaciones.

Estamos en la cocina, también de diseño, blanca e impoluta. Lo sigo con la vista cuando deja el vino en la encimera, coge un delantal que hay sobre uno de los taburetes junto a la isla central y se coloca detrás de mí con una sonrisa traviesa. Me aparta el pelo y pasa una de las tiras por detrás de mi cuello, sin desaprovechar la ocasión de besármelo. Luego me lo acaricia con los labios, trazando una línea imaginaria desde detrás de la oreja hasta donde desaparece la piel bajo el jersey. Se me escapa un pequeño quejido. Deslizo la mano por detrás de su cabeza y me giro un poco, en una posición forzada, buscando su boca. La encuentro cuando él baja la cabeza con el mismo objetivo. Me vuelvo por completo y lo estrecho fuerte, sin perder el contacto de sus labios que ahora toman los míos con hambre. No recuerdo haber sentido nunca esta sensación de necesidad por algo. Su miembro duro presiona contra mí a medida que el beso se vuelve más desesperado.

—Preciosa, como no pares esto, no respondo —me dice, separándose un instante.

—No quiero pararlo. —Beso la línea de su mandíbula con besos cortos, como una pulga saltando aquí y allá, incitándolo a seguir.

Nos miramos con deseo y acaba colando sus manos bajo mi jersey. Las desliza por mi espalda con una calma provocadora, hasta desabrochar el sujetador con una sonrisa peligrosa dibujada en su rostro. Mi sexo se humedece, anticipándose. Pasa su lengua por mis labios con lentitud, saboreándolos, como si se despidiera de ellos por el momento, antes de sumergirse bajo el suéter y entregarse a mis pechos. Gimo cuando su boca juega con mis pezones, haciendo que reaccionen, lamiéndolos incansable. Dios… estoy tan excitada que siento que podría alcanzar el orgasmo solo con esto, con la forma en que me devora, demostrándome su deseo. Cuando vuelve a asomar el rostro, con el pelo revuelto y la mirada encendida, se muerde el labio, como si aún intentara contener lo que ya es incontenible.

—Párame —me pide.

—No.

—¿No?

—No.

—Vale.

—¡Ray! —exclamo cuando me coge a horcajadas como si fuera una pluma.

Aparta de forma descuidada el frutero donde unas naranjas —que parecen de plástico de perfectas que son—, dan un toque de color a tanto blanco inmaculado. A continuación me sienta en la isla, haciendo que mi trasero aterrice en el lugar que ocupaba el frutero.

—Te lo he advertido —dice con cara de circunstancias—. ¿Has follado alguna vez en la cocina?

—No. —Me entra la risa. Me encanta su descaro. Esa forma tan suya de soltar las cosas sin filtro.

—Perfecto.

Con gesto ágil, me quita el delantal que apenas había empezado a atarme cuando nos hemos dejado llevar. Luego el jersey y el sujetador, que desliza por mis brazos como si mi ropa ya no tuviera ninguna razón de ser. Me lanza una mirada juguetona y yo sigo dejándome hacer, divertida y excitada a partes iguales, cada vez más entregada al momento. La naturalidad con que me desnuda, como sin darle importancia, me pone a cien.

—¿Perfecto por qué? —pregunto, sin poder borrar la sonrisa.

Pone un brazo a cada lado de mí, apoyándose en la encimera.

—Porque el primer polvo en una cocina nunca se olvida —murmura, rozándome los labios con los suyos—. Así te acordarás de mí siempre.

Me da un pico y me levanta los pies colocándolos en sus muslos, obligándome a apoyar las manos atrás.

—No es justo —opino.

—¿Por qué?

—Porque tú no te vas a acordar de mí.

(Doy por hecho que no soy la primera a quien se tira en la cocina).

—No tienes ni idea —replica, sin apartar la mirada de la mía.

Me desata los cordones de las botas con una sonrisa traviesa y se deshace de ellas lanzándolas por los aires. A continuación, se acerca y me desabrocha el pantalón. Tira de él hacia abajo, despacio, haciendo que sus dedos rocen mis piernas con un toque que parece casual, pero que está cargado de intención. Mi pulso sube de revoluciones a cada segundo. Cuando tiene mis piernas completamente al descubierto, posa sus manos en ellas y me las acaricia por la parte interior, subiendo, sin dejar de mirarme con

expresión de deseo. Los dos sabemos cuál es su destino. Cierro los ojos cuando finalmente alcanza mi sexo, que empieza a estimular sobre mi ropa interior.

—¿De qué no tengo ni idea? —consigo decir mientras disfruto de sus caricias.

—De que no necesito hacer nada especial para acordarme de ti. —Abro los ojos al sentir su aliento en mi boca. Se ha acercado y lo tengo entre mis piernas, observándome, sin dejar de masajearme ahí abajo.

—Estás muy húmeda, abogada.

—Me encanta que me toques.

Mis palabras lo calientan más. Deja de estimularme para desnudarse: se despoja del delantal y tira de su sudadera hacia arriba, dejándome la visión de sus pectorales a un palmo de la cara. Mi corazón se desboca cuando me sujeta el culo por detrás y me atrae hacia él uniendo nuestras pieles, que arden de excitación.

—A mí me encantas tú. No puedo concentrarme en nada de lo que hago —dice, con voz ronca —. Debería ser delito que me pongas así.

Toma mi mano y la mete dentro de su pantalón. Está duro como una piedra. Acaricio su erección mientras él vuelve a mi sexo. Jadeamos uno en la boca del otro. Un espasmo me sacude cuando, al deslizar su mano bajo la braga se abre paso entre mi humedad y me penetra con los dedos, lento, empapándose en mis fluidos. Empiezo a desabrocharle el pantalón porque necesito, con urgencia, sentirlo dentro. Coge un preservativo del bolsillo y lo deja en la encimera, a mi lado. Nos miramos un instante. Sus ojos claros se han vuelto de un gris antracita:

—No me has parado.

—No.

—Pues no tengo más remedio que follarte.

No digo nada, solo abro las piernas, invitándolo. Mi cuerpo le suplica que me llene, que me haga suya. Quiero que el mundo se reduzca a eso. Sonríe, excitado por mi gesto. Sin apartar los ojos de los míos, me quita las bragas. Detrás van su pantalón y el bóxer. Noto el pulso martilleando mis sienes, la ansiedad alcanzando cada rincón de mi ser cuando su erección aparece ante mí, dura y palpitante. Me sujeta por las rodillas y me abre, aún más, las piernas. Se agacha, y lo siguiente que siento es su lengua abriéndose paso entre mis pliegues.

—Oh, Ray… —digo entre jadeos.

Cambia de ritmo con maestría, una y otra vez, volviéndome loca de placer.

—Sabes tan bien, Grace… Me encanta notarte así de húmeda...

Apoyo los pies en sus hombros desnudos para darle mejor acceso y dejo caer la cabeza hacia atrás, entregándome a su boca. Me muerdo el labio, tratando de contener los gemidos que pugnan por salir mientras mi pelvis se mueve por instinto. Quiero más.

Entonces se incorpora de nuevo y me mira.

«¡No, no pares…!».

Su mirada es entre divertida y misteriosa.

Sigo el movimiento de su brazo, que se alarga hasta el frutero. Coge una naranja.

«¡¿Va a ponerse a comer ahora?! ¿En serio?».

Le clavo los ojos, incrédula, y dirijo mi vista a su entrepierna. Sigue tan excitado como yo, no entiendo a qué viene este parón… Lo veo partir la fruta en dos con ambas manos. El jugo resbala por su muñeca hacia el antebrazo.

—Ray… ¿qué haces? —protesto.

—Sssshhhh. Relájate.

Me empuja con suavidad hasta que toda mi espalda queda apoyada en la superficie. En cuanto intuyo cuáles son sus intenciones, el corazón se me dispara, impulsado por una mezcla de nerviosismo y deseo. Se humedece los labios con calma, con una expresión cargada de lujuria, y comienza a estrujar la naranja sobre mi piel. El jugo fresco cae en hilos sobre mi vientre y mis pechos, haciéndome estremecer. Mis pezones se endurecen al instante, reaccionando al contraste entre el frío cítrico y el calor que desprendo yo. Estoy a punto de arrancar a hervir.

—Eres perfecta —susurra, observando el líquido deslizarse por mi cuerpo.

Sus ojos destilan deseo. Sigue entre mis piernas, el pecho subiéndole y bajándole de excitación mientras me acaricia con la mirada. Nunca me había sentido tan deseada. La forma en que me come con los ojos hace que me abrase de ganas.

—Tengo sed —murmura muy serio—. ¿Y tú?

Sus iris grises se hunden en los míos.

Trago saliva. Me da miedo todo lo que Ray despierta en mí. Siento que no controlo la situación y eso me asusta, sin embargo, no puedo hacer nada: mi cuerpo arrastra a mi mente, derretida también y sin ganas de resistirse ante la sensualidad de su voz y de sus palabras. Le digo que sí con la cabeza porque, pese al vértigo que

me provocan todas estas sensaciones nuevas, no deseo otra cosa que experimentar lo que él me ofrece.

—Abre la boca —me ordena, con una autoridad que, para mi sorpresa, no me incomoda. Muy al contrario, me produce un cosquilleo agradable e intenso en la parte baja del vientre.

Obedezco. Abro la boca y cierro los ojos. Al instante, el frescor del jugo se desliza sobre mi lengua, mis dientes, mis labios. Lo trago, saboreándolo, y espero.

—Mantén los ojos cerrados.

—Vale.

Nada más decirlo, se inclina hacia mí. Lo intuyo cerca por el calor que desprende, y solo esa sensación consigue que mi sexo vuelva a latir con urgencia. Me sobresalto cuando su lengua cálida empieza a lamerme, limpiándome los surcos de zumo con lentitud tortuosa. Empieza por mis labios, a los que da varias lamidas lentas, sensuales, provocándome un largo jadeo. Saco la mía, buscándolo, y me da lo que quiero; me invade hasta la garganta en un beso que me deja sin respiración y con el corazón al borde del infarto. Sin previo aviso, vuelvo a notar sus dedos resbalando sobre mi sexo, húmedos, seguros. Se abren paso entre mis pliegues y se hunden en mí, entrando y saliendo despacio, con una calma que me enloquece. Al tiempo, su boca hambrienta continúa de excursión por mis curvas. No dejo de gemir. Ya no puedo ni quiero contenerme.

—Dios, Ray…

—Cómo me gusta verte tan cachonda, Grace Garret.

Su excitación vuelve su voz ronca y profunda. Llega a mis pechos y se entretiene haciendo círculos con la lengua alrededor de mis pezones, tensándomelos hasta el punto de doler. Se los mete en

la boca; chupa, muerde, succiona… Primero uno y, cuando se cansa, el otro. Mi cuerpo empieza a retorcerse, me está llevando al límite y siento que no puedo más.

—Ray, por favor… Te quiero dentro —le suplico, alzando el cuello para mirarlo mientras le acaricio el cabello.

Sé que me correría sin dificultad con sus dedos entrando y saliendo a la velocidad que los mueve ahora. Pero no es lo que quiero. Quiero su cuerpo dentro del mío, notar cómo me llena, sentir que es parte de mí y yo de él.

Despega sus labios de mi piel y levanta el rostro, buscándome con unos ojos que queman.

—Pídemelo otra vez.

—Te quiero dentro —repito.

Entonces da las últimas lamidas a mis pezones, se incorpora, me arrastra hasta situarme con el trasero justo en el borde de la isla y coloca mis piernas sobre sus hombros. Me dedica una sonrisa cómplice, casi salvaje. Sin esperar más, toma el preservativo que había dejado a mi lado, se lo pone con destreza y roza mi sexo con su erección, frotándose. Jadeamos juntos. Cuando decide que me ha martirizado lo suficiente se posiciona en mi entrada y me penetra de una sola embestida. Gimo fuerte, arqueando la espalda. Comienza a moverse, balanceando las caderas con fuerza y ritmo. Mi espalda se desliza sobre la encimera con cada acometida porque no tengo donde asirme. Gemimos al unísono, desesperados y ansiosos, llevados por el placer que nos damos.

—Oh… sí…

—Joder, sí…

Ray acelera, entregado. Estoy segura de que nuestros gritos se oyen en toda la manzana, pero soy incapaz de reprimirme. Necesito liberar todo lo que siento.

Y entonces sucede. Alcanzamos el orgasmo al mismo tiempo y un gemido único, compartido, reverbera entre las paredes de la cocina.

CAPÍTULO 44

RAY

—Creo que tendré que insonorizar el apartamento —bromeo pasados unos minutos, después del escándalo que hemos montado en plena faena.

Suelta una carcajada. Todavía está tumbada sobre la encimera, laxa y despreocupada. Me subo también y me echo a su lado.

—¿Se nos ha oído mucho? —pregunta, girándose hacia mí. Nuestras narices casi se tocan.

—¿Lo dices en serio? —Pongo expresión de sorpresa—. Cuando te cruces con mis vecinos seguro que pensarán «Mira, ahí va la chica de Dawson. Dicen que es una fiera en la cama» —la azuzo con malicia porque sé que estas bromas no le van mucho.

Me sorprendo cuando, en lugar de soltarme algo mostrándome su disgusto, clava su mirada en el techo, pensativa. Apoyo la cabeza en el codo y aprovecho que ella está dándole vueltas a algo para observar su vientre terso y sus bonitos pechos, coronados por unos pezones pequeños de un suave color canela. La excitación me invade otra vez, como una corriente rápida de electricidad cruzándome entero. Esta necesidad de estar dentro de ella a todas horas me tiene preocupado. ¿Me estaré volviendo un adicto al sexo? No. Más bien es a ella a quien estoy cada vez más enganchado. No tengo ni idea de adónde se ha ido mi yo de antes,

ese que no quería oír hablar de relaciones serias. Hago círculos alrededor de su ombligo, rozándola con la yema de los dedos. Su piel se eriza a mi paso. Le gusta. Aun así, me detiene con la mano.

—Ray, no soy tu chica.

La miro con el ceño fruncido, decepcionado, pero ella me sostiene la mirada, muy segura de sus palabras.

—Relájate un poco, Grace. No estropees el momento con tus reivindicaciones —le pido, molesto porque ya lo ha hecho —. Ya sé que no eres de mi propiedad ¿vale? Aunque te pediría que, mientras sigamos quedando y conociéndonos, ninguno de los dos tenga citas ni folle con otros.

Aguardo su reacción a lo que acabo de decirle con la visión del enfermero del Bronx rondando mi cabeza, pero lo único que hace es desviar la mirada.

—No lo digo para poder vernos con otras personas —responde, enigmática.

—Entonces, ¿por qué? —Me siento sobre la isla, intrigado.

Se levanta despacio, con una expresión que no presagia nada bueno. Intuyo que la noche podría irse a la mierda si me responde, así que se lo impido, adelantándome:

—No quiero saberlo ahora. Deberíamos comer algo. Tengo hambre.

Asiente con la cabeza. Tampoco a ella le apetece hablar del tema. Dejamos aparcado el asunto —como quien deja un bomba en un cajón para desactivarla más tarde—, y nos bajamos al suelo para vestirnos.

—¿De verdad preparaste ayer la masa para hoy? —inquiere, después de que hayamos limpiado la encimera donde acabamos de tener sexo.

—Ajá. —Apoyo en la superficie una bandeja con varias porciones, listas para ser amasadas—. Tiene que reposar varias horas en la nevera antes de poder estirarse.

Me escucha atenta, con expresión de asombro.

—No lo hubiera imaginado nunca.

—¿El qué?

—Que te gustara cocinar.

—Me relaja. Esto fue lo primero que aprendí a hacer. Me lo enseñó mi amigo Ethan. Es de origen italiano y nos apostamos la receta secreta de su familia si cumplía un reto. Me intrigó y acepté.

—¿Un reto?

—Sí.

—¿Qué clase de reto?

—Toma, te toca cortar todo esto. —Le coloco delante varias hortalizas con las que vamos a cubrir las bases, en un intento por escabullirme.

Le paso la tabla de madera y un cuchillo.

—¿Qué reto, Ray? —insiste, poniéndose con unas berenjenas.

Uso la táctica del olvidadizo, restándole importancia.

—No lo recuerdo. Supongo que tenía que ver con chicas… En esa época, casi todo tenía que ver con mujeres.

Deja de cortar y me clava los ojos con curiosidad.

—¿Qué época?

—En la universidad. Ethan, Matt y yo jugábamos en los *Ice Guys*, el equipo de *hockey.* Fue una época de desenfreno. Ya sabes,

salir, beber, tontear con tías…

—Y tirarte a cuantas más mejor, ¿no? —No me pasa desapercibido su tono crítico.

—¿Qué hay de malo en ello? Esa es la vida normal de todo universitario o universitaria que se precie. Se llama divertirse, abogada —me reafirmo.

La observo de reojo. Creo que no le gusta constatar que ha existido en mi vida una época algo… disoluta. Abro un cajón para buscar otra tabla en la que cortar el *bacon* y el jamón. Ella vuelve a trocear las verduras en silencio.

—¿Y tú? Supongo que también tuviste tus líos.

—Alguno. Nada importante —responde sin levantar la cabeza de lo que está haciendo.

—¿Eso qué quiere decir? ¿Que nadie te ha roto el corazón? —Dejo la tabla que acabo de localizar y me apoyo con el culo en la encimera, prestándole toda mi atención. Siento curiosidad.

—¿A ti sí? —me lanza de vuelta, alzando la vista.

—Yo he preguntado primero.

«No te vas a escapar».

—Pues… para serte sincera, creo que aún no me he enamorado de nadie.

Siento un pellizco en el estómago. No me quiere como yo a ella. Le gusto, le atraigo, pero aún no está enamorada…, aunque no estoy seguro de que no se esté escondiendo. Sus celos hacia Martina Fisher y su forma de mirarme no dicen lo mismo.

—¿Tampoco en el instituto?

—Allí, menos aún.

—¿Me vas a contar por qué? Es raro. Los adolescentes tienen las hormonas revolucionadas todo el día.

«Como yo desde que te conozco».

Deja lo que está haciendo y se apoya en la encimera en la misma posición que yo.

—Ya lo sabes —espeta—. Te conté que mi padre maltrataba a mi madre, y mi adolescencia fue la época más dura. Volvía todos los días borracho a casa y se cebaba con ella.

Su expresión se tensa. Desvía la mirada al suelo, para que no note lo incómoda que se siente.

—¿Estás bien? —pregunto, preocupado.

Asiente varias veces y luego suelta un largo suspiro. Se gira para mirarme.

—Me cuesta mucho confiar, Ray. No es fácil olvidar lo que viví —reconoce con voz apagada.

—Lo entiendo —me acerco y le acaricio la mejilla con suavidad —. Es normal. Pero no todos los hombres son como tu padre, Grace.

—Lo sé.

Nos miramos un largo instante. Sé que está evaluándome, intentando adivinar qué clase de hombre soy. Si puede fiarse. Le aguanto la mirada, hasta que al final la aparta a un lado y aprieta los labios con fuerza. Me doy cuenta de que vuelve a encerrarse en sí misma, protegiéndose porque aún no ha llegado a ninguna conclusión respecto a mí. Se ha abierto una grieta en su muro, pero todavía no me deja pasar.

Volvemos cada uno a nuestra tabla a cortar ingredientes, en silencio, dándole vueltas a todo lo que acabamos de hablar.

—¡No, Ray!… ¡No, no, no!… —exclama entre risas al ver lo que estoy a punto de hacer.

Estoy girando una base de pizza sobre un dedo y me preparo para lanzársela, con la intención de que la recoja y sea ella quien continúe dándole vueltas.

—¡Tuya! —aviso, tirándola hacia arriba, impulsándola con un movimiento rápido del brazo.

—¡Ay, Dios!

Levanta el brazo para atraparla, pero calcula mal y la masa, bastante estirada y difícil de manejar, le cae de lleno en la cara. ¡Plas! Me echo a reír mientras ella, entre carcajadas, intenta sacársela de encima. Llego a su lado para ayudarla. Cuando por fin logra despejarse la cara, veo que lleva trocitos de masa pegados aquí y allá. Se los voy quitando sin dejar de sonreír, escuchando sus quejas. Mientras despotrica permanece quieta, permitiéndome que la limpie.

—No hay manera, Ray, Deberías dejarme por imposible.

Tiene razón. Llevamos un buen rato practicando y es bastante torpe.

—Me has convencido. Te declaro oficialmente un caso perdido. De pizzera no te ganarías la vida —me burlo, librándola del último trozo y apartándole los pelos despeinados de la cara.

Por suerte, lo de aprender a estirar la pizza ha sido para divertirnos, y ya hay dos pizzas cocinándose dentro del horno.

—Qué bien huele. ¡Estoy muerta de hambre!

Miro a través del cristal, a fin de comprobar el punto de cocción.

—Falta un minuto.

En ese tiempo llevamos nuestras copas, la botella de vino y servilletas al salón, colocándolo todo sobre la mesita que hay delante del sofá.

—Quédate aquí. Ahora vengo —le digo.

Regreso a la cocina y saco las *pizzas* del horno. Al volver al salón, la encuentro acurrucada en el sofá, con las piernas recogidas bajo la manta y una copa de vino en la mano. Con la otra, se empeña en encontrar con el mando de la televisión algún canal que le llame la atención. Me quedo en la puerta, sintiendo que se apodera de mí una extraña sensación. Es como si nunca hubiera querido otra cosa que no fuera esto, a pesar de haber tonteado con todas las mujeres que se me han puesto a tiro y de mi carrera profesional, que siempre he defendido con uñas y dientes.

Me siento confundido porque ya no sé quién soy. O quizás sea al revés, tal vez con Grace soy más yo que nunca.

Me siento a su lado y la beso.

—Grace…

Estoy tumbado de espaldas a ella, dejando que me revuelva el pelo en silencio.

—Dime.

—Creo que podría acostumbrarme a esto.

Sus manos se detienen, pero no comenta nada. Frunzo el ceño y me giro, buscando sus ojos.

—¿Y tú?

Se toma unos segundos. Cuando por fin responde, su tono es tan tenue que apenas lo oigo:

—Creo que yo también.

—No lo dices muy convencida.

No puedo disimular mi decepción.

—Ray, es que dijimos que íbamos a ir despacio…

—¿Qué te da miedo, Grace? Hay algo que te frena conmigo, lo noto.

—Que me hagan daño.

Su respuesta directa me deja inmóvil. No esperaba tanta sinceridad. La expresión en su rostro es la misma que cuando ha recordado los malos tratos de su padre. ¿Ese es el daño a que se refiere? Me incorporo y giro todo mi cuerpo hacia ella. La miro con expresión seria.

—Grace, yo nunca te pondría una mano encima. —Me asusta la idea de que se lo plantee siquiera.

—Hay muchas formas de hacer daño, Ray. No hace falta pegar.

—No te haría daño de ninguna manera. Al menos, no conscientemente.

La tomo de la cintura, obligándola a sentarse a horcajadas sobre mí. Rehúye mi mirada, y eso me preocupa.

—No te fías de mí —concluyo.

Entonces levanta la vista y me clava sus preciosos ojos verdes. Toda la seguridad que siempre he visto en ellos se ha esfumado, ahora solo veo temor y desconfianza.

—Representas el tipo de hombre del que juré no enamorarme…

—¿Y cómo se supone que es ese tipo de hombre?

—Prepotente, sin principios y sin escrúpulos.

—Vaya… No entiendo cómo viniste conmigo a Palm Beach si ese es el concepto que tienes de mí —ironizo, dolido por los adjetivos que acaba de dedicarme.

—Ya no tengo ese concepto de ti.

—No entiendo nada. Entonces, ¿cuál es el problema?

—El problema es que me he dado cuenta de que ese hombre que no me gustaba es una imagen que proyectas. Pero me preocupa por qué te escondes tras ella.

Me clava una mirada profunda, inquisitiva, y entonces me suelta una batería de preguntas que me deja nockeado:

—¿Qué son esas cicatrices en tu espalda, Ray? ¿Quién te las hizo? Yo te he hablado de mis padres, pero no sé casi nada de ti ni de tu familia. ¿Por qué no quieres hablar de ellos?

Sus ojos han recuperado su fuerza. Se aferran a los míos con decisión, buscando respuestas. Me está alentando a confesar la verdad. Su mirada es comprensiva. Como no digo nada, me empuja con otra pregunta. Cuando la oigo, entiendo la razón de que me mire como lo hace.

—¿Has sido víctima de maltrato, Ray? Puedes decírmelo. Soy la persona más indicada para escucharte y entender cómo te sientes.

«¡¿Cómo?!»

Mi corazón da un vuelco cuando comprendo la conclusión a la que ha llegado. Sabe que no voy a ver a mi familia casi nunca, que vine a Nueva York para alejarme de ellos, no se llegó a creer que las marcas en la espalda fueran a causa de un accidente… y su imaginación ha hecho el resto. Ahora sería el momento idóneo para sacarla del error. Solo hay un inconveniente…, que no me veo con

fuerzas para contarle la verdad. Exhalo intensamente cuando tomo mi decisión: no veo otra salida que nadar en la ambigüedad.

—No estoy preparado para hablar de mis marcas ni de mi familia, Grace. Dame tiempo. Es todo lo que te pido.

Me recorre el rostro para decidir qué hacer. Está analizando si estoy lo bastante jodido como para darme ese tiempo que pido. Cuando me sonríe y me acaricia el rostro tengo la certeza de que, de momento, he logrado mi propósito.

—Está bien. No quiero presionarte. Sé lo difícil que es asimilar este tipo de traumas.

Me acerco y la beso, aunque no dejo de sentirme como un embaucador mentiroso.

«Se lo contaré» me digo.

Lo pienso con plena convicción. Quiero decírselo. Solo que no sé cuándo.

CAPÍTULO 45

GRACE

De camino al trabajo, voy por la calle con cara de boba, sonriendo y mirando el cielo azul que se cierne sobre la ciudad. La oficina no está lejos de la casa de mi madre, y me apetecía disfrutar de la sensación del sol en la cara. No hay ni una nube, ni sopla una pizca de aire. Por fin, un respiro al frío y las lluvias de los últimos días. Recordando la noche que he pasado con Ray, cojo el móvil en un impulso y le escribo un mensaje:

Ya te echo de menos.

Vuelvo a meter el teléfono en el bolso porque no creo que me responda tan pronto; ahora mismo debe de estar reunido con su jefe, quien lo ha llamado a primera hora —interrumpiendo nuestro desayuno—, para tratar un asunto urgente. Después de terminarnos las tostadas a toda prisa, me ha dejado en casa para que pudiera cambiarme de ropa. Aprieto los labios al visualizarlo en su papel de abogado, impecable y concentrado, consciente de que aún no le he contado que vuelvo a defender a Alice. ¿Podría haberlo hecho? Sí. ¿Por qué me lo he callado? Porque no quería que se pusiera a la defensiva ni arruinar la noche que compartimos.

«Esta tarde lo llamaré y se lo explicaré todo. ¿Quién sabe? Hasta es posible que abandone la defensa del senador cuando se entere de lo que le hizo a Alice», me digo, esperanzada.

Abro la puerta con mi llave; aún falta media hora para que Violet empiece su jornada. Subo el termostato de la calefacción con el fin de caldear un poco el lugar y me voy hasta mi despacho, abandonando el abrigo y mi cartera sobre la silla en la que, hace apenas un par de días, Alice se sentó para contarme su verdad. Me pregunto si Violet habrá localizado ya a los policías que estuvieron presentes el día del accidente de los Carlson. Hoy sería un día perfecto para acercarnos hasta allí, sin riesgo de que se nos congelen los dedos de pies y manos.

Me acerco al pequeño *office* junto al aseo y me sirvo un café para tomármelo sin prisas, antes de que aparezca mi asistente. El de esta mañana, en casa de Ray, apenas lo he saboreado; después de la llamada de su jefe nos lo hemos tenido que beber casi sin respirar.

Me muerdo el labio al acordarme del sexy abogado con el que últimamente comparto las sábanas, cerrando la puerta de su apartamento con el maletín de piel negra en una mano y el abrigo bajo el brazo, y se me escapa una risita cuando revivo el momento en que nos hemos metido en el ascensor y las puertas se han cerrado… De nuevo ese brillo intenso en nuestros ojos, que sabemos de sobra a dónde nos conduce.

—*¡No!* —nos hemos prohibido al unísono antes de echarnos a reír y de separarnos lo suficiente como para no caer en la tentación de empezar a besarnos otra vez.

Ha sido difícil, lo confieso; estaba espectacular con su traje gris oscuro, la camisa negra y esa corbata verde ajustada con elegancia a su cuello, ese que ya conozco al detalle de recorrerlo con los labios.

Mientras le doy un sorbo al café, doy unos pasos sin rumbo por nuestra salita de espera sin dejar de pensar en él, hasta que acabo apoyando el culo en la mesa de Violet. Casi por inercia, tomo una de las fotografías que tiene encima. Son sus padres y Brad el día en que este se licenció como enfermero. Me acerco la foto para mirarlos mejor y siento una punzada de envidia sana; irradian felicidad.

Mis ojos se detienen en el hermano de Violet. Antes de conocer a Ray se me había pasado por la cabeza en más de una ocasión acercarme un poco más, dar un paso adelante y dejar de ser solo una amiga. Siempre pensé que lo nuestro podría funcionar por lo parecidos que somos, aunque ahora que sé todo lo que Ray me hace sentir, me doy cuenta de que probablemente hubiera sido un fracaso. Está claro que Brad es solo un amigo; mi estómago no burbujea cuando lo tengo cerca, ni he sentido jamás unas ganas genuinas de besarlo, a pesar de que me he planteado varias veces dejarme llevar… Solo por probar a ver qué pasaba entre nosotros, si podía surgir algo.

Vuelvo a dejar la foto en su sitio.

«Menos mal que no intenté nada».

Es probable que nuestra relación de amistad se hubiera vuelto rara para nada. Ahora me doy cuenta: Brad, como hombre, no me mueve ni un pelo.

«Y mira que está bueno».

Cojo ahora la otra foto y suelto una carcajada. La he visto un montón de veces y no puedo evitar reír cada vez que la miro: son Violet y su perro, con gafas de sol, un sombrero y un cigarro colocado de medio lado en la boca. Parecen dos detectives de vuelta

de todo. Niego con la cabeza. Ese perro es el alma gemela de su dueña. Alegre y divertido como ella… ¡y, además, se deja hacer de todo! Aún no me explico cómo aguantó posando para la foto con todo eso encima. Debe de ser verdad eso de que los animales se mimetizan con su dueño.

Doy otro trago a mi café y escucho mi móvil sonar dentro del bolso. Camino rápido en su busca para que no me cuelguen y, cuando lo tengo entre las manos, compruebo que es mi madre.

—Hola, mamá.

—Hola, hija. ¿Qué tal la noche?

—Bien —respondo escueta. No me apetece darle explicaciones. Sé que Ray no le gusta porque está segura de que no va en serio conmigo.

—No quiero inmiscuirme, pero… ¿no vais demasiado deprisa, tesoro?

«Ya estamos».

—Mamá, vale ya. Es mi vida y yo decido con quién salgo. Si me rompen el corazón, me lameré las heridas como hace todo el mundo. Pero ahora déjame disfrutar del momento.

—Está bien. Espero no tener que decirte «te lo dije».

Resoplo ruidosamente para que me oiga.

—¿Algo más? —pregunto de mala uva.

—No, nada. Acuérdate de que hoy he quedado con tu tía para ir a ver una exposición. Comeremos por ahí. Te dejaré algo hecho, cariño.

—No, tranquila. Comeré con Violet. Es probable que tengamos trabajo fuera de la oficina.

—De acuerdo, entonces te veo a la hora de la cena.

—Perfecto, sí. Nos vemos entonces. Pásalo bien con la tía y dale un beso de mi parte.

—Se lo daré. Que tengas un buen día.

—Igualmente.

Colgamos. Antes de que me dé tiempo a quejarme de la manía que tiene mi madre por controlar mi vida sentimental, un mensaje aparece en la pantalla en el mismo momento en que Violet entra por la puerta.

—¡Buenos días, jefa!

—Buenos días, Violet —respondo, echándole un vistazo fugaz para volver mi atención de nuevo al móvil.

Sonrío al leer el nuevo mensaje.

Ray
Yo también te echo de menos.
Cada segundo.
¿Te veré hoy?

Tecleo con rapidez:

Yo
Sí. Tengo que contarte algo.

Ray
¿Tengo que preocuparme?

Yo
No.

Ray

Vale. ¿A qué hora quedamos?

Yo
Sobre las cinco y media.
Le he dicho a mi madre que hoy
cenaría con ella.

Ray
OK. ¿Dónde?

Yo
En el 2306 de la Avenida Arthur.
Aquí, en el Bronx
Es una cafetería a la que voy a veces.

Ray
Bien.
Allí estaré.
Intentaré no llamarte hasta entonces,
pero no prometo nada.
(emoji guiñando un ojo)

Yo
(emoji con corazones en los ojos)
Adiós.

Ray
Hasta luego.

Dejo de escribir y levanto la cabeza para descubrir que Violet me mira desde la puerta del despacho con cara extrañada. Toso para disimular. Imagino que debe de sospechar que estoy tonteando con alguien por la sonrisa que adorna mi cara.

—Oye, ¿no tienes nada que contarme? —me suelta sin contemplaciones.

—¿Yo? ¿Por qué lo dices? —me hago la tonta.

Salgo del despacho, pasando por delante de ella, para dejar la taza de café en el fregadero del *office*.

—No voy a insistirte. Solo espero que Brad y tú no tengáis la poca vergüenza de estar saliendo y no me lo contéis —dice, enfurruñada.

—No es Brad —le dejo claro.

Pone cara de decepción. Sé que le gustaría vernos juntos.

—Algún día os daréis cuenta de que sois el uno para el otro.

—Creo que no, Violet.

Ahora sí lo sé seguro.

—Está bien, lo que tú digas.

—¿Has localizado a los policías del accidente de los Carlson?

—Sí. —Su boca se expande en una sonrisa—. Dentro de una hora tenemos que estar en la ubicación que me acaban de enviar al móvil—. Es el punto exacto donde tuvo lugar el accidente.

—Violet, recuérdame que te suba el sueldo si algún día volamos alto.

—No sé yo si llegará ese día.

No digo nada. Desde luego con este caso no va a ser, salvo que los policías nos cuenten algo nuevo que no sepamos ya.

—¿Nos vamos? —pregunto.

—En cuanto me tome un café, jefa. Necesito la cabeza bien despejada antes de salir en busca de pistas.

—OK, querido Watson.

Levanta el pulgar y se mete en el *office* a ponerse su café.

No sé qué haría sin ella. Es la persona más eficaz que conozco y aquí, conmigo, se está desperdiciando profesionalmente. No puedo dejar de sentirme un poco culpable por ello.

CAPÍTULO 46

GRACE

Violet y yo permanecemos extrañamente en silencio durante el trayecto hacia Todt Hill, la zona residencial en Staten Island donde sucedió el accidente de los Carlson. La carretera, bastante transitada a esta hora del día, discurre, estrecha, entre espesos bosques de acacias, robles y arces, entre otras especies. Es la zona más verde y elevada de Nueva York, y también una de las más caras para vivir. Mientras conduzco, mi asistente observa a través de la ventanilla las lujosas casas que se distinguen a lo lejos, en lo alto de la colina. Ninguna comenta nada, aunque imagino que las dos estamos pensando en lo diferente que es todo esto de nuestro barrio.

—Estamos a punto de llegar —me avisa, tras comprobar su móvil.

Al cabo de un minuto avistamos un coche de policía en el arcén del otro lado de la carretera. Reduzco la velocidad y pongo el intermitente con el propósito de girar. Lo hago en una maniobra que quizá me cueste una bronca de los agentes, al haber invadido el carril contrario por un breve instante. Aparco detrás del otro vehículo y nos apeamos. Busco con la mirada por los alrededores, buscando a los policías.

—Qué raro. ¿Dónde están? —pregunta mi compañera, verbalizando lo mismo que pienso yo.

—¿Abogada? —Las dos nos giramos en la dirección de la voz masculina que pregunta por mí. Proviene de algún lugar unos pies más abajo del nivel de la carretera.

—¡Sí! ¡Soy yo! —confirmo, una vez localizo al agente que hace señales con la mano y a su compañero, situado detrás.

—¡Bajen!

Violet y yo descendemos poniendo atención; no llevamos zapatillas, y el suelo está resbaladizo debido a las hojas mojadas que cubren el suelo. Pese a tener cuidado, mi compañera resbala y da con sus posaderas sobre el mullido manto vegetal.

—Mierda —maldice, dejándose ayudar cuando le tiendo la mano.

—¡Tengan cuidado! ¡Resbala bastante!

—¿Ah, sí? ¡A buenas horas avisa! —responde, malhumorada.

Cuando llegamos junto a ellos y después de los saludos correspondientes, el policía de más edad inicia la conversación:

—¿Así que usted es la abogada de la mujer del senador?

—Exacto. Me gustaría echar un vistazo al sitio donde sufrieron el accidente. Me ha dicho Violet que fue usted quien asistió en aquella ocasión al matrimonio.

—Sí. Fuimos nosotros —corrobora, señalándose alternativamente a él y a su compañero—. Llevamos patrullando juntos más de cinco años, ¿verdad, Marc?

—Así es. Más de cinco años —repite el agente joven sin añadir nada más. Creo que tiene bastante asumido quién manda de los dos y quién se va a encargar de responder a todas nuestras preguntas.

—Muy bien. ¿Podrían decirme dónde fue el impacto? —inquiero, centrándome sin más preámbulos en lo que nos ha llevado

hasta allí.

En ese instante, Violet extrae un cuaderno y un bolígrafo de su bolso con el fin de tomar notas.

—Justamente ahí, en el haya que tienen detrás.

Violet y yo nos giramos y descubrimos un inmenso árbol de tronco robusto, liso y grisáceo. Alzamos la vista con la boca abierta. Es muy alto. Está sin hojas; todas yacen esparcidas por el suelo, medio podridas a causa de la humedad.

—Es impresionante, ¿verdad? Es un milagro que no se mataran con el choque —reflexiona el policía al ver la expresión de nuestro rostro. Estamos admirando el árbol. Es un ejemplar majestuoso.

Comienzo a caminar hacia el haya —a unos veinte pasos de nosotros—, y los demás me siguen. Una vez junto a ella, observo detenidamente el tronco. El silencio se hace entre nosotros. Solo se escucha el sonido de los pájaros de la zona y los coches en la carretera, pasando con bastante frecuencia. Señalo con el dedo y me giro hacia el poli:

—¿Fue aquí donde impactaron?

—Sí. Debieron de dar un volantazo, invadieron el otro carril y cayeron por ahí —indica el terraplén— hasta que el haya los frenó. Si lo que busca es muescas en el tronco no encontrará ninguna. El árbol ni se inmutó. El coche que llevaban, por suerte, era de alta gama y las hojas en el suelo ralentizaron su velocidad, si no, el golpe habría sido mortal.

—Es increíble que no tenga ni un rasguño —comenta Violet, quien se ha quedado algo más rezagada al lado del policía más joven.

—¿Cuál fue la zona que perimetraron? —sigo preguntando.

—Pusimos la cinta entre esos cinco árboles. —El policía apunta hacia ellos, mostrando una zona que abarca un diámetro de unos treinta pasos en torno al lugar del choque.

—¿No encontraron nada?

El hombre se levanta la gorra y se rasca la cabeza, pensando la respuesta. Me doy cuenta de la mirada incómoda que le lanza el más joven.

«Aquí hay algo».

—¿Quiere comentar usted alguna cosa? —lo invito a participar.

—No. Nada.

—¿Está seguro?

Entonces vuelve a intervenir su compañero adulto, el señor Sullivan creo ha dicho que se llamaba.

—No encontramos nada. Esa noche nos limitamos a poner la cinta porque no teníamos luz para tomar pruebas… Y luego, en fin…, era tan evidente lo que había ocurrido que tampoco se consideró necesario darle más vueltas al asunto.

—En resumen, no es que no encontraran nada, es que se limitaron a llevarse el coche al día siguiente, sin buscar pistas en el propio vehículo ni rastrear el perímetro marcado —le recrimino.

—Iban bebidos, señora. Además, no había marcas ni indicios de que hubiera otro vehículo involucrado, y el coche acababa de pasar una revisión hacía un mes. Estaba en perfecto estado. No fue una causa mecánica.

—Ya. Pues para su información, aunque supongo que ya lo debe de saber, Alice Carlson, que era quién conducía, no iba borracha.

—No, pero conducía demasiado deprisa y haciendo eses por la carretera.

Los ojos de Violet se cruzan con los míos con complicidad. Estamos pensando lo mismo. Verla llorar en nuestra oficina, mientras nos explicaba lo sucedido, nos permite imaginar el estado de nervios y de rabia en el que debía de conducir después de la violación. No obstante, ir con su narración al juzgado no serviría de nada. No lo podemos probar.

—Vamos a echar un vistazo —informo a Sullivan.

—Claro, por supuesto —responde con tono condescendiente—. Si no tienen otra cosa en la que perder el tiempo hoy…

—Quizá si hubieran hecho su trabajo cuando debían, no tendríamos que hacerlo ahora nosotras —espeta Violet, molesta.

Nos repartimos la zona entre las dos. Los agentes ni siquiera hacen mención de echar una mano. Aguardan de brazos cruzados a que acabemos nuestra inspección ocular. Les he pedido que se queden por si encontramos algo.

Al cabo de una hora siento el cuello entumecido de tanto mirar hacia el suelo, donde mi compañera y yo no hemos dejado de remover las hojas con los pies. Emito un suspiro de frustración y me desplazo un par de pasos para batir otra zona. Vuelvo a mover el pie derecho, barriendo las hojas para dejar al descubierto la tierra…, y entonces veo algo que me llama la atención. Lo toco con el pie. Es algo redondeado, duro y del mismo color marrón oscuro que la tierra que pisamos. Me agacho con el ceño fruncido y, sin tocarlo, intento adivinar qué es.

—Violet, ¿puedes venir un momento?

Al instante la tengo al lado.

—¿Esto es lo que creo? —pregunto.

Se agacha poniéndose en cuclillas, junto a mí.

—No sé tú, pero diría que es el tacón de un zapato de hombre —me dice.

Remueve un poco con el bolígrafo alrededor.

—Espera —le pido—. Señor Sullivan ¿tienen guantes? —pregunto girándome hacia atrás. Cuando lo hago me doy cuenta que los dos agentes se han acercado, curiosos por nuestro descubrimiento.

—Sí, claro. Marc, sube a buscar unos.

El joven comienza su subida por el terraplén, mientras Sullivan se agacha con nosotras.

—Parece la tapa de un tacón —coincide con Violet.

—Sí. Eso parece —confirmo también—. Deberíamos hacer fotos antes de sacarlo de aquí. Para que quede constancia del lugar en donde estaba. Ustedes, como agentes de policía, pueden dar fe de la fecha y del lugar de recogida.

—Por supuesto. Haga fotos con su móvil, yo las haré con el mío —propone.

Marc regresa a nuestro lado y no solo trae los guantes, también una bolsa y un cono de plástico de color amarillo con un 1 pintado en negro. Prueba número 1.

«A buenas horas» pienso. Que tengamos que haber venido nosotras para hacer su trabajo… En fin, puede que el objeto no esté relacionado con el caso, que estuviera aquí antes, que hubiera llegado después o que no sea indicio de nada… Sea como sea, no batieron el lugar, y eso es imperdonable en una investigación. Niego

con la cabeza y, una vez que el joven agente coloca el cono junto al tacón, nos alejamos del lugar. Tanto Sullivan como yo nos dedicamos a fotografiar el lugar desde lejos, tomando varias perspectivas en torno al punto exacto donde lo hemos encontrado. Luego hacemos otras de cerca, del objeto en cuestión. Con los guantes, lo extraigo de entre la tierra y lo alzo para verlo mejor. Le paso la mano enguantada para sacudir los restos de tierra y entonces aparecen unas letras grabadas: *Simoncelli.*

—Debe de ser la marca —sugiere Violet.

—Lo es.

Sullivan y yo volvemos a tomar fotos en todos los ángulos y muy de cerca, para que se distingan bien las letras. Finalmente, deposito la tapa del tacón en la bolsa que Marc mantiene abierta y continuamos nuestra inspección en busca de más pruebas por la zona que estuvo perimetrada. Ahora los policías sí se unen a nosotras, motivados por el hallazgo. Sin embargo, tras un par de horas removiendo hojas, no encontramos nada más.

Nos despedimos con la promesa de los agentes de comunicar a su oficial al mando el nuevo hallazgo. Pese a ello, no confío en que reabran la investigación, si es que alguna vez estuvo abierta. Me da la sensación de que la sombra de Carlson puede estar detrás de toda esta falta de interés de la policía, así que decido no esperar e investigar por nuestra cuenta.

A las cinco y media entro por la puerta de la cafetería donde he quedado con Ray. Me hace señas con la mano desde una de las mesas. Pese a que ya ha acabado su jornada laboral, su aspecto es espectacular, como siempre. El nudo de la corbata sigue impecable

en su sitio, perfectamente centrado. La fascinación que me produce hace que mis tobillos flojeen sobre los tacones. Le sonrío y estiro un brazo para corresponder a su saludo. Cuando llego a su lado se levanta al instante, atrapando mis labios con un beso suave y delicado que me altera por dentro hasta el punto de hacerme olvidar donde estoy.

—¿Qué tal el día? —se interesa, sonriendo cuando se despega de mí.

—Bien —respondo, concisa.

Tomo asiento en la silla de enfrente y me desprendo del bolso. De camino hacia aquí he decidido que, cuando le diga que regreso al caso, voy a omitir el hallazgo de esta mañana en el lugar del accidente. Él vuelve a ser el abogado contrario y mi intención es intentar ganar —aunque lo tenga bastante crudo—, así que cuanto menos sepa de nuestras pesquisas, mejor.

—Bueno, ya estoy aquí. ¿Qué querías contarme? Soy todo oídos.

El camarero llega y le pedimos un par de cafés. Cuando se va, se lo suelto sin retrasarlo más:

—Ray, vuelvo a ser la abogada de Alice.

Se recuesta en la silla, dejándose caer a peso, frunciendo el ceño mientras me mira. Está claro que no se esperaba esto.

—Tiene que haber sucedido algo significativo para que hayas cambiado de opinión.

Me doy cuenta de que su mente de abogado se ha puesto a funcionar e intenta adivinar si hay algo que pueda entorpecer su camino hacia el triunfo. Sé que le gusto, y también que su carácter competitivo sigue ahí, aunque sea yo la que está en el lado

contrario. La violación que confesó Alice sí voy a contársela, confío en que quizá se retire una vez lo sepa.

—Alice me confesó que el hijo que espera es de Carlson. La violó cuando volvían de la convención republicana. El día del accidente.

La expresión de Ray se vuelve extremadamente seria y concentrada. La noticia le ha impactado por la gravedad, pero también estoy segura de que su cabeza está procesando el dato y analizando las múltiples posibilidades que pueden darse delante del juez con una violación de por medio. Al final, deducirá lo que yo: que si no puede probarse nada, es irrelevante. Cuando su gesto se relaja sé que, por fin, ha llegado a esa conclusión, aunque todavía tiene una duda:

—¿Hay pruebas? ¿Informes médicos?

—No.

Lo taladro con los ojos, francamente decepcionada. Ni siquiera me ha preguntado cómo está Alice. Siente alivio por la forma en que baja los hombros —que ha mantenido en tensión con la noticia—, pero ni una pizca de compasión por lo que le ha sucedido a mi cliente.

—Es su palabra contra la del senador, que imagino que negará los hechos. Sigues sin tener nada, Grace.

—Lo sé, pero esperaba que con lo que te acabo de decir rechazaras defender al senador.

Enarca las cejas y me observa incrédulo, sin creer todavía lo que acabo de expresarle.

—Grace, es un cliente de la firma —reacciona al cabo de unos segundos—. No puedo dejarlo colgado. Además, ¿quién me dice que

Alice no miente? Te recuerdo que ya lo ha hecho antes.

«Eso es verdad».

—El hijo es de Carlson. Está en un informe.

Sonríe de medio lado.

—¿Y si Alice consintió tener sexo con su marido? No sería tan raro.

Empiezo a cabrearme.

—Tú no la has visto llorar como yo mientras me confesaba la violación.

—Podría estar actuando —continúa, impasible.

—¡Dios, Ray! ¡No puedo creer que quieras defender a ese sinvergüenza! —Me doy cuenta de que he subido el volumen demasiado y que el chico que está en la mesa de al lado me mira con cara de pocos amigos.

—Es mi trabajo, Grace. —Para él resultan tan obvias sus razones que el tono que emplea me hace sentir idiota—. Además, todo el mundo tiene derecho a un abogado. Decidir defender a tipos de dudosa moral es tan válido como decidir no hacerlo.

—¿Dudosa moral? —Me rio displicente—. Una forma muy fina de evitar llamarlo sinvergüenza.

—Por no hablar de la pasta que va a reportar a la firma… —sigue justificándose.

—Claro, ya tardaba en salir el tema del dinero.

—Vamos a ver, Grace —adopta un tono paternalista que me fastidia bastante—, ¿cómo te lo explico?... El mundo está lleno de causas justas, pero en mi bufete preferimos apostar a caballo ganador.

—¿Tan claro tienes que vas a ganar? Me ofendes.

—No al principio, pero admite que el caso se os está poniendo muy difícil. No obstante, me parece muy loable que quieras defenderla. Como digo, todo el mundo tiene derecho a un abogado, también Alice Carlson, aunque no es el tipo de cliente con el que habría decidido trabajar mi despacho.

—Porque no tiene pasta, por supuesto.

—Exacto. Antes de aceptar un cliente siempre nos aseguramos de que cuenta con fondos para pagar nuestros servicios.

Nos miramos con intensidad. No me gusta esta conversación, me recuerda demasiado al Dawson del principio. Además, es verdad que todo el mundo tiene derecho a ser defendido, pero me cuesta admitir que un tipo como Carlson vaya a salirse con la suya. Ray se acerca y se reclina sobre la mesa para cogerme la mano. En cuanto me toca, todas las reticencias hacia su persona que empezaban a emerger con esta charla, se desvanecen de un plumazo.

—Grace, me encanta tu idealismo, pero yo no soy así. Me gustaría que la distinta visión que tenemos de nuestro trabajo no interfiera en esta relación. —Se lleva mi mano a la boca y la besa con suavidad—. Me dan igual los Carlson, sinceramente. Para mí son trabajo, y lo último que deseo es que este caso se interponga entre tú y yo.

Cuando escucho esas palabras no puedo evitar retirar la mano y mirarlo desilusionada. Mi rechazo le sorprende, pero no comenta nada, espera a que sea yo quien diga algo.

—Para mí Alice no es solo trabajo, Ray. Es una mujer que ha sido violada y que lloraba cuando me lo contaba.

Su expresión se torna más seria; empieza a preocuparle no poder llevar a buen puerto esta discusión. Se aparta de la mesa y

vuelve a reclinarse hacia atrás, sobre la silla.

—La crees —afirma más que pregunta.

—Sí.

—Ahí lo tienes. —Me señala con el dedo. Frunzo la frente sin entender a qué se refiere—. Eso es lo que nos diferencia, Grace. Yo, sin pruebas, no me creo a nadie, ni siquiera a mis propios clientes. A lo sumo, hago un esfuerzo por empatizar con ellos, por ponerme en su lugar para poder defenderlos. No me importa si su causa es justa o no, me limito a obtener pruebas que los favorezcan o a intentar anular las de mi oponente, incluso en los casos en que mi propio defendido apesta a fraude.

En ese momento viene a mi cabeza lo que hemos encontrado esta mañana. Tengo la tentación de desviar la vista para que no me lo note, pero me contengo precisamente por eso mismo; Ray es lo bastante sagaz como para darse cuenta de cualquier gesto que delate que estoy ocultando algo. Sin perder el contacto visual le pregunto, directa al grano:

—Resumiendo, que vas a seguir defendiéndolo ¿no?

—Sí. —Su respuesta no puede ser más rotunda.

—Ya.

Arruga la frente, sin perderme de vista. Está intentando sacar conclusiones por su cuenta, pero como no lo consigue, no le queda más remedio que preguntar:

—Y ahora, ¿qué? ¿Quieres que dejemos de vernos porque no soportas mi forma de pensar sobre esto, o porque volvemos a ser oponentes?

«No tengo ni idea de qué es lo que quiero» pienso. Me ha dejado muy claro que no va a abandonar la defensa de John

Carlson. Y eso me fastidia tanto como me gusta él.

Al fin llega el camarero con nuestros cafés, lo que me da cierto margen para reflexionar mientras los pone sobre la mesa y Ray paga la cuenta. ¿La verdad? No quiero que dejemos de vernos. Es lo que menos deseo del mundo. Al revés, cada día lo necesito más en mi vida. Me revuelvo incómoda en el asiento cuando una ligera idea asoma en mi cabeza por primera vez. Cuando la idea se hace más fuerte en mi mente —que no deja de ponerme delante nuestros momentos juntos—, todo resulta tan evidente que no sé cómo he tardado tanto tiempo en poner nombre a lo que siento.

«Estoy demasiado enamorada de Ray Dawson como para dejarlo ir. Ni siquiera soporto la idea de separarnos un tiempo hasta que pase el juicio».

El camarero se aleja, dejándonos solos otra vez. Mis ojos se vuelven hacia él y descubro que me está escrutando con sus ojos grises. Esos que cuando nos conocimos se mostraban fríos y que ahora parecen preocupados mientras aguarda mi respuesta. Está intranquilo.

«¿Puede ser que él sienta lo mismo que yo?» «¿Qué también esté enamorado de mí?».

—No. No quiero que dejemos de vernos —susurro.

Su gesto se relaja y una sonrisa complacida ilumina su rostro. Lo acompaño con la mirada al ver que se levanta de su sitio para sentarse en la silla más próxima a mí. Me coge de las manos y tira de ellas, obligándome a sentarme en sus rodillas. Al instante sus brazos rodean mi cintura. Sus ojos se hunden en los míos y mi cuerpo se derrite con el fuego que veo en ellos. Correspondo a su gesto levantando la mano para acariciarle el rostro, sintiendo el tacto

áspero de su barba incipiente. Sin poderlo controlar, el roce de nuestras pieles me excita.

—Me alegra oírte decir eso —dice con la voz más sexy del mundo—, porque yo tampoco quiero perderte de vista ni por un instante, chica del Bronx.

Antes de que me dé cuenta me está besando. Lo hace con intensidad. Mi cuerpo sube de temperatura igual que los cafés humeantes que reposan sobre la mesa.

CAPÍTULO 47

RAY

Mackenzie pasea su vista por mi rostro intentando leerme. Por suerte, he aprendido a poner cara de póker. En mi trabajo es importante. Cuando se convence de que solo con mirarme no va conseguir información acerca de lo que pienso, lanza la pregunta:

—Bien, ¿y qué opina usted, señor Dawson?

Acabo de contarle la conversación que tuve con el senador Carlson después de que Grace me desvelara ayer la supuesta violación a su esposa. Por supuesto, la negó, aunque su tono de voz cambió y su explicación fue titubeante, lo que me hizo dudar de inmediato.

—Eso no importa.

Sigue hundiendo sus ojos azules, pequeños y vivos sobre los míos.

—Por supuesto que importa. Es nuestro cliente. Tanto si la violó como si no, nos debemos a él. Me pregunto si usted está tan convencido como yo.

Nunca me ha caído bien Carlson, por eso, si es cierto que abusó de Alice, me confirmaría la opinión que tengo de él: que es un delincuente. Sin embargo, el caso es demasiado importante para mi carrera para dejar que la ética, a estas alturas, se interponga en mi camino. Si no lo defiendo yo, lo hará otro, y mis posibilidades de

ascender a socio del bufete se habrán ido a la mierda. Respondo a Hogan lo que quiere oír:

—Lo estoy. Y no me preocupa la confesión de la mujer. Aunque fuera cierta, sería su palabra contra la de su marido. Garret me aseguró que no hay informes médicos que atestigüen que fue forzada. Si realmente pasó, ella no lo recordaba. Parece ser que sufre de estrés postraumático. No denunció y no le hicieron pruebas. Según su versión se acordó puntualmente de la violación tiempo después, cuando supo que estaba embarazada.

—¿Ha comprobado usted también que no hay informes médicos?

—Sí. Esta mañana he puesto a mi detective con el asunto para que se cerciore. Alice no se ha hecho ninguna prueba ginecológica en los últimos seis meses, salvo la que detectó su embarazo.

—Perfecto, Dawson. De todos modos… —su voz se vuelve áspera y cautelosa—, no se descuide. Esa tal Garret es bastante peliaguda cuando se trata de casos de maltrato contra las mujeres. Tiene un buen porcentaje de casos ganados. Me he informado.

Siento un leve orgullo al oírle decir eso, aunque descarto enseguida ese pensamiento; en este momento soy su contrincante en los juzgados, no su amante, y debo comportarme como tal. Por un momento, imagino el desastre épico que sería para mi carrera que MacKenzie se enterara de mi relación con ella. Sin embargo, también me doy cuenta de algo: Grace sería la única causa por la que estaría dispuesto a correr el riesgo.

—No se preocupe. Lo tengo todo bajo control.

—Si en algún momento tiene problemas, no dude en ponerse en contacto conmigo. Lo resolveremos.

—¿A qué se refiere? —inquiero.

La forma en que lo ha dicho me pone en alerta.

—Me refiero a que es un caso demasiado mediático como para permitir que se nos tuerza… Si es preciso usar métodos más contundentes en un momento dado, se usan.

Un mal presentimiento me recorre la espalda. No entiendo exactamente a qué métodos contundentes se refiere, solo sé que sus palabras me producen un rechazo visceral.

—Prefiero ganar los casos limpiamente, señor MacKenzie —aclaro con seriedad.

Es verdad que, a veces, he usado vacíos en la ley y me ha tocado ser astuto y creativo para retorcer la ley a nuestro favor, pero nunca he hecho nada ilegal. Una cosa es defender a sinvergüenzas, y otra muy distinta, usar medios ilícitos para ganar.

«Mucho menos teniendo a Grace al otro lado».

—Lo entiendo, créame. Pero no se trata solo de usted, se trata del bufete y de un cliente con mucho poder con quien nos conviene quedar bien. No lo olvide. —Coge el auricular del teléfono que tiene sobre la mesa para terminar nuestra reunión—: Ahora, si no le importa… Tengo que hacer una llamada importante.

—Claro. Buenos días —me despido, molesto, por el modo brusco en que se ha deshecho de mí.

Abandono el despacho preocupado. MacKenzie siempre ha sido mi modelo a seguir, aunque empiezo a tener serias dudas de querer parecerme a él. Carlson nunca me ha gustado, y empiezo a ver entre ellos demasiadas similitudes.

CAPÍTULO 48

GRACE

Violet pulsa «enter» y entramos en la *web* de *Simoncelli*, la marca de calzado a la que pertenece la pieza que encontramos en el lugar del accidente. Un modelo masculino guapísimo, vestido muy elegante, aparece ocupando toda la pantalla. Está sentado en un sillón —en la terraza de una especie de palacete—, con los pies apoyados en la balaustrada de piedra, mirando con gafas de sol y pose despreocupada hacia el jardín que se extiende delante. Lo primero que capta la atención son sus zapatos, y lo que se deduce inmediatamente al mirar la imagen es exclusividad y lujo.

—Menudo ejemplar —comenta Violet.

—¿Te refieres al tío o a los zapatos? —me burlo.

—Está claro que a los zapatos.

—Por supuesto —ironizo—. Anda, dale a «Colecciones», a ver por qué módico precio los venden.

Mi asistente obedece, y al momento se nos muestra la primera de las colecciones: *Pearl Harbour.* Navegamos un rato en ella para descubrir que el par más barato no baja de quinientos dólares. Después curioseamos en la siguiente colección, *Out of Africa.* Más de lo mismo, solo que esta es un poco más cara que la anterior; aquí los precios están por encima de los mil pavos. Me temo que las han ordenado de menor a mayor precio. Seguimos abriendo colecciones ya únicamente por curiosidad, lo que sirve para confirmarnos que

tengo razón: a medida que vamos abriendo pestañas los precios suben. Hay modelos que rondan los cuatro mil.

—Vaya tela… —dice Violet, sorprendida—. Y ahora sí me refiero a los zapatos.

No le presto atención. En lugar de contestar, empiezo a razonar en alto:

—No sé si esa tapa de tacón estaría ahí antes del accidente… No lo creo. Suponiendo que no, es decir, que pertenezca al calzado de alguna de las personas que estuvo allí con motivo del accidente, me temo que no puede ser de nadie más que de Carlson, Violet. Es evidente que los policías no pueden pagarse unos *Simoncelli,* tampoco los camilleros… Quizás podría ser del médico que iba en una de las ambulancias, aunque según los policías era un chico joven con aspecto un poco *hippie* y desenfadado. Si es así, no le pegaría llevar una marca de zapatos tan refinada.

—Solo hay una forma de averiguar si Carlson usa *Simoncelli*. Llamando a Alice —propone mi ayudante.

—Me lo has quitado de la boca, Watson.

Violet me empuja con el hombro en un gesto cómplice. Cojo mi móvil, que he dejado sobre su mesa, y marco el número de nuestra clienta. A los pocos tonos oímos su voz. Pongo el altavoz, para que también mi compañera escuche lo que nos diga, y vuelvo a dejar el teléfono en el escritorio.

—Hola, Grace.

—Hola, Alice. ¿Cómo estás?

—Bien, dando un paseo. Necesito moverme un poco.

—Claro. El ejercicio es bueno en tu estado. Escúchame, necesito saber una cosa —le digo sin poder aguantar más mi

curiosidad—: ¿tu marido lleva zapatos de la marca *Simoncelli*?

Se queda callada, sorprendida por la pregunta.

—Sí, como medio vecindario de Todt Hill. Es una marca muy exclusiva. ¿Por qué quieres saberlo?

Violet me lanza una mirada significativa.

—Aún no sé si tiene importancia, Alice. Más adelante te informaré. No comentes nada de esto con nadie, ¿de acuerdo?

—No, tranquila.

—¿Tienes a alguien de tu confianza dentro de la casa de Carlson? ¿Alguien a quien puedas preguntar lo que voy a decirte sin que se lo cuente a tu marido?

Mi ayudante vuelve a mirarme, sabe qué es lo que quiero de la exmodelo.

—Sí. Cindy. Nuestra asistenta personal —responde—. Es quien se encarga en la casa de mantener la ropa y el calzado a punto. Ya sabes, lavar, planchar, llevar prendas a la tintorería, lustrar zapatos… Nos llevábamos bien.

—¿Puedes preguntarle si en los últimos meses ha llevado algún zapato de Carlson a arreglar?

—Claro.

—Perfecto. —Sonrío a Violet, que me responde del mismo modo—. Como te he dicho, todavía no sé si esto es importante o no para tu defensa, pero es el único hilo del que podemos tirar en este momento. Quizá sea algo anecdótico, sin embargo, tenemos que forzar y ver hasta dónde nos lleva.

—Sí, sí. Como tú veas. Ya te dije que confío en ti plenamente.

—Gracias. Por favor, llámame en cuanto hables con esa señora.

—Sí, la telefonearé cuando llegue a casa.

—Espero tus noticias. Y te repito, ni una palabra de esto a nadie ¿entendido?

—Entendido.

En cuanto cuelga, Violet indaga en mi rostro, que permanece concentrado dándole vueltas al asunto.

—¿Qué, Sherlock? ¿Alguna idea?

—Aún no.

—Los policías no han dado señales de vida —advierte, por si no me había dado cuenta.

—Era de esperar, que no movieran un dedo.

En ese preciso instante entra un mensaje en mi móvil. Es de Ray. Cojo con rapidez el móvil de la mesa antes de que lo vea Violet y me levanto. Aún no le he dicho que estoy con él y quiero que siga siendo así. Arruga la frente con fastidio. Se muere de ganas por que le cuente algo de mi secreta vida sentimental. Lo haría si el hombre con quien me estoy acostando no fuera el abogado de Carlson, porque hasta ella se llevaría las manos a la cabeza si se enterara. Leo el mensaje. Es viernes y me pide que pase la noche con él. Las comisuras de mis labios se levantan en una sonrisa bobalicona. No imagino un plan mejor. Hace un par de días que no lo veo y me muero por abrazarlo. Son casi las seis de la tarde.

«Hora de dejarlo».

—Violet, cierra tú hoy ¿vale? Acabo de quedar para cenar.

—Tranquila. Vete con tu amorcito y pásalo bien. —Su tono está cargado de reproche.

—Gracias, compañera. Un día de estos te hablaré de él, te lo prometo.

—Espero que sea antes de que me muera de vieja.

—¡Qué exagerada eres! —exclamo, poniéndome el abrigo. Paso por delante de su mesa a paso rápido y me despido desde la puerta—. ¡Buen fin de semana! ¡Dale recuerdos a Brad!

—Se los daré.

Apenas la oigo cuando me responde. Tengo prisa; aún debo pasar por casa de mi madre para coger algo de ropa.

Me despierto inquieta. Ni siquiera en sueños soy capaz de dejar de hacer conjeturas sobre la pieza del zapato *Simoncelli*. ¿Es posible que hubiera pisado el lugar de los hechos otra persona? ¿Tal vez alguien que los siguiera en otro coche? Eso explicaría que Violet condujera nerviosa y con prisas…, aunque sus nervios también podrían explicarse por la violación que sufrió. No sería tan descabellado que algún enemigo de Carlson hubiera enviado a un matón para intimidarlo, haciendo salir su vehículo de la carretera. Las ideas se acumulan en mi cabeza buscando respuestas. Agobiada, cambio de posición sobre las sábanas. En el instante en que Ray nota que me muevo me atrae hacia él con el brazo que tiene alrededor de mi cintura. El calor de su cuerpo me envuelve y, por primera vez desde que tengo uso de razón y pese al recuerdo de mi padre, siento que podría formar parte de la vida de un hombre. Acerco su mano a mi boca y la beso con mimo; su piel es cálida y suave. Un escalofrío recorre mi cuerpo cuando asalta mi mente la forma en que me tocaba ayer por la noche; creo que ya no queda un solo rincón de mi cuerpo que no haya explorado con sus manos o con su lengua. Con nadie he experimentado orgasmos tan intensos como con él; Ray parece saber en todo momento lo que necesito. En

cuanto sus dedos se pasean por mi piel soy incapaz de controlar mi deseo. De pronto, entrelaza sus dedos con los míos. Está despierto.

—¿No puedes dormir? —susurra, apoyando su barbilla en mi cabeza.

—No.

—¿Puedo saber en qué piensas?

—En ti, en mí, en el caso…

Sube su mano hasta que encuentra uno de mis pechos y se dedica a masajearlo con cuidado, recreándose en su forma, abarcándolo entero a veces, como si quisiera exprimirlo. Luego se concentra en el pezón, que manipula con los dedos hasta ponerlo duro. Mi cuerpo se despereza poco a poco, preparándose para él. Detrás de mí, su sexo también ha despertado y presiona contra mi trasero.

—Los Carlson no me interesan ahora mismo… —Se incorpora un poco y me toma de la barbilla para que gire el rostro. Mira mis labios con deseo—. Empiezo a preocuparme. Solo pienso en estar dentro de ti.

Me rio por su tono de frustración.

—¿Qué hay de malo? A mí me encanta.

—No me digas eso, abogada —dice con voz ronca.

Me pongo boca arriba y él se encarama a mí, colocando su erección entre mis piernas. Su pecho caliente pegado al mío provoca explosiones en todas mis terminaciones nerviosas. Lo abrazo cuando se sitúa en mi entrada, y siento en los dedos las cicatrices de su espalda. Se me escapa un jadeo, como el preludio de lo que va a suceder. Reacciona atrapándome los labios, ahogando mi siguiente

gemido. Me devora la boca con tal desesperación y autoridad que mi sexo se contrae, reclamándolo.

—Tómame, Ray… —le pido.

No se hace de rogar. Coge un preservativo de la mesita, pero no se lo pone enseguida. Se queda sobre mí, mirándome mientras su aliento me acaricia los labios. Con una mano me desliza el cabello detrás de la oreja y se detiene ahí.

—Eres preciosa.

Y tal como lo dice, me estremezco de pies a cabeza porque nunca, nadie, me había hablado así. Con esa mezcla de calma y deseo. Con tanta suavidad. Ahora comprendo la expresión «me iría al fin del mundo contigo». Si me lo pidiera en este momento, lo haría sin dudar, a pesar de todos mis miedos. Me arriesgaría. No sé si es por cómo me mira, por cómo me dice que soy preciosa antes de hacerme suya… Solo sé que hay algo en su voz que conmueve hasta la última célula de mi ser. Por primera vez siento que un hombre me ve de verdad.

Con cuidado, me toma de la cadera y me acomoda mejor entre las sábanas, colocándome en el lugar exacto donde quiere tenerme. Solo entonces se coloca el preservativo, sin dejar de mirarme. Cuando su cuerpo cubre el mío, noto cada centímetro de su piel: su abdomen terso, su pecho caliente, la respiración sostenida. Me penetra despacio, acompañando su entrada con un gemido suave. Tan suave como me está haciendo suya. Mi cuerpo lo recibe como si fuera lo que había estado esperando toda la vida. No es la primera vez que lo hacemos, pero sí la primera en la que flota una conexión que trasciende el deseo. Jadeo al sentirlo tan profundo y él espera un instante, sin despegar sus ojos de los míos.

—¿Estás bien? —pregunta.

Asiento con la cabeza, porque no quiero que la magia se desvanezca.

Sonríe con calidez y empieza a moverse. Despacio. Sus caderas siguen el ritmo de una danza sensual. Su movimiento es lento, como si estuviera reconociendo mi cuerpo. Sin alterar la cadencia, apoya su frente en la mía. El calor que desprende, su sexo dentro de mí, poderoso y seguro, y sus dedos entrelazados con los míos por encima de mi cabeza… Dios, solo quiero entregarme a él por completo, sin límites. Dejarme llevar por esta complicidad que nos une.

—Ray…

—¿Qué? —pregunta con una voz grave que me desarma.

—Quiero más.

—¿Cuánto más?

—Todo.

Y entonces, con la misma delicadeza que hasta ahora, profundiza sus embestidas, haciéndolas más intensas. Sus manos se afianzan en las mías para empujar. Nuestros pechos se rozan cada vez que entra en mí, y puedo sentir el latido de su corazón, galopando con la fuerza del deseo. Ya no hay más palabras, solo jadeos ahogados y la danza de dos cuerpos que se necesitan.

Cuando llegamos, permanecemos unidos, abrazados, sincronizando durante unos segundos nuestras respiraciones agitadas. Vuelve a apoyar su frente en la mía sin soltarme las manos, unidas aún sobre la almohada. Unos instantes después, me besa y se gira, colocándose a mi lado. Me acurruca en su pecho y me acaricia la mano, trazando círculos invisibles con su pulgar.

No tengo ni idea de lo que pasa por su cabeza en estos instantes; solo sé que lo que oigo en la mía, me abruma.

—Te quiero.

Su voz suena serena. Las lágrimas me escuecen en los ojos cuando convierto en palabras lo que siento:

—Y yo a ti.

Me besa en la cabeza y me estrecha más contra él.

Ajenos a los Carlson y a todo lo que no seamos nosotros, volvemos a quedarnos dormidos, envueltos en el calor de nuestros cuerpos bajo el edredón.

CAPÍTULO 49

RAY

El ambientazo dentro del Madison Square Garden es impresionante. Hacía tiempo que no veníamos los tres a ver un partido de los *New York Rangers*, nuestros ídolos durante la época universitaria. Ha sido buena idea para celebrar el cumpleaños de Matt, que ayer cumplió treinta y dos años.

Hundo la nariz entre las manos, concentrando la atención en la pantalla central que cuelga sobre la pista. No quiero perderme la última jugada del equipo contrario antes del segundo descanso. Están a un punto de empatarnos. El número once desliza el disco por la pista con habilidad, sorteando a todos los jugadores de los *Rangers* que intentan interceptarlo. El abucheo en la grada, intentando desconcentrar al oponente, es ensordecedor. Cuando el jugador contrario alza la vista para ubicarse y tirar a portería, el palo de nuestro número seis se cuela entre sus piernas, derribándolo y haciéndolo caer de bruces sobre el hielo.

—¡Joder! —exclamamos los tres a la vez, relajando la postura cuando vemos que la caída ha interrumpido la jugada.

—¡Eso ha tenido que doler! —comenta Matt en alto para que lo oigamos.

Toda la bancada de los *Blue Jackets* se ha levantado y no deja de gritar exigiendo tarjeta roja y expulsión mientras los dos jugadores afectados se han quitado los guantes y se enzarzan en

una pelea. Aunque mi equipo son los *Rangers*, la falta ha sido clarísima y peligrosa. Faltan escasos segundos para el descanso. Cuatro, tres, dos, uno… ¡¡¡piiiiii!!! Suena el bocinazo que anuncia el fin del segundo tiempo.

—Vamos a por algo de comer antes de que se llene el bar— propone Matt—. Estoy hambriento.

Asentimos con la cabeza y vamos saliendo, pasando con rapidez por delante de la gente que ocupa nuestra misma fila.

Diez minutos después estamos engullendo unos perritos calientes, sentados en las escaleras de subida a nuestra grada.

—¿Qué tal con tu colega, la abogada del Bronx? —me pregunta Ethan.

—Bien. Conociéndonos.

—O sea, que salís —concluye Matt.

—Hmmm… —me lo pienso un poco. Lo cierto es que no le había puesto nombre a la situación entre Grace y yo—. Supongo que sí.

—Bueno, ¿y qué? ¿No nos vas a contar nada? —inquiere con curiosidad, mientras Ethan, más prudente, permanece a la espera.

—Somos bastante distintos. Hay veces que no la entiendo, y creo que ella a mí tampoco, aunque tengo que reconocer que quizás es eso lo que más me atrae. Me aporta una visión diferente de las cosas y tiene las ideas claras.

—Límpiate —me dice Ethan, señalándome la boca.

—Joder, le ponen demasiado kétchup.

Me paso la mano por donde me indica.

—No. Es la baba. Que se te cae.

Se echan a reír a carcajadas. Se ríen tan a gusto que Matt casi se atraganta.

—Menudos gilipollas estáis hechos… —les recrimino, sintiéndome un poco ridículo.

La verdad es que cuando pienso en Grace me vuelvo un poco moñas, saca mi lado más sensiblero, ese que sé que alguna vez estuvo ahí, pero que había olvidado en los últimos años.

—Tío, es que tendrías que verte la cara —se mofa Ethan.

—Pues la que tengo, no te jode.

—De eso nada. Sonríes con cara de tonto «enamorao» —explica Matt.

«¿En serio sonreía sin darme cuenta? Voy a tener que hacérmelo mirar».

—Vale ya —los corto, incómodo con la situación.

—Venga, sigue, que no nos reímos más. ¿Verdad, Ethan?

—Palabra.

—Ni de broma. Se acabó —me niego.

—Espera, ahora en serio… —comienza Ethan (miedo me da cuando pone esa cara)—, ¿sabe Grace lo del reto o que le pagaste el curso de Palm Beach para acostarte con ella?

—¡Joder, no! ¿Cómo voy a contarle eso? Una cosa es ser sinceros uno con el otro, y otra, suicidarse —me defiendo.

—Sí, mejor que no se entere —me da la razón.

—Además, en mi favor tengo que decir que le envié un mensaje a Matt para cancelar el reto antes de acostarme con ella.

—Sí. Eso es verdad —confirma—. Lo que significa que me ahorro pagaros la entrada para ver a los *Knicks* si llegan a la final.

—Pero podemos ir a verla igual, que cada uno se pague la suya —sugiere Ethan.

—Por mí, hecho. Incluso puede que se apunte Grace. Es seguidora de los *Knicks* —les informo, con cierto orgullo.

—¿En serio? Ya me cae bien, aunque no la conozca. Tendrás que presentárnosla un día de estos. —Matt me pasa el brazo sobre los hombros y me da un pequeño toque en el estómago—. Y si tiene alguna amiga a quien también le guste el baloncesto…

—¿Tú no estabas con la azafata?

—¿Con Lily? Tenemos una relación abierta, así que no hay problema —me aclara, guiñándome un ojo.

—Ah, perfecto entonces. Grace tiene un par de amigas que son las hostia.

—Joder, ¿de verdad?

Los ojos de mi amigo hacen chiribitas de la emoción.

—¡No, Matt! ¡Claro que no! Aún no conozco a sus amigas, pero te aseguro que, de conocer a alguna, no te la presentaría ni de puta casualidad.

Ethan se ríe escuchando nuestra conversación. En ese momento suena el pitido de comienzo del tercer y último tiempo. Hablando se nos ha pasado el rato sin darnos cuenta. Tiramos las servilletas y las latas de refresco en una papelera cercana y subimos los escalones de la grada de dos en dos, dispuestos a disfrutar de un complicado partido que, espero, se resuelva a favor de los *Rangers*.

Cada uno ha venido en su coche, y los tres hemos aparcado en el mismo *parking* de siempre, el que usamos cuando nos movemos por la zona del Madison Square Garden. Nos despedimos y nos dirigimos

a nuestros vehículos tras pasar un buen rato comentando, cabreados, los errores que han hecho perder el partido a nuestro equipo en los últimos cinco minutos.

Justo cuando estoy subiéndome al coche, mi móvil suena en el bolsillo del abrigo. Es Grace.

—Hola, preciosa. ¿Qué tal?

—Bueno, podría estar mejor —responde con voz seria, poniéndome en alerta—. ¿Cómo ha ido el partido?

—Mal, hemos perdido. —Aunque el resultado ya me da igual; lo que me preocupa ahora es ella—. ¿Qué ocurre, Grace? ¿Te pasa algo?

—A mí, no. A Alice. Acabo de llegar de comisaría, de poner una denuncia con ella. Han entrado en su apartamento y se han cargado a su gato.

Me quedo clavado en el sitio, sorprendido por lo que acaba de decir. ¿Es posible que esto tenga que ver con el divorcio? Grace vuelve a hablar, interrumpiendo mis pensamientos:

—Ray, ¿le has contado a Carlson que Alice nos habló de la violación?

—Sí. —Mi voz sale más ronca de lo normal. Este asunto empieza a preocuparme de verdad. Me cuesta creer que mi cliente pueda estar empezando a perder el control de esta forma.

—Entonces, ha sido él. Está asustado. Quiere que Alice mantenga la boca cerrada.

Pienso a toda velocidad. Hay algo que no me cuadra y se lo digo:

—No tiene sentido. Si Alice ya te ha confesado que la violó, ¿por qué va a amenazarla ahora? Llega tarde, ¿no crees?

—Carlson pretende que no usemos la violación en el juicio, que no salga a la luz. Aunque sabe que es la palabra de su mujer contra la suya y que no podemos demostrarlo, la sola mención de la palabra «violación» ante un tribunal mancharía su nombre.

—Sí, es una posibilidad. Pero también podría ser que tu clienta tuviera algún enemigo.

En cuanto lo digo, me doy cuenta de que ni yo mismo daría un dólar por esa hipótesis. Lo que pienso, en realidad, es que la coincidencia entre el asalto al apartamento y la confesión de Alice de la violación por parte de su marido es demasiado evidente.

—Venga, Ray. No me trates como si fuera idiota.

Me muerdo el labio. Ha sido un planteamiento absurdo que, evidentemente, no ha colado. Grace es lo opuesto a la definición de persona idiota o incompetente.

—Está bien, perdona. Hablaré con él. Le advertiré que dejaré su defensa si sospecho que usa métodos sucios para intimidar a su mujer.

—Gracias.

—De nada. Relájate, ¿vale? —Procuro tranquilizarla, aunque entiendo que es complicado. Lo del gato se pasa de castaño oscuro.

—Vale.

Desde el otro lado de la línea me llega su suspiro cansado.

—Ey, ¿estarás bien? —me intereso.

—Sí, sí, no te preocupes. Es que me apetece verte.

—Ven a casa —le pido sin pensármelo ni un segundo.

—No puedo. Estoy liada con otro caso, además del de los Carlson. Tengo que estudiarlo esta noche.

—Pero tendrás que descansar y dormir…

—Precisamente por eso. Si voy a tu casa, los dos sabemos que no vamos a dormir lo suficiente.

Mis labios dibujan una sonrisa de medio lado.

«Tiene razón».

—OK. Voy a dejar que te escapes esta vez, así te pillaré con más ganas cuando volvamos a vernos. —Por fin la oigo reír. Eso me tranquiliza—. Te llamaré el viernes. Cualquier cosa, contáctame ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Colgamos y arranco el coche. Salgo del *parking* y no han pasado ni un par de minutos cuando vuelve a llamarme. Arrugo la frente, preocupado. Me falta tiempo para descolgar.

—¿Qué ocurre? —pregunto con gravedad.

—Nada, que se me ha olvidado decirte que te quiero.

—¡Joder, Grace, me has asustado!

—Es que necesitaba decírtelo —se justifica sin una pizca de arrepentimiento.

Ahora mismo estoy sonriendo con la misma cara de idiota de la que se han reído mis amigos durante el descanso en el partido.

—Yo también te quiero, abogada.

—Espero tus noticias cuando hables con el senador.

—No te preocupes. Lo llamaré mañana.

Al colgar, una sensación agridulce me recorre.

Estar con Grace me hace sentir bien. Incluso cuando recuerdo a mi familia, el vacío en el estómago es menos molesto que antes. Me he planteado varias veces llamar a mi hermana para saber cómo están y, tal vez, acercarme a Filadelfia en unas semanas para arreglar lo que ocurrió en mi visita por Navidad. Pero, por otra parte,

no puedo dejar de preocuparme por el cariz que está tomando el divorcio de los Carlson.

Mientras conduzco de vuelta a casa, llevo la radio encendida, pero no oigo nada. Ese maldito senador… ¿Habrá sido capaz…?

Estoy intranquilo. No solo por Alice. También por Grace.

CAPÍTULO 50

GRACE

Esta mañana me he acercado a ver a Brad al centro de mujeres. Estoy tan absorta en el caso de Alice y en el otro que nos acaba de entrar en el despacho, que no he tenido tiempo de visitarlo. Sabía que estaba aquí hoy y me he presentado sin avisar, para darle una sorpresa. Se sorprende al verme aparecer por la puerta de la enfermería.

—¿Eres Grace Garret o una alucinación de mi cabeza? —pregunta, acercándose a mí con los brazos abiertos.

Nos abrazamos y me sostiene entre sus brazos unos instantes.

—¿Cómo estás, Brad? Siento no haber pasado antes a verte —me disculpo cuando nos separamos.

—¿Que cómo estoy? No tan bien como tú. Estás muy guapa —me piropea, escaneándome de arriba abajo mientras me sujeta las manos.

—¿Tú crees?

—No lo creo. Lo veo. ¿Tienes algo que contarme? En serio, estás espléndida.

—Algo hay, sí… —Me suelto y me siento en la camilla. Él hace lo mismo.

—¿El abogado con el que te fuiste a Palm Beach?

Me giro en su dirección sin ocultar mi sorpresa. ¿Cómo puede saberlo? Violet ni siquiera lo sospecha. Aprieto los labios, como

reprimiendo el impulso de contarle la verdad. Al final lo hago; no tiene sentido esconderme, y tampoco me apetece. Sé que Brad no va a decir nada si se lo pido.

—¿Cómo lo has sabido? —le confirmo sus sospechas.

Sonríe.

—Porque vi cómo te miraba el día que se presentó aquí.

—Estuvo muy impertinente. Lo siento, Brad —me disculpo otra vez—. Él no es así. Bueno, un poco sí, pero también puede ser cariñoso.

—Sí, me hago una idea de lo cariñoso que puede llegar a ser.

—Yo creo que no.

—Yo creo que sí. Por tu cara de felicidad, diría que folláis como conejos.

Suelto una carcajada.

—¡Qué bestia eres!

Ahora nos reímos los dos.

—Me alegro mucho por ti, Grace. Se le comían los celos el día que vino aquí y nos vio juntos.

—¿Sí?

—¡Pues claro! ¡Pensé que acabaría atizándome!

—Sí, supongo que debió de pensar que estábamos liados.

—Es evidente que sí. Tendré que dejar de decir que eres una de mis chicas favoritas si no quiero problemas con él —sigue bromeando.

—De verdad que no es así. Solo hay que conocerlo un poco más. No es tan ogro como parece a simple vista.

Pone expresión de duda por unos segundos, justo antes de golpearme la rodilla y ponerse en pie de un salto.

—¡Si tú lo dices, tendré que creerte! ¿Vamos a tomar algo? Llevo toda la mañana actualizando el inventario y necesito un respiro.

—¡Venga! ¡Vamos!

Coge su abrigo, salimos de la enfermería y nos acercamos hasta secretaría.

—Bertha, salimos un rato. Vuelvo en media hora —avisa Brad a la chica de la oficina.

—OK.

Encaminamos nuestros pasos hacia la salida y, antes de abrir, detengo a mi amigo por el brazo.

—Brad, ni una palabra de esto a Violet. Aún no se lo he dicho y quiero que se entere por mí. Si aún no se lo he hecho es porque Ray es el abogado contrario de uno de nuestros casos y, digamos que… no es muy ético que nos hayamos liado. Me da un poco de vergüenza haber sido tan débil.

—Tranquila, tu secreto está a salvo conmigo. Pero deberías contárselo antes de que se entere por casualidad. No le haría ninguna gracia.

—Lo sé.

Sus ojos se mantienen pegados a los míos unos segundos.

—Por cierto, es flipante —acaba diciendo.

—¿El qué?

—El modo en que ese abogado te está cambiando.

Arrugo la frente, sin saber muy bien si eso es bueno o malo, y espero a que me lo explique.

—No me mires así, lo digo en el buen sentido. El amor te sienta bien. Estás muy guapa y has empezado a dejarte llevar un

poco. Eso es bueno.

—A veces tengo mis dudas.

—¿Por qué? Por una vez en tu vida has roto las reglas. Estás enamorada y te has liado con el abogado oponente en uno de tus casos. Es bastante romántico.

Me quedo pensativa.

—No me lo había planteado, la verdad.

—Pues lo es.

Sonrío y lo agarro del brazo para salir.

—Sí, supongo que sí —concedo—. Soy feliz, Brad. Lo quiero —admito en un arrebato de sinceridad—. Nunca pensé que podría llegar a confiar en un hombre después de lo que viví en mi casa.

—Disfrútalo, Grace. Te lo mereces.

Caminamos por la acera, contentos de poder pasar un rato juntos. Me pone al día de todo lo sucedido por el centro desde mi visita anterior y de sus últimos escarceos amorosos. Yo le hablo de Palm Beach y de la psicóloga que le daba la brasa a Ray. Lo hago reír con mis ataques de celos y acaba contagiándome; ahora que ha pasado el tiempo me parecen ridículos y hasta graciosos, pero tengo que reconocer que la Fisher me lo hizo pasar fatal. Por fin, llegamos a la cafetería y nos sentamos en el sitio de siempre. Observo a Brad mientras llama a la camarera con ese tono tan suave y atento que lo caracteriza, y no puedo evitar pensar que soy afortunada: tengo al mejor amigo que se puede desear y al hombre más deseable del mundo. ¿Se puede pedir algo más?

«Sí. Ganar el caso de los Carlson» oigo en mi cabeza.

Suspiro con resignación. Supongo que en esta vida no se puede tener todo.

Cruzo el umbral de la puerta de nuestra oficina después de mi visita a Brad, y ni tiempo tengo de explicarle a mi ayudante que acabo de estar con su hermano; antes de que pueda abrir la boca se me adelanta, poniéndome al corriente de las novedades:

—Hola, Grace. Alice viene hacia aquí.

—Hola, Violet. ¿Te ha dicho si ha conseguido hablar con la empleada?

—No. Solo ha comentado que no quiere hablar por teléfono. Que después del susto del otro día prefiere decirnos las cosas en persona, por si le han puesto micrófonos en casa.

—Está asustada.

—Bastante. Debe de estar a punto de llegar.

En cuanto acaba la frase, la puerta se abre y aparece la exmodelo. Está bastante más desmejorada que la última vez, y en su barriga asoma una curva sospechosa. Su embarazo empieza a ser evidente.

—Buenos días —saluda.

—Buenos días —respondemos las dos al unísono.

—¿Cómo te encuentras?

Su aspecto me preocupa. No está en su mejor momento; tiene unas ojeras oscuras que no borraría ni el mejor corrector.

—Cansada del embarazo y de la situación. Si llego a saber que tendría que pasar por todo esto, no le pido el divorcio a John.

—No digas tonterías, Alice —la reprendo—. Recuerda lo que te hizo… No podías seguir allí.

Aprieta los labios y luego asiente varias veces con la cabeza.

—Tienes razón. Es solo que todo esto se me está haciendo demasiado duro. Con el embarazo tengo las hormonas revolucionadas y no dejo de llorar. Además, no puedo ver a Steve y me siento bastante sola.

—Lo entiendo. —La tomo del brazo y presiono un poco para mostrarle mi apoyo—. Piensa que, en cuanto pase todo esto, te habrás librado de Carlson y podréis volver a estar juntos. Mientras tanto, a falta de Steve, puedes llamarme a mí cuando quieras. —Me sonríe, agradecida—. Vamos, ven a sentarte a mi despacho y me cuentas.

—¿Quieres un té o alguna otra cosa, Alice? —le pregunta Violet.

—Gracias a las dos, pero tengo que volver a casa enseguida. He quedado con un cerrajero para que cambie la cerradura de mi apartamento por una de seguridad. Solo he venido a deciros que Cindy me ha confirmado que envió a arreglar uno de los zapatos de John hace unos meses porque había perdido la tapa del tacón.

Violet y yo viramos los ojos, buscándonos con la mirada. Nuestra reacción no se le escapa a mi cliente, que nos observa hasta que se decide a hablar:

—No sé qué importancia puede tener esto en el caso, ¿me lo vais a decir? —Su tono es de impaciencia.

—Es que aún no lo tenemos claro. Tranquila, si llegamos a alguna conclusión, te la haremos saber. —Su expresión refleja fastidio. Le disgusta que no compartamos toda la información con ella.

—Está bien —se resigna, enseñándonos las palmas de las manos. Luego se recoloca el bolso en el hombro—. Si no queréis

nada más de mí, me voy.

—Solo una cosa más —digo en un tono un poco más alto, haciendo que se detenga cuando ya se giraba hacia la salida—. Necesito que le preguntes a Cindy si conserva el ticket de la reparación del calzado, o que te diga dónde lo arreglaron.

—OK. La llamo desde el coche. Tengo que irme ya.

—Sí, no te entretengo más. Gracias por tu colaboración, Alice.

—No me des las gracias. Soy la primera interesada en joder a ese capullo.

Aunque intento disimular, la frase me descoloca. Bajo su apariencia sofisticada asoma la chica de pueblo que un día fue; esa cuya belleza le permitió entrar en la clase adinerada de la ciudad, pero en la que nunca encajó del todo.

Una vez desaparece por la puerta, me vuelvo hacia Violet:

—¿Te pasó Sullivan las fotos que hizo el día de nuestra inspección ocular?

—Sí. Las tengo en el ordenador.

—Pásamelas, por favor. Quiero revisarlas y volver a ver las que hice yo.

—Ahora mismo.

Una idea empieza a rondar por mi cabeza… Una idea muy retorcida que podría dar un vuelco al caso. Quizá no esté todo perdido.

CAPÍTULO 51

RAY

Estoy de pie junto a la librería de mi despacho, consultando un código legislativo para un caso que creía que ya nos habíamos quitado de encima, cuando alguien abre la puerta. Levanto la cabeza del libro, molesto. No me gusta que me interrumpan cuando estoy trabajando, y menos aún que entren sin llamar ni esperar mi permiso. Me sorprende ver que se trata de McKenzie. Por la expresión de su rostro, sé que algo le preocupa. Cierro el tomo con un golpe seco y lo coloco de nuevo en la estantería, en el hueco que ocupaba.

—Señor McKenzie, no esperaba su visita —espeto, tan serio como él.

—¿De veras?

Me extraña su respuesta. ¿Hay algo que me he perdido? Se sienta en una de las sillas frente a mi mesa, y yo hago lo mismo cuando llego a mi sitio.

—¿En qué estaba trabajando? —se interesa.

—En el caso de los Miller. A nuestro cliente ahora le parece excesiva la pensión que el juez estipuló para el mantenimiento de sus hijos. Estoy preparando la apelación.

Tuerce la boca, disgustado.

—¿No puede pasarle el caso a otro?

—¿Por qué? Lo llevé yo.

—Me gustaría que se centrara en el divorcio de los Carlson.

—Ese caso está encarrilado —respondo sin darle más importancia, con la intención de ponerlo al nivel del resto. Me da igual que el senador sea su amigo; tengo otros asuntos entre manos que también merecen mi atención. Además, estoy harto de ese divorcio—. Solo queda esperar a la fecha de la vista para presentar las pruebas —añado.

—Dawson, John está molesto con su llamada de ayer.

«Así que se trata de eso».

—Señor McKenzie, me temo que su amigo senador está usando medios ilícitos contra su esposa para disuadirla de que mencione la violación ante el juez.

—Me contó que usted le insinuó que lo del gato podía haber sido cosa suya, y que se negaría a seguir defendiéndolo si llegaba a enterarse de que recurría a ese tipo de tretas. ¿Cómo se atrevió a acusarlo así? —Su voz se ha ido elevando a medida que habla, sin perder ese matiz peligroso y frío que la caracteriza.

—Porque es demasiada coincidencia. Pocos días antes, Carlson se enteró de que Alice le había confesado a su abogada que la violó el día de la convención —contesto, sin dar un paso atrás.

—No hay manera de demostrarlo, y creo que en nuestra última conversación quedó claro que Carlson es nuestro cliente y a quien debemos lealtad.

—Siempre y cuando no se dedique a atemorizar por ahí a la gente. Si no recuerdo mal, también le dije que me gustaba ganar los casos limpiamente. El caso está ganado, no hay necesidad de intimidar a nadie, mucho menos a Alice Carlson en el estado en que se encuentra. Está embarazada —me defiendo, harto ya del tema.

Me preparo para otra ofensiva cuando suena mi teléfono. Lo cojo con el propósito de silenciarlo —esta conversación es demasiado importante para interrumpirla—, hasta que compruebo que se trata de mi madre. Trago saliva y me levanto de la silla con rapidez.

—Lo siento, señor McKenzie, tendremos que terminar esta charla en otro momento. —Le hago un gesto con la mano, invitándolo a levantarse.

Es su empresa, su despacho, no hay nada mío aquí, pero le he proporcionado muchos ingresos y me he ganado a pulso mi propio espacio en esta firma, así que no me siento incómodo al insinuarle que se largue, pese a que sea el dueño de todo. Estas cuatro paredes son mi territorio y ahora mismo necesito intimidad. Se levanta y solo me dice una frase antes de irse:

—Espero que todavía desee llegar a ser socio en esta empresa.

Lo fulmino con la mirada. No me gustan las amenazas, ni las que van dirigidas a Alice Carlson ni las que apuntan directamente hacia mí. En cuanto McKenzie desaparece por la puerta, marco el número de mi madre, quien, después de esperar varios tonos, ha decidido colgar.

«Habrá pensado que no se lo quiero coger».

—Hola, hijo —me saluda. Su voz suena apagada.

—Hola, mamá. ¿Qué ocurre? —Hablo con precipitación. No sé por qué, pero tengo un oscuro presentimiento.

—Tranquilo. Se trata de tu hermano Daniel. Verás… sufrió una crisis epiléptica fuerte…, aunque ya ha pasado lo peor.

El corazón se me acelera.

—Entonces, ¿está mejor? No me mientas.

—Sí. Está mejor.

—¿Cuándo fue?

—Hace cinco días.

—¡¿Cinco días?! —exclamo, fuera de mí—. ¡¿Y me llamas ahora?! ¿Y si hubiera ocurrido lo peor? ¿Qué pensabais, llamarme cuando estuviera enterrado?

—¡Dios, Ray! ¡No digas esas cosas! ¡Tu hermano está bien! La crisis fue importante, pero estuvo controlada en todo momento. ¿Por qué no eres capaz de dejar de dramatizar con todo lo que ocurre alrededor de Daniel?

Me quedo de piedra. ¿En serio me está pidiendo que le quite importancia a la situación de mi hermano? No soy capaz de responder del cabreo que siento.

—Deberías dejar de preocuparte de ese modo tan absurdo por él y empezar a «ocuparte» —remarca la última palabra.

Me paso la mano por la boca, intentando procesar sus palabras.

—¿Por qué no me avisasteis? —Uso, como ella, un tono de reproche.

—¿Para qué, Ray? ¿Para que nos montaras uno de tus numeritos? No es eso lo que necesitamos de ti.

De nuevo, me quedo en silencio. Es la primera vez que mi madre se muestra tan tajante. No espera a que diga nada, comienza a hablar como si intuyera la pregunta en mi cabeza:

—Lo que necesitamos es que *estés*, hijo. Tan simple como eso. Que *estés* y ocupes otra vez tu sitio en esta familia.

Cierro los ojos e inspiro profundamente, con la sensación de que ni todo el aire de Nueva York es suficiente en este momento para aliviar el ahogo que me oprime el pecho. El corazón me retumba en los oídos. Es uno de mis ataques de ansiedad.

—Adiós, mamá —me despido así, sin más, porque sigo sin poder atrapar algo de aire.

Inspiro y expiro como un desesperado. Cuento en silencio cada respiración, con los manos apoyadas en las caderas y el cuello ligeramente echado hacia atrás, intentando que el aire entre mejor en mis pulmones. Por un instante, imagino a McKenzie entrando por la puerta, descubriéndome en este estado.

«Menudo fraude estoy hecho».

No puedo evitar pensar que mi fachada de abogado duro e implacable cualquier día saltará por los aires. A medida que mis pulsaciones vuelven a la normalidad, decido llamar a Sejmet, mi vía de escape. Le envío un mensaje y quedamos para dentro de un par de horas. No puedo esperar hasta esta noche.

Nunca antes había llegado al club de día. Aunque la entrada es bastante discreta, me levanto el cuello del abrigo para ocultar el rostro. Mientras recorría a pie las últimas manzanas hasta aquí no he podido dejar de pensar en Grace, en la forma en que reaccionaría si le contara estas visitas a Sejmet. Me siento como si estuviera al borde de un precipicio: confesárselo sería lo mismo que tirarme al vacío, y ocultárselo, mantenerme en el filo con un pie dentro y otro fuera, con la amenaza de que lo descubra flotando en el aire todo el tiempo. Aun así, no puedo hacer nada; odio esta autoexigencia de

castigo en el mismo grado en que la necesito para librarme de la culpa.

Entro en el local sin saludar al hombre que está en el guardarropa; le muestro simplemente la tarjeta de acceso y paso directamente a uno de los compartimentos privados. Una vez dentro, empiezo a desnudarme de forma mecánica, evitando mirar mi imagen en el espejo mientras lo hago. Cuando me quedo solo con el bóxer, tomo la careta que cuelga en una de las paredes y me la coloco. Entonces sí me detengo a observarme. Mis ojos se encuentran con los del espejo y, desde allí, recorren despacio el resto de mi cuerpo, de la cabeza a los pies. Me siento patético. Grace vuelve a mi cabeza en una secuencia de imágenes fugaces: su risa, su cabello oscuro, sus ojos verdes, su cara de enfado…

«¿Qué estás haciendo?».

La parte de mí que siempre ha renegado de Dark, de este lado oscuro que oculto al mundo, está emergiendo sin que le dé permiso.

«Sabes a quién necesitas ahora, y no es a Sejmet».

Me quito la máscara y me descubro con la mandíbula tensa y el ceño fruncido, mientras mi cabeza no deja de dar vueltas, tratando de digerir mis pensamientos. Toda la porquería que he ido acumulando desde el accidente de Daniel se remueve en mi estómago, girando, buscando una salida… Noto cómo me sobreviene la primera arcada. Me doblo, sujetándome el vientre, y vomito la comida del mediodía.

—Dios…

Vuelvo a colgar la máscara y apoyo una mano en el espejo. Respiro agitado y el olor ácido del vómito trepa por mis fosas

nasales… Mi estómago convulsiona por segunda vez, obligándome a plegar el cuerpo de nuevo, y otra arcada ayuda a sacar el resto que quedaba dentro. Me paso el antebrazo desnudo por la boca para limpiarme y me dejo caer contra una de las paredes del *box*. Cierro los ojos e inspiro con fuerza. Una extraña sensación de liberación me invade, como si al vomitar me hubiera sacudido de encima una roca pesada en lugar de la ensalada de aguacate y el filete que he comido hoy. Respiro un par de veces más y comienzo a vestirme —obedeciendo a un impulso que no controlo—, en lugar de pulsar el botón verde que permitiría la entrada de Sejmet. Me lavo la cara y las manos y salgo a la habitación morada, dirigiendo mis pasos hacia una de las mesitas junto a la cama. Dejo en ella la máscara que me he llevado del *box*. Luego saco del bolsillo de la americana mi pluma, cojo un pañuelo de papel de la caja que hay a disposición de los clientes al lado de la lamparita y escribo con trazo firme mi despedida:

Sejmet, doy por terminada nuestra relación.
Gracias por ayudarme todo el tiempo que
creí que te necesitaba.
Dark
PD: el dinero de más es para la limpieza del box. Lo siento.

Deposito la nota y una suma considerable de dinero bajo la máscara y pulso el interruptor para que entre mi dominatrix, justo antes de cerrar la puerta para largarme. Se va a llevar una sorpresa.

Camino por la calle sintiéndome como si pesara treinta kilos menos, reflexionando sobre lo que acaba de pasar dentro del club.

«Si no he vuelto a permitir que Sejmet me castigue, ha sido por Grace».

Decido tomarme el día libre; necesito digerir demasiadas cosas: la llamada de mi madre, la conversación con McKenzie, mi reacción dentro del club… De repente, me asalta una necesidad urgente de ver a Grace. La necesito a mi lado. Saco el móvil para llamarla y cuando estoy a punto de marcar su número, me lo pienso mejor; no quiero arriesgarme a que me diga que no, que tiene trabajo, así que iré a recogerla a su casa para que no pueda negarse a pasar la noche conmigo.

CAPÍTULO 52

GRACE

—¡Mamá! ¡Ya estoy en casa! —grito al traspasar la puerta.

—¡Estamos en la cocina! —responde.

«¿Estamos? ¿Quién se habrá animado a hacernos una visita con el chaparrón que está cayendo?».

Una vez me desprendo del paraguas, del abrigo y del bolso, dirijo mis pasos hacia allí. Me quedo bloqueada en la puerta cuando observo la escena: Ray está sentado a la mesa con una bebida humeante entre las manos, mientras mi madre le sirve un trozo de la tarta de limón que tanto me gusta.

—Hola, hija. ¿Cómo estás? —me recibe sonriente.

—Bien… creo… Hola, Ray.

—Hola, preciosa.

«¿Preciosa? ¿Me ha llamado "preciosa" delante de mi madre?».

No doy crédito. ¿Qué está pasando aquí?

—¿Qu-qué haces aquí, Ray? —pregunto sin acercarme. No tengo la menor intención de besarlo delante de ella.

—He venido para llevarte conmigo.

Me sonrojo hasta la raíz del pelo. Vuelvo la vista hacia mi madre para ver su reacción.

—Ray lleva aquí un buen rato. Hemos estado charlando y conociéndonos.

Me quedo callada. Aún no estoy segura de que esto no sea una alucinación.

—A tu madre la parece bien que te rapte esta noche —comenta el otro, guiñándome un ojo.

—Ah, muy bien. Lo que yo quiero no cuenta, ¿no? —reacciono al fin, algo tensa, mientras abro la nevera y cojo un yogurt.

—Sí, hija, por supuesto. Haz lo que te parezca.

—Bien, pues me quedaré en casa. Tengo trabajo —respondo, metiéndome una cucharada en la boca.

He contestado eso solo por reafirmarme en la idea de que soy yo la que decide, porque la realidad es que estoy deseando acompañarlo.

Ray deja la bebida sobre la mesa con lentitud, clavándome sus ojos grises.

—Trae lo que necesites. Trabajaremos los dos. De hecho, he venido a buscarte porque quiero que me ayudes con un asunto en concreto. Necesito tu opinión.

Mantenemos el contacto visual un largo momento. Es una treta para que vaya, lo leo en sus ojos, como también veo en ellos la súplica para que me deje convencer; sabe que no me he tragado su excusa. Una de las comisuras de sus labios se levanta ligeramente. Entre nosotros no hacen falta palabras. Es consciente de que me debato entre la tentación de ir y mi testarudez por no hacer lo que él quiere.

—¡Perfecto! ¡Te espero en el coche! —exclama de pronto, levantándose del asiento.

Abro la boca y enarco las cejas, incrédula.

—¡¿Cómo?! ¡Aún no he dicho que sí!

—¿Ah, no? Pues me lo habrá parecido. Entonces, ¿me vas a negar tu ayuda? —insiste en su pretexto—. Somos colegas. Yo te ayudaría sin pensármelo.

—Tú lo que tienes es mucho morro… —susurro para mí cuando pasa por mi lado.

—¿Eso es un sí? —Se para frente a mí, más cerca de lo que desearía estando mi madre delante.

—Supongo —claudico, finalmente.

—Muy bien. Te espero en el coche. Tengo que hacer un par de llamadas. Encantado de conocerla, señora Garret.

—Lo mismo digo, hijo. Ven por aquí cuando quieras.

—Gracias. También por el té y la tarta.

Ray abandona la casa. En cuanto desaparece, me giro hacia mi madre:

—¿No se suponía que a ti no te gustaba?

—¿Qué querías que hiciera? Estaba fuera, apoyado en el coche, como el día que vino a buscarte para invitarte a comer, y empezaba a llover. He salido y lo he invitado a entrar. A ver, hay que reconocer que es encantador, y creo que le gustas de verdad. Es solo que no bajes la guardia, ¿vale? Es guapo y un hombre de éxito y…

—Y puede tener a quién quiera —le acabo la frase.

—Exacto. Este tipo de hombres suelen aburrirse pronto de la misma mujer.

—Bien. Me arriesgaré. Gracias por tu advertencia.

Tiro el envase de yogurt a la basura y me voy al piso de arriba a hacerme la maleta. Pese a la actitud pesimista de mi madre, las mariposas revolotean felices en mi estómago.

Después de cenar hemos acabado tumbados en el sofá, envueltos en una manta de lana, viendo una comedia romántica. La lluvia, afuera, cae sin tregua, golpeando con fuerza los cristales. Ray me abraza desde atrás.

—¿Qué has hecho conmigo, Grace Garret?

Me giro para mirarlo.

—¿Por qué lo dices?

—Porque me has pedido que ponga una comedia romántica y ni siquiera me he resistido.

—¿No te gustan?

—No. Nada.

—Tengo mi propia teoría respecto a eso.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—Que a los hombres no es que no os gusten, es solo que os da vergüenza reconocer vuestro lado romántico y femenino.

Suelta una carcajada y me vuelvo del todo, encarando mi cuerpo con el suyo con expresión arisca.

—¿Qué? Es verdad —afirmo, molesta.

—Eso ha sonado muy… no sé… a revista de psicología barata. —Aún está intentando no reírse—. Perdona, Grace, pero es lo que pienso.

—A lo mejor habría que preguntárselo a Martina Fisher —espeto, fastidiada porque se lo tome a broma. Mi teoría iba totalmente en serio.

Arquea las cejas, sorprendido, y estoy seguro de que va a estallar en otra carcajada; ahora por traer a colación a la psicóloga que despertó mis celos. No se me ocurre otra cosa que besarle para

evitarlo. Al principio no responde, asombrado por mi reacción, pero enseguida acomoda sus labios a los míos, ladeando la cabeza para profundizar el beso. Un beso que me deja temblando cuando se separa para tomar aliento.

—Voy a sacarte de tu error, cariño —susurra sin separase apenas de mi boca.

Me coloca las piernas en torno a su cadera y se levanta conmigo del sofá.

—¿Qué haces? —Es una pregunta retórica que suelto entre risas. Es más que evidente lo que pretende.

—Demostrarte lo femenino que puedo llegar a ser.

Todo mi cuerpo se revoluciona con su declaración.

Muero de ganas por tenerlo dentro.

CAPÍTULO 53

RAY

Me despierto sobresaltado y sudando. En mi pesadilla Daniel convulsionaba y no lograba recuperarse del ataque. Aún recuerdo sus ojos oscuros, acusadores, puestos en mí mientras se desvanecía como un fantasma. Suspiro con fuerza y clavo la vista en el techo, intentando sobreponerme de la angustia.

«Mi madre tiene razón, no puedo continuar así».

Recuerdo su llamada. Me he alejado tanto de mi familia que ya ni siquiera cuentan conmigo. No dejo de preguntarme qué habría pasado si Daniel hubiera fallecido y yo no hubiera estado allí para despedirme. Me habría sentido como una mierda y mucho más culpable que ahora. Un leve escozor me quema en los ojos; los cierro con fuerza, intentando contener las lágrimas. Todavía no me perdono lo que le sucedió a mi hermano en su esfuerzo por salvarme. Y cada día que pasa, la culpa es peor. Por apartarlos. Por no llamar. Por no preocuparme por ninguno de los cuatro. Ha sido absurdo pensar que su ausencia aliviaría el dolor; al contrario, no ha hecho más que aumentarlo, el mío y el suyo.

Me seco los ojos cuando Grace se mueve a mi lado, en sueños. Aparto a mi familia de la cabeza y la observo. Es una preciosidad. Su melena oscura cae revuelta sobre el rostro. Le aparto algunos mechones para contemplarla mejor. Aunque se

remueve un poco, no se despierta. Todavía me pregunto cómo ha conseguido, en apenas tres meses, cambiar mi esquema de vida.

Los últimos años los he pasado dando tumbos, convertido en un negado emocional, tirándome a tías que no me importaban, huyendo de ellas y de todo lo que oliera a relación seria. Todo con la excusa de que nada estorbara en mi ascenso profesional. ¿De verdad era eso lo que pretendía? La única realidad es que siempre he estado aterrado. Desde lo del accidente de Daniel me he protegido tanto para evitar más dolor que me he vuelto un témpano…, hasta que llegó ella. La única mujer que ha sido capaz de abrirse paso dentro de mi corazón hermético. Pese a nuestras diferencias, la única que me da calma y que consigue hacerme olvidar mis malos rollos.

«La quiero en mi vida para siempre».

El pensamiento, que ha llegado de forma natural a mi cabeza, me sacude. Me deja seco. Tardo unos segundos en digerir lo que significa.

—Joder, sí. Eso es lo que quiero —murmuro.

Paso el brazo por su cintura y la atraigo hacia mí, embargado por ese instinto de posesión, de querer que sea solo mía —al que seguro que ella tendría algo que objetar—, mientras mi cabeza ya maquina lo siguiente que tengo que hacer.

CAPÍTULO 54

GRACE

Avanzo por el pasillo, en busca del mostrador de la planta de urgencias, con uno de los periódicos que publicó en portada el accidente de los Carlson bajo el brazo. Han pasado casi cinco meses desde el suceso, por eso mi única preocupación en este momento es que todavía trabaje aquí alguno de los médicos que atendió al matrimonio. No conozco el nombre de ninguno así que, cuando alcanzo el mostrador, pongo sobre él el periódico y muestro a la enfermera la fotografía del vehículo del senador, estampado contra el enorme árbol de las colinas de Todt Hill.

—Buenos días. —La mujer me mira y luego baja la vista al periódico, sin entender qué quiero—. ¿Conoce a la doctora o al médico que atendió a las víctimas? Llegaron con ellos en las ambulancias.

Al leer el nombre de los Carlson en el titular, su interés y sus ganas de colaborar se acrecientan.

—Sí, claro. Los periodistas no dejaron de agobiarlos a la salida del hospital durante al menos dos meses. Adquirieron cierta notoriedad entre la plantilla.

De pronto, como si recordara algo, se gira y consulta una hoja de papel con muchos colores y nombres, clavada con chinchetas a una pizarra de corcho. Parece comprobar algo. Espero paciente hasta que vuelve a dirigirse a mí.

—Tiene suerte, la doctora Hates sale de su guardia en quince minutos. Si se espera por aquí, la verá salir. También le advierto, vaya al grano y no se extienda mucho, después de casi veinticuatro horas sin dormir no suele encontrarse de muy buen humor.

«Pues pensaba pedirle que me acompañara al lugar de los hechos».

—Muchas gracias. Esperaré —me limito a decir.

Sonríe, y yo me voy directa a la máquina de cafés que hay frente al mostrador en busca de uno bien cargadito que me espabile. Es temprano, las ocho de la mañana, y mi visita aquí responde a una simple intuición que tengo que intentar armar con pruebas. La idea de venir surgió después de revisar todas las fotografías que el agente de policía y yo hicimos en el lugar del accidente. Necesito confirmar algo.

Mi vista se entretiene viendo pasar a los sanitarios con sus batas blancas, cruzando en ambas direcciones la sala en la que me encuentro. Algunos hacen un alto en el camino para sacarse un café, otros, siguen adelante adentrándose en el largo pasillo por el que he llegado yo repasando lo que, imagino, debe de ser el historial de sus pacientes. Un nudo atora mi garganta. No me gustan los hospitales. El olor que se respira me agobia; una mezcla de angustia, esperanza y desconsuelo. Me pregunto si esta percepción es solo el producto de mi mente aprensiva o, realmente, las emociones de la gente se quedan impregnadas en el lugar generando esta atmósfera irrespirable…

De pronto, algo llama mi atención a mi izquierda; con el rabillo del ojo veo a la enfermera haciéndome gestos con los brazos. Miro en su dirección y me doy cuenta de que me señala a una mujer

bastante alta y desgarbada que viste ropa de calle y que camina directa hacia el pasillo. Debe de ser ella. Me recrimino en silencio que casi se me escapa con mi absurda disquisición sobre los olores del hospital. Sonrío y levanto el pulgar a la enfermera, agradecida por su gesto, antes de salir disparada tras mi objetivo.

—¡Doctora Hates! —grito para que se detenga.

(Avanza deprisa, supongo que deseando olvidarse del hospital tras veinticuatro horas metida en él).

—Ya ha acabado mi turno —dice, sin volverse siquiera—. Lo que sea que quiera, consúlteselo a Carrigan.

Me veo obligada a correr. Las condenadas piernas de esa mujer son más largas y rápidas que las mías y no logro alcanzarla.

—No es por un tema médico… —consigo decir cuando la cazo, ya en la puerta de entrada al edificio.

Entonces se gira y me ve por primera vez. Debe de tener unos cincuenta años. Arruga la frente. Está claro que no le hace ninguna gracia que haya interferido en su «escapada» del lugar. Su expresión severa, que estoy segura que lleva instalada siempre, se acentúa.

—¿Qué quiere entonces? ¿Es visitadora médica? —suelta impaciente—. Mire, acabo de salir de una guardia y no estoy para nada ni para nadie. Necesito descansar, no sé si es usted capaz de entenderlo…

—Hola. Soy Grace Garret, abogada —le tiendo la mano para saludarla—. Y no vengo a ofrecerle nada, solo a hacerle unas preguntas sobre el accidente de los Carlson. Creo que fue usted uno de los médicos que los atendió.

Su ceño sigue fruncido, no obstante, su expresión se relaja un poco, y no me pasa desapercibido el brillo en sus ojos. He

despertado su curiosidad.

—Se están divorciando, ¿no es cierto? —me pregunta.

—Así es.

—¿A quién representa usted? ¿A él o la mujer?

—¿Qué más da? —inquiero, sin entender qué importancia puede tener eso.

—Me divorcié de mi marido hace mucho tiempo, fue una auténtica liberación. No pienso decir nada si puede perjudicar a Alice. Me pareció una buena chica el tiempo que estuvo ingresada. En cuanto a él, daba escalofríos la forma en que la miraba mientras estuvo inconsciente, antes de despertar. No es trigo limpio. Se lo digo yo. Y me importa una mierda si es su cliente.

«Genial».

Sonrío, comprensiva, intentando ponerme en su lugar.

—He dado con la persona correcta entonces. Soy la abogada de Alice, y me gustaría pedirle que me acompañe al lugar del accidente. Necesito comprobar una cosa para sostener mi teoría respecto a lo que pasó.

—Alice no había bebido —me informa.

—Lo sé.

Nos observamos unos instantes.

—¿Me acompañará? Solo le robaré una hora de su tiempo, se lo prometo. —Hago una pausa para darle la puntilla final—: Es importante para la defensa de mi cliente.

Deja escapar un suspiro y relaja los hombros.

—Está bien. Vamos. Solo una hora, ¿de acuerdo?

—Prometido.

Dos horas después estoy de regreso. Descuelgo el móvil cuando veo la llamada entrante de Violet:

—¿Dónde te has metido, Grace?

Está preocupada.

—Vuelvo de Todt Hill, del lugar del accidente.

—¿Has vuelto?

—Sí, quería comprobar algo. He estado con la doctora Hates. Es uno de los médicos que los atendió en el lugar de los hechos.

—¿Para qué querías hablar con ella?

—Ya te lo contaré.

—Está bien. Estoy en la oficina con Brad. Vamos a comer juntos. ¿Vendrás?

—No, Violet. Id vosotros. Esta mañana la tengo liada. Ahora tengo que ir al juzgado a entregar papeleo del otro caso que entró hace poco, y luego volveré a la oficina y me encerraré en mi despacho. No pienso salir de él hasta que tenga listo mi informe con todas las pruebas y testimonios, y mi teoría sobre lo que sucedió, perfectamente argumentada. La citación para la vista no tardará mucho en llegar.

—De acuerdo, como quieras. Si me necesitas para cualquier cosa, llámame ¿vale?

—Vale. Gracias.

—Recuerdos de Brad.

—Devuélveselos.

Cuelgo, justo en el momento en que debo virar a la derecha para coger la salida hacia el Bronx.

CAPÍTULO 55

RAY

Acabo de entregar la apelación del señor Miller en el juzgado y me dirijo en coche hacia la Quinta Avenida con el corazón dándome saltos en el pecho. Es un paso importante y no voy a negar que da un poco de vértigo, pero no recuerdo haberme sentido tan seguro ni exultante en mucho tiempo. Desde la última noche que Grace pasó conmigo no he dejado de pensar en ella… y en esto. Sé que no me estoy precipitando, que es lo que quiero, y en este momento lo único que me angustia es su respuesta; no se lo espera, y eso puede ser positivo y negativo. Quizá debería haberle insinuado algo, sin embargo, ha sido todo fruto de un impulso, de una certeza que no soy capaz de explicar, pero que está ahí. Aparco el coche en uno de los *parking*s de la Quinta Avenida y salgo de nuevo a la luz del día para caminar a pie el último tramo.

Miro el reloj. Me han dado cita a las diez y media. Todavía tengo tiempo de llamar a casa y preguntar por mi hermano. Me he propuesto estar más presente, aunque duela; he comprendido que mi actitud solo añade más angustia en los demás. Aunque la culpa sigue ahí, haré el esfuerzo de tragármela y disimular. Decido llamar a Claire en lugar de a mi madre. Está enfadada conmigo desde lo de Navidad y con esta llamada espero limar asperezas. Tarda un poco en cogerlo, aunque al final lo hace:

—Hola, Ray.

Se muestra distante.

—Hola, Claire. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Qué quieres?

—Preguntar por Daniel. Me llamó mamá para…

—Lo sé —me corta.

—¿Cómo está? ¿Mejor?

—Sí. Se quedó en un buen susto, pero lo superó. Daniel es muy fuerte.

No lo dice, pero siento que se le ha quedado por decir: «mucho más que tú». Tiene razón. Siempre lo fue. Incluso ahora, en su situación, no se deja vencer.

—Sí que lo es.

—¿Algo más, Ray?

—Sí. Cuéntame más cosas. ¿Le han puesto medicación? Quiero saberlo.

Se queda callada al otro lado más tiempo del normal, imagino que abrumada por el interés que muestro.

—Pues… —su tono es dubitativo—… sí. Le recetaron una medicación diferente para su epilepsia y parece que han acertado a la primera. Desde el cambio no ha vuelto a sufrir ningún ataque más, ni grande ni pequeño.

—Cuánto me alegro. ¿Ya está en casa?

—No. Le dan el alta hoy. Estoy yendo al hospital. Están allí los tres.

Por primera vez me doy cuenta de la implicación de todos con la situación de mi hermano. Noto el calor subir por mi cuello e invadirme el rostro, avergonzado por mi comportamiento durante todo este tiempo.

—Lo siento, Claire —me disculpo al fin, después de ocho largos años—. Siento no haber estado a la altura de las circunstancias. Debería… Sé que debería haber…

Mutismo total por parte de los dos; a mí me resulta difícil expresar lo que quiero y ella se limitar a esperar, a que termine con mi disculpa. Lo entiendo, demasiado tiempo aguardando esto como para facilitarme las cosas.

—Disculpas aceptadas, Ray —me echa una mano, apiadándose de mí.

—A partir de ahora, todo va a ser diferente. Te lo prometo —aseguro con la voz quebrada.

—Vale.

—Dales un beso a todos, ¿de acuerdo? Iré a Filadelfia en marzo, en cuanto pase la vista de un caso importante que llevo entre manos.

—Papá y mamá se alegrarán.

—Sí, ya lo sé. ¿Y tú?

—Sabes que también.

Antes de despedirnos me hace prometer que, hasta mi vuelta, los llamaré con frecuencia. Al colgar, experimento la misma sensación que al decirle adiós a Sejmet; es como si me hubiera quitado de encima otro pesado saco de piedras. Consulto el móvil: las diez y media en punto. Como un reloj suizo, mis pasos me han llevado hasta la esquina de la Quinta con la calle 52 a la hora acordada. Estoy delante del escaparate de Cartier, bajo sus emblemáticos toldos rojos. Me humedezco los labios, bastante nervioso, y entro.

—¿Ray? —escucho la voz de Ethan cuando salgo del garaje y me uno al tráfico de Nueva York, después de mi visita a la joyería.

—Hola, Ethan. Dime. Perdona que te haya colgado antes. No te lo podía coger.

—Tranquilo. Yo también estoy liado y no puedo entretenerme mucho. Solo te llamaba para invitarte a la inauguración de la exposición que he estado organizando en los últimos meses. Son cuadros de un artista emergente con mucho talento. Creo que podría interesarte.

Ethan conoce mi afición por el arte contemporáneo y que, de vez en cuando, invierto en algún cuadro o escultura si llaman mi atención. Aunque no soy un experto, compro por inversión, dejándome aconsejar por mi amigo. Quiero creer que el dinero que he gastado hasta el momento —de artistas aún no conocidos—, podrán venderse por mucho más si llegan a ser famosos. Cada vez que adquiero algo cruzo los dedos porque, desde mi punto de vista, se trata de algo más que del talento del artista: el ochenta por ciento lo constituye la suerte y el buen hacer del marchante. De momento, hasta que la fortuna les sonría, sus obras decoran las paredes y rincones de mi casa.

—¿Cuándo es? —me intereso.

—El próximo sábado. Puedes traerte a Grace. Es una buena ocasión para presentárnosla, ¿no? Matt me ha confirmado que vendrá.

Me parece buena idea. Si estoy dispuesto a que forme parte de mi vida tiene que conocer a mis amigos. Espero que no se asuste mucho con Matt.

—Luego podemos ir a cenar todos —sugiere.

—No. Tengo otros planes. Ya te contaré.

—Está bien.

—De todas formas, no esperes que esta vez me gaste un centavo en arte. Después de lo que acabo de comprar en Cartier, mi próxima inversión en tus artistas tendrá que esperar.

Se hace el silencio al otro lado.

—¡Tío! ¡¿Le has comprado un pedrusco?!

—Sí. —Menos mal que no lo tengo al lado, si no, se habría dado cuenta de que acabo de ponerme tan rojo como si me hubiera tragado una guindilla.

—Joder… ¡así que vas en serio!

—Sí. Estamos bien juntos. Quiero intentarlo…, y empezar a hacer las cosas bien. También con mi familia.

—Me alegro de que empieces a ver las cosas con claridad, amigo. Empezaba a preocuparme que no consiguieras reaccionar.

—Todo es desde que conozco a Grace. No sé. Me siento con fuerzas para todo.

—Eso se llama amor, ¿no?

Sonrío de medio lado.

—Sí. Supongo.

—Me alegro por ti. Razón de más para que te la traigas, Ray. Quiero conocer a la chica que te ha hecho cambiar de esta forma.

—Se lo propondré. Por cierto, ni una palabra del anillo ¿vale? Se lo daré después de la exposición. Quiero invitarla a cenar.

—Soy una tumba. Avisaré a Matt. Lo amenazaré con colgarlo de las pelotas en el puente de Brooklyn si se le escapa algo.

Me echo a reír.

—Sí, díselo. No sería la primera vez que mete la pata.

—Te dejo ya. Todavía está entrando alguna pieza de última hora para la exposición.

—De acuerdo. Nos vemos el sábado.

—Hasta entonces.

Enfilo la última avenida y meto el coche en el sótano del edificio donde se ubica MK & Lewis.

CAPÍTULO 56

GRACE

Repaso por última vez el informe. Lo veo tan claro que no entiendo cómo no me he dado cuenta antes. Ahora solo hace falta que al fiscal del distrito le convenzan mis conclusiones.

A punto estoy de levantarme de mi asiento cuando, el ordenador, me avisa de un correo nuevo en la bandeja de entrada. Le doy clic para echarle un vistazo y, al abrirlo, descubro que lo remite el juzgado de Manhattan donde se tramita el divorcio de los Carlson. Es la citación y la hora para la vista: diez de marzo, a las once de la mañana. Envío a imprimir el informe y apunto la fecha en la agenda del móvil. En cuanto lo suelto sobre la mesa, empieza a sonar. En la pantalla aparece el nombre de Ray. Sonrío, y un cosquilleo me recorre al recordar nuestra última noche. Lo hicimos despacio, sin prisa, deleitándonos en el cuerpo del otro para darnos placer. Es evidente que lo nuestro ha dejado de ser solo sexo. En mi caso, creo que nunca lo fue. Hace días nos dijimos que nos queríamos, pero hay una diferencia entre decir «te quiero» y sentir que el cuerpo también lo dice. A veces, me da miedo la conexión entre nosotros: Ray es capaz de detectar si algo me perturba solo con echarme un vistazo o por el tono de mi voz, y a mí me sucede lo mismo.

Y, hablando de lo que nos perturba…, esas cicatrices en la espalda… Cuando las acaricio noto que se tensa; es algo que le

incomoda y no he vuelto a preguntarle de forma directa. Aunque dejó entrever a qué se debían, prefiero ser paciente y que me lo cuente sin sentirse presionado. Puede que yo desconozca muchas cosas —me gustaría que esta fuera una de ellas—, pero por desgracia entiendo la vergüenza que sienten las víctimas a que los demás descubran que han sido objeto de maltrato. Por eso quiero darle tiempo, hasta que esté preparado para hablarlo. Descuelgo el teléfono y lo saludo:

—Hola, Ray.

—Hola, preciosa. ¿Cómo estás?

—Bien.

Si he de ser sincera, estoy más que bien; feliz por su llamada y contenta por haber acabado el informe, aunque esto no es algo que tenga intención de revelarle. Pese a estar liados, no pierdo de vista qué papel jugamos cada uno en este divorcio.

—¿Te ha llegado la citación para la vista de los Carlson? —se interesa.

—Sí, hace un momento. ¿Y a ti?

—También.

—OK… ¿Solo me llamabas por eso? —No quiero darle coba en este asunto.

—No. Llamaba para hacerte una propuesta.

—¿Carlson va a subir la cifra? —pregunto, sorprendida.

—No, no tiene que ver con nuestros clientes. Es una propuesta para ti, romántica e indecente.

—¿Cómo de romántica e indecente? —Estoy impaciente. No puedo esperar a saber qué ha planeado.

—Ethan nos ha invitado este sábado a la exposición que ha estado organizando estos meses.

—¿Tu amigo de la universidad?

—El mismo. Me gustaría que fuéramos juntos y después invitarte a cenar.

—¿Los dos solos?

—Sí. Tú y yo. Esa es la parte romántica.

—¿Y luego?

—Luego me gustaría llevarte a casa y hacerte el amor como si no hubiera un mañana.

—Esa es la parte irresistiblemente indecente, claro... —Acabo de ponerme a mil solo con el tono en que lo ha dicho.

—No veo la hora de meterte otra vez en mi cama, Grace Garret.

—Lo dices como si fuera una maldición.

—Puede que empiece a serlo… He descubierto que solo hay una cosa que me guste más que ganar un juicio, y es follar contigo. Te has convertido en mi debilidad.

—Hummmm… Pues a mí me parece perfecto, podré hacerte chantaje en todos los casos en que nos crucemos. Si quieres tener sexo conmigo, tendrás que dejarte ganar. No veas lo fácil que puedo llegar a ser con tal de pasarte por encima en un juzgado. Tragaría con lo que me pidieras —lo provoco.

Suelta una risotada.

—Como no dejemos esta conversación, me voy a plantar en tu oficina en menos de media hora. Me estoy empalmando como un elefante.

—Sí, creo que deberíamos dejarlo aquí —me acerco un poco más al teléfono y bajo el volumen para que no me oiga Violet—, o tendré que ir a casa a cambiarme las bragas.

Al colgar todavía lo escucho reír. Le he dicho que sí a su propuesta porque, además de la cita romántica, también me apetece conocer a sus amigos.

Me levanto de la silla y me aliso la falda, recomponiéndome, como si acabara de tener sexo real con mi abogado favorito. Me he puesto cachonda con la conversación y no puedo evitar imaginármelo a él, intentando lidiar también con su erección en las oficinas de MK & Lewis. Cuando abro la puerta de mi despacho, Violet levanta la vista hacia mí y me escruta con sus ojos. Me siento descubierta.

—¿Qué pasa? —disimulo.

—Nada —responde, bajando la cabeza otra vez a sus papeles.

Creo que ha llegado el momento de confesarle con quién estoy, si no, corro el riesgo de que se enfade. Hace tiempo que nos hemos hecho íntimas, y no me parece justo seguir ocultándoselo cuando su hermano ya lo sabe.

—Violet.

—¿Sí? —pregunta sin ni siquiera levantar la vista de lo que está haciendo.

—No hagas un drama de lo que te voy a decir, ¿vale? Bastante me he comido yo la cabeza durante todo este tiempo… Quiero que comprendas que no he podido evitarlo… Esta persona… me gusta de verdad.

Ahora sí alza la cabeza de su tarea. Me siento en la silla frente a su mesa.

—Ray Dawson, ¿no? —me suelta de improviso.

Le clavo los ojos, atónita. Igual que su hermano también lo ha adivinado. ¿Cómo ha podido saberlo? Se lo confirmo con la cabeza porque me ha dejado muda. Ahora solo espero que no se le ocurra echarme un sermón, porque llega tarde, muy tarde. Levanta las comisuras de los labios lentamente:

—La verdad es que no me extraña… ¡Está para comérselo, Grace!

«¡¿En serio?!» «¡¿Esto es lo que pensaba todo este tiempo?!» «¡Y yo sintiéndome culpable por su reacción cuando se enterara!».

—Hija, no me mires así —me dice—, que una no es de piedra. Hubieras sido gilipollas si no te lo beneficias. El día que estuvo aquí, cuando nos pilló bailando, noté que había algo especial entre vosotros.

—No sabía que fuera tan obvio. —Me siento un poco idiota.

—Cuando me dijiste que tu lío no era mi hermano, enseguida pensé en él.

—Bueno, ahora ya lo sabes seguro. Lo estamos llevando en secreto hasta que termine el divorcio de los Carlson, así que ni una palabra.

—Tranquila, lo entiendo. Alice no se lo tomaría muy bien. Y supongo que el senador tampoco.

—No, y sería comprensible. —Tomo aire y decido dejar a un lado mi vida sentimental—. Por cierto, hablando del caso, necesito que me concierte una visita con el fiscal del distrito de Richmond cuanto antes. El diez de marzo es el día de la vista. Tengo que hablar con él. Si le convence mi hipótesis, tendrá trabajo antes de nuestra comparecencia en el juzgado.

—¿Y eso? —se interesa.

—Concierta la visita y te lo cuento.

Le dedico una sonrisa enigmática y me retiro a mi despacho. Enseguida la escucho hablando por teléfono con alguien. Sin duda, he despertado su curiosidad; en cuanto cuelgue sé que le va a faltar tiempo para plantarse delante de mí. Va a alucinar cuando le comparta mi teoría.

CAPÍTULO 57

RAY

Como tantas otras, la galería de arte donde trabaja Ethan se encuentra en el Soho. No en vano, es uno de los barrios más conocidos de la ciudad por su ambiente vanguardista, sobre todo en arte y arquitectura. El día está soleado y la calle por la que caminamos en dirección a la exposición rebosa de gente. Si por mí fuera, ignoraría el evento y seguiría paseando, disfrutando de la compañía de Grace. Aun sabiendo que todavía no podemos permitirnos que nos vean juntos, rodeo sus hombros con el brazo y la acerco a mí. No se queja, así que deduzco que este pequeño gesto «prohibido» no le disgusta.

—¿Sabes? —le susurro al oído—. Me encanta pasear así contigo. Como una pareja oficial. Estoy deseando terminar con el divorcio de los Carlson.

Se gira y me mira.

—Yo también.

Dejándose llevar por un impulso, me da un beso rápido. Me sabe a poco y vuelvo a por ella con el propósito de darle uno más intenso, pero me frena con la mano antes de que alcance sus labios, adivinando lo que pretendo.

—Espera, Ray. Puede vernos alguien.

Frunzo el ceño y me aparto.

—Está bien…, pero no vuelvas a tentarme con esos besitos insulsos o no te librarás —le advierto.

—OK. No más besos —responde sonriendo.

Tras este breve parón, continuamos con nuestro paseo hasta llegar a la galería. La fachada moderna, recubierta de cristales, brilla con la luz dorada del atardecer. Al rebasar la puerta, la exposición está en pleno apogeo.

—Vamos —la guio hacia el interior.

Grace se detiene un instante para quitarse el abrigo y en ese momento, cuando se queda solo con el vestido plateado dejando a la vista toda su espalda, varios hombres cercanos a nosotros se giran atraídos por la visión. Es inevitable. Está deslumbrante. Estoy tentado de cogerla de la mano y reivindicar que está conmigo, sin embargo, me reprimo; no sería raro encontrarnos en la sala con algún conocido. A muchos compañeros, como a mí, les ha dado ahora por invertir en arte.

Una chica pasa rápido a nuestro lado, empujando a Grace sin querer, provocando que su hombro desnudo toque mi pecho y su ligero perfume alcance mi nariz. Entonces no puedo contener el impulso de entrelazar mis dedos con los suyos. Me reprende con la mirada y la suelto enseguida. Noto que los nervios, que había conseguido controlar durante nuestro paseo, vuelven otra vez; la cajita del anillo —que llevo en el bolsillo de la americana y roza todo el tiempo mi pecho—, me recuerda constantemente lo que voy a pedirle. Es lo que deseo, lo que siento, pero de vez en cuando me asaltan las dudas al recordar sus palabras el día que volvíamos del aeropuerto. Me pidió ir despacio, y lo que pretendo es todo lo opuesto a tomárnoslo con calma. Resoplo y echo un vistazo en torno

a nosotros, intentando olvidarme del tema y disfrutar de la velada hasta que llegue el momento.

Varias personas hablan en el centro de la sala, mientras otros curiosean la obra del pintor: cuadros de potentes colores y trazos extraños sobre las paredes blancas. Desde que soy un asiduo a las exposiciones de arte moderno he comprendido que no hay que estrujarse los sesos para entender lo que el artista quiere expresar; resulta siempre un esfuerzo inútil. En su lugar, si tengo intención de comprar, me centro en el impacto que me produce la obra que tengo delante, sin pretender buscarle un significado. Grace se detiene delante de una, observándola con minuciosidad. Aprovecho el momento para localizar a Ethan entre la multitud, haciendo un barrido por la sala.

—Es tan… —escucho que empieza a decir. Me giro y fijo la atención en la pintura, una mezcla de distintas tonalidades de rojo que echan para atrás.

—… ¿apabullante?

Seguimos mirando el cuadro.

—Sí, creo que esa es la palabra.

—¿No lo comprarías? —le pregunto.

Tuerce el cuello hacia mí.

—En la vida. Me produce taquicardias. El rojo no es mi color favorito.

—El mío tampoco —coincido—. Vamos.

La empujo con suavidad hacia el lienzo que cuelga un poco más allá. Resoplo al tenerlo enfrente. A los dos nos provoca el mismo rechazo que el anterior: demasiado intenso. No le dedicamos mucho tiempo y seguimos deambulando, entretenidos ahora con las

esculturas del mismo artista, expuestas en las esquinas y otros puntos estratégicos. Un camarero se acerca con una bandeja de canapés y tomamos uno cada uno.

—Es mucho más fácil y placentero digerir esto que cualquiera de esos cuadros —comento, después de tragar la pequeña *delicatessen* de caviar y langosta.

A Grace le hace gracia la observación y tiene que ponerse la mano en la boca para no escupir el canapé.

—¡Ray! —me riñe, poniéndose el dedo índice sobre los labios para hacerme callar—. El artista podría estar por aquí de incógnito.

Mi respuesta se queda en la garganta cuando descubro a Ethan en el otro extremo de la sala.

—Ahí está mi amigo —digo, señalando con la cabeza.

Se gira, curiosa, y camina tras de mí al ver que voy en su busca. Sorteamos unos cuantos grupos de gente antes de llegar junto a él.

—Hola, Ethan.

Vira todo el cuerpo al escucharme.

—¡Ray! ¿Cómo estás? —Me abraza, me suelta y, en cuanto lo hace, sus ojos se desplazan de inmediato a Grace, quien se ha colocado a mi lado—. Tú debes de ser Grace, la famosa abogada de la que no deja de hablar nuestro amigo ¿no?

—La misma —responde, echándome un vistazo con evidente satisfacción. Le ha gustado saber que se ha convertido en un tema de conversación recurrente con mis amigos—. Encantada de conocerte, Ethan.

Mi amigo se aproxima y le da dos besos sin dejar de sonreírle.

—Lo mismo digo. ¿Habéis curioseado ya la exposición?

—Sí —respondemos a la vez.

Por nuestras caras, se da cuenta de que no nos entusiasma mucho.

—Es un poco extravagante, lo sé. Pero es diferente. Creo que puede llegar a cotizarse bien —se justifica.

—Creo que esta vez no vas a conseguir tentarme, Ethan. Lo siento.

Cruzamos una mirada significativa. Los cuadros no me gustan, pero sabe que, aunque fuera distinto, esta vez la inversión la he hecho en lo que llevo dentro del bolsillo.

—Claro, no te preocupes. No siempre vas a dejar que te engañe, supongo.

Le guiña un ojo a Grace cuando esta se echa a reír. Creo que se han caído bien.

—Mirad… —señala a nuestras espaldas—, por ahí llega Matt.

Nos damos la vuelta justo a tiempo para ver cómo saluda con simpatía a un par de atractivas mujeres. Las dos se ríen. Ethan y yo nos miramos y negamos con la cabeza: nuestro amigo no puede resistirse a flirtear. Una de ellas le pregunta algo, Matt responde, y enseguida la chica saca una tarjeta del bolso y se la entrega.

«¿Acaba de darle el teléfono?»

No me lo puedo creer. No ha necesitado ni medio minuto para conseguirlo. Cuando las deja atrás y se acerca a nosotros, no se me escapa que su atención va directa a Grace. Sé que es mi amigo, que no se atrevería a intentarlo con ella y que solo lo mueve la curiosidad por conocer a la mujer que me ha hecho cambiar en tan poco tiempo, aun así, no me hace ni pizca de gracia.

—Hola— saluda con una sonrisa jovial.

—Hola, Matt.

Nos damos un abrazo.

—Gracias por venir, tío —agradece Ethan, consciente de que a nuestro amigo el arte le importa entre poco y nada.

—Matt, te presento a Grace —digo, viendo que sigue siendo el objeto de su interés.

—¿Tu novia, no?

Carraspeo, incómodo. Grace sabe que son los únicos que conocen que entre nosotros hay algo más que colegueo profesional, pero, en todo el tiempo que llevamos quedando, no nos hemos etiquetado de ninguna forma. Nuestras miradas se cruzan y el silencio se prolonga. Finalmente, me decido, empujado por todas esas miradas curiosas que esperan una respuesta.

—Sí, es mi novia.

Clavo los ojos en ella, con toda la seguridad que soy capaz de mostrar. Joder, quiero colocarle un anillo de compromiso en el dedo, ¡claro que debería considerarla mi novia, ¿no?!... Y si ella no siente lo mismo, acabo de meterme en un marrón de los gordos. El anillo parece que ha cobrado vida y quema mi piel, traspasando el tejido de la camisa. No soporto bien la incertidumbre.

«Tío, relájate».

Entonces, Grace hace algo que no esperaba: coge mis dedos con disimulo. El corazón se me acelera en el pecho. Respondo a su gesto oprimiéndoselos con complicidad, reafirmándome en lo que acabo de revelar a mis amigos. Nos soltamos, pero sus ojos brillan y su boca se curva en una sonrisa. Parece que a la preciosa mujer que tengo delante le gusta la idea de ser mi novia. Joder, tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no lanzarme a sus labios. No

tengo ninguna duda de que ahora mismo soy el hombre más feliz en esta sala.

—Un placer conocerte, Grace —la saluda mi amigo, sacándonos de nuestro embobamiento.

—Lo mismo digo, Matt.

Se dan dos besos.

—¿Qué? ¿Vas a comprar algo esta vez? — le pregunta Ethan, cambiando de tema.

—Acabo de llegar. Déjame dar una vuelta antes, a ver qué veo… Aunque ya sabes que el arte y yo no nos llevamos bien.

—Este artista tiene algo, te lo digo yo, que sé un poco de esto… Cuando sus cuadros se vendan por el triple, no digas que no te lo advertí —lo espolea Ethan.

Grace se une a la conversación:

—Tengo que confesar que no tengo ni idea de arte. Cuando estoy delante de un cuadro solo puedo valorar si me gusta o no. No veo más allá de esa primera impresión.

—Entonces, eres como yo —la apoyo—. Si invierto en algo siempre lo hago basándome en el criterio de Ethan, pero el cuadro tiene que entrarme por los ojos, si no, paso. Lo siento mucho por… ¿cómo se llama el artista?

—Hauffman. Es de ascendencia alemana.

—Pues lo siento mucho por él, pero aquí entre nosotros, no le compraría ninguno de estos cuadros.

—¿Cuánto cuestan? —pregunta Matt.

—Depende. El rojo es el más caro. Cuesta sesenta mil dólares —lo informa Ethan.

—¿De verdad? —Grace acompaña la pregunta con los ojos abiertos como platos. El cuadro le horroriza tanto como a mí.

—Eso no es nada. En esta galería he llegado a vender cuadros por más de doscientos mil pavos, pero Hauffman es un artista emergente. Todavía hay que darlo a conocer.

—Lo siento, Ethan, pero nunca he entendido que haya gente que esté dispuesta a gastarse ese dinero en cuadros que parece que podría hacer un niño —opina Grace.

—Sobre todo, si es como estos —añado.

—Bueno, a veces lo que ves es el resultado de un proceso largo de simplificación —aclara en «modo experto».

Nos lo quedamos mirando con cara de desconcierto. Por nuestra expresión es más que evidente que su explicación no nos convence. Aunque no pienso decírselo, me parece absurda, y me apostaría la cabeza a que Matt y Grace opinan igual.

—Supongo que cada uno se gasta el dinero en lo que quiere, siempre que de alguna manera te compense —rompe Matt el silencio—: Hay gente que paga en reventa más de veinte mil dólares por ver una final de la NBA. O tú, Ray, que pagaste a Grace un curso de diez mil pav…

—Cállate, tío —lo corta Ethan con rapidez.

El ambiente fluido que había entre nosotros se espesa al instante. Matt aprieta los labios, tenso, al darse cuenta de la metedura de pata, y yo estoy tentado de agarrarlo del cuello y darle de hostias por bocazas. La mandíbula me va a estallar de contenerme. Mi mirada se desplaza hasta Grace, intentando descifrar su expresión. Sé que está atando cabos dentro de su cabeza. Cuando lo hace, su rostro muda en décimas de segundo de la

incredulidad al enfado. La atmósfera se enrarece cada vez más. Ninguno sabe qué decir.

«Mierda».

—¿Puedes repetir lo que has dicho, Matt? —pregunta Grace, finalmente, con tono glaciar.

—Creo que vamos a dejaros solos… —Ethan arrastra del brazo a Matt mientras habla.

Se alejan y nos quedamos solos. Ahora sí tengo un verdadero marrón encima. Trago saliva porque sé que ha llegado el momento de las confesiones.

—Grace, lo que ha dicho Matt…

—¿Pagaste mi curso? —Su voz es distante y dura—. ¿No se suponía que era gratis porque me recomendabas?

—No es fácil de responder…

Sonríe irónica.

—¿Que no es fácil de responder? Se responde con un monosílabo, Ray. Sí o no. Yo diría que es bastante fácil.

Me muerdo el labio; no tiene ningún sentido negarlo.

—Sí. Lo pagué —claudico—, pero si dejas que te explique…

Sus ojos se vuelven brillantes y el enojo da paso a una emoción que me duele más: decepción.

—¿De qué va esto? —Mantiene el tono distante, aunque con un matiz de fragilidad que me impulsa a acercarme.

—Grace…

—¡Ni se te ocurra acercarte! ¡¿Qué querías de mí para pagarme de tu bolsillo un curso de diez mil dólares?!

La gente cercana a nosotros se vuelve cuando eleva el volumen.

—Cálmate, por favor… —le pido mirando alrededor.

—¡¿Que me calme?! ¡Y una mierda! ¡¿Te habrás reído de lo lindo a costa de la pobrecita abogada del Bronx, no?!

—¡No! ¡Claro que no!

Vira en redondo y se va hacia la puerta de salida.

—¡Grace! —La cojo del brazo para detenerla—. ¡Escúchame!

—¡Suéltame! —Con un movimiento brusco se libra de mí.

Mientras camina hacia la salida va colocándose el abrigo. La sigo, consciente de las miradas de todo el mundo clavadas en nosotros. Cuando salimos del local y pisamos la calle, el sol está a punto de ponerse.

—Por favor, Grace, deja que te lo explique todo. ¡Te quiero!

—¡No vuelvas a decirme eso nunca más, joder! —grita, volviéndose rabiosa.

—¡Es la verdad!

—¡Si me quisieras no te habrías reído de mí! ¡Me dijiste que ibas a recomendarme porque me lo merecía, y resulta que solo querías acostarte conmigo! Porque era eso lo que pretendías, ¿no? —Sus ojos empiezan a llenarse de lágrimas.

—Perdóname, es verdad que te mentí…, pero eso no borra lo que siento ahora.

—¡Me da igual! ¿Es que no lo ves? ¡Ya no puedo fiarme de ti! No sé si me has mentido en algo más… Ni siquiera confías en mí. ¡Todavía no me has contado por qué tienes esas cicatrices en la espalda! ¿Qué más secretos guardas, Ray? ¡No te conozco!

—Sí me conoces, Grace —le digo en un tono más bajo, intentando apaciguarla—. Soy la misma persona de hace diez minutos, la misma de hace un mes… Sabes que estamos bien

juntos. Te contaré todo lo que quieras saber. —Mi voz empieza a sonar como una súplica. No quiero ni plantearme la posibilidad de que me esté dejando.

De repente, parece calmarse, aunque presiento que es la calma que precede a la tormenta.

—No soporto que me mientan, y tú lo has hecho desde el principio.

En un gesto rápido se pasa las manos por las mejillas y se lleva las lágrimas que no paran de caer. No puedo verla así. Tengo un nudo en la garganta que se acrecienta a cada segundo que pasa.

—Tendría que haber escuchado a mi madre cuando me lo advirtió —continúa hablando—, pero no lo hice…. Y ahora me siento estúpida por creer que significaba algo para ti, que me querías de verdad, cuando en realidad solo he sido un capricho de diez mil dólares.

—No digas eso —le pido. Me duele solo escucharlo—. Te quiero de verdad, Grace. —En un intento desesperado, doy unos pasos en su dirección.

El vacío en el estómago, que hacía tanto que no sentía, vuelve a aparecer cuando escucho sus últimas palabras:

—Ni lo intentes. Lo que hayamos tenido, se acaba aquí.

No avanzo más; me quedo congelado en el sitio mientras ella se da la vuelta y comienza a alejarse. Cuando la pierdo de vista y dejo de mirar el punto por donde ha desaparecido, me doy cuenta de que el sol se ha puesto dando paso a la noche, como una especie de metáfora de lo que siento en este momento. Grace ha sido la única que ha conseguido sacarme del agujero en el que estaba

metido, pero toda la luz que había traído a mi vida acaba de apagarse.

Le doy un puñetazo a una farola y me destrozo los nudillos, aunque mi cuerpo es incapaz de sentir nada que no sea el dolor por haberla perdido. El único pensamiento que cruza mi cabeza al ver la sangre en mis dedos es que me gustaría seguir destrozándomelos contra la cara de Matt. Viro en redondo con un solo objetivo: entrar en el local y encontrar a ese cabronazo. Cegado por la rabia, no escucho la voz de Ethan llamándome. Solo me detengo al notar la fuerza con que me sujeta del brazo.

—¿Adónde vas, Ray? —Es una pregunta retórica porque es evidente que lo ha adivinado.

—A darle un par de hostias a ese imbécil que tenía por amigo.

—Ray, déjalo. No ha sido intencionado. Está jodido.

—Y más que lo va a estar cuando acabe con su cara. —Intento zafarme de su agarre, pero no lo consigo, lo que me recuerda que Ethan practica boxeo todos los días y es el más fuerte de los tres—. ¡Joder, suéltame o…!

—¿O qué? ¿También vas a atizarme a mí?

Estoy a punto de contestar cuando oigo la voz de Matt detrás de mí.

—Suéltalo, Ethan.

—No —responde con firmeza, intuyendo que si lo hace se va a liar parda.

—¡Que lo sueltes, joder! —insiste.

Ethan arruga la frente, no obstante, le hace caso. Me falta tiempo para salir corriendo hacia Matt. Apenas lo he alcanzado cuando mi brazo, con vida propia, suelta un derechazo que impacta

de lleno en su rostro, volviéndole la cara y desequilibrándolo hasta el punto de hacerlo caer al suelo.

—¡Vamos, levántate! —le grito furioso.

—¡Basta, Ray! —Ethan me agarra otra vez.

—¡No te metas en esto! —Ahora es Matt el que grita.

Ethan suspira y vuelve a hacerse a un lado. Matt vuelve a recuperar la posición, colocándose de nuevo frente a mí. Estoy a punto de encajarle otro puñetazo cuando me doy cuenta de que no va a defenderse. Muy al contrario, se me está ofreciendo para que descargue mi ira contra él.

—¡Defiéndete! —le pido.

Sin hacerme caso, aprovecha mi momento de duda para disculparse:

—Lo siento, Ray. Olvidé que no le habías dicho…

—¡Cállate! ¡No tienes ni puta idea de lo que has hecho, joder!

Aprieto los dientes y los puños conteniendo la frustración. Esto no voy a poder perdonárselo nunca. ¿Cómo voy a hacerlo? Acaba de separarme de la mujer que amo.

—Vamos, Ray, déjalo ya… —El brazo de Ethan me rodea el cuello en un gesto que pretende, al mismo tiempo, consolarme y alejarme.

Niego con la cabeza y tengo que tragar saliva varias veces para sujetar las lágrimas. Me libero de mi amigo porque noto que me falta el aire. Me tambaleo un poco y siento la mirada de los dos sobre mí, preocupados. Cuando me estabilizo, me sorbo la nariz y clavo mis ojos vidriosos en Matt. Las palabras acuden a mi boca con dificultad, haciéndose paso a través de mi angustia:

—No quiero volver a verte en mi vida, ¿lo has oído?

Ni siquiera espero su respuesta. Giro sobre mis talones y me largo de allí con el corazón destrozado golpeándome con fuerza en el pecho, como queriendo escapar en busca de otro cuerpo que le dé mejor vida. Acabo de perder a Grace y a uno de mis mejores amigos. No está mal para una sola noche.

CAPÍTULO 58

RAY

—Debería tomarse las cosas con más calma, señor Dawson —me dice el médico desde el otro lado del teléfono.

—Sea claro, ¿qué tengo? —pregunto con un tono bastante impertinente.

—Una úlcera de estómago.

Me levanto de la silla y camino hacia la cristalera que tengo detrás. Suspiro con fuerza.

—¿Y eso qué significa? Tengo una vista importante dentro de tres días. No puedo faltar.

—Tranquilo, de momento no es necesario intervenirla quirúrgicamente. Voy a ponerle una medicación para protegerla y que se vaya cerrando, aunque usted tendrá que poner de su parte… —Lanzo otro suspiro, cansado, sabiendo de antemano lo que me va a decir—: Nada de estrés. El ácido en el estómago no le favorece.

—Está bien. Lo intentaré.

—No lo intente, Dawson. Organice su vida si quiere que esa úlcera no se convierta en un problema mayor —me advierte con voz preocupada.

Aprieto los labios. Tengo que poner tantas cosas en orden en mi vida que no sé ni por dónde empezar. El médico vuelve a hablar al ver que me mantengo en silencio:

—Le enviaré las recetas a su correo electrónico.

—Gracias.

—No me dé las gracias. Cuídese.

Nos despedimos después de asegurarle que lo haré. Miro el reloj en mi muñeca y cierro los ojos, intentando serenarme. Tengo una cita con mi jefe y con Carlson en cinco minutos. Mal comienzo para empezar a cumplir con mi promesa. Los dos están nerviosos y aseguran que tienen algo importante que comentarme. No tengo ni idea de qué puede ser.

—Adelante, Dawson.

Abro la puerta y entro en el feudo de McKenzie: un despacho con muebles oscuros y paredes cubiertas por estanterías repletas de libros jurídicos. Carlson y él están sentados en la pequeña mesa circular, junto a uno de los dos ventanales que inundan de luz el espacio. La mesa —de cristal con patas metálicas—, sus sillas a juego y las lámparas de diseño moderno son el contrapunto al mobiliario clásico que domina la estancia.

—Buenos días —saludo.

En otra ocasión hubiera hecho el esfuerzo de ser más agradable a fin de congraciarme con ellos y predisponerlos a mi favor, sin embargo, esta vez no puedo. Estoy saturado del caso y de los dos personajes que tengo delante. No se me escapa la mirada crítica que me dirigen.

—Siéntese, por favor —me pide McKenzie.

Obedezco y aparto una de las dos sillas disponibles frente a ellos.

—Señor Carlson —lo saludo cortésmente al sentarme.

—Buenos días, Dawson.

Mi jefe va directo al meollo del asunto sin esperar siquiera a que tenga el culo apoyado en el asiento. Mejor. No me apetece estar aquí demasiado tiempo.

—Como ya habrá supuesto, la visita del senador tiene que ver con su divorcio. —Agudiza su mirada sobre mí, mientras el otro escucha con atención—. Verá, resulta que John ha recibido una llamada de la comisaría de Todt Hill, la que envió efectivos el día de su accidente.

Frunzo el ceño, comprendiendo que Carlson debe de tener gente comprada dentro de la comisaría encargada de la investigación.

—Dicen que Grace Garret tiene algo nuevo con lo que no habíamos contado.

Escuchar el nombre de Grace me produce un sobresalto. Mi rostro se crispa, frustrado. La echo de menos. Desde nuestra discusión no ha contestado a mis llamadas ni respondido a ninguno de mis mensajes y, aunque he estado a punto de presentarme en su oficina varias veces, mi instinto me ha frenado. Mejor mantener las distancias hasta que pase la vista. Estoy bastante jodido: no saber nada de ella y que crea que la considero un capricho no me deja dormir. No voy a negar que, al principio, había algo de eso, pero me he enamorado de ella y no pienso en otra cosa que en el modo de hacérselo entender.

—¿No le interesa saber de qué se trata? —inquiere McKenzie ante mi silencio.

Salgo de inmediato de mis pensamientos y respondo:

—Sí, claro.

—Encontraron la suela de un zapato en el lugar de los hechos —responde McKenzie.

Aprieto los labios para evitar que asome una sonrisa de admiración por Grace.

—No alcanzo a ver la importancia que pueda tener en el caso —añade—, tal vez ninguna, pero haga lo necesario por invalidarla. Tenga en cuenta que se recogió del lugar de los hechos mucho tiempo después de que sucediera el accidente. Cualquier morboso pudo bajar a fisgonear allí y dejar indicios falsos.

El senador se muestra inquieto, removiéndose en su asiento sin dejar de retorcer las manos. Le clavo la mirada, con desconfianza:

—¿Hay algo que no nos haya dicho, señor Carlson?

—No.

«Sí» me digo en silencio.

Ha contestado demasiado rápido, sin detenerse a recordar por si se le hubiera pasado alguna cosa importante.

«Lo de siempre».

Al darme cuenta de que no tiene intención de añadir nada más ni de descubrirnos lo que esconde, mi cabeza comienza a dar vueltas barajando opciones, aunque estoy demasiado espeso para sacar alguna conclusión ahora. Me limito a decir lo que McKenzie y Carlson quieren oír:

—De acuerdo. Tiraré de mis contactos para ver qué puedo hacer.

—Eso no me sirve, Dawson. Solucione el problema.

Asiento con la cabeza y me levanto.

—Si me disculpan… La vista es dentro de tres días, tengo que ponerme con ello.

—Está disculpado. Póngase manos a la obra y gane este caso.

Me levanto y los dos me despiden con un ligero alzamiento de cabeza.

Cuando salgo de allí, solo tengo una cosa clara: no voy a invalidar nada. Voy a mantener la acusación de adulterio de Alice basándome en las fotografías de mi detective. Si Carlson no quiere colaborar, no seré yo quien eche el trabajo de Grace por tierra, jugando sucio. Simplemente, que gane el mejor. Por primera vez, me doy cuenta de que no me apetece ganar a costa de todo.

CAPÍTULO 59

GRACE

Con la vista fija en los números rojos de mi despertador, voy descontando los minutos que faltan: 6:56. 6:57. 6:58. 6:59… Lo apago justo antes de que suene. No me apetece escuchar su estridente sonido; llevo despierta un buen rato dándole vueltas a la cabeza, martirizándome, y noto la mente embotada.

Aunque hoy es el día de la vista, no estaba precisamente repasando mi intervención en el tribunal. Me siento en la cama y apoyo los pies en el suelo sin ganas, lo que me hace sentir peor: no es esta la actitud que mi clienta espera de mí en un día tan importante. Sacudo la cabeza y me froto la cara con fuerza, como si ese gesto pudiera librarme del recuerdo de Dawson. El maldito abogado se ha instalado en lo más profundo de mi cerebro y, a pesar de la forma en que me manipuló, no soy capaz de arrancarlo de ahí. Estas últimas semanas he pasado por todos los estados emocionales negativos posibles: rabia, ira, frustración, pena por mí misma, otra vez rabia, cabreo, angustia… Pero ahora me siento, sobre todo, cansada y triste. Cansada de sentir tantas emociones y triste por no tener a Ray conmigo.

Me confié, me lancé al agua sin flotador y ahora no puedo volver a la orilla, poner los pies en el suelo y seguir con mi vida. De momento, sigo nadando contracorriente, luchando contra mis sentimientos porque, ¿para qué negarlo? Continúo enamorada de él.

Me repito a todas horas que tengo que hacerme a la idea de que ya no está ni estará más… aunque eso suponga irme al fondo del mar. No pasa nada, ya volveré a la superficie.

Me levanto y arrastro los pies hasta el baño. Ni siquiera me asusto cuando me veo en el espejo; llevo ya demasiados días con los ojos hinchados y las ojeras hasta el suelo como para sorprenderme. No duermo bien, y últimamente he necesitado toda mi voluntad y capacidad de concentración para enfocarme en el caso. Exhalo con fuerza. Cojo el móvil, que tengo cargando en un enchufe del baño, y repaso todos los mensajes que tengo. Me sorprende ver que hoy no hay ninguno de Ray… Normal: hoy es el día clave.

«Estará concentrado en el caso igual que debería estar yo».

Me fastidia no ser más profesional y no poder apartarlo de mi mente, aunque sea solo por unas horas. Me meto en la ducha. Bajo el agua caliente vuelvo a llorar en silencio. La ducha se ha convertido en el refugio donde me desahogo; no quiero que mi madre siga mirándome con esos ojos de «ya te lo dije», como ha hecho todo este tiempo desde que sabe que Ray y yo no estamos juntos.

«Dios… me siento tan traicionada, tan ridícula».

Cierro los ojos y se me escapa un pequeño sollozo.

«¡Cómo pude tragarme la mentira del curso gratis!».

Ahora me parece todo tan evidente que siento vergüenza. Vergüenza por ser tan ingenua y por lo que se habrá reído a mi costa ese imbécil.

Respiro hondo y dejo que el agua resbale sobre mi piel un buen rato. Necesito relajarme y expulsar toda la negatividad que

llevo dentro.

—Intenta ver las cosas positivas —murmuro, recordando las palabras de Brad el día que corrí a sus brazos, destrozada, para contárselo.

Enumero en mi cabeza, una por una, todas las que se me ocurren:

«He hecho un curso que no me habría podido pagar en la vida… He pasado unos días en un *resort* precioso junto al mar… He aprendido a amasar pizza… bueno no, eso no… He tenido sexo por primera vez en una cocina… He disfrutado de los mejores orgasmos de mi vida… He sido capaz de confiar en un hombre…».

Cuando me doy cuenta, estoy llorando otra vez.

—¡Este ejercicio es una mierda, Brad!

Salgo de la ducha y me enrollo la toalla, rabiosa. Me seco con rapidez y froto mi pelo con tantas ganas que creo que la cabeza acabará soltándoseme del cuello. Me miro en el espejo. Sigo viéndome fatal.

«¡Espabila de una vez! ¡Al menos hoy, que te juegas mucho!», escucho decir a mi voz sensata.

Es verdad. Hoy no me puedo permitir esta actitud. Me pongo derecha, levanto la barbilla y vuelvo a la habitación. Abro el armario, apartando las perchas con decisión. Tengo un traje nuevo de color verde que resalta mis ojos y el tono de mi piel. Es el día de estrenarlo.

—Aquí está.

Lo descuelgo y lo dejo sobre la cama para acabar de secarme el pelo y maquillarme.

—Vamos, Grace. Queda el último esfuerzo.

CAPÍTULO 60

CAPÍTULO 61

RAY

John Carlson está hoy más nervioso de lo habitual, y la muchedumbre de periodistas que nos espera a la entrada solo empeora su estado. Su divorcio es la noticia del día… y esto no ha hecho más que empezar. Subimos las escaleras del edificio haciéndonos paso entre cámaras, micrófonos y preguntas incisivas. Uno cuantos agentes, enviados para protegerlo, nos ayudan a sortear el caos.

Dentro del edificio aceleramos el paso por los pasillos hasta que llegamos frente a la sala del tribunal. Se ha prohibido el acceso a la prensa, así que no tendremos que sufrirla otra vez hasta que volvamos a salir a la calle. Alice y Grace aún no han llegado. Mientras aguardamos a que nos dejen entrar, pregunto a Carlson solo por cortesía:

—¿Se encuentra bien?

—No. —Su voz es baja, cargada de tensión—. Me preocupa por donde pueda salir la abogada esa.

—Ya le dije que la pieza del zapato que encontraron no ha conducido a nada —miento.

Lo cierto es que no tengo ni idea. Ni me he molestado en comprobarlo. La expresión de su rostro me dice que mi respuesta no le convence. Es obvio que tiene dudas y que el hallazgo le preocupa; veremos si Grace ha sido capaz de descubrir si tiene motivos.

Estoy absorto en mis pensamiento cuando un murmullo a mi izquierda que me hace girar. Al fondo del pasillo aparecen Alice, Grace y Violet, su asistente. Mis ojos se clavan de inmediato en Grace. Mi úlcera está más controlada desde que tomo medicación, no obstante, al verla, el estómago se me contrae y las pulsaciones se me disparan. Por mi mente pasa el primer día en que cruzó la puerta de nuestras oficinas. Nunca había creído en el amor a primera vista, pero acabo de darme cuenta de que es real; me enamoré de Grace en aquel mismo instante, sin haber cruzado ni una sola palabra.

Para mi decepción, no se acerca a saludar. Se quedan a cierta distancia, pero el cruce de miradas entre los dos es inevitable. La conozco y sé que está intentado fingir frialdad, aunque no logra que su ojos sean todo lo distantes que pretende. Tiene ojeras y su aspecto general es cansado… No brilla igual que antes. Y eso me basta para saber que lo está pasando tan mal como yo. Trago saliva. Odio verla así, y más aún, saber que es por mi culpa.

Una vez nos dan paso a la sala, nos dirigimos a las dos mesas frente al estrado, separadas por el pasillo central de acceso. Sin público ni prensa, apenas somos diez personas, contando al personal del juzgado. Mientras nuestros clientes se acomodan, Grace y yo revisamos nuestros papeles, aún de pie, antes de que la jueza haga acto de presencia.

Echo la vista a un lado, la observo, y me doy cuenta de que está haciendo todo lo posible por evitar el contacto visual —o de cualquier otro tipo— conmigo. Sin pensarlo demasiado, me acerco.

—¿Ni siquiera me merezco un saludo? —susurro, procurando que no nos oigan los Carlson.

Levanta la vista y me fulmina con sus ojos verdes, brillantes como esmeraldas. No contesta y vuelve a sus papeles.

—Por favor, Grace. Tenemos que hablar.

—¿De algún punto concreto del acuerdo de divorcio, señor Dawson? —pregunta, alzando de nuevo la vista hacia mí.

—Sabes muy bien de qué. Por favor, quedemos un día. Dame la oportunidad de explicarme. Y no me llames señor Dawson.

—Tuviste muchas ocasiones para hacerlo. Se te acabó el tiempo.

Nos quedamos mirando en silencio un largo momento. Me desafía con la mirada, y yo empiezo a cansarme de su obstinación.

—Te he escrito y te he llamado cientos de veces en estas semanas, ¿de verdad eso no te da una idea de lo que siento por ti? —pregunto con exasperación.

En ese momento, la puerta al otro lado del estrado se abre y aparece la jueza Harrison. Va acompañada por un alguacil que se coloca junto al otro que ya custodia la sala. Lanzo una última mirada decepcionada a Grace y vuelvo a mi sitio.

—Buenos días a todos —saluda mientras se sienta—. Bien, después de estos dos meses que han tenido por delante espero que hayan podido reunir pruebas que avalen sus pretensiones. Si no recuerdo mal… —la mujer mira los papeles para asegurarse de lo

que va a decir—, las cifras eran ostensiblemente diferentes. Señorita Garret, empiece usted, por favor.

Tomo asiento y me dispongo a escuchar la intervención de Grace. Aún tengo el corazón acelerado por nuestra breve conversación.

—Con la venia, señoría. Mi representada solicita la suspensión del caso.

La frase impacta en mi cabeza igual que si un meteorito hubiera aterrizado en medio de la sala. Me giro bruscamente en cuanto la escucho.

—¿Cómo? —La pregunta sale de mi boca fruto de la sorpresa.

Grace me dirige una mirada triunfante.

La jueza frunce el ceño y se quita las gafas, enfocando a Grace con atención antes de preguntar:

—Y eso, ¿por qué?

—Porque el fiscal del distrito ve indicios suficientes para acusar al senador Carlson por vía penal. Aquí tengo su petición de suspensión.

—Acérquemela —pide Harrison.

La jueza lee despacio el contenido. Mi cliente se revuelve en el asiento y tira de mi brazo, confuso y muy nervioso:

—¿No se suponía que estaba todo controlado?

Me zafo sin contestar. Quiero escucharla.

—Explíquele al señor Dawson y a su cliente la razón de esta solicitud de suspensión, señorita Garret —pide la jueza cuando acaba de repasar el documento.

—Sí, señoría.

Cuando se vuelve hacia nosotros su mirada es fría y decidida.

—Señores, esta petición es el resultado de la inspección ocular que hice con mi ayudante en el lugar del accidente que sufrieron este otoño el senador Carlson y su esposa.

Hace una breve pausa para fijarse en la reacción del político y prosigue:

—Acudimos acompañadas de los agentes de policía que intervinieron esa noche. Presenciaron nuestro hallazgo y testificarán en su momento.

Su voz ahora adquiere gravedad:

—En el lugar del accidente encontramos la suela de un zapato de la marca *Simoncelli*. Curiosamente, según ha indicado mi defendida, es la marca que suele usar el senador. Consultamos con el personal doméstico, y uno de ellos —quien acaba de despedirse y testificará— confirmó que uno de sus zapatos fue enviado a reparar poco después del siniestro. Disponemos del ticket de reparación.

Toma aire y continúa:

—Cuando estrechamos el círculo en torno al señor Carlson, necesitábamos saber si esa pieza había podido perderse mientras era trasladado en la camilla hasta la ambulancia… Sin embargo, esa posibilidad resultó poco probable… El tacón no estaba en el trayecto que siguieron los camilleros hacia el vehículo sanitario, según el testimonio de la doctora que los atendió. Apareció junto a la puerta del conductor, justo donde estaba Alice… Y mi pregunta es, ¿qué hacía ahí?

Me impresiona verla en su papel. Es buena. Muy buena. Sabe cuándo hacer las pausas para aportar dramatismo. La miro, impasible, aunque por dentro estoy fascinado.

—Solo hay una respuesta posible —prosigue, sosteniéndome la mirada—: el senador abandonó el vehículo en algún momento.

Grace desliza entonces la vista hacia mi cliente, que está tan pálido como los folios que he dejado sobre la mesa. Mi expresión, hasta ahora contenida, se transforma fruto de la incredulidad y la sorpresa. Lo que acabo de escuchar me deja clavado en el sitio. La historia es dinamita pura.

—Usted, señor Carlson, despertó tras el impacto… o tal vez nunca llegó a perder el conocimiento. Y eso le vino muy bien, porque le permitió trasladar a su esposa desde el asiento del copiloto al del conductor. Reconózcalo: era usted quien conducía, no Alice. —La voz de Grace es dura y fría como el hielo—. Al prever las consecuencias que tendría para su carrera política conducir ebrio, se asustó….Y entonces tomó una decisión: cargarle el muerto a su mujer, convencido, probablemente, de que ella no tenía tanto que perder. En resumen: cambió a su esposa al asiento del conductor, usted se colocó en el del copiloto… y después llamó a emergencias.

John Carlson se levanta del asiento llevado por la rabia.

—¡Eso es una falacia! ¡Mi mujer era quien conducía! ¡Hay testigos! ¡Como el guardacoches que me ayudó a subirme al vehículo! —grita.

—Sí. Pero lo que ese joven no sabe es que se detuvieron. Y fue entonces cuando usted la violó. Alice no lo recordaba… hasta que supo que estaba embarazada. Entonces regresaron los recuerdos: sus toqueteos mientras conducía, el momento en que tuvo que parar porque usted no se detenía. La agresión.

Su tono se endurece aún más:

—Tras el ataque, Alice quedó en tal estado de nervios que no pudo continuar al volante, por eso ocupó su lugar. Por suerte para usted, cuando su esposa despertó no recordaba nada. Pero usted temía que la suerte se le acabara algún día. Cuando Alice recordó la violación, comprendió que ese día había llegado. Por eso sus amenazas constantes: pretendía disuadirla de que hablara si llegaba a acordarse de quién estaba al volante.

Carlson se pone en pie de un salto, impulsado por la rabia.

—Pero, ¿qué está diciendo? ¡No puede probar nada! ¡Solo tiene una suela de zapato!

—Siéntese, Carlson —le ordeno, tirando de su manga. Me obedece de mala gana.

—La suela es solo el comienzo —afirma Grace sin amedrentarse—. Hemos localizado el coche siniestrado. Estaba en un desguace en Brooklyn. El fiscal lo ha requisado como prueba y se encuentra bajo custodia.

Hace una breve pausa, dejándole tiempo para procesar la información.

—Creo que no tengo que explicarle lo que sucederá después —continúa—. Lo sabe tan bien como yo: la policía científica lo analizará. Encontrarán huellas, restos. También en el volante… donde usted apoyó sus manos después de agredir a su esposa.

—¡No voy a permitir que se salgan con la suya! —grita el político, volviendo a levantarse—. ¡Alice, no eres nadie! ¡Todo lo que tienes me lo debes a mí! ¡Lo hice, sí! ¡Por nuestro estilo de vida! ¡Eres una puta desagradecida!

—¡Señor Carlson! —interviene Harrison, haciendo una señal a los dos alguaciles para que se acerquen al senador—. ¡Siéntese

ahora mismo!

Los guardias se acercan.

—¡¿A dónde creen que van?! —vocifera mi cliente, al ver cómo uno de ellos se suelta las esposas del cinturón.

—Señor Carlson —la voz pétrea de Harrison lo obliga a volverse en su dirección—, acaba de confesar un delito de conducción bajo los efectos del alcohol y otro de manipulación de los hechos para incriminar a una inocente. Queda usted detenido. Su abogado se encargará de informarle sobre su situación y el procedimiento correspondiente.

Su abogado, que soy yo, todavía se encuentra en estado de *shock,* procesando la historia que acaba de escuchar.

—¡Señor Dawson! ¡Haga algo! ¡Me aseguró que todo estaba bajo control! —grita, arrastrado prácticamente por los dos guardias fuera de la sala.

Al desaparecer el senador, la estancia se queda en una calma tensa. Me giro en dirección a Grace, justo cuando se funde en un abrazo con Alice. Luego se acerca a Violet y la abraza también. Están exultantes. Les ha salido mejor de lo que esperaban porque, en su desesperación y prepotencia, Carlson ha confesado los delitos casi sin darse cuenta.

El juicio penal contra el senador será ahora más rápido y, cuando acabe condenado, Alice obtendrá una indemnización millonaria en el divorcio, a la luz de todas las circunstancias que rodearon el accidente.

—Abogados —la voz de la jueza Harrison hace que Grace y yo nos volvamos hacia el estrado—, dado que el veredicto penal influirá

en los términos del divorcio, este proceso queda suspendido hasta que se dicte sentencia firme penal.

Ambos asentimos en silencio.

—Enhorabuena, señora Garret. Buen trabajo —concluye, levantándose con elegancia y abandonando el estrado.

Alice y Violet inician el camino hacia la salida por el pasillo central. Grace, en cambio, se queda rezagada, concentrada en recoger sus documentos. Me apoyo ligeramente sobre la mesa que, hasta hace unos minutos, compartíamos con Carlson, y me limito a observarla en silencio, siguiendo cada uno de sus movimientos. Está tan cerca… Sabe que la estoy mirando, aun así, sigue con sus cosas. Ni un gesto hacia mí. Nada.

—¿Puedo felicitarte? —pregunto, con los brazos cruzados por delante.

—Creo que deberías. —Entonces, sí alza un instante la vista.

—Por supuesto. Enhorabuena. Ha sido un trabajo impresionante.

—Gracias. —Está contenta, lo noto en el brillo de sus ojos, pero no se permite exteriorizarlo ni hacerme partícipe de ello.

—¿Eres consciente de lo que esto significa?

—¿Qué quieres decir? —La pregunta coincide con el cierre de su maletín después de guardarlo todo.

Sonrío de medio lado.

—Ya lo averiguarás.

—Estaré preparada para lo que venga —asegura, sujetando su cartera con firmeza antes de darse la vuelta.

—No lo dudo.

—Que te vaya bien, Ray —se despide, enfilando el camino hacia la salida.

La detengo tomándola suavemente de la mano. Se gira. En la sala solo quedamos nosotros.

—No voy a darte todavía por perdida, Grace. Al menos no hasta que me permitas hablar contigo.

Mis ojos suplican una oportunidad. Los suyos me sondean en busca de algo. ¿Tal vez una señal de que puede volver a confiar en mí?

—No quiero que hables conmigo, Ray —dice por fin—. Cuanto más habla una persona más probabilidad de que mienta. Prefiero a la gente que habla menos y hace más.—De un movimiento se suelta de mi mano y avanza unos pasos por el pasillo.

—¿Es que no te demostré que te quiero? —pregunto incrédulo, levantándome de la mesa—. Lo hice todas las noches que pasamos juntos, Grace. Cada vez que te besaba o acariciaba. ¿También crees que te mentí en eso?

La pregunta la detiene, y vuelve a darse la vuelta. Me siento dolido al comprobar la dudas en su expresión…, pero entonces lo veo con claridad.

—No puedo creerlo… —murmuro, pasándome la mano por la cara. Resoplo y le suelto lo que pienso—: Descubrir mi mentira fue la excusa perfecta para librarte de mí, ¿no? Es más fácil darme carpetazo que enfrentarte a lo que de verdad te pasa.

—¿Qué estás diciendo?

Se queda inmóvil en el sitio.

—Lo que oyes. Tienes miedo, Grace. Y no porque yo te haya fallado, sino porque no has conseguido superar la sombra de tu

padre.

—¡¿Perdona?!

Su gesto se endurece y sus ojos centellean de modo peligroso. Su ira crece por segundos.

—No eres la única persona en el mundo que tiene que convivir con sus propios demonios, ¿sabes? —le digo.

Estamos los dos plantados en el pasillo, a cinco pasos de distancia.

—¿Y cuáles son los tuyos, Ray?

—¡Intento explicártelo desde hace tres semanas!

Baja la mirada un instante, como si estuviera conteniendo algo, y luego vuelve a mirarme. Aprieta los labios y respira hondo. Da un paso, y otro. Recorre la distancia que nos separa hasta quedarse frente a mí. Sus ojos verdes ya no chispean por el enfado. Solo reflejan cansancio.

—La verdad es que ya no me interesa, Ray. Pudiste contarme lo de tus cicatrices, pero no lo hiciste. Y tampoco puedo pasar por alto que te guardaras tanto tiempo esa maldita mentira sobre el curso de Palm Beach. ¿Quién me garantiza que no seguirás actuando igual?

—Grace…

—¡Por favor, Ray, no lo hagas más difícil! ¡Olvídame!

Mi respiración se detiene al escucharla. Una corriente de impotencia y desilusión me invade. Niego con la cabeza, consciente de que no tengo nada que hacer, de que mis opciones se han agotado.

No sé qué más decirle.

Recorro su rostro con la mirada, despidiéndome de sus preciosas facciones. Estoy cansado de rogarle, de intentar que entre en razón y me escuche, pero me doy cuenta de que es imposible porque ya no se trata solo de mi mentira, sino de ella; no quiere una relación conmigo, pero tampoco creo que la desee con ningún otro hombre. Nos sostenemos la mirada unos segundos más, hasta que un brillo sospechoso ilumina sus ojos. Entonces me da la espalda y abandona el lugar a paso rápido, dejándome solo en medio del silencio de la sala.

Vuelvo a mi mesa y empiezo a recoger mis cosas sin ganas.

—Culpable de enamorarte, Ray Dawson —murmuro sarcástico cuando agarro el asa del maletín y enfilo el camino por el que se han llevado a mi cliente.

Ahora toca enfrentarme a Carlson y explicarle su situación.

«Menudo día de mierda».

GRACE

Ya han pasado tres meses desde que conseguí que se abriera causa penal contra el senador Carlson. Desde entonces, no dejo de dar entrevistas en periódicos y programas de televisión. Me he convertido en « la abogada del Bronx que ha derribado a Dawson, el Implacable». Supongo que a esta vorágine se refería Ray cuando me preguntó si era consciente de lo que significaba haber ganado —aunque técnicamente no lo hice, ya que el juicio se suspendió, moralmente puede decirse que sí—. La verdad es que tampoco lo vi demasiado afectado por «perder».

Pienso en él a todas horas. Lo echo de menos. Cada mañana me despierto preguntándome que será de su vida. Desde nuestra conversación en la sala del tribunal no ha vuelto a ponerse en contacto conmigo, y no me sorprende; fui demasiado dura, tal vez porque sentía que empezaba a flaquear en mi decisión de mantenerme alejada de él.

—¿Qué? ¿Pensando en *El Implacable*? —escucho a Brad desde la puerta.

Me giro y lo veo negar con la cabeza.

—Sois la pareja perfecta —dice con seguridad.

—¿Por qué dices eso?

—*El Implacable* y *la Implacable*. Tal para cual.

—Yo no soy «Implacable» —entrecomillo la palabra con los dedos.

—¿Ah, no? Eres peor que él —me reprende—. No dejaste que se explicara cuando quiso hacerlo. Todo el mundo se merece una

segunda oportunidad. Tú eres la primera que lo piensa. ¿Por qué no se la das a él?

—Porque… No sé —zanjo el tema de forma infantil.

—Sí lo sabes. Lo sabes mejor que nadie.

Aprieto los labios. Claro que lo sé.

—No quiero una pareja —miento.

—¡Venga ya! ¡Estabas colada por él y sigues estándolo!

—¿A qué has venido, Brad? —fuerzo un cambio de tema.

Se muerde el labio y por fin entra en mi despacho, cerrando la puerta con la espalda. Afuera, Violet no deja de atender llamadas de prensa y de clientes nuevos. Y, lo que es más importante: clientes solventes.

—Mi hermana no para, ¿eh?

—Va a tope. Acabo de subirle el sueldo, ahora que las cosas empiezan a irnos mejor.

—¿Dejarás el centro de mujeres?

—Por supuesto que no.

—No pasaría nada. Ahora vas a tener mucho lío.

—Eso es verdad. Necesitaré ayuda. No voy a poder con todo.

—Pues la pides. No eres Superwoman, aunque a veces lo parezcas.

Sonrío. Hablar con Brad me reconforta.

«Aunque no es lo mismo que sentía con Ray…, tal vez podríamos intentarlo», vuelvo a plantearme.

—Grace, he venido a contarte algo. Quiero que seas la primera en saberlo.

Su expresión se vuelve tímida. Pese a la confianza entre nosotros me doy cuenta de que lo que quiere decir no le resulta fácil

ni siquiera conmigo.

—Brad, soy yo. Suéltalo ya, venga.

—Soy *gay*. Me caso dentro de un mes.

Me quedo como una estatua en la silla. De pronto, el calor invade mis mejillas. Cojo el vaso de agua y lo bebo de un trago.

—Grace, ¿estás bien? —me pregunta, asustado—. Parece que acabas de zamparte un bote de wasabi.

Toso. Una, dos, tres y hasta cuatro veces.

—Voy a por más agua —se ofrece, levantándose rápidamente.

—Nooo… noooo… —consigo decir con la voz de Al Pacino en *El Padrino*—. Ya se me pasa.

Se levanta y me da unos toques en la espalda. Me llevo la mano al pecho, sujetándomelo. Intento hacer pasar la saliva por mi garganta, aunque, por lo que me cuesta, parece que estoy intentando tragar un huevo.

—¿Ya?

—Sí, sí… Ya… Siéntate, siéntate… —le pido todavía con voz rasposa.

—¿Seguro?

—Sí.

—No te lo esperabas, ¿no? —pregunta, al tiempo que vuelve a tomar asiento.

—No, nunca me pareció que… Perdona, estoy siendo patética. —Escondo la cara entre las manos.

—No, ¿por qué? —Se ríe.

—Un poco sí… —le muestro otra vez mi rostro—. Hace cinco minutos estaba pensando en echarte los tejos… Para mí eres el hombre perfecto —le explico con la voz algo más recuperada.

—No soy perfecto, Grace. Nadie lo es.

—Sí lo eres. Me fío de ti.

—Pues acabo de darte un susto de muerte.

—Eso es verdad.

Nos reímos los dos.

—¿Por qué no se lo has dicho a Violet?

—Quería decírtelo a ti primero. No sé cómo se lo tomará. ¿Podrías ayudarme con eso?

—Claro, Brad. Esta noche me la llevo a cenar y se lo digo. ¿Y tus padres?

—Espero que mi hermana sea comprensiva y me ayude con ellos —dice mitad en broma, mitad en serio.

Le sonrío con cariño. Supongo que no debe de ser fácil dar el paso cuando todo el mundo da por hecho que eres heterosexual.

—Se lo van a tomar bien, ya verás. Cuando los conocí, me parecieron tolerantes. Tu hermana también lo es.

—Eso creo, aunque uno siempre tiene la duda.

—Has sido muy valiente. Estoy orgullosa de ti. —No puedo ser más sincera al decirlo.

—Gracias.

—¿Te apetece un café para celebrar tu próxima boda?

—Sí, pero antes quiero darte mi último consejo como hombre soltero.

—¿Un consejo?

Lo miro, extrañada.

—Sí. Ya sabes que no soy mucho de darlos, pero te conozco y sé que lo necesitas —me dice con seguridad aplastante.

Frunzo el ceño cuando se acerca a la mesa y me toma las manos.

—Tienes que dejar que Ray hable contigo, Grace. No puedes ser tan intransigente. No digo que no se pasara con la trola que te coló, pero estoy seguro de que está arrepentido… y de que sigue enamorado de ti.

—Tendrías que haber visto su cara el día de la vista…— susurro.

—Mira, te comprendo porque lo que te pasa a ti, es lo mismo que me ocurría a mí. Tenía miedo. Esa es la razón de que haya tardado tanto en confesar mi condición sexual, incluso aceptarla yo mismo.

Aunque permanezco callada, lo escucho con atención.

—Supéralo, Grace. Salta el miedo o te perderás muchas cosas. Yo nunca he sido tan feliz. Me he obligado demasiado tiempo a salir con mujeres en contra de lo que sentía, hasta que decidí que no seguiría tirando mi vida por la borda.

Asiento varias veces con la cabeza, apretando los labios. No puedo hablar, tengo un nudo en la garganta que me lo impide.

—Acabo de confesarte que soy *gay,* así que puedes llorar lo que quieras, que no me voy a sentir incómodo —bromea, consiguiendo que suelte una carcajada nerviosa.

Me levanto y rodeo la mesa para sentarme en su regazo y darle un abrazo.

—Gracias, Brad. Creo que tienes razón.

—¿Vas a llamarlo?

—Sí. Lo haré.

—Esa es mi chica —exclama, estrechándome con fuerza.

Justo entonces entra Violet.

—¡Uy! ¡Perdón! ¡Vuelvo después!

—No, no, pasa, que esto no es lo que parece… —digo, algo incómoda.

Brad me separa de él y me levanto enseguida.

—No, tranquila. Era una tontería. Vosotros a lo vuestro… —insiste mi ayudante.

—Que no es…

Antes de que termine la frase ya ha cerrado la puerta.

—Pffff… ¿estás segura de que lo va a entender? —pregunta Brad, preocupado—. Yo la he visto muy ilusionada con lo nuestro…

—Seguro. Eso déjamelo a mí.

Horas más tarde, me dejo caer sobre la cama, agotada. El día ha sido intenso: una visita al juzgado, dos casos nuevos, la confesión de Brad, la cena con Violet para explicarle que su hermano es homosexual… y por último, la decisión más difícil: darle a Ray la oportunidad de explicarse. Ahora solo me falta reunir el valor para llamarlo. Después de tres meses, lo más fácil es que haya pasado página de lo nuestro.

CAPÍTULO 62

RAY

—¿Te apetece un helado, Claire? —propongo a mi hermana al pasar delante de la heladería del centro comercial.

—OK.

Entramos en el local y ella aparta algunas mesas haciendo sitio a la silla de Daniel, que yo empujo desde atrás. A estas horas está prácticamente vacío.

—¿De qué lo quieres, Ray? —pregunta una vez nos acomodamos.

—Uno de limón para mí, y otro de vainilla para él —respondo, recordando enseguida el sabor preferido de mi hermano.

—Ahora vuelvo.

Desde mi sitio la veo señalar los sabores que queremos en el cristal de la vitrina. El dependiente se muestra muy simpático con ella, se nota a la legua que Claire le gusta.

—¿Qué te parece, Daniel? Se nos ha hecho mayor la pecosa ¿eh? —Lo cojo de la mano y sonrío. En respuesta mueve la cabeza y hasta me parece que sonríe también.

Cuando me despidieron de MK & Lewis —hace ya seis meses —, por lo sucedido en el divorcio de los Carlson, me sentí liberado. Tal como había prometido a mi familia, aproveché para volver a Filadelfia y reconstruir mi vida con ellos. Era el momento perfecto para recuperar el tiempo perdido, así que dejé mi apartamento en

Nueva York, decidido a empezar una etapa nueva; sentía que nada me ataba allí después de que rompiéramos con Grace.

Ella es lo único que falta en mi vida. Aun así, estoy intentando olvidarla. No puedo seguir aferrado a una persona que no quiere saber nada de mí. A pesar de mis esfuerzos, cada noche, cuando me quedo solo, nuestros momentos juntos vuelven, agolpándose en mi cabeza, y tengo que luchar contras las ganas de coger el coche, plantarme en su oficina y obligarla a que me escuche.

Sigo enamorado de ella como un imbécil. Jamás creí —dada mi loca trayectoria sentimental—, que me costara tanto superar a una mujer, lo que me demuestra que Grace fue la primera que se abrió paso dentro de mi corazón. No puedo dejar de recrear el instante en que me plantó cara por primera vez, después de leer la ridícula oferta que propusimos a Alice Carlson por el divorcio.

—Me hubiera gustado que la conocieras, Daniel. Es muy guapa y tiene carácter —le comento a mi hermano, exteriorizando lo que pienso.

—¿¡Esa Grace otra vez!? —exclama Claire al oírme.

Estaba tan absorto pensando en mi abogada que ni siquiera la he visto llegar. Deja las tarrinas de helado sobre la mesa y le coloca un babero a Daniel.

—Hoy te toca a ti —me dice.

Me pasa el helado de vainilla y comienzo a dárselo en cucharadas pequeñas a mi hermano, alternando constantemente cuchara y servilleta. Ahora me doy cuenta de todo lo que me he perdido añorando el pasado. Disfruto dándole de comer, ayudando a vestirlo… En definitiva, siéndole útil y pasando tiempo con él. Después de casi cinco meses de terapia diaria he conseguido dejar

de mirarlo con lástima y de castigarme constantemente por lo que ocurrió. Ninguno pudo elegir las circunstancias: él no quiso evadir su obligación de ayudarme, y yo no logré dar la vuelta a la piragua y salir a la superficie por mí mismo en unas aguas mucho más fuertes que mi cuerpo.

—¿Por qué no vuelves a intentarlo, Ray? —me pregunta Claire —. Estuviste a punto de colocarle un anillo de compromiso en el dedo. Tuvo que ser muy importante para ti.

—Me dejó muy claro que me olvidara de ella.

—Pobre hermanito —se compadece, emitiendo un largo suspiro detrás—. ¿No habéis hablado más?

—Cuando vine a Filadelfia decidí desconectar de mi vida anterior. Quería empezar de cero. Conservé los contactos de mi agenda, pero me cambié el número de teléfono, así que no puedo saber si ha intentado contactarme. No lo creo. Tampoco yo la he llamado. Necesitaba olvidarla.

Le doy otra cucharada a Daniel y le limpio uno de los lados de la boca.

—¿Lo has conseguido?

Vuelvo la vista hacia ella. Me resulta increíble estar desahogándome con mi hermana pequeña, *la Pecosa*, de mis desengaños amorosos. Era una cría cuando me largué de casa, pero ahora se ha convertido en toda una mujer, muy atractiva y bastante madura.

—No, hermanita. Su rechazo aún me duele. Esto del amor es muy jodido —resumo con resignación.

Claire sonríe un momento y deja pasar unos minutos antes de volver a hablar otra vez.

—Deberías volver a Nueva York.

—¿Para qué? No me apetece volver a ser esclavo de una firma importante. Mis valores han cambiado. Ahora quiero tiempo y trabajar sin presión.

—¡No, hombre, no! Para hablar con ella —me aclara, deteniendo a medio camino la cuchara de helado que se llevaba a la boca—. Los tíos parecéis tontos.

Le empujo la mano sin que lo vea venir y la cuchara aterriza en su nariz.

—¡Ey, idiota! —se queja entre risas, con la nariz llena de nata.

—Come helado, anda. La vida real no es como esas películas romanticonas que te gustan a ti, pecosa —me burlo.

—¡Claro que sí! ¡Y me apuesto lo que quieras a que a Grace también le gustan! Deberías encontrar el modo de hablar con ella y volver a decirle lo que sientes —me anima, limpiándose con una servilleta los restos de nata.

—No. Ya lo intenté mil veces y no hubo manera. Toma, sigue tú con Daniel, que se me deshace el helado —le ordeno para que me deje en paz con el tema.

Nos cambiamos el sitio y abandonamos mi vida amorosa para hablar de otras cosas: sus novios, sus estudios, su último viaje, cotilleos del personal del hotel, las últimas películas en cartelera… La tarde se va echando encima, y la hora de volver a casa para cenar nos sorprende casi sin darnos cuenta.

Son casi las doce de la noche y no consigo dormir, dándole vueltas a la conversación con mi hermana sobre Grace. Harto de intentar caer en brazos de Morfeo, me levanto y abro mi ordenador portátil. En

cuanto se enciende tecleo «Grace Garret» en el buscador. Me salen varios resultados. Entro en una entrevista que le hicieron cuando logró la suspensión del proceso de divorcio de los Carlson y encausar al senador por delitos penales. La leo por encima, hasta que mi vista localiza una pregunta en la que el periodista se refiere a mí:

P.: ¿Cómo se sintió al ganar a Ray Dawson, el Implacable?
G.G: Para mí fue un honor. Dawson es un gran abogado. Además, técnicamente no lo gané porque el proceso se suspendió.
P.: ¿La felicitó? Todo el mundo sabe que no le gusta perder.
G.G.: Por supuesto. Ray no es tan ogro como parece.

Me paso la mano por la barba, releyendo el fragmento varias veces. Cuando casi me lo he aprendido de memoria, salgo de la entrevista y entro en su página *web*. Me echo para atrás en la silla, con las manos entrelazadas sobre la nuca, al ver un primer plano de su rostro recibiendo a los visitantes con esos ojazos y una sonrisa tímida. Me clavo los dientes en el labio, incapaz de apartar la vista de sus preciosos iris del color de la hierba. Es como tenerla delante otra vez. A pesar de los seis meses que han pasado, la impotencia de los primeros días vuelve a hacer acto de presencia.

«¿Estará saliendo con el enfermero?».

Siento que me he quedado anclado en el pasado con su recuerdo, mientras ella, seguramente, me habrá borrado de su vida. Debería apagar el ordenador en este mismo instante, pero el deseo insano de saber más me empuja a seguir cotilleando.

—Trabaja con nosotros —murmuro leyendo la última pestaña.

La abro por inercia, con la certeza de que estará vacía de contenido. En todas las *webs* suele haber un apartado como ese, aunque en la mayoría —salvo en las de las grandes empresas donde siempre hay puestos vacantes—, suele ser algo que está ahí por estar. Me sorprende cuando descubro que hay una oferta de trabajo.

«Se busca abogado/a con experiencia en divorcios. Si estás interesado/a puedes enviarnos tu currículum a la dirección de correo electrónico que hay más abajo».

El corazón me da un vuelco.

Por primera vez me planteo si Claire, que es una soñadora y romántica de manual, no tendrá razón con esas chorradas suyas del destino.

«¿Será una señal?».

No estaba buscando trabajo aún, tampoco era mi idea volver a Nueva York…, pero la oportunidad es demasiado valiosa como para dejarla escapar.

CAPÍTULO 63

GRACE

—¿A qué hora era la última entrevista de hoy, Violet? —grito desde mi despacho.

—A las siete y media.

—Qué tarde, ¿no?

—El hombre se disculpó porque no podía venir dentro de nuestro horario laboral, pero vale la pena que lo entrevistes. Su currículum es impresionante.

Acepto a regañadientes. Estoy deseando volver a casa. No obstante, también me urge encontrar a alguien que me libere un poco de mi carga de trabajo; no doy más de sí, y cualquier día acabaré desplomándome delante del juez.

—OK. Pásamelo al correo. Le echaré un vistazo antes de que llegue.

Violet entra en el despacho con cara compungida.

—Grace, me quedaría, pero hoy vienen Brad y Cam a cenar.

Cam es el marido de mi amigo. Desde que se casaron, viven en una eterna luna de miel. Me da mucha envidia verlos juntos, tan felices. Aunque me alegro por ellos, no puedo evitar pensar que me han robado a mi amigo del alma. Lo echo en falta. Pese a que nos seguimos viendo, no es lo de antes; ahora tengo que compartirlo.

—No te preocupes. Dales recuerdos de mi parte. También a tus padres.

—Vale. Mañana me cuentas qué tal la entrevista.

—Sí, a ver si hay suerte.

Al cabo de diez minutos, me quedo sola. Imprimo el currículum que me ha pasado Violet y, mientras espero a que salga por la impresora, vuelvo a cotillear las fotos que tiene sobre la mesa. Ha añadido una más: la de su novio.

Los dos hermanos se han subido al tren del amor, en cambio yo, tengo la sensación de haber sido apeada de un empujón cuando más enamorada estaba. Desde que lo dejé con Ray no he vuelto a tener ninguna cita, pero es que no me apetece la idea de meter a nadie en mi vida, aunque haya días en los que me sienta bastante sola. Según Brad, porque todavía no he pasado página con el abogado. «Tu historia con él es un capítulo cerrado en falso», me dice siempre. Y tiene razón.

Tampoco es que no intentara solucionarlo… Al final, después de pensármelo mucho, me decidí a llamarlo para darle la oportunidad que tanto me pidió… pero descubrí, con impotencia, que su número ya no existía. Me enteré de su despido y, desde entonces, nunca más supe de él; como si se lo hubiera tragado la tierra. No ha vuelto por los juzgados, así que ni siquiera he tenido la suerte de un encuentro casual que me haya permitido hablar con él. Cada día que pasa me arrepiento de haber sido tan obtusa: no le permití explicarse, y no consigo quitarme de encima la sensación de que lo nuestro terminó de manera absurda. Cuando recuerdo lo nuestro, parece que han pasado mil años desde la primera vez que coincidimos.

«Al menos me han quedado recuerdos bonitos», me consuelo, sin mucha convicción.

Me obligo a dejar de pensar en Ray porque la tristeza empieza a apoderarse de mí, y me centro en el currículum que tengo entre las manos. No me suena el nombre. No hay foto. Solo unos pocos datos personales y un currículum impresionante. Tampoco conozco los despachos donde ha trabajado. Normal, Nueva York es muy grande…

«Anda, mira qué bien... También hizo el curso de mediador en divorcios con Martina Fisher».

Eso sin duda es un punto a su favor.

Arrugo la frente cuando veo el año.

«Qué raro. Lo hizo en la misma edición que nosotros».

—No recuerdo a nadie en el curso con este nombre —murmuro.

Apenas termino de decirlo, oigo la puerta abrirse. Me giro con curiosidad, esperando encontrarme a alguno de mis compañeros de Palm Beach.

—Hola, Grace.

Me quedo petrificada y el currículum se me cae al suelo de la impresión. Ray Dawson acaba de aparecer por la puerta y en este momento avanza unos pasos hacia mí. Se agacha para recoger la hoja, y yo no puedo hacer otra cosa que seguirlo con la mirada, incapaz de moverme. Sigo en *shock*. Una vez la tiene en sus manos, la lee por encima y me la devuelve.

—Toma, mi currículum.

Al fin reacciono.

—¿T-tu currículum?

—Así es.

—Sam Peters… ¿eres tú?

—Sí.

—¿Por qué…?

—Porque si hubiera puesto mi nombre, lo hubieras tirado a la basura.

Parpadeo varias veces, como si eso fuera la clave para que el mundo vuelva a ponerse en marcha otra vez, y al fin noto cómo, poco a poco, la sangre vuelve a fluir por mis venas.

—Te equivocas.

Ahora el sorprendido es él.

—Te llamé tres meses después de que lo dejáramos y tu número ya no existía —le explico.

—Volví a Filadelfia. No me apetecía seguir en Nueva York —responde serio, aunque percibo que sigue desconcertado por lo que acabo de decir.

—Y ahora quieres volver y por eso buscas trabajo, ¿no? Justamente aquí, en mi despacho —ironizo.

No me veo trabajando juntos, y estoy segura de que él tampoco después de cómo terminó lo nuestro.

—¿Esto ya es parte de la entrevista? —me suelta.

—No voy a entrevistarte, Ray.

—¿No quieres que trabaje para ti? Soy el mejor. Bueno, casi el mejor. Después de ti.

—No creo que…

—¿No crees que podamos trabajar juntos? Eso no es muy profesional por tu parte. Deberías saber separar la vida personal del trabajo.

Tuerzo los labios. Me da rabia que me dé lecciones, aunque no le falta razón: sería una pasada tenerlo trabajando para mí, aunque

también un peligro demasiado inconveniente.

—Me lo pensaré —decido para sacarme de encima esta situación tan embarazosa—. No hace falta que te entreviste. Ya sé lo bueno que eres.

—No —me corta de forma tajante—. Quiero que me entrevistes. Olvídate de quién soy y hazme la entrevista que le harías a cualquier otro.

Lo observo, extrañada. Él me mantiene la mirada, convencido de lo que me pide.

—Está bien, si te hace ilusión… —le digo, sin entender qué pretende con este numerito.

Le indico con la mano mi despacho y pasa por delante de mí. Su perfume lo sigue, dejando un halo que impacta en mi cerebro. De golpe, revivo un montón de momentos íntimos. Los dos desnudos, besándonos, tocándonos. Un escalofrío me eriza la piel. Tengo que hacer acopio de toda mi voluntad para recobrar la compostura. Entro detrás de él y me siento en mi silla. Él hace lo mismo en la que tengo enfrente. Cuando sus ojos grises conectan otra vez con los míos, noto de nuevo la electricidad entre nosotros. Inspiro hondo y empiezo:

—Está bien... Cuéntame, ¿qué buscas en este trabajo? —digo, un poco teatral. Esto no tiene sentido.

Toma aire y responde con naturalidad:

—Recuperarte.

Nuestras miradas se enredan, hablando un lenguaje que solo entendemos nosotros. Hay ganas, arrepentimiento, enfado, amor, deseo… Entre los dos sumamos una cantidad tan grande de emociones que el aire del despacho se carga al instante. El pulso se

me dispara. Entre el cansancio y los nervios de tenerlo delante, podría darme un síncope de un momento a otro.

—Ray…

—Sigue, ¿qué más quieres saber?

Mis dientes se hincan en mi labio inferior, estoy desubicada, completamente cohibida. Su visita me ha tomado por sorpresa, y esta entrevista está tomando un giro raro. Se supone que debería ser yo quien llevara el mando, pero nada más lejos de la realidad.

—¿Por qué no me contaste que mi curso valía diez mil dólares? —pregunto al fin.

—No me atreví. Tenía miedo de perderte. De hecho, lo hice ¿no? No puedes culparme por intentar mantenerte a mi lado.

—No te hagas la víctima —respondo, molesta—. Aquí la única víctima soy yo.

Se traga mi respuesta sin replicar porque sabe que tengo razón. Luego continúa:

—Le conté a Matt que te había conocido y que me parecías una tía increíble… y me retó a acostarme contigo. —Baja la mirada a la mesa y la levanta otra vez para encontrarse con mis ojos cabreados—. Lo sé. Fue una gilipollez. Un reto de chavales de veinte años… Te juro que en el mismo instante en que acepté sabía que estaba cometiendo un error, pero me dejé arrastrar… En fin, no eras fácil, y no se me ocurrió otra cosa que llevarte conmigo a Palm Beach. Pensé que en un entorno idílico me resultaría menos complicado conseguirte.

—Y lo fue —digo con rabia, acentuando cada sílaba—. No sé si quiero saber más, Ray. Deberías irte.

—No. Quiero contártelo todo. Necesito hacerlo. Por favor.

Exhalo y aprieto los labios. No aparta los ojos de mí, esperando mi permiso. Al final, asiento.

—Cuando nos acostamos ya estaba enamorado de ti. En realidad, lo he estado desde que te vi por primera vez, aunque me di cuenta en Palm Beach.

Aunque sigo enfadada, noto que mis defensas empiezan a caer. Se le ve bastante afectado.

«No te ablandes, Grace» me advierto a mí misma.

—¿Recuerdas cuando te dejé plantada en la puerta, después de que vinieras a mi bungaló?

—¿Cómo no voy a acordarme? Me hubiera gustado arrancar una palmera y darte con ella en la cabeza.

—Lo hice porque sabía lo que estaba a punto de pasar entre nosotros, y no deseaba acostarme contigo con la sensación de estar cumpliendo un reto. Tenía que decirle a Matt que lo cancelaba.

Introduce la mano en el interior de la americana y saca el móvil del bolsillo. Luego desliza el dedo sobre la pantalla, buscando algo.

—Aquí está —me dice, mostrándomelo por encima de la mesa.

Me acerco y sujeto su mano para ver mejor. El calor de su piel me devuelve un montón de sensaciones de las que ahora no quiero acordarme. No es el momento de debilidades. Leo el mensaje:

«Me bajo del reto. RETO CANCELADO».

Me enseña que es del chat con su amigo Matt y de la fecha en que estuvimos en Miami.

—Me acosté contigo porque estaba loco por ti, Grace. No por conseguir el reto —dice con emoción evidente.

Recojo la mano y me recuesto en el asiento.

—Deberías habérmelo contado antes.

—Lo sé.

—¿Y tus cicatrices?

Su expresión se tensa. De repente, lo noto cansado. No me equivoco: inhala y exhala profundamente mientras se reclina en la silla para descansar la espalda.

—¿Ves? No puedes pedirme que me fíe de ti si tú tampoco confías en mí. No quieres contármelo.

—Sí quiero, Grace. Pero es algo que me cuesta y me avergüenza.

—No debes avergonzarte de que te maltrataran, Ray.

—No me ha maltratado nadie. Al menos, no sin mi consentimiento. —Su voz se oscurece.

Frunzo el ceño, sin comprender.

—¿Qué quieres decir?

Emite un suspiro largo y centra sus ojos en mí. Hay dolor. Mucho. Creo que empiezo a asustarme.

—Tengo dos hermanos. Una hermana más pequeña, Claire, y un hermano gemelo, Daniel. —Se humedece los labios y continúa—: A Daniel y a mí nos encantaba el *rafting*, nos escapábamos a menudo con nuestros *kayaks* los fines de semana. Éramos bastante expertos los dos, pero ese día… la corriente era demasiado fuerte y pudo conmigo.

Baja la mirada, recordando el momento, y sigue con la historia:

—El agua volteó mi embarcación y me quedé sumergido, incapaz de darme la vuelta. Daniel iba detrás de mí y remó hasta donde yo estaba… Soltó los remos para girarme y lo consiguió, pero

al hacerlo mi embarcación golpeó la suya y entonces fue él quien quedó bajo el agua. Yo estaba aturdido, reaccioné tarde y cuando lo hice tampoco tuve fuerza para ayudarlo. No pude darle la vuelta. Solo se me ocurrió gritar, pidiendo ayuda. Había más gente haciendo el descenso ese día y nos auxiliaron, pero cuando sacaron a Daniel habían transcurrido muchos minutos. Su cerebro se quedó sin oxígeno demasiado tiempo.

El brillo en sus retinas refleja todo el sufrimiento que soporta ahora mismo. Siento la necesidad de levantarme, correr al otro lado de la mesa y abrazarlo, sin embargo, estoy tan impactada que mi cerebro no es capaz de ordenar a mi cuerpo que se mueva.

—Ray, déjalo ya. Es suficiente.

Aún no sé qué tiene que ver esta historia con sus cicatrices, pero no quiero que siga sufriendo. No puedo verlo así.

—No. Todavía no he acabado.

—Da igual, de verdad. No hace falta.

—Sí hace falta. No quiero que haya ningún secreto entre nosotros. Cuando lo sepas todo, decides si me tomas o me dejas.

Suspiro con fuerza.

—Está bien. Como quieras.

—De eso hace ya nueve años. Mi hermano quedó reducido a un estado vegetativo. Desde entonces, he cargado con la culpa. Me enfadé con el mundo por ser tan cruel, tan injusto, y llegué a desear mil veces haber sido yo quien quedara así, en su lugar… La impotencia de no poder hacer nada me fue consumiendo poco a poco. No supe cómo gestionar el dolor, ni dónde meter toda esa rabia. Necesitaba una vía de escape, una forma de soltar lo que me ahogaba… y fue entonces cuando empecé a ir al club.

Vuelvo a arrugar la frente, aunque me mantengo en silencio.

—Es un club de prácticas sadomasoquistas… —Se muerde la parte interna de la boca cuando ve mi expresión desencajada—. No me gusta el sado, ni soy masoquista, Grace… Pero usé los servicios de una dominatrix para que me pegara cuando mis ataques de ansiedad por la culpa se hacían insoportables.

—Dios mío, Ray…

—Deseaba que me castigaran por lo que hice.

—Fue un accidente. Tú no hiciste nada…

—Estoy trabajando en ello. Llevo casi cinco meses yendo a terapia en Filadelfia. Me encuentro mucho mejor ahora que he comprendido que no siempre podemos evitar que las cosas sucedan.

—¿Has vuelto con tu familia?

—Cuando me despidieron y tú me dejaste creí que sería un buen momento para reconducir mi vida otra vez. Han sufrido mucho con mi actitud todos estos años. Me convertí en un egoísta. Ellos sufrían igual que yo, pero por partida doble: por Daniel y por mí.

—Bueno, lo importante es que te has dado cuenta. Todo lo que me has contado… Has tenido que pasar por un auténtico infierno.

—Me he dado cuenta gracias a ti, Grace. Hasta que te conocí no tenía una razón para salir de toda la mierda en la que estaba metida mi cabeza…, pero tú… Cuanto más tiempo pasaba contigo, más necesidad tenía de mostrarte mi lado bueno, de ser amable. Quería gustarte porque tú cada vez me gustabas más. Me atraías, te admiraba… Hasta que me di cuenta de que me había enamorado.

Hace una pausa cuando se da cuenta de que estoy llorando y me coge la mano que tengo sobre la mesa.

—No llores. Aunque no estemos juntos, siempre te estaré agradecido por todo lo que has hecho por mí. Sin ser consciente, te convertiste en mi terapia.

—Cállate, Ray… O no voy a poder dejar de llorar en un mes… Es lo más bonito que me han dicho nunca.

Sonríe con una ternura que no le había visto aún. Nos miramos un largo instante y noto que está sopesando algo… Al fin, se lanza:

—Entonces… ¿estoy contratado?

Me quedo inmóvil cuando lo escucho decir eso. Sus ojos brillan. Ese sentido del humor tan suyo… Le devuelvo la sonrisa y me levanto del asiento despacio, sosteniéndole la mirada. Sus ojos grises no se separan de los míos cuando se pone de pie también. Rodeo la mesa y nos quedamos uno enfrente del otro. Mi corazón está desbordado por la emoción y bombea con fuerza con su cercanía.

—Sí, te contrato para siempre. Indefinidamente. Te quiero en mi vida, Ray Dawson.

Me doy cuenta de cuanto lo necesitaba cuando sus labios se posan en los míos y me besa con delicadeza.

—Yo también te quiero, abogada —susurra, secándome las lágrimas—. Te he querido desde que te vi, porque mi corazón siempre ha sabido que me curarías.

Volvemos a besarnos, esta vez demostrándonos todo lo que nos hemos echado de menos.

EPÍLOGO

VIOLET

Sentada en el asiento trasero del coche, no puedo evitar observar a los dos tortolitos que tengo delante. Grace y Ray llevan un año juntos desde que se reconciliaron, y creo que nunca he visto a mi jefa tan feliz. Su historia de amor va viento en popa, igual que nuestro bufete, que no deja de crecer sumando nuevos clientes.

A pesar de que Ray acudió a la oferta de trabajo que pusimos en nuestra página *web*, su verdadera intención era recuperar a Grace. Tenía muy claro que quería tomarse un respiro de la abogacía y oxigenarse un poco. Aunque regresó a Nueva York y viven con su chica en un bonito apartamento a medio camino entre Manhattan y el Bronx, su deseo siempre fue continuar en terapia un tiempo más y fortalecer el vínculo con su familia, visitándola con frecuencia, ahora que entre ellos todo se había arreglado.

Aun así, nunca se ha desconectado completamente del trabajo. Se interesa por los casos de Grace, la ayuda a preparar demandas, redactar acuerdos de divorcio, revisar propuestas económicas… en fin, lo que haga falta. Ray insiste cada dos por tres en que deberíamos mudarnos a un espacio más amplio, pero mi jefa cambia de tema cada vez que lo menciona. Es una sentimental, y tengo la impresión de que le cuesta dejar atrás ese rincón que hemos levantado juntas y que tanto significa para las dos.

—¿A dónde vamos, Ray? Tengo mucho trabajo —se queja mi amiga, viendo que no llegamos todavía.

—No seas impaciente —la reprende con una sonrisa, antes de buscarme con la mirada por el retrovisor—. Tienes una jefa muy gruñona, Violet.

—Ya. Si no fuera porque la queremos tanto…

Nos guiñamos un ojo con complicidad.

—No sé qué os traéis entre manos vosotros dos… En cuanto me descuido os falta tiempo para conspirar a mis espaldas.

Diez minutos más tarde, Ray aparca el coche frente a un edificio discreto pero renovado, y los tres descendemos. Rodea el vehículo con paso tranquilo y se coloca a mi lado. Sin decir ni una palabra, plantamos nuestras posaderas en el lateral del coche, hombro con hombro, y dirigimos la vista al frente. Grace se queda unos pasos por delante, sin darse cuenta de nada. Se gira con el ceño fruncido al ver nuestra pose.

—¿Qué hacéis? —pregunta alzando los hombros, desconcertada por nuestra actitud silenciosa.

—Nada especial… —respondo, misteriosa—. Solo admirar nuestro nuevo lugar de trabajo.

Grace entorna los ojos y, extrañada, da media vuelta para seguir nuestra mirada. Entonces lo ve. Ante ella se alza un edificio de una sola planta, con fachada de ladrillo pintado en blanco y grandes ventanas. Sobre la puerta, un cartel de letras sencillas y elegantes, refleja el sol de mediodía: *Garret & Dawson Abogados.*

Ray y yo cruzamos nuestras miradas. Durante unos segundos, Grace no se mueve. Se lleva lentamente la mano a la boca, recorriendo el título con la vista una y otra vez. Cuando por fin se da la vuelta, sus ojos brillan con intensidad.

—Me encanta… —murmura, con la voz a punto de quebrársele —. No me lo puedo creer… ¿desde cuándo tramáis esto?

Todavía está conmocionada por el descubrimiento.

Ray se separa del coche y camina hacia ella con aire despreocupado y una sonrisa en la boca.

—Desde hace unos cuantos meses —responde, deteniéndose a su lado—. No podíais seguir en ese sitio tan pequeño, y yo tengo ganas de empezar a dar guerra en los juzgados, así que… desde este momento declaro oficialmente terminado mi año sabático — concluye con solemnidad.

Grace se le lanza encima y él, entre risas, la envuelve en un abrazo, satisfecho al comprobar que a mi jefa le ha gustado la sorpresa y que todos estos meses atrás, de obras y gestiones a escondidas, han valido la pena.

—Cariño, ¿estás seguro de querer trabajar conmigo? — pregunta, separándose un momento—. Acabas de llamarme gruñona…

—¡Pero si hace tiempo que lo hago! ¡Ahora lo que quiero es empezar a cobrar por ello!

Grace y yo nos echamos a reír.

—Puede que tengas razón… He abusado un poquito de ti ¿no?

—Cariño… —se la aproxima otra vez, cogiéndola de la cintura —, puedes abusar de mi todo lo que quieras si se trata de sexo, ya lo sabes…, pero en el trabajo es hora de empezar a poner límites.

—Chicos, que estoy aquí. Ya daréis rienda suelta a la pasión cuando estéis solitos en casa —me quejo.

Sueltan una carcajada y Ray la libera de sus brazos.

—¡Vamos! ¡Quiero que lo veas por dentro! —exclama, ilusionado.

Tomándola de la mano la arrastra hacia la entrada.

Cuando Grace traspasa la puerta, sus ojos se agrandan con una sorpresa mayor que la que ha demostrado afuera. El lugar es espacioso, y la luz entra a raudales por las ventanas, bañando la decoración sobria y minimalista, en tonos grises y marrones. Tal vez un poco masculina para mi gusto, pero es elegante y transmite profesionalidad y orden... Muy al estilo Dawson.

—Al fondo están nuestros despachos —le explica Ray, señalándolos con la mano—, y esas mesas de ahí son las de nuestros asistentes.

Antes de llegar hasta allí, una bonita sala de espera —con abundantes plantas naturales y sillones amplios y cómodos—, será el lugar donde esperarán nuestros clientes.

—Es precioso, Ray. Yo… nunca hubiera imaginado trabajar en un sitio así.

—¿Por qué? Te lo has ganado y mereces una recompensa. No es por menospreciarla, sé que le tienes cariño porque representa tus comienzos, pero esa antigua oficina tuya no está a la altura de tu reputación.

—Menos mal que no se te ha ocurrido montar el nuevo bufete en Manhattan —comenta con alivio.

—Sabía que no te hubiera gustado.

—Es verdad. Este es mi barrio y mi gente.

—Lo entiendo. Además, ahora a los ricos de la ciudad no les importa trasladarse hasta aquí para contratar tus servicios, así que no había necesidad de moverse del Bronx. Eso, por no hablar de

todo lo que nos hemos ahorrado… ¡no veas cómo está el precio de los alquileres en la Gran Manzana!

—No necesitamos más. Esto es perfecto —reconoce mi jefa volviendo a darle un abrazo.

—No. Tú eres perfecta.

Yo me he mantenido en un discreto segundo plano, hasta el punto de que creo que se han olvidado de mí. De pronto, veo cómo Ray, que sigue abrazando a Grace, me lanza una mirada cómplice y me hace un leve gesto con la cabeza. Es mi señal para desaparecer. Sé que todavía guarda alguna sorpresa más para ella.

—Bueno, os dejo, que os estáis poniendo muy empalagosos.

Ray me guiña el ojo en señal de agradecimiento y Grace se aparta de él para despedirse de mí.

—Ven aquí, Violet —me dice, abriendo los brazos.

Me acerco y me fundo con ella en un abrazo sentido, de los de verdad.

—Gracias por esto y por todo, compañera. —Sus ojos brillan y los míos empiezan a humedecerse también—. Eres la mejor asistente que se pueda desear. Te quiero mucho. La mitad de nuestro éxito es tuyo, ¿lo sabes, verdad?

—Bueno, yo… Gracias. También tengo la mejor jefa del mundo, Grace.

Nos damos otro achuchón fuerte. Ray nos observa, sonriendo.

—Gracias por ayudarme con todo este lío y por guardarme el secreto —añade él cuando, al fin, me separo de mi amiga.

—¡Por favor! Me moría de ganas por ver su cara, ¡¿cómo no iba a hacerlo?! —respondo, quitando algo de emoción al momento mientras camino hacia la puerta.

Los dejo así, sonrientes y abrazados por la cintura. La verdad, me alegro de que arreglaran lo suyo. Hubiera sido una pena que el mundo se perdiera una pareja tan bonita.

RAY

Espero a que Violet cierre la puerta y entonces me vuelvo hacia Grace.

—¿No quieres ver tu nuevo despacho?

—¡Claro! Aunque no sé si voy a poder soportar más emociones hoy. Es todo tan bonito… Me encanta cómo lo han dejado.

Tiro de su mano y la llevo hasta el fondo del local mientras la vista se le va, curiosa, a todas partes. No quiere perderse ni un detalle. Abro la puerta de su nuevo despacho y entramos. Los muebles, de madera de haya clara, combinan a a la perfección con los detalles en blanco del mobiliario y la decoración, creando un ambiente luminoso y acogedor.

Se queda parada en medio de la habitación.

—¡Cuánta luz, Ray!

—¿Te gusta? —pregunto, tan entusiasmado como ella.

—Gustarme es poco… Es una maravilla. ¡Mi madre va a flipar cuando vea todo esto!

—Ya lo ha visto —confieso.

—¿También lo sabía?

Está perpleja.

—Lo sabía todo el mundo menos tú. Tu madre, Brad, Cam, mis amigos…

—¿Matt también?

Sabe que, a raíz de lo que ocurrió en la galería de arte, nuestra relación se había enfriado, aunque no hace mucho decidí que era el momento de perdonarlo. No podría disfrutar de esta etapa tan feliz de mi vida manteniéndolo apartado. Es mi amigo, y sé que se sentía culpable de mi ruptura con Grace. No obstante, espero que algún día madure y deje de ser un niño grande.

—Sí, también.

—Me alegro mucho, cariño.

—Vamos, siéntate —le pido—. A ver si la silla es tan cómoda como la de tu vieja oficina.

Se acerca y se deja caer, recostando la espalda en el respaldo, haciéndola girar como si fuera una cría disfrutando de sus juguetes nuevos. Al apoyar los antebrazos en la mesa, repara en lo que he dejado encima. ¡Creía que no lo vería nunca! Su expresión risueña se transforma en una de asombro. Levanta la vista hacia donde estoy, preguntándome con la mirada si la cajita de terciopelo rojo es lo que cree.

—Y… ¿esto?

—No sé… Ábrela.

Lo hace con mucho cuidado. Yo sigo plantado en la puerta, conteniendo la respiración. Cuando descubre el anillo, con la piedra brillando sobre el fondo negro de raso, abre la boca y se lleva la mano al pecho. Su reacción me impulsa a acercarme, disimulando los nervios que me recorren.

Al llegar a su lado, la obligo a levantarse de la silla tirando de su mano. Ocupo su sitio y la acomodo sobre mis piernas. Se gira —aún con el pequeño estuche en la mano—, y apoya su frente en la mía, incapaz de decir nada por la emoción. En cuanto a mí… Ufff…

He ensayado mil veces este momento, pero ahora me siento bloqueado y no tengo ni idea de por dónde empezar… Entonces, Grace saca la joya de la cajita y me la entrega, con una sonrisa suave en los labios. Me acerca la mano y me ofrece su dedo anular. Nos miramos, y cuando nuestros ojos conectan siento que todos los momentos que hemos vivido juntos confluyen en este instante, cerrando un círculo perfecto. No tengo ninguna duda sobre lo que estoy haciendo. Desde que me di cuenta de que estaba loco por ella, nunca la he tenido. Mis nervios desaparecen y mi voz encuentra la fuerza para declararse:

—Grace, te quiero y no deseo otra cosa que tenerte a mi lado para siempre. ¿Quieres casarte conmigo?

Sin abandonar la sonrisa, me responde:

—Por supuesto que sí. Cuando quieras. ¡Mañana mismo!

Me echo a reír y deslizo la pieza con suavidad sobre su dedo. Nos besamos con intensidad.

—Tampoco hace falta correr tanto… —le digo cuando me separo de sus labios—. El anillo lleva en el bolsillo de mi americana un año y medio. Creo que el «sí, quiero» puede esperar un poco también...

—¿Un año y medio? —se extraña.

—Sí. Iba a pedírtelo el día que visitamos la galería de Ethan, pero entonces sucedió lo que ya sabes.

Su expresión es una mezcla de emoción y disgusto.

—Siento haber fastidiado aquella noche —se disculpa.

—No lo sientas. Fue culpa mía, por no sincerarme antes contigo… Después de todo, puede que fuera lo mejor. Tenía muchas cosas que resolver conmigo mismo —le digo, acariciándole la mejilla

—. Además, estar lejos de ti me hizo comprender que eras el amor de mi vida y que debía intentar recuperarte.

Me regala una sonrisa de oreja a oreja y esconde la cara en mi cuello. Al cabo de unos segundos, vuelve a mirarme.

—Ray…

—Dime.

—Tú también eres el amor de mi vida.

La beso otra vez.

Me pasaría el día sobre sus labios, y es lo que pienso hacer el resto de los que vivamos juntos porque, el tiempo en que creía que el amor para siempre era una mentira, pasó. El mío es una preciosa abogada de ojos verdes y acento del Bronx que me ha hecho darme cuenta de que todos, por muy jodido que sea nuestro caso, tenemos remedio. Solo hace falta alguien que te impulse a encontrarte de nuevo, que te importe lo suficiente como para querer ser mejor.

Y esta es la historia de Grace y Ray.

Espero que la hayas disfrutado.

SI TE HA GUSTADO, PASA EL LIBRO HASTA LA ÚLTIMA PÁGINA PARA MARCAR LAS ESTRELLITAS Y, SI PUEDES PONER UNA RESEÑA, AUNQUE SEA CORTA, ESTARÍA GENIAL.

¡GRACIAS!

NOTA DE LA AUTORA

En esta novela, uno de los personajes utiliza ciertas prácticas sexuales no como una búsqueda de placer, sino como una forma de autocastigo derivada de su dolor emocional.

Quiero dejar claro que este enfoque corresponde únicamente a la construcción del personaje de Ray Dawson y a su conflicto interno, no a una representación general de BDSM.

El BDSM, practicado de forma sana, consensuada y respetuosa entre adultos, es una expresión legítima y válida de la sexualidad. Esta historia no pretende asociarlo con traumas, desequilibrios ni conductas autodestructivas, salvo en el caso específico de Ray, quien, en su momento vital, recurre a él como mecanismo para lidiar con la culpa y el sufrimiento.

Confío en que las lectoras entenderán que esta decisión narrativa responde al arco emocional del personaje y no a un juicio sobre la práctica en sí.

AGRADECIMIENTOS

A vosotras, mis lectoras beta, amigas de siempre y amigas más recientes de este mundo mágico de libros: gracias por haberme acompañado en este viaje, algunas incluso antes de que la novela fuera un borrador. Gracias por vuestras observaciones, vuestra sinceridad, vuestro ojo crítico… y, sobre todo, por vuestra fe en mí incluso cuando yo misma dudaba de la historia. Sin vosotras, *El Implacable Dawson* no estaría hoy aquí.

A Marina, de @librosonados, por corregir algunos de los capítulos de esta novela. También a su grupo de lectura —de lo mejorcito que me he cruzado por Instagram por su compromiso con los autores y lo divertidas que son—. Sois la leche.

Y sé que voy a dejarme a muchas, pero os tengo fichadas, en serio —es la ventaja de no tener cien *likes* cada vez que subo un post—, y os lo agradezco igualmente. Sin embargo, quería nombrar a algunas compañeras escritoras y *bookstagrammers* que siempre han estado ahí, desde que comencé con mi cuenta de Instagram hará más o menos dos años: @crazyreadersladys, @alacosta27, @marcapaginas_coloras, @sayenl.ross_escritora, @pinobetancor.escritora, @hellenbold_escritora, @cucocandas. Lo repito, me dejo a muchas, pero guardo un especial cariño a los que acabo de citar por estar desde mis inicios en redes.

Y a ti, querida lectora, que tienes este libro entre las manos, gracias por dejarme entrar en tu vida mientras lees, y en tus emociones. Por elegir mi historia entre tantas. Ese es mi mejor premio.

Gracias a todas.
Con cariño, Jessica.

Otros libros de la autora

Bilogía «Será un Placer»

«Será un placer trabajar contigo»

https://amzn.eu/d/3p24Ber



«Será un placer protegerte»

https://amzn.eu/d/5myNfuh

